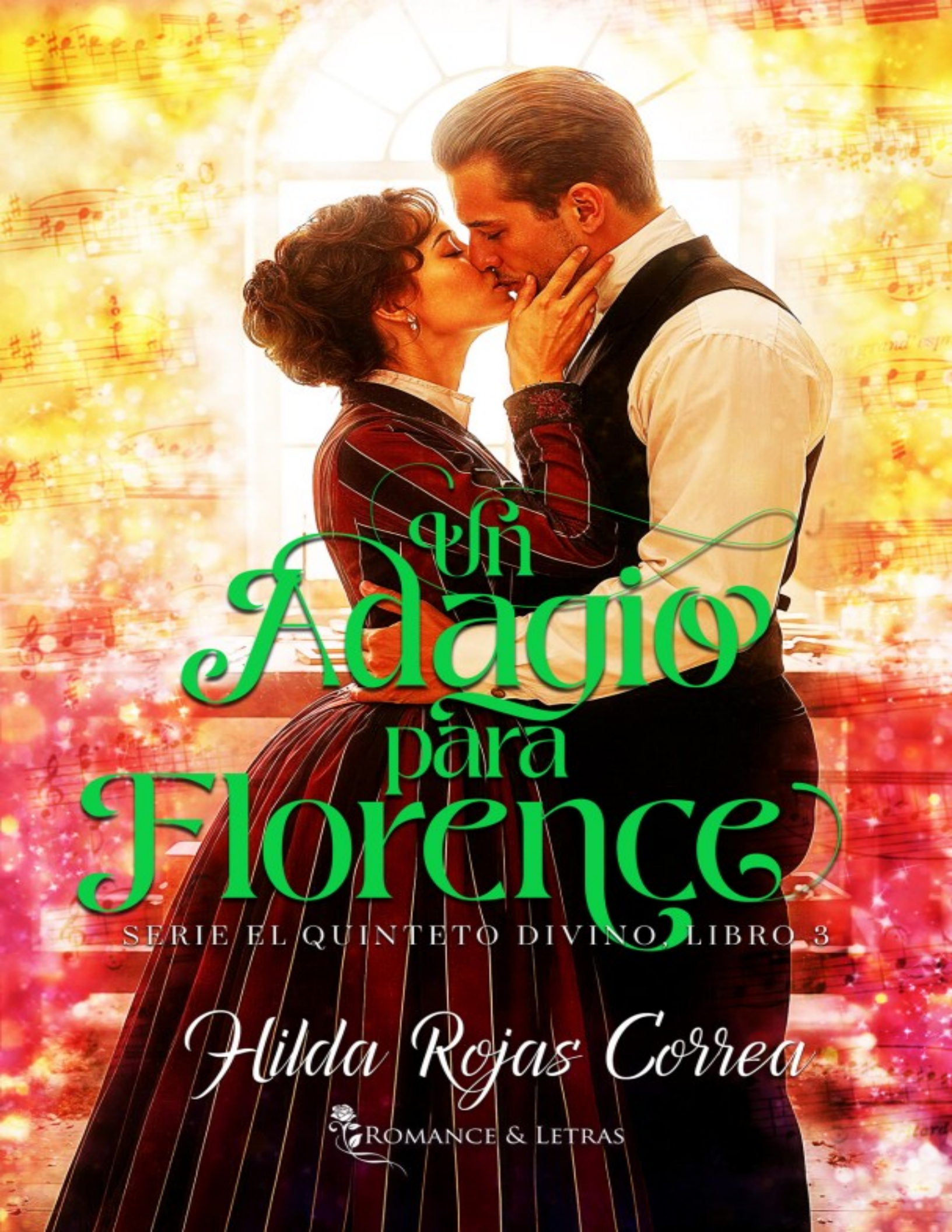

Un
Adagio
para
Florence
SERIE EL QUINTETO DIVINO, LIBRO 3
Hilda Rojas Correa
ROMANCE & LETRAS

Contenido

Adagio

Primer movimiento: Adagio

Andante

Alegretto

Cantabile

Grave

Sotto voce

Sostenuto

Fermata

Legato

Pianissimo

Silencio

Ritardando

Da capo

Coda

Forte

Risoluto

Intermezzo

Andante Cantabile

Allegro

Forte subito

Segundo movimiento: Requiem

Solo

Duetto

Maestoso

Crescendo

Con brio

Staccato
Variaciones en Sol menor
Accelerando
Rubato
A piacere
Decrescendo
Contrapunto
Cantabile Sotto Voce
Stretto
Armadura
Sforzando
Lento
Preludio
Tutti con fuoco
Rallentando non troppo
Cantabile con moto
Sforzando con impeto
Pianissimo con fuoco
Coda: Allegro moderato
Finale: Tutto a punto
Agradecimientos
Si te gustó esta historia…
Sobre la autora

Adagio

El adagio es un término musical italiano que indica un tempo *lento, pausado y solemne. Se sitúa comúnmente entre el* largo *y el* andante*, invitando a una interpretación expresiva y emocional. Además de marcar la velocidad, puede referirse a una composición completa o a una sección lenta dentro de una obra.*

El término es derivado del italiano ad agio *(con comodidad/despacio), e implica una ejecución tranquila y expresiva.*

Primer movimiento: Adagio

Londres, 16 de octubre de 1846.

Florence entró a su alcoba haciendo malabares. La palmatoria y los numerosos presentes que le regalaron por su cumpleaños amenazaban con el desastre. Con su cadera cerró la puerta tras de sí.

—Ay, no, no, no, no, no. —Uno de sus presentes resbalaba, lánguido, como una burla a su equilibrio. Intentó interceptar la caída, pero el movimiento brusco hizo que la ardiente cera de la vela aterrizara en su mano—. ¡Mierda! —Sí, soltaba una que otra palabrota cuando la ocasión ameritaba.

Y la caída del obsequio fue inexorable.

Florence cerró los ojos esperando que el sonido no fuera el de una botella quebrándose.

El golpe fue seco.

Aliviada por la providencial presencia de la alfombra, siguió con su camino hasta llegar a la cama, lugar donde soltó sus presentes. Dejó la palmatoria sobre la mesita de noche.

Estudió la quemadura de su mano, su blanca piel contrastaba con la rojez de su herida. No era grave, pero molestaba mucho la sensación de ardor.

Rio bajito.

—Creo que bebí más jerez de la cuenta… —Se giró y fue a buscar el objeto que se cayó.

Lo recogió. Era el frasco de perfume que le regaló su prima-cuñada, Laura.

Con el corazón en la boca. Lo examinó a la luz de la vela para verificar que no se hubiera fisurado. Por suerte estaba intacto. Resopló botando los nervios crispados, era un regalo exclusivo. A ella no le gustaba usar perfume porque los aromas intensos le producía dolores de cabeza, y su prima —que era perfumista— le formuló uno especial; una lavanda muy suave y limpia que solo percibiría ella.

«Si un caballero quisiera sentirlo, tendría que hundir la nariz en tu cuello», bromeó su prima al regalárselo.

Florence negó con su cabeza al recordarlo. Jamás habría un caballero que se atreviera a tal intimidad.

Ordenó sus obsequios disponiéndolos en distintos lugares de la estancia. Cada uno de sus hermanos le dio algo especial.

Elijah le regaló caramelos, típico de él. «Para endulzar la vida», le dijo.

Anthony, una resina de alta calidad para el arco de su viola. Para él era fácil saber qué le faltaba. Aparte de ser su hermano, también era su compañero en el Quinteto Divino.

Marian, su hermana mayor, era más práctica y le obsequió unos guantes de cabritilla, los cuales nunca eran suficientes.

Violet, la benjamina de la familia y la que tenía menos presupuesto, una elegante cadenilla de plata.

William, fiel a su negocio de arte y antigüedades, un atril portátil. Pero no era uno cualquiera, sino uno plegable, hecho de ébano y tallado con exquisitas filigranas.

Sus padres, como siempre, se lucieron con un estuche de madera de palisandro para su viola. Su interior estaba forrado en terciopelo azul, y contaba con diversos compartimentos para guardar la resina y la sordina.

Fue una buena celebración con su familia, que cada vez crecía más. De los seis hijos del vizcondado Rothbury, tres estaban casados y ya la habían convertido en tía —o se encontraban en el divertido proceso—.

Adoraba a sus sobrinos, eran el milagro de la vida.

La alcoba era demasiado silenciosa.

Contuvo el aliento por largos segundos y luego lo soltó todo.

Siempre se preguntaba qué se sentiría tener a un bebé creciendo en su interior.

Casi como un acto reflejo, sus manos descendieron hacia su vientre… Lanzó una risa floja. El jerez se le había ido a la cabeza.

Para tener un hijo necesitaba a la parte masculina, lo cual era un incordio, porque ser hija del vizcondado Rothbury era una bendición y a la vez una maldición.

Sus padres —a quienes la aristocracia masticaba, pero no tragaba, debido a su pasado escandaloso— nunca le cortaron las alas, ni intentaron meterla dentro de un molde de expectativas. Sin embargo, aquello significó convertirse en una mujer que no era considerada apta para ser esposa de ningún par del reino.

Se detuvo en medio de la estancia. Se abanicó con la mano, un inusitado calor la sofocó. Aquello le hizo recordar a lady Strout, una matrona que siempre la criticaba por ese ademán.

«Para eso existen los abanicos, niña», la voz horrible de la dama inundó su cabeza

Arrugó su nariz.

Sus temporadas pasaron sin pena ni gloria. Rodeada de sus primas y amigas, con un carnet de baile siempre en blanco.

Antes de los veinte, la sociedad la proclamó como solterona. Dos temporadas fueron suficientes para intentar ser parte de ellos, y se dedicó a enseñar etiqueta y francés en la Academia Hope, institución que su madre, junto a familiares y amigas, lideraban.

Años después, su amiga Grace, la fundadora del Quinteto Divino, le propuso ser maestra de viola para su academia de música, y ella aceptó.

Esa era su biografía. A sus veinticuatro años lo tenía todo: independencia, educación y una familia que la amaba.

Pedir formar una propia ya era codicia.

Se sentó frente al tocador y desarmó su peinado. Mientras se quitaba las horquillas, sus ojos se detuvieron en el ramo de dedaleras que adornaba su espejo. Era un trabajo de artesanía exquisito, las flores moradas y las hojas estaban hechas de seda, unidas a delicados palillos que formaban el tallo.

Ese ramo era el recordatorio de ser la excepción que confirmaba la infalible tradición nupcial en su familia. Si lo atrapaba, sería la siguiente en casarse.

Como si fuera tan fácil.

A veces pensaba que, simplemente, no era atractiva. No se consideraba una mujer desagradable a la vista, pero si se compraba con sus primas o sus hermanas, ella era… anodina.

Olvidable, corriente.

Si no fuera por sus ropas elegantes y a la medida, cualquiera creería que solo era una sirvienta.

—Deja de pensar tonterías, Florence Witney. Deberías golpearte con una roca en los dientes por renegar de tu suerte. No se puede tener todo en la vida. En el futuro serás una mujer solitaria, pero una que no necesitará de la caridad de nadie para sobrevivir.

Suspiró y siguió con su tarea. Cepilló su cabello castaño y lo trenzó.

El ritual continuó con quitarse la ropa. Todas sus prendas eran confeccionadas para que ella no precisara de una doncella. No le gustaba esa absurda costumbre aristocrática de necesitar a alguien para vestirse y desvestirse. La muchacha que la atendía a ella y a Violet, solo se ocupaba de mantener su ropa limpia, y peinarla cuando asistían a un baile o presentación del Quinteto Divino.

Se acostó y apagó la vela.

Su mirada se clavó en el cielo raso. Poco a poco su vista se acostumbraba a la oscuridad que no era absoluta.

Silencio…

No, tampoco era absoluto.

Tic… tac… tic… tac… El reloj que descansaba sobre su mesita de noche le dedicaba una monótona e inacabable serenata.

Se giró.

Tic… tac… tic… tac…

—Si hubiera bebido más, ya me habría quedado dormida.

Cerró los ojos.

Un perro ladraba a lo lejos… Otro respondió.

Y otro…

Y otro…

¡Y otro más!

—¡Maldita sea! —Otra imprecación. Esa noche todo le molestaba.

Encendió la vela y se levantó.

Estrenó su nuevo atril, tomó una partitura al azar y la colocó en él. Abrió el estuche que le regalaron sus padres, sacó el arco y tensó

las crines. Las preparó con la resina, deslizándola con firme decisión. Blandió el arco para quitar el exceso de polvillo.

Tomó su preciada viola. Su padre se la regaló. Tenía más de cincuenta años de antigüedad y fue hecha por un luthier desconocido, cuyo talento quedó plasmado en el sonido grave y singular del instrumento.

Le puso la sordina para no perturbar el sueño de los demás. Siempre la tranquilizaba cuando tocaba su viola, era mejor que contar ovejas.

Y, concentrada, afinó…

Cuerda la… Re… Giró la clavija… Re… Sol… Sol… Un leve ajuste… Do…

El arco pasó al mismo tiempo por las cuerdas la y re… sol y do…

Volvió a ajustar las clavijas.

Frunció el ceño… Las notas sonaban extraño. No lograba afinarlas como siempre.

—¿Qué le pasa?

La clavija le ofrecía más resistencia de lo habitual.

Con cuidado, afinó la cuerda la…

Un pequeño estallido.

Lanzó un gritito, al mismo tiempo que un ardor agudo se clavó en su pómulo.

Florence se tocó, siseó ante el dolor. Un rastro de sangre en su dedo.

Miró la viola.

Resopló, frustrada. Se había cortado la cuerda. Su postura se encorvó.

—¡Condenación!

Con los labios apretados y haciendo movimientos bruscos guardó todo en su lugar. Apagó la vela y se acostó pensando en las actividades que tenía que modificar para poder pasar al negocio de instrumentos del señor Reeves.

Tic, tac… tic, tac… tic…

Dios, era complicado. Debía ir, pero no quería.

Gimió, contrita, y se tapó hasta la cabeza.

Era el mejor lugar, el servicio era impecable… Pero ella siempre tenía la sensación de que el señor Reeves la despreciaba. Algo en su mirada oscura le transmitía que no era bienvenida.

Amable, pero frío y distante.

No sabía si había dicho algo inapropiado o lo ofendió de algún modo. Solo tenía claro que la primera vez que visitó el establecimiento, él fue cordial y simpático, pero después el trato cambió.

Jamás supo qué sucedió entre una visita y otra. Era un misterio para ella.

Por supuesto que había probado en otros lugares, pero debía admitir que nadie lo superaba. Él ostentaba el mejor catálogo de partituras, accesorios y repuestos para instrumentos. Tampoco todos los negocios tenían el servicio de luthier.

Y, además, nadie superaba el atractivo del hombre. No era lo mismo visitar el negocio de un señor de setenta años, que el de uno de… treinta quizás… Bien valía la pena recrear la vista, aunque el señor Reeves la detestara.

«Ojalá algún día me dé motivos reales para detestarlo también», pensó.

Las horas pasaron y Morfeo nunca la visitó.

Andante

Una ventaja del negocio del señor Reeves era la cercanía. Florence no necesitaba una carabina para poder llegar. Solo debía salir de su casa —más conocida como Peony House—, caminar por Brook Street hasta Duke Street y avanzar dos cuadras hacia el norte. Ahí se encontraba Reeves & Son.

Toda una ironía, según le había comentado su hermano Anthony, el señor Reeves era soltero y no tenía ningún hijo. De hecho, él era el hijo al que hacía referencia el nombre del lugar. Un negocio heredado.

Florence se detuvo ante el escaparate. Se miró en el reflejo y fingió que examinaba un violín que se encontraba en exhibición.

Desvió sus ojos hacia la elegante puerta francesa. El pomo de bronce debía estar gélido.

«Como su trato», pensó ella.

No era la primera vez que cruzaba esa puerta, pero cada visita le exigía la misma dosis de valor. Inspiró, tomó el pomo y la abrió.

El sonido de la campanilla anunció su entrada.

El señor Reeves se encontraba detrás del mostrador, parecía estar leyendo el periódico. Su expresión insondable no cambió al levantar la mirada y verla avanzar a través de la estancia. Su voz sonó monocorde al saludar:

—Buenos días, señorita Witney.

Ah, Florence no sabía si regodearse de escuchar ese tono profundo de barítono, u ofenderse porque él no intentara ser un poquito más amable. Un «Qué sorpresa su visita» aligeraría su humor, el cual ya estaba bastante agrio por el incidente de su viola.

En fin, ella contestó con el mismo tono.

—Buenos días, señor Reeves.

El hombre le propinó una fugaz mirada al estuche de su viola.

—¿En qué la puedo ayudar?

Florence carraspeó y respondió:

—Anoche estaba afinando mi viola y se me cortó la cuerda la. Necesito una nueva, por favor.

—¿Me permite?

—Por supuesto. —Y dejó el estuche sobre el mostrador.

El señor Reeves lo abrió, sacó la viola y la examinó. Sin quitar la vista del instrumento, preguntó:

—¿Se cortó el pómulo mientras afinaba con el arco o moviendo la clavija?

Florence se tocó por puro instinto. El latigazo que le dio la cuerda le dejó un pequeño corte que todavía le dolía. ¿El señor Reeves la iba a reprender si le decía que tensó más de la cuenta? ¿Le daría un sermón sobre cómo debería afinar? Llevaba más de quince años tocando viola, sabía perfectamente cómo hacerlo.

Al notar que ella no contestaba, él la miró. Florence reprimió el impulso de esconder sus manos y contestó:

—Con la clavija… Fue extraño, no daba nunca con el tono.

Reeves dio un leve asentimiento. Regresó la viola al estuche.

—Debió doler el latigazo, menos mal que no le dio en el ojo. —Florence no alcanzó a replicar. El tono del señor Reeves fue casi amable, pero su mirada era fiera, como si estuviera conteniendo una reprimenda. De inmediato, él añadió—: Bien, hay que poner una nueva cuerda. ¿Desea una romana, alemana o nacional?

—Romana, por favor.

—Romana... Serían siete chelines por la cuerda y el servicio de luthier. Tardaré unos quince minutos.

—Perfecto. —De su retículo sacó un soberano de oro y lo dejó sobre el mostrador.

El señor Reeves tomó la moneda, esculcó sus bolsillos y contó trece chelines. Florence se quedó hipnotizada con las manos masculinas; las venas se le marcaban, los dedos no estaban del todo limpios y, sin embargo, sus movimientos parecían los de un prestidigitador.

Casi como un desafío, extendió su mano para recibir el cambio. Él depositó una pequeña columna de chelines sobre su palma. El toque en su guante fue seco y efímero.

La voz de Reeves la sacó de su breve trance cuando dijo:

—Puede esperar aquí o acompañarme al taller. —Dio media vuelta y se internó en la habitación, que se encontraba justo detrás del mostrador.

Contra toda lógica, norma del decoro y sentido de preservación, Florence lo siguió, debía vigilar de cerca su inversión… y la espalda ancha del señor Reeves. Eso era digno de darle más de dos miradas.

Al entrar en el bien iluminado taller, el aroma a madera y barniz le dio la bienvenida. Las ventanas eran enormes y dejaban pasar toda la luz del día, aunque estuviera nublado. En las paredes colgaban diversas herramientas, violines y violas en distintas fases de construcción o reparación. En un rincón, se hallaban un par de violonchelos y un contrabajo sin cuerdas. En el otro extremo, un armario y, al lado de él, planchas de madera apiladas. Sobre el mesón, más herramientas, brochas, frascos de barniz, entre otros objetos que ella no conocía su función.

El lugar podía parecer un caos a simple vista, pero para Florence todo tenía sentido.

El señor Reeves se puso un mandil sucio y raído, tomó asiento frente al mesón y, sobre este, colocó el estuche de la viola. Florence no sabía dónde situarse. Con pasos vacilantes se acercó al mesón, manteniendo una distancia prudente.

De pronto, él se giró para abrir un cajón. La vio. Jadeó. Ella parpadeó. El señor Reeves se comió una palabra malsonante, apretó la mandíbula y siguió con lo que pretendía hacer.

Florence puso sus ojos en blanco. Si no quería que ella estuviera ahí, no debió darle la opción de entrar. Se cruzó de brazos.

Reeves hizo un mohín al notar de reojo la postura de Florence, y decidió ignorarla. Del cajón sacó un sobre de papel y lo dejó a un lado. Con cuidado, retiró la cuerda rota, revisó la posición del puente, el diapasón, el cordal. Cuando una cuerda se cortaba con violencia podía desestabilizar el instrumento o dañarlo. Luego revisó el clavijero y determinó que quizás necesitaría un poco de tiza para que la clavija no se soltara con facilidad, pero eso lo vería cuando ya el trabajo estuviera hecho.

En silencio y demostrando una impresionante destreza, el señor Reeves sacó la cuerda del sobre y la instaló; primero en el cordal, atándola con un nudo que Florence apenas pudo ver, luego a la clavija.

Enceró la cuerda, la tensó.

Para ella fue todo un espectáculo observar el cambio de su cuerda; manos ágiles y con movimientos delicados, casi reverentes; ceño concentrado, mirada afilada, respiración calma y regular. Era la primera vez que lo presenciaba. Por lo general, su hermano Anthony era quien llevaba su instrumento para mantenimiento, pero desde que se casó, era más complicado contar con su tiempo, y la viola tampoco lo había requerido.

Reeves dio una última inspección y, al igual que Florence la noche anterior, realizó el mismo ritual para afinar.

Poco a poco las notas que le sacaba a las cuerdas cobraron el tono habitual: grave, pulcro, potente. La viola no era un instrumento tan popular como un violín, pero era imprescindible en una orquesta, en un quinteto o cuarteto. Era el puente armónico entre el sonido agudo de los violines y el profundo de un violonchelo o contrabajo. Su trabajo era invisible, pero se hacía notar de inmediato cuando faltaba.

Florence no pudo evitar sonreír al escuchar a su viola cantando como siempre. Se prometió que nunca más intentaría afinarla cuando tuviera un par de copas de más, tal vez hizo algo que dañó la cuerda y no se dio cuenta. Eran sumamente delicadas.

El señor Reeves tocó un par de escalas para probar la afinación y también para cerciorarse del estado de las demás cuerdas. Florence arqueó las cejas, sorprendida, él era bastante habilidoso, sobre todo cuando aumentó la velocidad. Un buen luthier no precisaba ser un buen músico.

Algunos decían que era el oficio de quienes fracasaban en la música, pero la amaban tanto que preferían dedicarse a crear o reparar en vez de renunciar. Florence no estaba de acuerdo con esa premisa.

Reeves soltó una exhalación, satisfecho y dijo:

—Creo que está lista, señorita Witney. —Le ofreció la viola y el arco—. Pruébela.

Ella se quitó los guantes. Al recibirla, sus manos se rozaron. No hubo suavidad en el contacto, sino una terrenal aspereza poblada de callosidades, que contrastaba con los dedos finos y gráciles de ella.

Fue un segundo de calidez en medio de la frialdad que reinaba entre ellos.

Florence probó su instrumento y, en vez de tocar un par de escalas, interpretó un fragmento del *Concierto para viola en sol mayor* de Telemann; una pieza antigua que pocos conocían y mucho menos interpretaban, pero para ella era una obra muy querida. El compositor se esmeró en hacer brillar el potencial que tenía el instrumento como solista.

Reeves cerró los ojos. Florence notó que casi sonrió. Al menos, él apreciaba una ejecución impecable.

Solo para castigarlo cortó el sonido de golpe. Él abrió los ojos y frunció el ceño.

—Ha hecho un excelente trabajo, vale cada chelín. —«Incluso si me ha sometido a un duro y eterno escrutinio», pensó—. Muchas gracias.

Reeves asintió y se quitó el mandil.

—A su servicio, señorita Witney.

En menos de un minuto, Florence guardó la viola y el arco.

—Que tenga un buen día, señor Reeves.

—Usted también. Ojalá no tenga que volver en un largo tiempo.

Florence no supo si aquello fue un buen deseo o una velada invitación a no regresar nunca más.

Tensó una sonrisa. A paso vivo salió del taller, atravesó la estancia, abrió la puerta y se alejó.

Lo último que escuchó el señor Reeves fue la voz ahogada y furiosa de Florence diciendo: «¡Idiota!».

Alegretto

Esa tarde de viernes, Florence chasqueaba sus dedos para marcar el *tempo*. Su alumno —George, un niño de ocho años—, deslizaba el arco sobre la cuerda La. El sonido chirriante y desigual era una ofensa para los oídos de cualquiera, pero para ella era la forma de diagnosticar en qué fallaba su alumno.

—Laaaaaaaaaaaaa… —indicaba la nota y qué tanto alargarla—. Reeeeeeeeeeeeeee… Soooooooool… bien, mantenla así, la misma presión a lo largo del arco… Doooooooooooooo… ¡Otra vez! Laaaaaaaaaaa…

George cerraba los ojos ante el terrible sonido de la viola, que se parecía al de una bestia enferma. Florence recordó sus inicios, también hacía lo mismo. Lo amonestó con suavidad:

—Abre los ojos, George. Solo por hacer eso pierdes el equilibrio. Ojos abiertos. —Aceleró sus chasquidos—. Laaaaaa… Reeeeeee… Soooool… Doooooo… Suficiente… —El niño soltó un suspiro—. Sé que es frustrante, pero solo es práctica.

—Se me cansan los brazos, maestra.

—Lo sé. En cuestión de tiempo los fortalecerás… Necesito que practiques en casa… quince minutos es suficiente, pero hazlo todos los días.

—Mi madre se queja del «ruido infernal». Dice que le provoco jaquecas.

—¡Rayos! —Florence hizo un mohín. Había madres que parecían detestar a sus hijos. Miró de soslayo su estuche—. ¿Tienes una sordina?

—Mi abuela es medio sorda. —Florence rio—. No se burle, cuenta buenas historias. —Las carcajadas aumentaron, al punto de sonar como si fuera una cerdita; su peor cualidad—. Es cierto.

Florence se secó una lagrimilla por tanto reír.

—Ay, no… George… —Carraspeó para poder domar su risa—. No estoy hablando de sordera… Una sordina es un accesorio que usamos los músicos para atenuar el sonido del instrumento, y no perturbar a los demás cuando practicamos.

—Aaaah, eso… No, no tengo.

—Me lo imaginé. —Se acercó a su estuche que reposaba sobre una silla. Lo abrió y sacó su sordina, la de ella era una pieza de plomo. Se la mostró a George—. Si te fijas, tiene el espacio para colocarla sobre el puente. ¿Ves? Es muy fácil. Prueba ahora como suena.

George abrió sus ojos, asombrado ante ese descubrimiento.

—Le pediré a mi padre que me compre una.

—Así no molestarás los delicados oídos de tu madre. Por el momento, te prestaré la mía. Me la traes de vuelta cuando nos volvamos a ver en la próxima clase.

—Sí, maestra. Muchas gracias.

—Se la muestras a tu padre para que sepa qué tiene que comprar. La puede adquirir en el negocio del primer piso, o si quiere algo de mejor calidad puede ir a Reeves & Son, en Duke Street.

—Ah, sí lo conozco. Mi padre compró ahí mi viola. Es muy simpático el señor Reeves.

Florence arqueó la ceja. Con la madre que tenía, dudaba del concepto de simpatía de George.

—Bien, ha sido todo por hoy.

George guardó su viola con celeridad. Sonriendo, se despidió.

—Adiós, maestra.

—Nos vemos en la próxima clase.

El niño abandonó la sala para ir al encuentro de su niñera, que lo esperaba en el pasillo.

Florence resopló y tomó sus cosas para dirigirse a la sala de ensayo, lugar donde el Quinteto Divino practicaba su repertorio. Los días de reunión eran los lunes y viernes, debido a las diversas actividades de los integrantes.

Caleb, pianista, era el heredero del ducado de Ravensworth. Se dedicaba a administrar las propiedades y negocios, mientras que su padre se hacía cargo de la política.

Matthew, violonchelista, era el heredero del condado de Corby. Médico de profesión, alternaba entre hospitales, consultas privadas y la música.

Anthony, segundo violinista, era el heredero del vizcondado Rothbury. Sus ocupaciones eran las mismas de Caleb, pero también

era el director interino de la Academia Hope, cuando era requerido.

Grace, duquesa de Oxford y primera violinista, era la dueña de la Academia de Música Cross, lugar donde Florence era maestra. Pasaban gran parte del día impartiendo clases o haciendo trabajo administrativo. Eran las únicas que se dedicaban por completo a la música.

Florence, antes de entrar a la sala de ensayo, frunció el ceño, extrañada, ya se escuchaba a los demás afinando o calentaban los dedos practicando escalas. Era toda una rareza que ella fuera la última en llegar al ensayo. Por lo general, era la primera o segunda.

Abrió la puerta. Anthony la saludó:

—¡Buenas noches!

Los demás, para seguir con la broma, la abuchearon. Florence alzó su barbilla y tomó su lugar entre su hermano y Matthew.

—He llegado puntual. Ustedes fueron los que se golpearon en la cabeza y se adelantaron.

Caleb apuntó a Anthony y replicó:

—Tu hermano es el culpable, nos fue a buscar para que llegáramos más temprano.

Florence miró al aludido.

—Entonces, ¿tú te golpeaste en la cabeza, o fue Gwen?

—Mi adorada esposa no me golpea, no le doy motivos… Aunque quizás en unos seis meses querrá estrangularme.

Matthew ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Por qué? —Ni bien terminó de decir la última sílaba, le dio unas palmadas en la espalda a su amigo—. Ya entendí.

Grace entrecerró sus ojos y preguntó:

—¿Me perdí de algo?

Anthony sonrió.

—Hoy mi señora esposa, me ha comunicado que seré padre.

Florence abrió su boca. No supo por qué, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. Abrazó a su hermano… pronto sería tía otra vez.

—Oh, felicidades, Tony.

—Gracias.

Se separaron solo para que los demás felicitaran al futuro padre con abrazos, bromas y buenos deseos. Según los cálculos de Gwendolyne, el bebé nacería en julio. En pleno verano.

Después de las felicitaciones, Grace impuso el orden dando un breve aplauso.

—Bien, a trabajar… —Todos enderezaron su postura y pusieron atención—. Gracias. Se acerca la Navidad... —Una ola de gemidos lastimeros se elevó en la sala. Grace estiró una sonrisa—. Sí, se viene el repertorio navideño. Daremos un concierto en Hannover Square Rooms, uno en el Covent Garden Theatre, otro en la Academia Hope, donde también asistirán nuestras familias y, finalmente, cerraremos el año en el baile de Navidad del ducado de Ravensworth… La idea fue de Caleb. Como siempre, será un mes con mucha actividad. Por lo que tendremos que definir el repertorio. Cada uno escogerá una pieza que dure entre siete a quince minutos para que cada concierto no se extienda más de una hora y media. —De una carpeta extrajo varias hojas y las fue repartiendo—. Aquí están las partituras de la pieza que yo he escogido. En nuestras próximas reuniones traerán las suyas.

Caleb arqueó sus cejas al leer el título de la obra.

—¿De dónde sacaremos un coro para el *Hallelujah*?

—Será una versión más sobria de lo que pensó Händel… Nos acompañarán en los bronces los maestros de la academia y el coro de la iglesia de Saint Pancras. Seremos una orquesta de cámara este año.

—No quiero tocar el clavicordio. —Caleb se encorvó sobre el piano y le dio un ligero cabezazo a las teclas, logrando una cacofonía de notas—. Me faltará una peluca llena de rizos para sentirme a tono.

Todos rieron imaginando a Caleb con una peluca polvosa y centenaria. Grace agregó:

—Es posible que encuentres una de nuestro tatarabuelo en el ático de Westwood Hall. —Miró al resto—. Bien, hagamos una lectura rápida.

Florence colocó su partitura en el atril y sacó su viola. Desde que su cuerda se rompió, la miraba con cierto recelo y redobló sus

esfuerzos en no someterla a cambios bruscos de temperatura. Asunto complicado, el otoño de por sí ya era frío y húmedo.

Tensó las crines del arco, verificó si era necesaria la resina… No, estaba impecable.

Y afinó.

Las notas sonaban bien, mas no perfectas, había algo que le molestaba a Florence. No era la misma vibración de siempre. Lo sentía en los tendones, en su cabeza… en todo su cuerpo.

No quiso seguir forzando la afinación, temía romper otra cuerda en menos de una semana.

Se dedicó a leer la partitura y tararear la música.

Tras unos minutos, Grace indicó:

—Vamos a tocar los primeros ocho compases, a ver qué tal. —Con su pie marcó el *tempo*, elevó ligeramente su violín, y una fuerte inspiración les dio la entrada a los demás.

La música alegre y solemne se esparció en la sala de ensayo. No era perfecta, lo normal en las primeras lecturas, y adquiría otro matiz con el sonido del piano en vez del clavicordio. No obstante, la duquesa notó que Florence no era la misma de siempre.

Grace dejó de tocar, y el resto, en pasmosa sincronía, también. Miró a su amiga.

—¿Pasa algo, querida? Te veo incómoda.

Por medio segundo pensó en responder «Nada», pero se arrepintió. Tal vez eran imaginaciones suyas, y quedó demasiado sensible con el incidente del viernes pasado.

Apretó los labios y respondió:

—Siento rara la viola. El tono es correcto, pero no vibra como siempre. ¿Ustedes lo notan?

Todos negaron con la cabeza, menos Grace. Con un gesto, la duquesa le pidió la viola a su amiga. En respetuoso silencio ejecutó un par de escalas de negras.

—Tienes razón, se escucha bien, mas no es el mismo sonido de siempre. —Examinó la viola y añadió—. La cuerda que reemplazaron está perfecta, pero puede ser que necesites cambiar el resto. Tal vez las otras están demasiado usadas en comparación con la nueva, y eso modifica el sonido y la sensación al tocar.

—Puede ser… Mañana iré a ver al señor Reeves para que la revise.

—Sí, él es uno de los mejores luthieres de Londres. Vale cada penique su trabajo. —Florence hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa—. ¿Puedes continuar con tu viola o te presto una de la academia?

Florence lo meditó por un par de segundos. Lo cierto era que no le gustaban las violas de la academia. No porque fueran instrumentos de menor calidad, sino porque estaba demasiado acostumbrada a la suya.

—Seguiré con la mía. No te preocupes.

Grace asintió.

—Bien, *da capo*.

*****

Florence resopló ante la puerta del negocio del señor Reeves.

«No seas cobarde, Florence. Es solo un ogro que escupe tonterías, no morderá», pensó para darse ánimos.

Abrió la puerta y entró.

La campanilla anunció su llegada.

No había nadie frente al mostrador.

Florence se internó observando los instrumentos que se exhibían. Todos ellos tenían una tarjeta que indicaba aspectos técnicos, procedencia y si era nuevo o usado.

«Así no pierde tiempo en dar explicaciones. Se ahorra la mitad del discurso», su mente juzgó con rapidez.

Se acercó a una viola, era hermosa, podía percibir el aroma del barniz y la madera. Tomó la tarjeta y la leyó.

Viola 4/4 - Segunda mano.
Fabricación nacional.
Año: 1834.
Luthier: B. R. II.
Tapa armónica: abeto.
Fondo: arce.

Diapasón y clavijas: ébano.
Cuerdas: romanas.

—Buenos días, señorita Witney.

Florence soltó la tarjeta como si quemara. Sus ojos se dirigieron hacia el mostrador. El señor Reeves la observaba fijo.

—Buenos días… —Con un gesto vacilante señaló la viola en exhibición—. Es hermosa.

—Lo es. ¿En qué le puedo servir?

—Oh… Bueno… —Esperó a que Reeves soltara un comentario ácido, mas solo obtuvo silencio y atención—. Mi viola suena extraño.

El luthier frunció ligeramente su ceño.

—Explíquese mejor, por favor.

—Suena bien, pero no perfecto… La vibración que siento no es la misma de siempre… No sé si me entiende.

Reeves asintió. Su mirada se desvió hacia el estuche de Florence.

—¿Me permite?

—Oh, por supuesto. —Se lo entregó y sintió su rostro arder.

—Lo veremos en mi taller. Hay mejor luz. Puede esperar aquí si quiere.

Florence, solo para fastidiar a Reeves, lo siguió. Recorrió la espalda con la mirada. Arqueó una ceja al descender su escrutinio más allá de lo apropiado. «Esa parte tampoco está mal», soltó su lado más pícaro.

Reeves, fugaz, echó una ojeada por sobre su hombro. Florence desvió la mirada fingiendo que la pared llena de esqueletos de violines era más interesante. A sus oídos llegó el sonido de una profunda inhalación y exhalación.

Reeves se sentó frente al mesón de trabajo. Miró de reojo a Florence y dijo:

—Detrás de ese contrabajo hay un taburete. Puede usarlo.

Florence se giró y fue a donde le indicó Reeves. Con cuidado de no tocar el enorme instrumento, lo sacó.

Lo situó a una distancia prudente y se sentó.

Reeves ya estaba examinando la viola. Entrecerró sus ojos y la giró.

Cloc, cloc…

Florence abrió sus ojos hasta que se desorbitaron, jadeó.

—¡No! ¡El alma!… No estaba así ayer. —Sus pulsaciones se aceleraron y se apresuró a justificarse—: Solo sonaba extraño.

—Entiendo. —Reeves tomó unas pinzas, volteó el instrumento y lo movió con cuidado para que la pieza se deslizara hasta la abertura curva llamada «efe»—. Puede ser que con el corte de la cuerda se haya desplazado, y luego con el uso y el transporte terminó por soltarse. Son cosas que pasan.

—Debí ser más cuidadosa.

—Los instrumentos de cuerda frotada suelen ser caprichosos… Ahí estás. —Reeves contuvo la respiración y con las pinzas capturó la esquiva pieza. Una vez que lo extrajo, se la exhibió a Florence—. Aquí está su alma.

Se la entregó para que ella la pudiera examinar.

En esos ojos bien abiertos se reflejó la fascinación. No era más que un cilindro de madera de unos cinco centímetros de alto… Era como el dedo meñique de un niño.

—Es impresionante que una pieza tan pequeña sea tan importante. —Se la entregó a Reeves—. Y tan dramática.

—Una viola sin alma, solo es una caja bonita… Igual que las personas. —Se hizo un silencio efímero en el que se sostuvieron la mirada. Él rompió el contacto y dijo—: Tengo que ponerla en su lugar ahora… Será sin costo, debí haberla examinado la semana pasada.

—Gracias, señor Reeves.

Destensó las cuerdas de la viola, lo suficiente para que el puente no se soltara. De una caja de herramientas pequeñas, él tomó un gancho para almas, un instrumento de hierro con forma de «S», cuyos extremos eran diferentes, uno plano y afilado y el otro, era una especie de estrella con puntas cortadas y con ángulos redondeados.

Clavó el alma en el extremo afilado y procedió a colocarla en su lugar metiéndola por la efe.

Florence no parpadeaba, no respiraba, pendiente de cómo él se inclinaba para observar a través de las efes. El señor Reeves sacó la punta de la lengua que quedó anclada en la comisura de sus labios, y pronto el sudor perló la frente surcada en concentración. Ella no se atrevía a emitir ni una clase de ruido para no desconcentrarlo.

El tiempo se convirtió en algo que no se podía medir en segundos o minutos, había perdido toda lógica en ese instante.

El señor Reeves por fin sacó el gancho. El alma estaba colocada en una posición precaria. Giró la herramienta, e introdujo el extremo opuesto.

Le daba golpecitos leves al alma, milimétricos, para encajarla en un punto específico.

Clinc, clinc, clinc, clinc…

El tintineo del gancho moviendo el alma era lo único que se escuchaba en la estancia. Cualquier otro ruido del exterior parecía haber enmudecido.

Retiró el gancho, ajustó las cuerdas y afinó. Le ofreció la viola a Florence.

—Necesito que toque una nota larga mientras sigo ajustando el alma… Debo encontrar el punto dulce.

Florence parpadeó.

—¿El punto dulce?

—La posición perfecta… del alma.

—Oh… —Eso significaba que iban a estar muy cerca—. Rayos… Perdón… Sí, por supuesto.

—Es lo más rápido.

—Claro, claro…

Recibió la viola, luego el arco que Reeves ya había tensado y preparado con resina. Florence se levantó y se acercó a él para que introdujera el gancho y pudiera ver a través de las efes.

—Toque.

Florence deslizó el arco sobre la cuerda la. Lento, constante, fluido, hacia arriba. La nota ahogaba los golpecitos que Reeves apenas le daba al alma. Ella escuchó una leve variación. Deslizó el arco hacia abajo. Se vio obligada a inspirar, un aroma nuevo llegó a

sus fosas nasales. No era el barniz ni la madera… No, provenía del señor Reeves. Suave, limpio, cítrico, pero no ácido.

Era muy agradable.

—No deje de tocar, por favor.

—Perdón, no me di cuenta.

Reeves le dedicó una ligera mirada de reproche y volvió a su labor.

Florence se concentró en no dejar de tocar, en no respirar, pero lo último era imposible. El aroma era singular, nunca había sentido algo parecido.

«Nunca habías estado tan cerca de un hombre que no fuera un pariente, para empezar», le recordó esa fastidiosa vocecilla.

El tono de la nota cambió… Esa era. Florence miró a Reeves. Él sonreía observando el alma. Era prodigioso el cambio en su rostro siempre severo.

El punto dulce del luthier.

Uno que no duró demasiado. El gesto de Reeves se endureció cuando pidió:

—Necesito que toque la viola para saber si todo está en orden.

—Sí, por supuesto. ¿Algo en particular?

—Telemann… por el registro medio de la pieza.

Florence asintió. Como agradecimiento, ejecutó el cuarto movimiento, el más rápido y emocionante, de principio a fin.

Reeves, serio, cerró los ojos y seguía el compás con la cabeza. En el rabillo de sus ojos se formaron incipientes patas de gallo. Se estaba asegurando de que la reparación fuera perfecta.

Y la última nota se deslizó moribunda.

Reeves abrió los ojos.

—Sobresaliente sin duda. Su viola volvió a ser la de siempre. —Con un gesto le solicitó que le regresara el instrumento.

—Gracias, señor Reeves. —Se lo entregó junto con el arco y él lo guardó en el estuche. Cerró los broches y se lo devolvió—. Ha sido muy amable.

Él solo asintió.

La campanilla de la puerta de entrada repiqueteó. Reeves se levantó como si hubiera sido un disparo en vez de un tintineo. Invitó

a Florence a marcharse del taller. Ella apresuró el paso. Si la sorprendían junto con el señor Reeves saliendo de un lugar tan privado, podrían surgir habladurías, y su reputación ya se encontraba en un precario equilibrio por ser como era.

Reeves se adelantó y le impidió que ella saliera de inmediato. Su cuerpo era como un escudo para proteger su identidad.

Al cruzar el área del mostrador, respiró aliviada. El cliente se encontraba en el extremo opuesto, y fisgoneaba unas partituras, dándoles la espalda.

Reeves se hizo a un lado para que ella pasara, el tácito plan era perfecto.

Para no delatar del todo su presencia, se despidió con un gesto del señor Reeves. Él solo respondió con un movimiento seco de cabeza.

Abrió la puerta y la campanilla acusó su salida.

Florence emprendió la huida. No se atrevió a mirar hacia atrás.

Cantabile

Esa tarde, en la sala de música de Peony House, Florence sonrió al escuchar el sonido de su viola. La vibración que sentía en su pecho era perfecta. Diligente, practicaba su parte de la pieza que eligió Grace.

El *Hallelujah* de *El Mesías* de Händel era el clímax de la obra, mas no el final.

—Si yo fuera Grace, lo pondría como el gran *finale* del concierto —pensó en voz alta sin dejar de tocar—. Es muy inspiradora, aunque corta. Como un fuego artificial que explota en la noche.

Su sonrisa no abandonaba su rostro por el puro placer de escuchar su viola tal como siempre: grave, poderosa, solemne.

Al ritmo del coro del canturreó:

—Benditas las manos del señor Reeves, *hallelujah*, *hallelujah*, *hallelujah*… El hoscooooo Reeeeves… —Rio y dejó de tocar—. Ay, no me puedo burlar de él. Salvó el alma de mi viola… y gratis… Quizás no me detesta tanto.

Observó su querido instrumento. Ladeó su cabeza al notar las iniciales marcadas en el fondo del instrumento.

B. R. I.

Recordó la viola que vio en el negocio del señor Reeves… Las iniciales eran similares B. R. II.

¿La R era de Reeves? Pero también podía ser una infinidad de nombres y apellidos… Tal vez solo era coincidencia.

Cuando su padre le regaló la viola, le dijo que el fabricante era desconocido, pero le aseguraron que era de excelente calidad, y lo era. Qué intriga.

—Ni loca iré a preguntarle al señor Reeves. No pienso ir, a menos que sea absolutamente necesario. —Su mirada terca se enterneció mientras acariciaba la lustrosa madera de su viola—. Compórtate, no me hagas pasar más sustos.

Su instrumento era lo único constante en su vida; todo a su alrededor parecía cambiar de un día para otro.

Todo, excepto ella.

Y eso estaba bien, su vida era tranquila, no tenía grandes necesidades ni vicisitudes. Sus sufrimientos eran tonterías banales si las comparaba con personas más desdichadas que ella.

Ese era su consuelo, aun así…

Volvió a practicar. Sus dedos volaban por el diapasón para cambiar la posición, presionando las cuerdas. El arco las acariciaba y la melodía se hacía viva.

Ah, sonaba tan bien.

—Rayos… —Ralentizó las notas en un pasaje hasta que murieron. Se inclinó para leer mejor la partitura—. Ah, benditos tresillos, tararata, tararata… *Hallelujah, hallelujah…* —Se enderezó e hizo un mohín—. No tendremos tanto trabajo para esta pieza, se lucirán el coro y los bronces. Mejor para mí si queda al final del repertorio, estaré agotada a esas alturas del concierto. —Se masajeó el mentón, pensativa—. ¿Qué pieza elegiré para el repertorio?

Dejó su viola sobre el asiento, y se dirigió al estante donde se almacenaban las partituras, las cuales estaban clasificadas por autor. Mientras leía los nombres de los compositores, Florence pensaba en lo que deseaba mostrar en el concierto. Ese era su criterio, cómo podía lucir su viola, y no necesariamente con una pieza solista.

—Händel, descartado, ya lo tomó Grace. ¿Mozart?… No. ¿Selección de villancicos? No, demasiado simple. ¿Bach?… mmmmmm… puede ser… —Las letras doradas y filigranas resaltaron sobre el cuero rojo—. Oooooh, cómo no pensé en ti, Arcangelo Corelli. Popular, tradicional, buen gusto musical… *Concerto grosso en sol menor, Opus 6, número 8 «Fatto per la notte di Natale»*. —Hojeó la partitura hasta la parte de la viola. Por un buen rato estuvo leyendo y tarareando la melodía. La conocía, era un clásico navideño—. Sí, cumple con no ser tan extenso… No necesito una pieza ambiciosa, pero aquí si la viola no está, no hay armonía... Luce en las sombras sosteniendo a los demás.

Suspiró. ¿Desde cuándo hablaba tanto consigo misma?

De pronto, todo era muy silencioso.

Anthony ya no vivía en Peony House. Antes de que se casara escogían juntos las piezas que ejecutarían para el quinteto cuando no eran obras originales.

Extrañaba a ese hombre fastidioso.

Así era la vida. Y así como sus hermanos mayores se casaban, los menores ya estaban de lleno en el mundo adulto. Ese año era la primera temporada de Violet, por lo que se encontraba fuera de casa asistiendo a una *soirée* acompañada por su madre y su padre. Su otro hermano, Elijah, debía estar con sus amigos…

Ese sábado por la tarde estaba sola.

Se preguntó si así sería el resto de su vida, como un adagio. Lento, constante… Algunas veces podría ser majestuoso, en otras, triste.

Quizás ya era el momento de desechar las esperanzas, esas que conservaba en el fondo de su corazón. Amar, ser amada… y si tenía suerte, formar una familia sin morir en el intento.

Tal vez su destino sería una confortable soledad.

Parpadeó rápido para disipar el ardor en sus ojos. Se secó las incipientes lágrimas.

Tosió para deshacer el nudo que apretaba su garganta. Enderezó su postura… Debía acostumbrarse a estar cada vez más sola.

Tenía que mantenerse ocupada. Sí, eso haría. Inspiró profundo y ordenó las partituras, dejando aparte la de Arcangelo Corelli. Se levantó. Tenía que arreglar algunos pasajes para el quinteto y luego transcribir las partes para los demás instrumentos.

Una ligera sonrisa malévola emergió en sus labios.

*****

Una semana después, en la sala de ensayos de la Academia Cross, se escucharon las notas discordantes del piano.

Luego un gemido lastimero y grave.

—¿Otra vez clavicordio? Florence, ¿por qué me torturas?

Ella esbozó una media sonrisa de suficiencia.

—¿No encontraste una peluca, Windlesham? —Ese era el título de cortesía de Caleb, y ella lo usaba para provocarlo.

—Lo que queda de ella. —Fingió un escalofrío—. Las ratas se comieron la mitad.

—Pídele una a mi primo Justin, es un juez después de todo.

Caleb la miró con falsa condescendencia.

—Una peluca de juez no tiene estilo barroco.

—El clavicordio por sí solo tiene estilo barroco. —Miró a Grace—. ¿Cuándo lo traerán para que Caleb se sienta a gusto de una vez por todas?

—Hoy Oxford fue con el señor Reeves a revisar uno que está a la venta. Si todo sale bien, la próxima semana tendremos uno.

Tan solo la mención del señor Reeves le provocó un nudo en el vientre. Dios, sentía que esas semanas fue nombrado más que en cinco años. Compuso una sonrisa y dijo:

—Qué maravilla… No tenía idea de que el señor Reeves supiera de clavicordios.

—Sabe lo suficiente para hacer una inspección inicial. Si le quedan dudas, llamarán a un especialista. No hay de qué preocuparse, ese hombre nació entre instrumentos musicales, su criterio es bastante confiable… En fin, vamos a seguir ensayando el cuarto movimiento de la *Novena Sinfonía*. Nos falta poco para tenerla lista. La próxima semana vendrá el coro y los bronces para que ensayemos todos juntos.

Florence no necesitaba leer la partitura, ya se la sabía de memoria. Mientras los demás estudiaban sus partes y tarareaban, su mente evocó el aroma del señor Reeves, el tono de sus cabellos claros y bien peinados, la expresión de concentración mientras ponía el alma en su lugar.

Esos ojos oscuros que no parpadeaban.

Era tremendamente atractivo ver a un hombre en su elemento, haciendo una tarea que exigía mente y cuerpo, conocimientos y experiencia.

Y no debería pensar en él. Era absurdo. Ella era un fastidio para ese hombre.

Si tan solo la tratara como una cliente normal, con una pizca de calidez…

«Ahí sí que estarías buscando excusas para ir a verlo, igual que una debutante atolondrada. Es lo mejor, Florence Witney», se reprendió en su interior.

Soltó un suspiro.

—Sí, es lo mejor.

La voz de Matthew le preguntó:

—¿Qué es lo mejor? Tony se volvió loco al proponer el cuarto movimiento para aprovechar el coro.

Florence quiso hundirse en la silla y fundirse en ella por toda la eternidad. ¿Cuánto había pensado en voz alta?

Fingió demencia.

—Ha sido una gran idea, así como yo elegí una pieza con clavicordio para aprovechar de torturar a Caleb.

—¡Te escuché, Florence! ¡Lo hiciste a propósito!

Ella puso los ojos en blanco.

—Deja de quejarte por el bendito clavicordio, Caleb, pareces un bebé.

Grace amonestó a su hermano dándole un golpecito en la cabeza con el arco de su violín.

—Basta, Windlesham, Florence… Sean adultos, por todos los santos. —Se pellizcó el puente de su nariz. A veces esos dos eran más infantiles que los niños del curso inicial de la academia—. Bien. Empecemos. *Da capo*…

Presto, fortissimo…

Florence leía las notas, concentrada. El arco iba y venía ante el poderoso inicio, exigiéndole a su viola toda la potencia que podía dar.

El sonido se detenía en seco y se volvía majestuoso.

Sosteniendo la nota.

Pizzicato… *Diminuendo*…

Hermoso. La música viajaba vibrante hacia su pecho y sus dedos. Tibia, como una pluma siendo llevada por el viento.

Dolce… *Sempre piano*…

Forte…

Cargó el arco sobre las cuerdas. Las pulsaciones de Florence se dispararon al notar una vibración irregular.

«¿Qué me pasa? Estoy tocando horrible».

Un calor sofocante se propagó en su cuerpo. Miró de reojo a los demás, sus ojos se cruzaron con los de Matt, parecía que notaba

que ella no estaba tocando bien.

En ciertas posiciones, el sonido se ahogaba.

«Soy mejor que esto». Se exigió más en la postura, en la rapidez. Sus músculos se tensaron y el dolor se extendió hasta sus dedos. Cada cambio de velocidad se volvió un suplicio.

Presto…

La velocidad aumentó al igual que la fuerza del sonido, pero menguaba.

Y fue evidente. Su viola cojeaba como una carreta con una rueda defectuosa.

Los demás dejaron de tocar y miraron a Florence con… con tristeza. También pudieron notar que algo extraño pasaba.

Ella dejó la viola y el arco sobre su regazo, y se tapó la cara para ocultar cómo las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No sé por qué estoy tocando tan mal… Lo siento, estoy arruinando el ensayo.

Ni siquiera sabía por qué lloraba tanto. En otras ocasiones, cuando fallaba en piezas más difíciles no se echaba a morir de esa forma.

—Hay días buenos y días malos, querida —consoló su hermano acariciándole la espalda. Una mentira piadosa.

Matthew asintió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Quizás es el cansancio. Tú y Grace parecen esclavas de esta academia. —Le propinó una mirada a la duquesa para asegurarle que exageraba para darle consuelo a su amiga.

Caleb solo se limitó a no decir ninguna tontería, era el peor del mundo cuando veía llorar a una mujer. La impotencia se lo carcomía.

Grace, con gentileza, tomó la viola de su amiga y la examinó. El alma estaba en su lugar, las cuerdas también, pero podía ser otra cosa. El instrumento aparentaba estar en óptimas condiciones.

Ejecutó los últimos compases, los más exigentes. Todos hicieron muecas de dolor.

La duquesa le devolvió la viola a su dueña y dictaminó:

—No es tu técnica, querida. Es tu instrumento que no está respondiendo igual.

Aquellas palabras solo mitigaron una pequeña parte de esa autoflagelación que Florence se estaba propinando, mas el llanto no cesó.

Todos comprendían ese dolor; un instrumento no era solo un objeto, sino parte del alma de un músico, y cuando se dañaba…

Era como tener el corazón roto.

Florence se secó las lágrimas. Un suspiro entrecortado hizo eco en la sala… Contempló su pobre viola.

Un resignado pensamiento plagó su mente.

«Mañana no tendré más remedio que enfrentar al señor Reeves».

Grave

El trayecto hacia Reeves & Son fue como un viacrucis para Florence, incluso las nubes oscuras y amenazantes eran el perfecto telón de fondo para su ánimo. El viento frío golpeaba sus mejillas y alzaba la alfombra de hojas anaranjadas y amarillas.

Apuró el paso cuando sintió que unas gotas mojaron su rostro. No podía seguir sometiendo a su viola a cambios tan bruscos de temperatura. Su estuche era excelente para protegerla, pero, aun así, en el estado actual ningún cuidado era suficiente.

Llegó al negocio del señor Reeves casi corriendo, y ni siquiera se detuvo ante la puerta, solo entró.

La campanilla le dio la bienvenida, ya era un sonido que cada vez era más familiar.

El señor Reeves atendía a un cliente. Le dedicó una fugaz mirada para luego concentrarse en envolver en papel unas partituras.

No tardó demasiado, le esbozó una sonrisa al cliente y dijo:

—Muchas gracias por su compra, señor Richardson.

—Nos vemos pronto, señor Reeves.

El cliente se retiró, feliz con sus nuevas partituras. Al pasar por el lado de Florence, se tomó el ala de su sombrero y ella respondió con una breve reverencia.

La campanilla despidió al señor Richardson.

Florence avanzó hasta llegar al mesón. En el rostro del señor Reeves no había rastro de esa amabilidad que le demostró al cliente anterior, solo una seriedad draconiana.

—Buenos días, señorita Witney. —No esperó a que ella respondiera—. ¿En qué le puedo servir?

Florence inspiró hondo y dejó el estuche sobre el mostrador.

—Mi viola está fallando… No son las cuerdas, no es el alma… —Apretó los labios para no llorar frente a él, pero de todos modos sintió que sus ojos se humedecían—. Necesito que la revise, por favor.

El señor Reeves no abrió el estuche, solo lo tomó y se dirigió a la salida. Florence entreabrió la boca, ¿acaso la iba a expulsar?

El alma le volvió al cuerpo cuando él giró el cartel de «Abierto» a «Cerrado» y aseguró la puerta.

Al regresar y pasar por su lado dijo:

—Vamos al taller.

Florence no temió al saberse encerrada con el señor Reeves, solo se limitó a seguirlo. Ni siquiera se recreó con la espalda ancha, lo único que deseaba saber qué mal tenía su viola.

Ya era casi un ritual entrar al taller. Reeves se sentó frente al mesón de trabajo, Florence tomó el taburete que se escondía detrás del contrabajo y se situó a una distancia prudente.

El señor Reeves sacó la viola de su estuche y se la entregó a Florence. Preparó el arco y se lo ofreció.

Ella lo tomó y esperó la siguiente instrucción.

—Toque, por favor.

—¿Telemann?

—Pruebe con la pieza en que se evidencia la falla. Así podrá replicar el sonido que a usted le incomoda.

—Claro… Bien…

E inició el cuarto movimiento de la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

Reeves cerró los ojos al reconocerla.

En las notas largas y suaves, el sonido era limpio, perfecto.

Sin embargo, cuando se requería fuerza, la intensidad se apagaba. A oídos inexpertos esa falla era inaudible, pero tanto para el señor Reeves como para Florence, era la antesala de algo más grande.

El luthier abrió los ojos y alzó su mano. Ella se detuvo y lo miró, expectante.

—Definitivamente, hay algo extraño en su instrumento, señorita Witney. Permítame, por favor. —Extendió su mano y Florence le entregó la viola y el arco.

El señor Reeves ejecutó escalas, primero *pianissimo*, apenas ejerciendo fuerza en las cuerdas. Después repitió el ejercicio; *fortissimo*, llevando al límite la capacidad sonora de la viola.

Soltó una exhalación seca.

Dejó el arco a un lado y acarició el instrumento, con una delicadeza casi reverente, como si temiera lastimarlo.

Durante largos minutos en silencio, Florence solo era capaz de contemplar los dedos del señor Reeves deslizándose sobre la madera, en cada curva y planicie de su viola.

Al terminar, el luthier hizo un mohín, y una especie de gruñido ahogado colmó el taller regado de virutas de madera.

Acercó su oído a la tapa trasera del instrumento y daba golpecitos con su dedo índice en distintas zonas de la tapa armónica.

Probó la firmeza del mástil, del cordal, del puente y del diapasón.

Dejó ir una grave y larga espiración.

Movió su taburete y se acercó más a la ventana. En ese sector del taller había una lupa de joyero. Necesitaba ver lo que sus ojos no, y expuso la viola para poder estudiarla mejor. Se tomó un largo tiempo recorriéndola centímetro a centímetro.

Voluta, efes, mentonera, talones.

Continuó volviendo a la tapa armónica.

Nada.

Giró la viola. Y justo cuando la luz se reflejaba sobre la tapa trasera, notó una irregularidad en la curvatura, una que podía ser peligrosa.

Se cercioró agregando otra lupa más para magnificar la zona. Chasqueó su lengua, el sonido parecía más de lamento que de hastío.

—Ahí está.

Florence saltó de su taburete y se acercó al señor Reeves. El impulso fue más fuerte que el decoro. Necesitaba ver lo que él descubrió.

El luthier tomó una honda inspiración antes de decir:

—¿La ve?

Florence entrecerró sus ojos, lo cierto era que no distinguía nada fuera de lo normal. Negó con su cabeza.

El señor Reeves puso su dedo sobre la madera. Florence podía notar cada callo, cada imperfección de la piel y la uña. Parpadeó al desviar su mirada hacia donde él señalaba.

Jadeó y se tapó la boca.

Una diminuta e imperceptible fisura.

A Florence se le fue el alma a los pies.

Y ya no soportó más, sus ojos se anegaron en lágrimas. Su querida compañera estaba herida… y la incertidumbre de que fuera mortal se la comía viva.

Ante ella apareció un silencioso pañuelo blanco.

—Gracias. —Se secó las lágrimas e inspiraba hondo para aplacar el romadizo—. ¿Qué tan grave es?

—No puedo darle un diagnóstico certero ahora. Necesito examinar en profundidad. Deme hasta el miércoles para poder darle una respuesta.

Asintió, y dos lagrimones emprendieron una carrera por las mejillas de Florence. Tenía que practicar, ensayar, impartir clases. No quería una viola cualquiera, en el quinteto el sonido debía ser perfecto… Mas era imperativo reemplazarla temporalmente, no perdía la esperanza de recuperar a su compañera.

Tendría que conformarse con alguno de los instrumentos de la Academia Cross… Eso sí, reemplazaría las cuerdas por unas romanas y conservaría su arco.

—Gracias, señor Reeves, por su tiempo y dedicación.

—Esta viola merece una oportunidad, es un buen instrumento. Déjela en mis manos.

—Lo haré… Bien… Me llevaré el arco y la resina. Mientras tanto, yo usaré una viola de reemplazo, vendré el lunes a que le instale cuerdas romanas.

El señor Reeves asintió. Del compartimento del estuche extrajo la resina. El movimiento quedó suspendido, su atención se clavó en el cielo raso.

Lluvia.

De la nada, un aguacero cayó sobre Londres.

Sus miradas se entrelazaron. Florence se dio cuenta de que la oscuridad en los ojos del señor Reeves se debía a ese tono denso y profundo de marrón, casi indistinguible de la pupila.

Parpadeó y evadió el contacto.

—Debo irme… Volveré el lunes… —Tomó el arco, dejó el pañuelo sobre el mesón y destensó las crines—. ¿Me permite la resina? —Reeves se la entregó—. Gracias…

La guardó en su retículo y dirigió sus pasos hacia la salida del taller. Justo en el umbral se detuvo. Se giró.

Se dio de lleno con el pecho del señor Reeves. Dios, su aroma. Retrocedió un paso, casi desesperado.

—Disculpe…

—No, fui yo…

El señor Reeves apretó los labios y barrió el taller con la mirada. Se detuvo en un rincón.

—Espéreme. —Se alejó y hurgó dentro de un barril con sobras de maderas, varillas, papeles. Eligió un retazo de cuero alargado—. Su arco no debe mojarse.

—Oh… Eso mismo le iba a decir… que necesitaba algo para protegerlo.

—Esto servirá. Menos mal que vive cerca. Permítame. —Tomó el arco, y a lo largo le enrolló el retazo de cuero. Acto seguido, lo envolvió con papel de periódico.

Florence no se preguntó por qué él sabía dónde vivía. Hacía poco más de un año, él llevó un arpa a Peony House por encargo de Anthony. En esa ocasión, ella no podía dejar de admirar la espalda y el porte del señor Reeves.

Y también fue la primera vez que se estrelló contra su pecho.

Pero esta vez fue muy diferente.

—Aquí tiene. —El señor Reeves, de pronto, ya estaba frente a ella ofreciéndole el arco.

—Muchas gracias… Es muy amable.

—A su servicio. —Florence salió del taller, cruzó el mostrador—. Señorita Witney… —Ella se giró, él le ofrecía un paraguas.

—Oh… —Se devolvió y lo tomó—. Muchas gracias. —¿Cuántas veces se lo iba a agradecer?—. Oh… ¡Rayos!… No le he preguntado cuánto le debo… por todo.

—Lo veremos el miércoles.

—Está bien… El lunes le traeré el paraguas… y la viola de reemplazo. —Él asintió.

Florence dio media vuelta y fue hacia la puerta. Quitó el seguro y giró el cartel de «Cerrado» a «Abierto»… En ese instante notó la consideración de él, así se aseguraba de que nadie interrumpiera, ni los viera.

Abrió la puerta.

La campanilla la despidió.

A través del vidrio de la puerta, él vio cómo Florence abría el paraguas y se marchaba apresurada.

El señor Reeves soltó el aire de sus pulmones. Todos sus músculos protestaron en tensión.

—Un día de estos me va a matar.

Sotto voce

El señor Reeves se masajeó la nuca. Ya veía venir otra mala noche por la tensión. Al menos al día siguiente sería domingo y podría recuperarse mejor.

Movió el cuello mientras se apoyaba en el mostrador estirando los brazos y clavó la vista en el suelo, cabizbajo. Inspiraba y espiraba intentando regular el acelerado pulso.

La lluvia se volvió más intensa, eran como estacas clavándose en las techumbres. Esperaba que pronto amainara, o más rato se empaparía de pies a cabeza de vuelta a su piso en Soho.

Hizo un mohín que pretendía poner un punto final a esa patética escena y se irguió.

Volvió al taller.

Avivó el fuego de la chimenea que casi ya eran brasas. La temperatura debía ser templada y constante en el taller, por lo que echó leños medianos para que el calor no fuera excesivo y resecara la madera.

Se quitó la levita y se sentó frente al mesón. Por unos instantes estudió el estuche de palisandro. Él mismo lo fabricó, el vizconde Rothbury lo compró semanas atrás para proteger el tesoro de su hija.

Se masajeó la frente. Dios, a veces se preguntaba por qué no podía actuar con natural distancia con ella. Solo tenía que tratarla con un poco más de frialdad que a los demás. Impersonal pero cortés. Así de simple.

Sin embargo, la situación lo superaba. Ella lo superaba.

—No olvides quién es ella, Reeves.

«Y tampoco cuál es tu lugar», amonestó la razón.

Abrió el estuche y sacó la viola para volver a examinar la superficie con la lupa.

Apretó los labios mientras acariciaba la curvatura de la tapa trasera. No quiso alarmarla demasiado, pero la fisura que se daba justo en donde presionaba el alma era el peor de los escenarios.

Debía revisar qué tan profunda era. Rogó al cielo que fuera pequeña y reparable, de lo contrario ella tendría que despedirse del

sonido de su instrumento… Cambiar la tapa trasera sería matar la viola y crear una nueva. Para un músico apasionado como la señorita Witney, sería como perder a un ser querido.

Y para él, como luthier, un fracaso monumental.

Volvió a dejar la viola en el estuche.

Despejó el mesón, extendió un paño para poder trabajar sin rayar el instrumento y abrió la caja de herramientas.

Sacó la espátula de apertura, cuya hoja era delgada y flexible. Recordó las lágrimas de la señorita Witney.

Inspiró hondo y contuvo la respiración.

—Es solo una viola. Haz tu trabajo, Reeves. —Dejó la espátula a un lado.

Tomó el instrumento, retiró las cuerdas, las clavijas el puente y el cordal. Con el talón de la mano le dio unos golpecitos secos y firmes.

Cloc, cloc, cloc…

Sin la presión de las cuerdas, el alma se soltó con facilidad. Reeves la extrajo igual que la semana anterior, y la dejó junto con las demás partes de la viola.

Tomó una palmatoria que se encontraba cerca y se aproximó a la chimenea. Encendió una varilla y con esta, la vela.

Volvió a sentarse y la dejó sobre el mesón. Su mirada se desvió hacia el pañuelo que secó las lágrimas de la señorita Witney.

Durante largos segundos lo contempló como si fuera un animal peligroso, dudando si tocarlo o no.

La tentación era demasiado grande. Cerró los ojos, convenciéndose de que el pañuelo desaparecería solo con desearlo.

No quiso poner a prueba su voluntad. Sin abrir los ojos desvió su atención hacia la viola.

Los abrió de nuevo.

Tomó la espátula de apertura y la calentó con la llama de la vela. Apoyó la viola contra su cuerpo y enterró la herramienta justo en la unión de la curva con la tapa armónica. La cola cristalizada cedió por la presión y el calor, y sonó como un crujido.

Reeves detestaba esa parte, nunca se acostumbraría a ese sonido que podía transformarse en el terrible anuncio de la madera

quebrándose.

Crack… crack… crack…

Poco a poco fue despegando la tapa armónica hasta separarla por completo. Se sintió sofocado, quiso secarse el sudor de la frente. Sus ojos se clavaron en el pañuelo.

Se preguntó si olería como ella…

Y su voluntad se hizo pedazos.

Con un tinte de desesperación, empuñó el pañuelo e inspiró profundo. Pudo percibir la humedad de la prenda. Antes de siquiera ser consciente, presionó el algodón contra sus labios.

Y por un segundo, olvidó su nombre, su oficio y dónde vivía. Olvidó los límites invisibles que separaban la sangre azul de la roja.

Apretó la mandíbula, molesto consigo mismo. Se secó el sudor con el pañuelo y lo guardó con rapidez en un bolsillo.

—Estúpido.

La campanilla tintineó.

El señor Reeves resopló y masculló una palabrota.

Con cuidado, dejó la viola desarmada sobre el paño. Se puso la levita y, antes de cruzar el umbral del taller, enderezó su postura y compuso una sonrisa natural.

Inspiró.

«Nadie debe notar nada. Recuerda tu lugar… y quédate ahí».

Avanzó.

—Buenos días, señora Whittle.

Sostenuto

Cuando Florence entró a la sala de estar de Peony House, se encontró con su familia reunida al calor de la chimenea.

Olivia y Andrew, los padres de Florence, leían concentrados: ella, una novela de Hubert White y él, unos documentos. Sus hermanos, Elijah y Violet, jugaban al ajedrez.

Cuando notaron su presencia, la miraron expectantes. El primero que preguntó fue su padre:

—¿Cómo te fue con tu viola? —Frunció el ceño al darse cuenta de que no traía el estuche y, en su lugar, un paquete alargado. La expresión de Florence era de derrota—. No te han robado la viola, ¿cierto?

Ella negó con la cabeza. Intentó explicar, pero la voz se ahogó con el nudo que constreñía su garganta.

Los padres de Florence se levantaron al mismo tiempo para consolarla. Olivia la abrazó y Andrew, a ambas. La joven desató toda su desdicha entre los brazos de sus padres. Necesitaba desahogarse hasta quedar vacía de ese sentimiento que parecía estrujar su corazón.

Elijah y Violet dejaron de jugar y no quisieron intervenir de inmediato. Ver a Florence abrumada por algo, era inusual. La última vez que presenciaron tal aflicción fue cuando falleció el abuelo Albert.

Entre lágrimas e hipidos ella contó lo sucedido.

Y cuando terminó, Olivia secó las mejillas de su hija. Andrew besó su coronilla y preguntó:

—¿Deseas que te compre una nueva? Para emergencias como esta.

Florence negó con su cabeza. Comprar otro instrumento era su última opción, para ella era como renunciar a su viola. Llevaba siete años de su vida acompañándola.

—Usaré por mientras una viola de la academia, no te preocupes, papá. Gracias.

Olivia, al ver a su hija más tranquila, preguntó:

—¿Y por qué ha sucedido?

Florence se encogió de hombros. Entre el golpe emocional de tener un diagnóstico inicial tan devastador y lo tenso que era estar con el señor Reeves, lo cierto es que olvidó preguntar.

Pero podía suponer.

—Quizás los cambios de temperatura cobraron factura. Estos últimos años la he sometido a la brutalidad de pasar de espacios calefaccionados a fríos…

—Claro… Por eso mismo te regalamos el estuche nuevo, para protegerla mejor. Lástima que fuera demasiado tarde.

—El lunes iré con el señor Reeves para que me prepare la viola de la academia, quizás la acústica se eleve con cuerdas de mejor calidad.

—Tengamos fe en la experiencia y habilidad del señor Reeves, querida.

Andrew asintió.

—No por nada tiene una excelente reputación como luthier. Además, es un destacado consultor de instrumentos musicales… Y pensar que ese negocio casi se fue a la quiebra.

Aquella pieza de información le interesó mucho a Florence, mas no se atrevió a preguntar.

No obstante, Violet la salvó de obligarse a indagar.

—¿Y por qué casi se fue a la quiebra?

—Oh, eso fue hace unos diez años. Lamentablemente, estafaron al padre del señor Reeves con acciones de ferrocarriles. El pobre hombre falleció de la impresión en cuanto se enteró. El joven Reeves estuvo a punto de perderlo todo, mas no desesperó, poco a poco reconstruyó el negocio y lo engrandeció.

Elijah arqueó sus cejas y comentó:

—Debió ser difícil.

—Sin duda alguna. El carácter del señor Reeves se puso a prueba con aquel problema… —Y enfatizó como mensaje a su hijo—: Un hombre no se mide por cuánto posee, sino por lo que hace cuando no tiene nada ni nadie. No necesitas pasar penurias para tenerlo claro, hijo, pero muchas veces la vida se ensaña.

Elijah asintió. En el pasado, el vizconde no fue el heredero directo, la tragedia le otorgó tal giro del destino. Fue soldado en las guerras napoleónicas y llegó a Inglaterra cojo, tuerto y con la mitad de la cara desfigurada… Pasó frío, hambre y sed. Fue testigo de la miseria del mundo y del hombre. Aquella experiencia forjó su forma de ver la vida y veía más allá de posiciones sociales y linaje.

Las palabras del vizconde no solo calaron en el menor de los varones Witney, sino también en Florence.

Su viola era importante y corría peligro. Debía esperar al diagnóstico final, y recién en ese punto lamentar la pérdida si se daba el caso.

Todavía tenía esperanza en su viola y en las manos del señor Reeves.

*****

Pasar de un ensayo como quinteto a ser una orquesta de cámara fue toda una experiencia para Florence y sus compañeros. Los conciertos de Navidad se anticipaban como lo más grande que habían hecho hasta el momento —con clavicordio incluido—.

Grace, gestora de la iniciativa, disfrutaba mucho su papel como directora de la orquesta. Les exigía, pero también se encargaba de otorgar un ambiente distendido, donde las equivocaciones no eran tan terribles y los momentos de perfección eran celebrados.

El quinteto estaba acostumbrado a que fueran así los ensayos, pero los demás no podían creerlo. Partiendo por el hecho de que las mujeres no dirigían orquestas de ningún tipo, y porque Grace no trataba mal a los músicos y al coro.

Solo por eso, Florence no dejó que la frustración fuera determinante en su desempeño. La incomodidad de acostumbrarse a otro instrumento, a no sentir la misma vibración recorriendo su pecho y sus miembros, a que el color del sonido fuera diferente le estaba demandando un esfuerzo supremo para no perder el control.

Al finalizar el ensayo, todos fueron desocupando la sala paulatinamente. Se despedían con sonrisas y entusiasmo, esperando verse el viernes siguiente.

Hasta que solo quedó el quinteto.

Grace resopló y se sentó en una silla, exhausta. Dirigir a un grupo de veinte personas no era fácil.

Miró a su hermano y preguntó:

—¿Qué tan terrible fue tocar el clavicordio?

—Insisto que con una peluca me sentiré mejor… —Las carcajadas cansadas hicieron eco en la estancia—. No fue terrible, solo tengo que habituarme al cambio de color de las teclas, al sonido, a la presión que debo ejercer… Será pan comido. —Centró su atención en Florence—. ¿Qué tal esa viola? Se nota que no es la tuya, pero ¿cómo lo llevas?

Ella forzó una sonrisa.

—Es parecido a tus dificultades con el clavicordio. —«Pero solo tú tienes la seguridad de volver a tocar tu piano», pensó con acritud. Se levantó y tomó el estuche que protegía la viola de reemplazo—. Debo llegar a Reeves & Son antes de que cierre el negocio.

Anthony también se puso de pie y ofreció:

—Te llevaré. Hoy vine en carruaje… Además, necesito comprar un estuche nuevo. La experiencia que has atravesado con tu viola me ha hecho consciente de que debo cuidar mejor mi violín.

—Y el tuyo sí que es una reliquia… Bien, vamos entonces.

Matt se levantó y preguntó:

—¿Me llevan a lo de Reeves también? Quiero ver qué tan factible es mejorar el estuche de mi violonchelo sin sacrificar el peso.

Anthony asintió y dijo:

—Claro, hay espacio de sobra.

Por algún ridículo motivo, Florence no podía sentirse entusiasmada por ir al negocio del señor Reeves junto a Anthony y Matthew.

Ya no podría estar a solas con él.

«No pierdas esa oportunidad, Florence. Así podrás torturar al señor Reeves. No sabrá si ser frío o simpático frente a Tony y Matt, le va a explotar la cabeza», pensó maliciosa.

No obstante, ni siquiera con la idea de poner en aprietos a Reeves, le hacía sentía mejor.

******

Cada vez que la campanilla sonaba, el señor Reeves miraba de inmediato hacia la puerta acristalada. Durante todo el día se vio sometido a la ávida expectación y a la tortuosa decepción.

Y a medida que pasaban las horas, su mente lo convencía de que ese día ella no vendría.

«Mejor así, mi temple lo agradecerá», se dijo.

Consultó su reloj de bolsillo. La hora de cierre sería en treinta minutos. Se peinó el cabello con los dedos, desordenándolos en el proceso. A esa altura de la jornada, su estilo impecable ya pasaba a mejor vida.

Tomó las llaves, decidió cerrar más temprano.

La campanilla tintineó.

Arqueó sus cejas al ver entrar al señor Witney, a lord Hudswell, quien llevaba del brazo a…

A ella.

Dejó las llaves en su lugar.

«Limítate a hacer tu maldito trabajo, Reeves», se amonestó y si bien no sonrió, su semblante expresó amabilidad.

—Buenas tardes, señor Witney, lord Hudswell… Señorita Witney. ¿En qué los puedo ayudar?

Anthony le hizo un gesto a su hermana y dijo:

—Las damas primero… Ahí, Matt, veamos esos estuches. —Y fueron a la zona donde se encontraban en exhibición.

Florence esbozó un intento de sonrisa y miró al señor Reeves. Tragó saliva.

—Tal como le comenté, he traído la viola que usaré de reemplazo. —Dejó sobre el mostrador el estuche del instrumento en cuestión—. Hay que cambiar las cuerdas por romanas.

Reeves asintió, abrió el estuche y sacó la viola. Examinó sus formas, la madera, los detalles del artesano que creó esa obra.

Era decente.

—Es un buen instrumento el que usará. Tardaré más o menos unos cuarenta minutos en reemplazar las cuerdas. El costo del servicio serán doce chelines, señorita Witney.

—Muy bien, era más o menos lo que había calculado… —De su retículo sacó un soberano y le pagó—. ¿Ha podido revisar mi viola?

Reeves esculcó su bolsillo y le dio el cambio. Miró de reojo a Anthony y a Matthew, y respondió:

—No he podido avanzar mucho desde el sábado. —Se rascó la nariz y desvió su atención por medio segundo. Florence siguió la dirección de ese gesto. Nada. Sus ojos volvieron a encontrarse—. Pero mañana puedo darle una respuesta.

Reeves había dicho una mentira monumental, trabajó el domingo para tener el diagnóstico antes de tiempo. Pero en ese momento no quería tener a tres personas husmeando en su taller.

Florence suspiró sintiendo que el peso en su pecho se aligeraba.

—Oh, qué maravilla. Le agradezco mucho su dedicación.

—Si gusta, me deja la viola y la pasa a buscar mañana, estaba a punto de cerrar.

—Oh, entiendo. No hay problema. Vendré a las… ¿A qué hora abre?

—A las nueve en punto.

—Estaré aquí a las diez y media.

—Perfecto. Dejaré esto en el taller. —Desvió su atención hacia Anthony y Matt—. Caballeros, ¿están interesados en algo en particular?

Matt respondió:

—Oh sí… ¿Qué estuche me recomienda para violonchelo? Todos se ven excelentes, pero usted conoce los detalles técnicos.

Reeves asintió.

—Deme un segundo. —Dejó la viola en su taller y volvió. Miró a Florence—. Si me disculpa…

Ella notó que interfería. Rauda, dio un paso al costado.

—Oh, sí, disculpe.

—Gracias.

Al pasar por su lado, la pierna de él rozó la falda, moviéndola. Sin detenerse, Reeves empuñó sus manos y las relajó.

Florence se dedicó a observarlo mientras atendía a Tony y a Matt. La conversación era distendida; iba y venía desde el material

de los estuches a las características. Después se desvió a cuando su hermano y su amigo le comentaron sobre los conciertos de Navidad y los ensayos, para luego retornar a los estuches.

Quizás por eso pudo salvar el negocio familiar, con encanto y conocedor de lo que vendía. Se lo imaginó más joven, con su padre recién fallecido y en la ruina.

Se preguntó si pasó hambre. ¿Qué tanto sacrificó por salvar su legado y el único mundo que conocía?

Su hermano y su amigo tardaron media hora en concretar la compra. Florence pensó que si algún día los escuchaba quejarse por la demora de una mujer haciendo compras, les restregaría en la cara todo lo que tardaron en elegir un par de estuches —costosos por cierto—.

No quiso incorporarse a la conversación. Prefirió admirar las dotes actorales del señor Reeves. ¿Cuál sería su verdadera forma de ser? ¿El amable y simpático comerciante o el draconiano luthier?

Tal vez nunca lo sabría.

Anthony y Matt estrecharon la mano de Reeves cuando finalizaron su compra. Sendas sonrisas animaban a los músicos, contentos por su nueva adquisición.

El señor Reeves respondía firme aquel gesto.

La miró de soslayo.

Fue tan solo un instante, pero ella sintió todo el peso de esos ojos oscuros.

—¿Vamos, Florence? —Invitó Matt ofreciéndole el brazo, a pesar de llevar un enorme estuche de violonchelo.

Florence negó con la cabeza y añadió:

—Guarda tu caballerosidad para otro día y sostén tu estuche nuevo con las dos manos.

—Que conste. —Y justo en ese momento se dio cuenta. Miró a su amigo—. Tony, mi violonchelo y este estuche van a llenar el coche. —Estudió la amplia falda de Florence—. Va a ser un problema.

Anthony frunció el ceño y masculló una palabrota.

—Tienes razón.

Florence puso sus ojos en blanco.

—Peony House está a la vuelta de la esquina, no sean dramáticos. Puedo ir sola.

Anthony la amonestó con la mirada y señaló:

—No puedes andar sola a esta hora.

—Ni siquiera son las seis.

—Son las seis y cuarto, mujer. Ya está oscuro… Haremos lo siguiente: Matt se va en el carruaje hasta Pearl Palace y yo te acompaño a casa y luego me voy a la mía. Llegaré justo a la hora de la cena con Gwen.

—¿Atravesarás todo Hyde Park a pie? ¿Solo? ¿De noche? ¿Para quién es más peligroso?

—Para ti —dijeron Anthony y Matthew al mismo tiempo.

El señor Reeves carraspeó.

Florence arremetió:

—Tanto incordio… —Se pellizcó el puente de la nariz y resopló—. Está bien. Tony, me acompañarás a Peony House, y ahí esperarás a que tu carruaje vuelva. Tendrás que llegar más tarde a cenar. No aceptaré que te vayas solo.

—Hecho.

El señor Reeves soltó una discreta exhalación, la que ella logró escuchar. Se giró hacia él:

—Gracias, señor Reeves, nos vemos mañana.

Él solo asintió.

—Adiós, señor Reeves. —Se despidieron Matt y Tony como un dueto desafinado y a destiempo.

La campanilla les dijo «Vuelvan pronto».

Reeves giró el cartel de «Abierto» a «Cerrado». Reprimió el impulso de abrir la puerta y ver a Florence alejarse del brazo de su hermano.

—Estuviste a punto de hacer el ridículo, Reeves. ¿En qué diablos estabas pensando? —La idea de ofrecerse a escoltarla repicaba en su cabeza como el campanario de una iglesia en domingo. Se masajeó el cuello—. Menos mal que ella tiene más sentido común que tú.

Tomó las llaves, apagó las luces a gas y cerró el negocio.

Le quedaba un largo camino a Soho. Podría alquilar un carruaje, pero esa noche tenía ganas de caminar.

Fermata

Entrar a Reeves & Son ya era un tenso ritual. Florence se detenía frente a la puerta, inspiraba para anticiparse a la experiencia y entraba.

Reeves, desde el mostrador, levantaba la mirada. La saludaba, serio, sin emoción. Ella respondía, acostumbrada a ese trato que ya interpretaba como un velado rechazo. El mismo que su familia experimentaba por parte de la sociedad.

«Te mascamos, pero no te tragamos».

«No eres como nosotros».

Quizás solo era cuestión de piel. Quizás solo se trataba porque era mujer. En muchos negocios ella no podía entrar sin compañía masculina. En otros, simplemente, era vedada su presencia.

Al menos él la atendía sin menospreciar su capacidad o intelecto. No había paternalismos, ni misógina condescendencia.

«Te acepto, porque tu dinero me da de comer».

Ese martes, al tenerla frente a él, apretó los labios y se peinó los cabellos claros. Aquel movimiento hizo que el aroma de él viajara directo hacia ella. El afeitado diario y el agua de colonia estaban frescos en su piel.

El señor Reeves dio vuelta el cartel para cerrar el negocio y aseguró la puerta. Pasó por su lado e invitó:

—Sígame, por favor.

Florence entró al santuario de Reeves. El suelo no tenía rastros de viruta, y el habitual aroma a barniz y a madera le dio la bienvenida. Se acercó al mesón de trabajo.

Se tapó la boca para ahogar un consternado jadeo.

Ver su viola en ese estado era igual como ver a un animal destripado. Abierta, con su esqueleto expuesto. Las cuerdas, las clavijas y el cordal yacían en un rincón, la tapa armónica los acompañaba.

Sus pulsaciones se dispararon.

¿Tendría que reemplazar la tapa trasera? ¿No tenía salvación su viola?

La voz de Reeves le arrebató el incipiente impulso de llorar.

—Sé que es impresionante de ver, pero revisar una fisura implica desarmar el instrumento. Por favor, acérquese y observe a través de la lupa.

Florence asintió y se aproximó al mesón. Reeves no se movió, mas la cercanía no producía contacto.

Él continuó:

—La fisura bajo el alma es uno de los daños más críticos que puede sufrir un instrumento de cuerda frotada. Si es limpia es reparable, pero en otros casos…

—Es la muerte.

Él asintió.

—Sin embargo, como puede apreciar, la fisura no alcanzó a traspasar del todo la tapa. Para repararla debo tallar un rebaje en la madera sin atravesarla y colocar un parche de refuerzo.

Sin dejar de observar, preguntó:

—Este parche, ¿qué tanto afectará la sonoridad de la viola?

—El parche es una pieza de madera de picea. Se coloca con la veta cruzada para que soporte la presión sin romper la tapa. Con esto se fortalecerá el corazón de la madera.

—Esta intervención… ¿Qué tan riesgosa es?

Reeves guardó silencio por unos segundos, los que para Florence fueron una eternidad.

Cuando ella pensó que debía decir algo para llenar ese vacío denso, él añadió:

—Siempre existe el riesgo de que la madera ceda y se rasgue… Sobre todo esta, que ya tiene más de cincuenta años. La decisión es suya: intentar repararla o… despedirse de ella. La tapa ya no resiste la presión.

Florence observó las manos de Reeves, sus dedos entrelazados, los pulgares intentando no moverse. Luego sus ojos se centraron en la viola expuesta. Sus partes sobre el mesón.

Reeves carraspeó. Alcanzó un papel y se lo entregó:

—Este es el desglose de los servicios y su costo. También está incluido el diagnóstico del daño.

Florence lo leyó, explicaba todas las etapas de la reparación y el valor de cada una… Le llamó la atención la caligrafía, firme,

inclinada, estructurada. Se parecía a la de su tío Michael. No se distrajo más y siguió leyendo hasta que llegó al precio final. Arqueó las cejas, tres libras. Aquella suma era considerable tratándose de solo una reparación…

Pero no era una cualquiera, sino una verdadera cirugía al corazón de su viola.

Se lo podía permitir. No escatimaría en gastos. Todo lo que ganaba lo ahorraba para situaciones como esa.

—¿Cuánto va a tardar la reparación?

Reeves tomó una inspiración antes de decir:

—Un mes.

—Dios, ¿tanto?

Reeves pudo notar cómo palideció Florence. Todo ese mes ensayaría con una viola que no era la propia.

—Ojalá pudiera decirle que es menos, pero no me arriesgaría a apresurarme en un trabajo tan delicado.

Florence soltó un suspiro. «Me tendré que acostumbrar», la resignación hecha pensamiento. Noviembre iba a ser eterno, mas no tenía alternativa.

—Está bien, acepto.

Reeves le entregó otra hoja. En ella estaban escritos los términos y condiciones del trabajo, las garantías y sus alcances.

—Por favor, lea este documento y, si está de acuerdo, firmamos el contrato de trabajo. Ambos conservaremos una copia.

Florence leyó a consciencia. Todo era normal, lo justo. No obstante, una cláusula señalaba que si Reeves cometía una negligencia, le entregaría una viola de similares características a la dañada. También le daba dos años de garantía a la reparación.

Cuando terminó de leer, asintió.

—Estoy de acuerdo, firmemos el contrato. No tengo aquí el total del importe, solo la mitad.

—Puede pagar la mitad ahora, y el resto cuando el trabajo esté finalizado. Deme un minuto.

Acercó un tintero y una pluma. Escribió una cláusula adicional al final del documento sobre la forma de pago. Lo mismo hizo con la copia.

«Sí, no hay duda, él escribió el presupuesto y el contrato», pensó Florence. No era ilógico, los hijos de comerciantes de renombre recibían una buena educación, sobre todo si tenían que tratar con aristócratas.

Reeves finalizó firmando los documentos. Le entregó la tinta y la pluma a Florence, y ella rubricó su consentimiento y responsabilidades.

—Empecemos entonces —dijo ella. Hurgó en su retículo y le pagó.

Reeves empuñó las monedas antes de guardarlas en su bolsillo.

—Haré todo lo posible por repararla… —La miró a los ojos—. Le prometo que no permitiré que su viola pierda la voz.

—Estaré eternamente agradecida si eso sucede. Confío en sus manos.

Él tensó la mandíbula.

Dio un ligero asentimiento y rompió el contacto visual. Se giró para alcanzar la viola de reemplazo. Se la ofreció a Florence junto con el arco.

—Está lista y afinada… Pruébela.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Alguna pieza en particular?

—Lo dejo a su criterio… *a piacere*.

Florence tomó posición, espalda recta, brazos relajados, viola apoyada entre su hombro y mentón.

Marcó el compás con su pie y el arco acarició las cuerdas.

La música flotó entre ellos, como un paseo en un campo. Apacible… incluso melancólico. Era *Andante y rondó húngaro para viola* de Carl Maria von Weber.

Florence pudo haber ejecutado parte de la pieza, pero Reeves cerró los ojos. Disfrutaba de la melodía, no juzgaba el sonido de la viola. Su cabeza se mecía ligeramente al compás de la música. Ella no se atrevió a cortar ese instante.

Él estaba rodeado de instrumentos musicales, pero Florence dudaba de que asistiera a algún concierto con regularidad.

Y cuando la música se desvaneció en el aire, sus miradas se cruzaron.

Solo podían escuchar el sonido ahogado del ajetreo de Duke Street.

La voz grave y baja rompió el silencio al decir:

—No necesita un gran instrumento para demostrar su habilidad.

Florence no supo qué responder. ¿Era un elogio?

Reeves carraspeó, buscó el estuche y lo abrió. Mientras Florence guardaba la viola y el arco, preguntó:

—¿Puedo venir algún día de estos a ver los avances?

—Por supuesto.

—Gracias… —Soltó una exhalación—. Bien, me retiro…

—Que tenga un buen día, señorita Witney.

—Usted también… Adiós.

Florence salió del taller. Quitó el seguro de la puerta y volteó el cartel... Lo hizo sin pensar, fue como un acto reflejo.

La campanilla la despidió con su dulce tintineo.

¿Desde cuándo le empezó a parecer dulce el sonido de una campanilla corriente?

Florence enfiló sus pasos hacia la Academia Cross con una sensación extraña en su pecho.

Reeves parecía ser el mismo de siempre, pero…

Pero estaba segura de que algo había cambiado, y no sabría precisar qué.

Legato

Al día siguiente, Reeves llegó más temprano al negocio, pero no abrió de inmediato. Se dirigió directo al taller para dedicarle a la reparación una hora sin interrupciones que coartaran su concentración.

Avivó las brasas y puso a calentar agua para prepararse un té. Desenvolvió el pan recién horneado que vendía su vecina y le dio una mordida. Todavía estaba tibio. Valía cada penique… Era la quinta vez que subía de precio ese año.

Masticando lento y pausado, se sentó frente al mesón y examinó la viola por largos minutos.

«Confío en sus manos», se reproducía una y otra vez en su mente, al igual que los ojos de la señorita Witney, suplicantes y vulnerables, entregándole su tesoro más valioso. Y sin duda lo era.

La tetera hirvió. Reeves se dejó el pan a un lado y se preparó el té.

Aquel ritual era su herencia. Su abuelo y su padre no trabajaban con el estómago vacío. Se sentaban y comían sin prisa mientras conversaban sobre los pasos a seguir en la fabricación o reparación de un instrumento.

Desde que tenía memoria, ese taller era su comedor.

Su patio de juegos, su escuela, y también el lugar donde aprendió su oficio.

No recordaba a su madre. Falleció cuando tenía tres años, y su padre nunca se volvió a casar. Tampoco lo dejó encargado al cuidado de nadie para poder continuar con el trabajo.

Lo que sí recordaba con claridad era cuando él sorprendía a su padre observando el pequeño relicario, en el que guardaba un rizo rubio que perteneció a su madre. Se secaba las lágrimas y continuaba con su trabajo.

Parpadeó y bebió el último sorbo de té. Su pan ya había desaparecido.

—Bien, manos a la obra.

Se quitó la levita, y se puso el mandil y unos manguitos. La primera etapa de reparación era la más sucia de todas.

Despejó el mesón. Debía fabricar un molde de yeso para que la viola descansara, y era imperativo hacerlo perfecto. Un error y esa cuna se convertiría en tumba.

*****

Cada vez que afinaba una viola, Florence no podía evitar preguntarse cómo estaría la de ella. En qué parte del proceso se hallaría.

Qué estaría haciendo el señor Reeves.

Dios sabía cuánto luchó consigo misma para no ir al día siguiente tras haber acordado la reparación. No quería pecar de insistente e intrusa en una tarea en la que solo le concernía el resultado.

«Le prometo que no permitiré que su viola pierda la voz», a su mente volvía la intensidad de los ojos oscuros del señor Reeves.

Ella no dudaba de que él cumpliría esa promesa.

Deslizó el arco por la cuerda la.

Laaaaaaaaa… Giró tan solo un milímetro la clavija… Laaaaaaaaa. Bien, la siguiente… Reeeeeeee… No hubo necesidad de afinar… Soooooool… La cuerda se había soltado, y la ajustó… Sooooool… Mucho mejor… Doooooo… También estaba muy desafinada y giró la clavija hasta dar con el tono correcto.

Repasar otra vez las cuerdas que había afinado. Cuando algunas se soltaban más de la cuenta y se ajustaban, las demás se volvían a desafinar. Solía suceder.

A veces era un cuento de nunca a acabar, y el proceso se extendía por diez o quince minutos.

«Los instrumentos de cuerda frotada suelen ser caprichosos», recordó las palabras del luthier.

«Tiene toda la razón, señor Reeves», pensó.

Frunció el ceño… Recién en ese instante se dio cuenta de que, a pesar de que Reeves la trataba diferente al resto de sus clientes,

ya no le molestaba. Tampoco le producía incertidumbre, ni le hacía cuestionarse si la detestaba o no.

Tal vez, ni siquiera era personal.

La voz melodiosa de George la sacó de sus pensamientos.

—Maestra, ¿le duele la cabeza?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—De pronto se puso seria.

—Oh… Eso… Solo ha sido un fastidio afinar la viola.

—Aaaah… ¿Cuándo me enseñará?

Florence sonrió.

—¿Y por qué quieres aprender a afinarla?

George ni siquiera lo meditó y respondió:

—Bueno… porque si no la afino, ¿cómo practicaré apropiadamente en casa?

—Esa es la respuesta que esperaba. —Le entregó el instrumento a su alumno—. Bien, la clase de hoy será cómo afinar la viola… Debes armarte de paciencia, tu ventaja es que tienes excelente oído.

George sonrió. Se sentía un niño grande.

*****

Reeves pasó la lija una última vez y comprobó que el yeso fuera suave. Sonrió. El contramolde estaba listo.

Puso un paño de terciopelo rojo sobre el yeso y depositó la tapa de la viola. Después del horario de atención, podría empezar a tallar el rebaje.

La campanilla sonó. Un nuevo día de trabajo se iniciaba.

Salió del taller y se encontró con Florence que avanzaba hacia él. Domó el impulso de curvar sus labios más de lo debido, le costó la vida no responder a ese semblante relajado que esbozaba una sonrisa femenina.

Tensó la mandíbula antes de saludar:

—Buenos días, señorita Witney.

—Buenos días, señor Reeves. —Antes de que él hiciera la pregunta habitual: «¿En qué le puedo servir?», añadió—: He venido

a visitar a la enferma.

Hizo el ademán para que ella entrara al taller. Sin embargo, Florence regresó a la puerta de acceso, volteó el cartel y puso el seguro.

Volvió a él.

—Por si acaso… —Y se internó al taller.

Reeves la siguió. Por un instante se permitió hacerlo más de cerca, rozando su falda. Percibió ese tenue aroma que sintió ese día en que acomodaron el alma, cuando estaban tan juntos que respiraban el mismo aire.

No sabía qué era, pero para él era embriagador.

Florence notó enseguida que la tapa de la viola descansaba sobre…

—¿Qué es eso?

—Un contramolde de yeso. Antes de trabajar en la reparación, se debe hacer un soporte con la forma de la tapa. De esa manera, no rayaré el barniz, ni se deformará o romperá la madera de la viola cuando esté trabajando en ella.

—Interesante… No lo hubiera imaginado.

—Es parte del proceso que el cliente desconoce.

—Soy una cliente ansiosa… Si no es demasiada la molestia, ¿me puede mostrar cómo se ve el molde sin el terciopelo?

Reeves, con mucho cuidado, quitó la tapa y el paño. Florence acarició el yeso, recorriendo las formas de su instrumento.

—Debe ser muy difícil lograr esto. Es como un bajorrelieve de mi viola.

—Por eso la reparación tarda. Tener un molde adecuado requiere de varios días.

—Entiendo.

Reeves volvió a poner el paño y la viola. Sus movimientos eran casi reverentes, como si de verdad estuviera tratando de mover a una persona herida.

Florence suspiró entrecortado.

Reeves no resistió el silencio que se estaba prolongando demasiado.

—Espero empezar hoy con el tallado del rebaje.

—Excelente. —Florence volvió a observar la cama de su viola herida. Por el momento no tenía nada más que hacer o decir.

«Fue una visita bastante corta», pensó con una punzada de desazón.

Reeves carraspeó.

—¿Cómo ha sido el desempeño de la viola de reemplazo?

La expresión relajada de Florence no evidenció la sorpresa que la invadió al escuchar tan inusitada pregunta. El señor Reeves reacomodó ligeramente la viola. Sincera, sació la curiosidad del luthier:

—Me estoy acostumbrando a su sonido. Debo reconocer que a veces es frustrante; extraño mucho mi viola. Pero, como usted dijo, es un instrumento decente… y mejoró bastante con las cuerdas romanas. Ojalá no tenga ningún contratiempo con la reparación. Si todo sale bien, la mía estará lista para los conciertos de Navidad. —Reeves apretó los labios y asintió—. Bien… debo irme, que tenga una buena jornada, señor Reeves.

—Usted también.

Florence hizo una ligera reverencia.

—Hasta pronto. Volveré el próximo sábado.

Después de un par de segundos, la campanilla la despidió.

Reeves soltó el aire de sus pulmones. Le lanzó una mirada a la viola.

—No me falles.

*****

El primer paso era pasar la gubia con gentileza. El luthier debía medir la presión y profundidad para no empeorar el daño. El espesor de la tapa ya eran tan solo unos milímetros.

Cada viruta debía ser igual o más fina que la anterior.

Cada viruta que se desprendía de la superficie era como caminar sobre una cuerda floja.

«No debo fallar», era el pensamiento que rasgaba su mente al tiempo que la gubia hacía lo mismo en la madera, en el corazón de la viola.

El sonido del metal penetrando en la veta, era un llamado a la concentración, a controlar cada respiración.

Los errores no eran una opción. Le costarían demasiado caro.

«No debo fallarle».

Se secó el sudor de su frente. Parpadeó varias veces antes de poner la gubia en posición.

Un súbito estruendo reverberó en su pecho y le hizo dar un respingo. Soltó la gubia.

¡Clinc!

Era un trueno.

El sudor frío recorrió toda su columna vertebral al ver la gubia sobre la tapa y…

Una pequeña raya.

Los latidos de su corazón se dispararon. No se atrevía a tocar la gubia para determinar el daño real. Las manos le temblaban.

Tragó saliva y las sacudió.

«Que no sea grave, que no sea grave, que no sea grave», era la letanía que plagaba su mente, que ya imaginaba la expresión de desolación en Florence.

Aguantó la respiración y levantó la gubia.

Solo era eso, una diminuta raya. La herramienta no se enterró ni astilló la madera.

Una exhalación entrecortada salió de su boca.

No era grave.

—Me salvé… —Miró el cielo raso—. Gracias, papá… abuelo.

Apartó la gubia y se levantó.

Por lo que quedaba de domingo, iba a descansar. Se avecinaba una tormenta. Era mejor que lo sorprendiera en Soho en vez de Mayfair.

*****

Florence caminaba del brazo de su hermano menor por Brook Street. El servicio religioso se había extendido más de lo habitual y no pudo evitar bostezar. Se tapó la boca, para poder hacerlo a gusto.

Elijah comentó:

—Qué soporífero estuvo el servicio dominical.

Florence volvió a bostezar.

—Horrible y, para empeorar, no dormí bien. —Despertó en medio de la noche por una vívida pesadilla, en la que su viola se partía en dos.

—Oh, pequeña. Cuando llegues, duermes una siesta.

—Quizás, pero debo ensayar. Ya tenemos armado todo el repertorio navideño.

—Ya quiero ver el resultado. Una orquesta de cámara es un paso importante para ustedes.

Ella sonrió, también quería que llegara ese día.

Desvió su mirada hacia la otra acera cuando cruzaron la intersección con Duke Street.

Una figura alta coronada con un sombrero y envuelta en un gabán daba vuelta la esquina.

Era el señor Reeves.

Su andar de zancadas largas y briosas le otorgaban un garbo que ella no sabía que él poseía. Solo le faltaba un bastón y podría pasar por un caballero.

Él se mimetizaba con el vecindario. No era diferente a los demás transeúntes de sangre azul.

«Lógico, tiene que hacerlo», pensó Florence.

No podía quitarle los ojos de encima.

Y de pronto, él la vio. La reconoció. Sus pasos se ralentizaron.

Esbozó una sonrisa y la saludó tocándose el ala de su sombrero.

Ella sonrió y asintió con un suave gesto.

Y él siguió con su camino.

¿Qué hacía él en Mayfair un domingo?

El latido de su corazón se sintió vigoroso en su pecho.

«¿Por qué me alegra verlo?».

Pianissimo

El señor Reeves contó el dinero, y el resultado lo comparó con la cifra que tenía anotada en su registro de ventas. Los sábados eran días más flojos, pero no podía quejarse, su negocio era respetado.

Él era respetado.

Las reglas del juego social las comprendió cuando los clientes trataban con desdén a su padre o a su abuelo, quienes fueron más luthieres que vendedores, y no les importaba si atendían el negocio con el mandil puesto o con una camisa manchada de barniz.

Desde pequeño, comprendió en carne propia la máxima: «Como te ven, es como te tratan».

Absorbió todas las enseñanzas que su padre y su abuelo le brindaron. No eran ignorantes, pero no le sacaban provecho a sus conocimientos, a usarlos a su favor ante sus clientes de elite. Prefirieron pagarle clases de música y tutores que refinaron sus maneras, para que se mimetizara con el barrio.

El señor Reeves vestía como un aristócrata, hablaba como uno, pero solo era imitación. Una que tampoco servía en los momentos cruciales, cuando sus manos delataban su trabajo o su origen.

«¿Es pariente de los Reeves de Yorkshire?». La pregunta era la misma, solo variaba la ciudad o el condado.

«No, mi familia siempre ha sido de Londres». La escueta respuesta era la misma de siempre.

«Lo supuse. No podría estar emparentado con ellos». A veces, remataban con sorna… Él prefería cualquier monosílabo incómodo.

La campanilla anunció a un nuevo cliente.

El señor Reeves levantó la mirada y sonrió.

—Señora Witney. —Era Gwendolyne, la cuñada de Florence, esposa de Anthony—. Ha pasado bastante tiempo, ¿en qué les puedo servir?

Gwendolyne iba acompañada por su hermana mayor, Eira Welsh.

—Buenas tardes, señor Reeves. ¿Ha traído partituras nuevas para arpa o dueto arpa y violín?

—Por supuesto, siéntase libre de revisarlas. Están donde siempre.

—Gracias. —Miró a su hermana, quien observaba en silencio al señor Reeves, le resultaba familiar—. Ven, *cariad*, por aquí. También podemos ver algún instrumento que te llame la atención. Nunca hay que dejar de aprender.

Eira desvió su atención y le respondió a Gwendolyne:

—Quizás…

Las hermanas se dirigieron hacia la zona de las partituras cuchicheando. La campanilla volvió a dar la bienvenida a un nuevo cliente.

El semblante de Reeves se transformó en una máscara de granito. Su voz reflejó la dureza de su expresión.

—Buenos días, ¿en qué les puedo ayudar?

El tono tan severo hizo que Gwendolyne y Eira lo observaran con discreción.

Los visitantes eran una pareja. La mujer contestó:

—Hola, Reeves. Tantos años. —El luthier tardó más tiempo de lo habitual en responder—. Oh, ¿en serio no me reconoces?

—Perdón, señora Atkins. Fue la sorpresa. —Su tono seguía siendo tenso. Asintió con su cabeza para saludar al hombre que acompañaba a la mujer—. Señor Atkins.

—Buenas tardes, Reeves. —Miró a su alrededor—. Me impresionas. Daisy insistió mucho en venir a ver si tu negocio seguía donde siempre. La verdad pensé que no lo encontraríamos.

—No me rendí con mi legado.

—Así veo.

La mujer le sonrió a Reeves y añadió:

—¿Y ya te has casado?

—No… Me casé con mi negocio.

—Se nota, ha prosperado mucho, incluso lo ampliaste. Antes no vendías tantos instrumentos.

El silencio se prolongó entre la pareja y el señor Reeves.

La campanilla volvió a sonar.

Reeves se encontró con la mirada y la sonrisa de Florence. Su expresión se suavizó tan solo un poco para saludar:

—Buenas tardes, señorita Witney.

—Buenas tardes, señor Reeves.

La voz de Gwendolyne emergió de la zona de las partituras.

—Hola, Florence.

Ella desvió su atención con cierta resistencia, se obligó a sonreír a Gwendolyne y se acercó.

Se abrazaron con cariño, luego Florence le tomó las manos a Eira para saludarla.

—Qué sorpresa verlas aquí… —Miró el vientre de su cuñada. A pesar de que su estado de buena esperanza no era notorio, preguntó—: ¿Cómo va este bebé hermoso?

Gwendolyne suspiró.

—Creciendo… —Miró de reojo hacia donde estaba la pareja y Reeves. Con un tono de secretismo dijo—: Quédate aquí un momento, estamos viendo una verdadera obra de teatro… Un drama. Eira conoce los detalles.

Florence frunció el ceño, mas obedeció y fingió que revisaba unas partituras.

Aguzó el oído…

Reeves le preguntó al señor Aktins:

—¿Y su negocio también ha prosperado? —Florence entrecerró sus ojos, ese tono de voz en el señor Reeves era desconocido para ella, no solo era severo… Había algo más… cáustico.

—Por supuesto, poseemos la flota de barcos a vapor más grande de Southampton.

—Qué bueno… —Miró a la señora Atkins—. Supongo que valió la pena.

—Así es, indudablemente.

El señor Aktins se aclaró la garganta.

—Bien, debemos marcharnos… Fue bueno verte, Reeves.

Daisy hizo un gesto con sus dedos y dijo:

—Adiós, Bram.

El luthier no respondió la «cortesía».

La campanilla despidió a la pareja.

«Así que su nombre es Bram, ¿o es un diminutivo?», soltó la mente de Florence. Bram Reeves. Sí, le gustaba… Sonaba

interesante.

Eira negó con su cabeza.

—Vaya par de descarados. ¿Cuál es el afán de fastidiar?

Gwendolyne asintió, coincidiendo con su hermana.

La interrogante se materializó en el cejo fruncido de Florence. Eira hizo una mueca.

—Esa mujer fue prometida del señor Reeves, rompió el compromiso después del fallecimiento del señor Reeves padre. Ni tres meses pasaron y ya estaba casada con el señor Atkins. Fue un cotilleo que se extendió por todos los negocios de Londres. Padre no dejaba de reírse del pobre y enamorado «tendero Reeves». Era tan desagradable cuando él hablaba sobre eso.

Eira y Gwendolyne fueron hijas de un empresario naviero cruel y déspota. Para su alivio llevaba varios meses muerto.

Retomando el hilo, Eira conocía mejor los detalles de la historia de Reeves al ser tres años mayor que su hermana.

Gwendolyne añadió:

—Y ahora vinieron a corroborar si el señor Reeves terminó en la ruina o no… Ah, qué falta de clase es satisfacer ese morbo absurdo. Solo basta con ver el establecimiento desde afuera para saber si es próspero o no.

Florence coincidía con esa aseveración y observó a Reeves. Su rostro hervía, el carmín se había propagado por su blanca piel, mas su expresión no evidenciaba la humillación vivida. No obstante, su mirada permanecía clavada en la puerta.

Esa sí era una mirada fiera. Las que le propinaba a ella tenían un matiz diferente.

Se imaginó al joven señor Reeves depositando sus expectativas en alguien, y en el peor momento de su vida… fue abandonado.

Dinero, posición y estabilidad. Lamentablemente, la mayoría de las mujeres se veían obligadas a elegir a un hombre y casarse con él bajo esos tres mandatos. El cariño —con mucha suerte, el amor—, era una feliz consecuencia de una decisión tomada con frialdad.

Florence siempre tuvo la libertad de elegir con el corazón, mas nunca fue el ideal de mujer para nadie. Ella sintió atracción por más de alguno, pero siempre fue unilateral.

Las ironías de la vida.

Gwendolyne tomó un par de partituras y le dijo a Florence:

—Tony me comentó lo de tu viola.

—Sí, el señor Reeves la está reparando, es un proceso lento.

—Estoy segura de que él podrá resolverlo. Paciencia.

—Sí, la tengo. Aun así, prefiero venir a ver cómo está mi viola. Es interesante participar como observadora en el trabajo de reparación.

—Te entiendo. —Ladeó su cabeza—. ¿Por qué has traído paraguas? —Miró de soslayo hacia la calle, era un típico día nuboso—. ¿Crees que va a llover?

—Oh, no, debo devolvérselo al señor Reeves. Me lo facilitó hace un par de semanas y he olvidado traerlo.

—Ah, entiendo. Terminando aquí, iremos a Peony House a ver a mis suegros, ¿te esperamos para que vayamos juntas?

Florence se debatió entre aceptar o rechazar la propuesta… Lo cierto era que quería privacidad.

—No sé cuánto tardaré, mejor adelántense.

Gwendolyne asintió con una sonrisa.

—Muy bien… ¿Vamos, Eira?

—Sí, vamos.

Florence se rezagó y esperó a que su cuñada pagara y se retirara. Se despidió de ellas con un gesto.

La campanilla tintineó.

Sin más preámbulo, Florence se dirigió a la salida, y llevó a cabo el ritual de cerrar el negocio… temporalmente.

Se aproximó hacia el mesón sin dejar de mirar al señor Reeves. Le ofreció el paraguas.

—Disculpe la demora. Muchas gracias.

Por más que él intentó mantener los labios apretados, un atisbo de sonrisa se manifestó.

—Fue un placer… —Dejó el paraguas en un rincón detrás del mostrador e hizo un ademán para invitarla al taller—. Después de usted.

Florence sonrió y entró.

Alrededor del taburete del señor Reeves estaba lleno de finas y pequeñas virutas. Sobre el mesón, la viola descansaba en su cofre de yeso, también había diversas herramientas y cubos de madera de picea.

La voz de Reeves fue suave al decir:

—Ya estoy fabricando el parche.

Florence se acercó y notó que el rebaje que él talló tenía forma ovalada y…

—¿Por qué tiene polvillo de tiza roja?

—Oh, es para que el parche calce lo más perfecto posible… —Florence no alcanzó a comentar que eso no tenía sentido, por lo que él se acercó y tomó el parche que estaba tallando—. Le mostraré.

Tomó la pieza empolvada, mas el color rojo no estaba presente en todas partes. Se sentó sobre el taburete y talló con fineza un área coloreada. Para Florence era fascinante ver cómo esos dedos tan grandes podían realizar movimientos tan precisos y hasta elegantes. Sujetaba la pieza con firme delicadeza. Era hipnotizante, ella casi no respiraba para no desconcentrarlo.

Luego, como si se tratara de un rompecabezas, Reeves puso el parche sobre el rebaje y presionó con gentileza. Lo sacó y se lo mostró a Florence.

Ella entrecerró sus ojos y se acercó más. Notó que él contuvo la respiración. Lo miró de soslayo, apretaba la mandíbula. Volvió su atención al parche.

La parte teñida que había tallado se redujo.

Florence arqueó sus cejas.

—Con eso señala las partes más «altas», ¿no?

—Exactamente. Así sé dónde debo ir rebajando el parche para obtener la forma adecuada.

—Vaya, ¿y lo debe repetir cada vez que talla? —Él asintió—. Impresionante… Usted y su trabajo lo son, sin duda alguna.

No hubo más palabras. Reeves volvió a tallar y a probar el parche. Florence lo observaba con avidez. Sentía que era un privilegio ser testigo del proceso de reparación de su viola.

—¿Me alcanza esa lija, por favor?

Florence parpadeó y buscó sobre el mesón.

—¿Esta? —Alzó una lija fina.

—Ajá.

Ella se la entregó. Sus dedos se rozaron. Ella pudo sentir la aspereza de la piel de él enganchándose en las fibras de su guante de cabritilla… Y también percibió su tibieza.

—Perdón —dijo él—. He manchado sus guantes con tiza.

—Oh, no pasa nada. —Sacudió la prenda con golpecitos—. ¿Ve?, como nuevo.

Reeves lijó la madera que era tan blanca como el alabastro. El polvillo cayó sobre los impecables pantalones negros del luthier.

Florence pasó por su lado y tomó el mandil que siempre usaba. Esperó a que él dejara de lijar y dijo:

—Aquí tiene, está ensuciando su ropa.

—Gracias… —Dejó la lija y el parche sobre la mesa, se puso el mandil y continuó con su tarea.

—De nada.

Florence se vio tentada de ir a buscar el taburete y sentarse para seguir observando, pero no quería presionar demasiado al señor Reeves. Se notaba que la visita de los Atkins lo dejó descompuesto.

«Debió quererla mucho», pensó ella, imaginando la decepción de Reeves cuando lo abandonaron.

Le hubiera gustado decirle que ellos no valían la pena, que él podía no tener todo el dinero del mundo, pero eso no le restaba a su valor como persona.

Sin embargo, ese comentario estaría fuera de lugar. La confianza que había entre ellos era frágil.

Pero cada día se hacía más fuerte. Sabía que algún día él se relajaría frente a ella.

Definitivamente, no la detestaba, no la miraba como a los Atkins. Mejor dicho, como a la señora Atkins.

Y si él no quisiera su presencia en el taller, no le habría permitido visitarlo en primer lugar.

Se preguntaba qué clase de sentimiento despertaba ella en el señor Reeves. ¿Simpatía?, ¿respeto?, ¿o solo era una cliente más?

«¿Por qué te interesa saber eso, Florence?», pensó con acritud.

Mejor no le daba tantas vueltas.

—Bien, me retiro, señor Reeves. Muchas gracias por su tiempo. —Él no le contestó, seguía lijando—. ¿Señor Reeves?

Él detuvo sus movimientos en seco y la miró.

—Disculpe, no la oí.

—Oh… me estaba despidiendo. Solo eso. —Él apretó los labios y asintió—. ¿Volteo el cartel o lo dejo tal como está? Digo, por la hora.

—Déjelo tal cual, por favor. He tenido suficiente por hoy.

—Muy bien. —Y Florence sabía que no era por ella—. No se exija demasiado, señor Reeves. Vendré la próxima semana.

—La estaré… esperando. —Y la pieza del parche resbaló de sus manos y masculló—: Demonios.

Florence la recogió y la dejó sobre el mesón.

—Adiós. Descanse.

Segundos después, la campanilla despidió a Florence con un dulce tintinear.

Reeves se masajeó la frente.

—¡Soy un idiota!

Silencio

Al día siguiente, Reeves despertó cuando el sol ya se encontraba en su cenit. Se estiró y se sentó sobre la orilla de la cama.

Muchos pensarían que, al regentar un negocio próspero, él vivía en una casita en algún barrio acomodado. Lo cierto era que él alquilaba un piso que tenía lo básico. Una cama, una mesita de noche y una silla. Lo espartano del mobiliario contrastaba con sus ropas elegantes que colgaban en su ropero, y sus modales.

Estaba acostumbrado a la frugalidad y a esa cuota de sordidez y bohemia del Soho, pero tenía un motivo poderoso… Daisy Atkins le dio una de las lecciones más grandes y brutales de su vida: si algún día quería formar una familia, debía dar estabilidad financiera.

Era un hombre, debía proveer, debía proteger, debía partirse el lomo para que su familia no pasara penurias…

Su mujer debía tener lo mejor. Un techo decente, ropa, comida, un buen médico.

Debía cuidarla.

Resopló, cabizbajo. Su mirada se perdió en sus pies desnudos.

«Lo siento, Bram… Pero no se puede vivir del amor». Las últimas palabras de Daisy fueron lapidarias. No insistió. Ella fue razonable, él no tenía nada que ofrecer en ese momento, solo incertidumbre.

«Fue lo mejor… pero no por eso fue menos humillante», pensó y sus fosas nasales se dilataron.

Por eso, cada moneda que sobraba, la ahorraba. Tenía su pequeña fortuna resguardada en un banco respetable, pero para él nunca era suficiente.

Y la vida se burlaba de él una vez más.

«De todas las mujeres del mundo tenía que ser ella».

Aquel pensamiento encendió su rostro y oprimió su pecho. Se tapó la cara, necesitaba ocultarse de sí mismo.

Inalcanzable. Ella pertenecía a otro mundo, a otra realidad, a otras aspiraciones. Sus vidas coincidían cuando esa joven entraba a su negocio como una cliente.

Ya no era solo una cuestión de dinero, sino de origen, estatus y educación. Tenerlos de verdad, no fingirlos.

Se restregó la cara y se levantó.

«No puedo permitir que ella se dé cuenta». Debía buscar un modo de ocultarlo, y no herirla. Tarea complicada, Florence parecía haberse vuelto inmune a su trato frío y distante.

Fue un error descomunal haberle ofrecido la entrada al taller. La tentación de tenerla cada día un poco más cerca fue más poderosa que él, y ahora estaba pagando las consecuencias.

Lo que era una admiración a la distancia, que se mantenía templada por el tiempo, se transformó en una bendita tortura.

Ella no tenía idea de lo que provocaba en él.

Por breves instantes, disfrutó ese momento en que la señorita Witney preguntaba y lo elogiaba con naturalidad. A él le encantaba hablarle de su trabajo, y el respeto que ella le entregaba no eran meras cortesías.

Y lo que destruyó su temple fue cuando ella le ofreció el mandil.

Era patético. Una simple muestra de cuidado, para él significó el mundo.

Se convenció de que podría soportar y disfrutar de ella en el taller sin que se diera cuenta de lo que sentía. Sin embargo, los hechos del día anterior le dieron ese baño de fría realidad que necesitaba.

Se aseó. Se afeitó. Se perfumó con agua de colonia y se vistió. Se palpó el pecho.

En su bolsillo todavía estaba el pañuelo que ella usó.

Lo sacó con brusquedad y lo observó por largos segundos.

Lo empuñó con fuerza, ordenándose a arrojarlo a la ropa sucia.

—Es solo un pañuelo.

Lo volvió a guardar.

Estaba decidido. Ese domingo iba a trabajar en el taller hasta la noche, debía acelerar la reparación de la bendita viola.

Así, ella se convertiría otra vez en esa rara estrella fugaz que atravesaba su cielo oscuro.

*****

Florence terminó de trazar las líneas del pentagrama.

Sopló con gentileza la tinta fresca y pasó el papel secante.

Sus ojos se perdieron en el fuego de la chimenea de su alcoba. Se preguntó si su proyecto sería viable. Por el inconveniente de su viola había dejado de lado su objetivo de publicar una de sus composiciones. Lo haría bajo un seudónimo masculino. A las compositoras siempre se les criticaba con excesiva dureza.

Miró de soslayo la viola de reemplazo. Quizás era su imaginación, pero ya no sonaba tan terrible como antes.

Muchos decían que un instrumento mejoraba su sonido si era usado, y esas semanas vaya que había sido usado.

Tal vez le estaba exigiendo demasiado a una viola casi nueva. Tenía que ser más justa, más flexible. No podía igualar los cincuenta años de música que tenía su instrumento herido.

Recordó las manos del señor Reeves lijando el parche. No había brusquedad, al contrario, era un verdadero arte. El día anterior Florence se sintió diferente, entre ellos se gestaba una nueva familiaridad. Quizás no tanto para él, se tensaba y dejaba de respirar cuando ella estaba cerca.

Qué reacción más extraña, como si ella fuera a atacarlo como una fiera salvaje.

Rio ante esa idea. Quizás, con una copas de más, se convertiría en una mujer que era capaz de dejarse llevar por sus impulsos.

Sobria no se atrevería a decirle que le gustaba mucho, que lo admiraba, que a veces sentía que ella no era del todo invisible…

Sí, ella dejaba de ser invisible cuando él la miraba. O cuando cerraba los ojos y disfrutaba de su música.

Se preguntó si él la dejaría vender su composición en el negocio, solo para probar.

Se lo propondría, no perdería nada.

Volvió a la hoja que esperaba a ser escrita. Florence entintó su pluma y escribió el título de la obra.

Concierto para Viola en Sol menor, *Adagio* de otoño. *Opus* 35, por Abraham Holtz.

A un lado se encontraba el borrador. Trazó las líneas y curvas de la llave de Do y transcribió su obra.

Ritardando

Tres días después, Florence iba con su partitura encuadernada bajo el brazo. La brisa fría se colaba debajo sus enaguas con cada paso que daba, pero a ella no le importaba. Una ligera sonrisa adornaba su rostro.

No obstante, esa sonrisa se desdibujó al llegar a Reeves & Son. En la puerta, el letrero anunciaba que estaba cerrado.

Extrañada, consultó la hora en el pequeño reloj que guardaba en su retículo. Eran las cinco de la tarde, el señor Reeves solía cerrar a las seis.

«Quizás está atendiendo a alguien en el taller y no quiere ser interrumpido», pensó. Se acercó a la puerta y aguzó la vista para observar a través de los cristales.

La puerta del taller estaba cerrada. El señor Reeves siempre la mantenía abierta.

Florence se encogió de hombros y dio media vuelta. Tal vez él tuvo un inconveniente y debió cerrar antes.

—Ojalá no sea nada malo. —Y soltó un suspiro—. Mañana le preguntaré.

*****

No pudo preguntarle. Volvió al día siguiente, a la misma hora, a las cinco.

El cartel se burlaba de ella con sus letras formando la palabra…

—Cerrado. ¡Rayos y condenación!

Apretó los labios, ofuscada.

No obstante, esa sensación se diluyó.

¿Y si estaba enfermo? ¿Y si le pasó algo malo?

Ella sabía tan poco de la vida personal de Reeves, que sus especulaciones iban por derroteros inocentes como coincidencias, hasta verdaderas tragedias griegas.

Le dio una última mirada al cartel y, cabizbaja, se marchó.

*****

No pudo volver al día siguiente. El ensayo terminó tarde y cuando salieron a Oxford Street ya era de noche. Matthew y Caleb la acompañaron en su regreso a Peony House, y alquilaron un carruaje.

Los tres conversaban animados, el repertorio ya estaba alcanzando el brillo que el quinteto deseaba lograr. Todos los músicos salieron con una sonrisa en los labios y la efervescencia burbujeando en su sangre.

Cuando el carruaje viró por Duke Street, Florence miró por la ventanilla. Quería ver el negocio. Algo completamente absurdo, a las ocho de la noche Reeves & Son ya debía llevar un par de horas cerrado.

Reprimió un jadeo al ver al señor Reeves echándole llave a la puerta del negocio.

Caleb y Matthew también lo notaron. El primero —contra toda norma social del decoro— abrió la ventanilla y exclamó:

—¡¿Qué hace tan tarde, Reeves?!

El luthier miró en varias direcciones y pronto dio con el carruaje. Se tomó el ala del sombrero a modo de saludo.

—Trabajando, milord.

Al escuchar su voz, Florence cedió al impulso y se mostró por la ventanilla e interrogó:

—Mañana abrirá, ¿¡cierto!? —Necesitaba confirmarlo, comprometerlo.

Reeves solo asintió.

Matthew se hizo espacio en la estrecha ventanilla y profirió:

—¡Que tenga buenas noches, Reeves!

El carruaje dejó atrás el negocio. Caleb dijo:

—¿Ese hombre cuándo para de trabajar?

Matthew se encogió de hombros y repuso:

—Es soltero, se lo puede permitir. Ya ves a Tony, se va corriendo a su casa en cuanto terminamos de ensayar.

—Si estuvieras casado, también lo harías… A todo esto, el pañuelo que atrapaste en la boda de Sophie… ¿Ha tenido algún efecto?

Matthew rio.

—Esa tradición así como nació, murió.

Caleb chasqueó su lengua.

—Trabajas demasiado también, igual que Reeves. Morirás joven y sin descendencia.

—Tengo más hermanos que continúen el linaje de los Moore.

Florence negó con su cabeza y le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—¡Calla, ridículo! ¡No digas sandeces!

Matthew rio y se sobó.

—Me maltratas, mujer.

Florence alzó su barbilla.

El carruaje se detuvo. Caleb se apeó y como si fuera un lacayo ayudó a su amiga a descender.

—Sana y salva, querida.

—Nos vemos el lunes. —Miró hacia el interior del carruaje—. Buenas noches, Matt.

Florence subió los peldaños de la escalinata y golpeó la aldaba. El mayordomo le dio la bienvenida.

—¡Adiós, Flooooooo! —exclamaron sus amigos y el carruaje partió.

Florence sonrió e hizo un gesto discreto de despedida. Ese par. Suspiró entrecortado y miró en dirección a Duke Street. Se quedó quieta por unos segundos, por si él aparecía doblando en la esquina…

Nada.

Cruzó el umbral de la puerta, y esta se cerró tras de sí.

Diez segundos después, Reeves salió de su rincón oscuro resoplando.

Se palpó el pecho, sus pulsaciones apenas se regularizaban.

Faltaba poco. Si todo salía bien, podría entregarle la viola a su dueña antes de lo presupuestado.

Una súbita desazón lo invadió.

Estaba seguro de que la extrañaría.

*****

A la mañana siguiente, Florence sonrió al ver el cartel dándole la bienvenida. Apretó contra su costado la partitura, asió el pomo y lo giró.

Abrió la puerta. La campanilla tintineó.

Reeves ya la observaba desde el mostrador. Florence avanzó hasta él, y notó que tensaba la mandíbula.

La sonrisa de ella se amplió.

—Buenos días, señor Reeves. —Él carraspeó y solo se limitó a asentir. Florence ladeó la cabeza y preguntó—: ¿Cuándo se va a acostumbrar a mi presencia?

Reeves parpadeó, desconcertado por aquella repentina e inesperada pregunta. Su voz fue insegura al indagar:

—¿A qué se refiere?

—Usted se pone tenso como cuerda de violín cada vez que lo visito… Sea sincero, por favor… ¿Me detesta? ¿Le desagrado de algún modo?

«Dios, todo lo contrario», dijo el acelerado corazón de Reeves.

Él no se atrevió a mentir. Sería tan fácil decirle que no soportaba su presencia, herirla al punto de lograr que no volviera nunca más… Ella confiaba en él, no podía traicionarla de esa manera por simple cobardía.

Negó con su cabeza y prefirió lanzar una mentira piadosa.

—Estoy más acostumbrado a tratar con caballeros que con las damas.

A priori a ella le resultó una respuesta plausible. No obstante, recordó ese día cuando su cuñada compró las partituras. No lo vio especialmente complicado en el trato.

Decidió seguirle el juego.

—Oh, entiendo. —Notó que él miró de soslayo lo que ella traía bajo el brazo. Se lo presentó poniéndolo sobre el mostrador—. Quiero proponerle un negocio.

Por primera vez ella pudo ver la sorpresa reflejada en el rostro de Reeves; cejas arqueadas, ojos bien abiertos, tres surcos en su frente amplia.

Florence rio.

—No es ilegal… Verá… No solo interpreto, también compongo pequeñas piezas para quinteto, duetos o solistas.

Reeves leyó la portada…

—¿Abraham Holtz? —La miró interrogante.

—Es un seudónimo, ya sabe lo complicado que es. ¿Cuántas mujeres publican sus partituras en su negocio? —Solo bastó un segundo de silencio y repuso—: Ninguna, pero tal como en la literatura, nos tenemos que ocultar tras una identidad masculina para no sufrir el linchamiento social.

Reeves hojeó la partitura. Estaba escrita a mano, el encuadernado era sencillo. No era una producción en masa… Su mente iba tarareando algunas partes.

Por unos instantes sintió el impulso de tomar una viola e interpretar… Evocó aquella inocente época en que su futuro se vislumbraba prometedor e inamovible.

Florence le recordaba una parte de sí mismo que dejó atrás.

Cerró la partitura y la volvió a mirar.

—¿Y cuál es el negocio que quiere proponerme?

—Pues, vender mi trabajo en su establecimiento… Lógicamente, usted se tiene que llevar una comisión… ¿Qué me dice?

Reeves no pudo decirle que no. No era capaz de sofocar esa tierna esperanza.

—No le garantizo que se vaya a vender. Abraham es un compositor nuevo y desconocido.

—Oh, bueno, eso lo sé… Solo quiero probar. ¿Quién sabe si el señor Holtz se vuelve un famoso y misterioso compositor?

—Su partitura está escrita a mano… ¿Es una pieza única o tiene copias?

—Tengo una más… por si se vende.

—Bien. Si llega a ser popular podríamos requerir de copistas, o de una imprenta… Lo veremos en el futuro.

—Sí, no hay problema, iremos paso a paso… ¿Y el precio?

—Esta es una obra inédita del autor, no es cualquier cosa. —Hizo una mueca, sopesando el valor—… Unos diez chelines, creo que es un buen precio.

—Me parece razonable… ¿Y cuál sería su porcentaje de comisión?

—Quiero un cuarenta por ciento.

Florence trató de ponerse seria, pero la idea de llevar a cabo su proyecto dinamitó su actitud. Con una sonrisa replicó:

—Treinta.

Reeves arqueó ligeramente su ceja y presionó:

—Treinta y ocho.

—Treinta y dos.

—Treinta y cinco.

—Hecho… Pudo haber dicho treinta y cinco desde un principio.

—No sería comerciante si no regateo. La mayoría de las veces salgo ganando.

Salió del mostrador y puso la partitura en exhibición, por sobre las demás de viola. Aprovechó esa instancia para voltear el cartel y poner el seguro a la puerta.

Con un gesto, invitó:

—Después de usted.

Florence se internó en el taller.

Sus ojos se desviaron directamente hacia la viola. No obstante, había varios elementos nuevos. Prensas y un olor que no lograba identificar.

Se acercó, reverente, casi con miedo de arruinar el trabajo del señor Reeves.

Él la observaba en silencio. Guardando en su memoria esos instantes que ya serían los últimos. Tomó una honda inspiración y dijo:

—Ayer coloqué el parche. Se pega con cola de conejo y…

—Ah, ese es el olor que siento en el aire.

—Así es… Se hidrata y se calienta a baño María. Hay que trabajar rápido cuando entra en contacto con la madera para colocarla en el lugar perfecto y luego prensar. Se cristaliza al secarse.

El soporte cobró aún más sentido para Florence, una parte de la prensa ejercía fuerza por el yeso, y la otra en el parche.

—Cada vez me asombra más su trabajo, es fascinante.

—En unas horas quitaré las prensas y tendré que esperar unos dos a tres días para que la madera descanse. Luego se rebaja el parche para que quede al mismo nivel de la tapa. Y, finalmente, se pega la tapa armónica y se vuelve a prensar.

—Eso quiere decir que falta poco.

—Así es.

—Ha demorado menos de lo que me dijo. —Él asintió—. Por eso el viernes pasado salía más tarde… También ha estado cerrando más temprano, ¿cierto?

Reeves tragó saliva y volvió a asentir. Florence lo miraba a los ojos. No fue capaz de sostener el contacto.

Por algún extraño motivo, a ella no le hizo feliz esa excesiva dedicación.

No se atrevió a increpar a Reeves, a acusarlo de acelerar la obra para no verla más… ¿Por qué lo haría? Él aseveró minutos atrás que no la detestaba.

¿La estaba evadiendo?

¿Por qué?

¿¡Por qué!?

En ese momento no tenía ninguna explicación.

Lo único que atinó a decir fue:

—No sacrifique sus horarios de venta por mi viola. Usted vive de esto. No le he pedido que termine antes.

Reeves no pudo contestar, ella lo estaba amonestando. Esperaba que no sospechara el real motivo de su obsesión por terminar el trabajo.

No tendría el valor de mirarla a los ojos nunca más.

Parecía estar condenado otra vez…

Florence notó que algo cambió en la expresión de Reeves. ¿Había sido demasiado dura? ¿Hirió sus sentimientos de alguna manera?

Dios, ¿por qué estaba siendo todo tan complicado?

«Porque te gusta más de la cuenta», respondió su corazón.

—Discúlpeme, señor Reeves, no debí…

—No… no… Tiene razón.

Entre ellos se prolongó un denso silencio. Era como si las prensas que aprisionaban su viola también estuvieran comprimiendo el aire.

Florence suspiró.

—Volveré en la semana… —No quiso decir qué día. Deseaba sorprenderlo con la guardia baja.

Si es que eso era posible.

Reeves se comió un «La estaré esperando» y, en cambio, dijo:

—Aquí estaré.

Florence compuso una sonrisa que no llegó a sus ojos. Hizo una leve reverencia y se retiró.

Cuando la campanilla la despidió, Reeves no sabía qué hacer con su corazón.

Da capo

Ese miércoles Florence salió más temprano de la academia, su alumno, George, no asistió por un repentino resfriado.

Esa fue la oportunidad que tomó para ir al negocio.

El trayecto a pie no tardaba más de diez minutos. Esa era la libertad que tenía, podía prescindir de una carabina, siempre y cuando no hubiera más de un cuarto de hora desde el punto A al punto B.

Su libertad de acción se limitaba a Mayfair.

Y no se lo recriminaba a sus padres, así era la realidad del mundo. Las mujeres —sin importar su estado civil, su ropa o su edad— corrían mucho peligro en Londres, y en cualquier parte a decir verdad.

Oxford Street era una calle relativamente segura con sus escaparates, compradores e innumerables carruajes circulando hacia el este y el oeste.

Las nubes plúmbeas y aglutinadas anunciaban que pronto dejarían caer la lluvia que acumulaban. Florence llevaba su paraguas y acompañaba su andar como si fuera un bastón.

Sus pasos se fueron ralentizando cuando viró en Duke Street…

No quería dejar de visitar el negocio. Sabía que esa podía ser la última vez… Quizás en el futuro tendría una excusa —como la partitura de Abraham Holtz—, pero no una tan poderosa como la reparación de su viola.

La desazón la inundaba a cada paso que daba. Esos encuentros eran más que una rutina en la que visitaba a su viola herida.

Inspiró hondo y avivó la marcha.

Al llegar al negocio, se encontró con el cartel volteado.

«Cerrado».

Florence frunció el ceño. Miró a través del cristal y notó que el taller se encontraba abierto. ¿Estaba trabajando? ¿Atendía a un cliente? ¿A una mujer?

Y una idea atrevida cruzó su mente. No reflexionó. Asió el pomo de la puerta y giró. Ahogó una risa nerviosa. Si él no puso el seguro, era porque no temía ser descubierto…

No quiso anunciar su presencia. Era una locura, pero ella necesitaba sorprender a Reeves con la guardia baja.

Entreabrió la puerta. Con el paraguas, levantó la campanilla para que no repicara al abrirla más.

Entró y cerró la puerta. Puso el seguro.

De puntillas, dio un paso intentando no hacer crujir demasiado el suelo de madera.

Dio otro más.

Y un sonido la paralizó.

Una viola.

Se quedó ahí, plantada, escuchando el sonido grave y profundo. La melodía lenta estaba cargada de anhelo y melancolía.

Los latidos de su corazón se aceleraron. Contuvo el aliento.

Una progresión armónica de aquella música le sonó familiar. Creyó que era coincidencia, pero su mente tarareó a la par de esa viola y por largos segundos cantaron a la vez…

Era su *adagio* de otoño.

No iba precisamente al *tempo* que ella lo interpretaba, era más lento. La solemnidad del músico le dio un matiz más profundo, como si estuviera revelando la verdad que subyacía en aquellas notas encadenadas.

Más oscuro.

¿Quién sería? ¿Reeves o algún cliente?

Atravesó con lentitud el negocio y llegó al umbral de la puerta que separaba el taller del resto del mundo.

Y lo vio… A Bram, no al señor Reeves.

Sin levita. De pie, ejecutaba su *adagio* de memoria con los ojos cerrados, bebiéndose cada nota, poniendo todo su corazón.

Postura perfecta. Sus dedos se deslizaban por el diapasón, y el arco acariciaba las cuerdas. Se mecía lento, como si la viola fuera su compañera de baile. Fruncía su ceño ligeramente al alargar las notas más agudas.

Un vibrato que ella nunca anotó en la partitura apareció, y cambió el culmen, como el lamento de un adiós doloroso que se negaba a desaparecer.

La nota quedó suspendida. Alargando el preludio de ese final.

Florence nunca había escuchado su obra en manos de otro violista, y mucho menos imaginó ser testigo de la ejecución de Reeves. No era solo un comerciante, un luthier.

Era mucho más.

Él no solo reprodujo un conjunto de notas en un pentagrama. Había leído algo más, lo que ella no se atrevió a escribir.

Sus ojos se desviaron a ese hermoso instrumento que él hacía llorar grave y melancólico.

Y de pronto, todo fue claro… Ese sonido nuevo y profundo era el de su viola. Ya no era la misma de antes…

Era mejor. El parche… No, el trabajo de Reeves le otorgó una nueva dimensión a su instrumento.

Él no estaba probando su viola, la estaba sintiendo… Así como sentía su adagio.

Florence lanzó un suspiro entrecortado y dos goterones surcaron su piel. No podía contener las emociones que desbordaban su corazón.

Reeves la escuchó, abrió los ojos y contuvo la respiración.

Ella lo vio… ¡Lo vio!

Se sintió despojado de todo, desnudo ante el escrutinio de Florence Witney.

Palideció. Su sangre se detuvo en sus venas.

Le fue imposible a su boca articular alguna palabra. Su voz había enmudecido.

Su postura dejó de ser la del prodigioso violista, y la cambió por la del luthier. Tensó la mandíbula y apretó los labios.

Ella se secó las lágrimas. Su voz era apenas un susurro cuando dijo:

—No sabía que interpretaba tan bien.

Reeves bajó la viola, y domó el impulso de esconderla a sus espaldas.

—Solo estaba probando la sonoridad.

Florence no le creyó, mas no quiso presionarlo.

Avanzó un paso hacia él.

Su voz, como un murmullo casi quebrado, retomó la melodía desde donde él la dejó suspendida, y la llevó hasta el final.

Él la observaba, como siempre, con esos ojos oscuros e intensos. Y ella supo, sin lugar a dudas, que no era aversión, sino algo muy diferente.

Y cuando no hubo más que silencio, ella dijo:

—Gracias por escuchar mi adagio…

Reeves no respondió. Tomó un paño y sacudió el polvillo de resina que desprendía el arco sobre la tapa armónica.

—Está lista.

Y se la ofreció.

Ella no la tomó de inmediato. La observó, como si estuviera reconociendo de nuevo a su compañera. Renuente, dejó a un lado su paraguas.

Los ojos de Florence se anegaron otra vez. No se sentía del todo feliz, su viola volvía a ella, pero...

Y comprendió que no todo lo que se recuperaba regresaba indemne.

—Gracias. —Se quitó los guantes, los dejó sobre el mesón y la recibió.

Reeves asintió. Sin mirarla, le ofreció el arco y añadió:

—El parche se asentó como debía y la madera respondió muy bien a la reparación. Le sugiero tocarla con cuidado los primeros días, no le exija demasiado.

—Entiendo. Haré una transición y usaré dos violas por un par de semanas…

Él solo respondió con un grave y ahogado:

—Ajá.

De pronto, el taller se iluminó… El sol, dorado y glorioso, penetró entre las nubes. Reeves desvió la mirada hacia la ventana.

Y así como vino, la luz se fue.

Florence logró ver cómo la manzana de Adán se movía en esa estoica garganta.

Y por fin entendió.

Reeves era un hombre que no quería ser visto.

Él no quería que ella lo viera.

Pero ya era muy tarde… para ambos.

Tomó posición y puso la viola bajo su mentón. Aún se sentía la tibieza de la piel de Bram en la madera.

Sus dedos en el diapasón, el arco sobre las cuerdas.

Y la música vibró en su pecho.

Reeves la reconoció, era la *Suite Número 1 para Violonchelo* de Bach… El preludio… pero el arreglo era para viola.

El instrumento le daba un matiz más alegre, vibrante, menos oscuro.

Era impresionante cómo cambiaba una pieza siendo ejecutada por un instrumento diferente al que fue creada.

Y cerró sus ojos durante los breves minutos que duraba el preludio. Se dejó acariciar por esa melodía que conocía tan bien, pero que parecía nueva.

Florence solo contemplaba a Reeves. Cuando él escuchaba música, no podía evitar mostrar lo que deseaba ocultar. El alma del intérprete era más fuerte que él.

Y el silencio volvió cuando la música murió.

Florence suspiró entrecortado y pasó por el lado de Reeves. Guardó la viola en su estuche, que reposaba sobre un taburete. Destensó las crines del arco y, con delicadeza, lo dejó en el mesón de trabajo.

Cerró el estuche y lo asió. Abrió su retículo y sacó unas monedas. Sin palabras, le pagó la mitad que faltaba.

Por primera vez sus pieles se rozaron. Florence tardó un poco más de lo debido en soltar las monedas.

Era el fin.

Pero también podía ser otro comienzo. Tomó sus guantes, el paraguas y se situó frente a él.

—En diciembre tendremos varios conciertos de Navidad… Matt y Tony se lo comentaron hace unas semanas. El primero será en el Covent Garden Theatre.

—Lo recuerdo.

—Eeeeeh… Habrá una pieza en el repertorio, una nueva… La de Abraham Holtz. —Él la miró—. Me gustaría que estuviera allí.

No contestó de inmediato. Desvió sus ojos hacia el arco que yacía sobre el mesón.

—No suelo asistir a… ese tipo de eventos. Mi lugar está aquí.

Ella esbozó una sonrisa.

—Puede cerrar antes. —Se encogió ligeramente de hombros—. No sería la primera vez.

Otra vez esculcó su retículo, sacó una entrada y se la ofreció.

—Tiene reservado un asiento.

Florence notó cómo él reprimió el impulso de tomarla. Ella se la acercó más… un desafío.

Él soltó un resoplido por su nariz y la tomó.

—No le prometo nada.

Florence negó con su cabeza.

—Lo entenderé si no va… Bueno… Me voy… Gracias de nuevo, señor Reeves. Ha hecho un trabajo extraordinario… Nos veremos pronto.

Él solo asintió.

Florence dio media vuelta. Mitad esperanza, mitad agonía.

Pero Reeves… él solo era agonía.

No sabía cómo respirar sin que doliera.

Coda

La primera vez que Bram vio a Florence no fue precisamente en el negocio. Fue cinco años atrás, en primavera. Una tarde de sábado, después de cerrar la atención al público, en vez de marcharse a su casa, fue a pasar un rato a Hyde Park.

Se sentó en una de las bancas y se dedicó a mirar a los transeúntes. Se fijaba en los caballeros, en cómo vestían, en cómo hablaban. Era un ejercicio que hacía de vez en cuando para estar al tanto de la moda, y no dejar que sus atuendos se vieran viejos. A veces solo bastaba con variar el color del chaleco o el nudo del pañuelo. A diferencia de las damas, los cambios no eran tan radicales.

Y de pronto, la vio. Paseaba con sus primas y amigas, un grupo numeroso de damas en edad casadera. Ella iba seria, a diferencia de las demás, como si no quisiera estar ahí. Una extraña actitud en plena temporada donde los aristócratas debían ver y ser vistos.

Las acompañaban sus padres. Reconoció al vizconde Rothbury —aunque aquello no era tarea difícil con la mitad de su rostro desfigurado y su andar renqueante—. El aristócrata lo saludó con el ala de su sombrero.

Desconcertado, Bram le respondió enseguida. Sus clientes no acostumbraban a saludarlo fuera del negocio. El vizconde y uno de sus hijos mayores solían comprar los instrumentos más caros… Incluso le vendió una de las mejores violas que fabricó su abuelo. La quería conservar para él, todavía tenía la esperanza de retomar algún día su carrera de músico. Sin embargo, aquella venta le permitió sanear, de una buena vez por todas, la gran deuda que le quedaba con el banco, y lo salvó de no perder el negocio.

En ese momento, la curiosidad de Florence de saber a quién saludaba a su padre hizo la magia y lo miró.

Ese par de segundos fue eterno.

Le sonrió y lo saludó. Fue solo un gesto con la mano, pero parecía alegrarse por algo que él no sabía.

Siguieron con su camino.

Un año después, ella visitó por primera vez el negocio, fue para comprar una sordina para su querida viola. Como buen vendedor entabló conversación con ella, y confirmó su sospecha de que la señorita Witney era la dueña de la viola de su abuelo.

Ella hablaba de música con tanta emoción y recorrió todo el negocio, maravillada de la variedad. A Bram le extrañó que una señorita anduviera sola y preguntó:

—¿Por qué no la acompaña una carabina? ¿La espera afuera?

Florence revisaba unas partituras y respondió.

—Ya no la necesito… Al menos en Mayfair. —Bram frunció el ceño, extrañado por aquella respuesta—. Ya no me casé… ¿Cuánto cuesta el concierto de viola de Telemann?

—Cinco chelines. Ese concierto es bastante avanzado.

—Soy más avanzada de lo que cree… con la viola.

—No es común que una dama toque ese instrumento.

—Me gusta su sonido y la función que cumple en el Quinteto Divino… No es tan vistosa como un violín o un violonchelo pero es un…

—Un puente.

—Eso. —De pronto, él notó cierta melancolía en su voz al añadir—: Es casi invisible, pero cuando no está, se evidencia su vacío.

Por un segundo él sintió que ambos eran más parecidos de lo que se podía ver a simple vista. La conversación fluía como si ella lo conociera de toda la vida, y no instalaba entre los dos esa odiosa barrera de superioridad que la mayoría usaba para recordarle cuál era su lugar.

Por un segundo, se sintió escuchado, y quizás podrían ser más que conocidos en el futuro. ¿Quién sabía si pasaba algo más?

Su imaginación voló más allá.

Y ese segundo lo aterró, porque se sintió real.

Cuando Florence se marchó, tomó la decisión de no iniciar ninguna conversación casual. Esa joven era demasiado abierta, demasiado inocente… y amaba profundamente lo que hacía.

Era peligrosa para él, bastó solo una conversación y ya la admiraba.

La admiró aún más cuando, años después, salió una nota en el periódico, donde se destacaba el virtuosismo de los músicos del Quinteto Divino y su complejo repertorio. En otra oportunidad criticaban que dos damas se exhibieran de esa forma en público, aunque fueran talentosas.

Fueron más notas pontificando lo que debía hacer Florence Witney —como buscarse un esposo y dedicarse al hogar—, o recordando los deberes de la duquesa de Oxford —como organizar fiestas y preocuparse de dar herederos al ducado—.

Bram pensó que Florence dejaría de presentarse en público, que no soportaría la presión y el escrutinio, pero nunca cedió.

Ella también hizo sacrificios, prefirió su carrera por sobre la aprobación de los demás.

Tras la máscara de fría amabilidad, la observaba cada vez que entraba a su negocio a comprar más partituras, resina, otra sordina, un arco de repuesto o cambiar crines. Sus visitas eran esporádicas, tres o cuatro veces en el año.

Eso lo podía soportar. Ella cambió su actitud abierta con él y se limitaba solo a comprar.

Sí, eso lo podía soportar… Algún día esa admiración se diluiría. Quizás, sin darse cuenta, llegaría una mujer a la cual podría cortejar y ofrecer un buen futuro. Una que fuera de su clase… Tampoco le importaba si era de cuna inferior. Con él, esa mujer imaginaria podría crecer.

Pero esa mujer nunca llegó.

*****

Al despertar todos los días, veía sobre la mesita de noche la entrada que ella le regaló. No tenía el valor de arrojarla a la basura, pero tampoco se decidía a ir.

Florence ya no iba al negocio, mas aquello no significaba que estuviera ausente. Todos los días ella visitaba su mente, la sentía observándolo en el taller mientras reparaba un instrumento, o al ver que alguien hojeaba la partitura de su adagio…

—¿Conoce a Abraham Holtz, señor Reeves? —preguntó un cliente que leía aquella partitura.

—No, solo a su representante, señor Boston.

—¿Esta es una copia inédita?

—Tengo entendido que el señor Holtz tiene más copias, mas no de producción masiva. Primero quería probar con esa.

El señor Boston chasqueó su lengua.

—La compraría, pero me gustaría escucharla.

—Puedo ejecutar un fragmento si lo desea.

—¿Usted? ¿Es músico también?

—Lo fui. —Salió del mostrador. Tomó el arco de la viola que tenía en exhibición. Tensó las crines y lo preparó con resina. Luego afinó el instrumento.

Y tocó para el señor Boston… Recordó cuando ella lo descubrió.

Lo terrible que fue, y al mismo tiempo lo sintió como una dolorosa liberación.

Al terminar, el señor Boston aplaudió.

—Sí, definitivamente es notable. Me la llevaré. ¿Diez chelines?

—Así es.

—¿Me podría hacer un descuento?

Reeves negó con la cabeza.

—Es una pieza que no encontrará en otro lugar, se lo aseguro. Además, ya traté el precio con el representante del señor Holtz.

—Oh, bueno. No importa, me la llevaré de todas formas… —El señor Boston ladeó su cabeza y preguntó—. Tengo curiosidad, señor Reeves, ¿su familia es de los Reeves de Northumberland?

En su fuero interno Bram soltó un resoplido. La gente no se cansaba de preguntar sobre su procedencia. Era la cuarta vez en el año que le hacían esa pregunta.

—Toda mi familia siempre ha vivido en Londres.

—¿En serio? ¿Cuántas generaciones?

—Solo sé que mi padre, al igual que mi abuelo, nacieron y se criaron aquí… —Se encogió de hombros—. Somos personas comunes, no sabemos de dónde provenimos más allá de un par de generaciones.

—Entiendo. Si me permite la infidencia, se parece mucho a uno de mis clientes, pero es de apellido Somers… Soy su abogado.

—Y también me parezco a mi casero en Soho. Su madre era Somers.

—¿Y su madre, señor Reeves, era Somers de soltera?

—Shultz… Era alemana.

—Oh… —Rio—. Entonces usted puede ser el *doppelgänger* de mi cliente.

—Todos tenemos uno.

—Sí… es cierto. Yo tengo uno en mi pueblo natal. —Esculcó su bolsillo—. Bien aquí tiene.

Pagó y Reeves sintió que las monedas pesaban menos. Las contó de una sola mirada.

—Faltan dos chelines, señor.

—Oh, perdón, conté mal. —Le pagó el dinero faltante.

—Claro, suele pasar. —«Con los sinvergüenzas», pensó ácido.

El señor Boston sonrió y se llevó su partitura.

Reeves resopló cuando sonó la campanilla que despedía al cliente.

De las diez monedas se echó cuatro al bolsillo y las otras las dejó en una pequeña caja que había bajo el mostrador.

Anotó la venta en el registro.

Partitura, A. Holtz, Adagio de otoño / 10 chelines / 35% comisión / 65% autor.

Esbozó una sonrisa. Sabía que si alguien escuchaba el *adagio* de Florence, se lo llevaría… Era romántico, suave, melancólico y, a la vez, fuerte y determinado, pura pasión contenida. Parecía simple, pero en algunos pasajes había que ser muy habilidoso.

«Ahora tendría que contactar a la señorita Witney para comentarle sobre la venta y pagarle», pensó.

Una parte de él temía volver a verla. La otra ansiaba su presencia…

«Podría comentárselo en el concierto. Solo faltan un par de días… No, mejor no. Habrá mucha gente. Sería incómodo para ella si

la ven hablando conmigo».

Hasta ese momento, él no pretendía ir.

Ahora dudaba.

La campanilla tintineó.

Después lo decidiría.

*****

Todos aplaudieron al finalizar ese último ensayo. La energía que se dispersaba en la sala los colmaba de vibrante anticipación.

El broche final con el *Hallelujah* de Händel era sin duda la mejor decisión.

Florence sonreía. Su viola, su amada viola, realzó todas las piezas que conformaban el repertorio, incluyendo su *Adagio de otoño*. Esa composición la eligió Matt, no por ser precisamente sacra, pero explicó que en la mitad se necesitaba algo terrenal, un interludio romántico.

Cuando los aplausos cesaron, Grace tomó la palabra.

—Muchas gracias a todos por su esfuerzo y dedicación. Mañana descansen, olvídense de la música, y nos veremos el viernes para el estreno de los conciertos de Navidad. Debemos llegar al teatro con cuatro horas de anticipación, haremos las pruebas de sonido y veremos si necesitamos algún ajuste de último minuto. No es lo mismo un teatro que esta sala. Bien, que tengan buenas noches. Cuiden sus instrumentos, y si tienen cualquier contratiempo, hagan lo posible por comunicármelo. Sean libres.

Los músicos y el coro se despidieron de Grace y los integrantes del quinteto con genuino afecto y gratitud.

Y cuando la sala se vació, Caleb se estiró y se llevó las manos a la espalda baja.

—Dios, Grace, eres una explotadora.

—No es la primera vez que ensayamos toda la semana.

—Pero no había ensayado con peluca… ¡Uf! —Se la quitó y se revolvió el cabello negro—. Me veía guapo, ¿cierto?

—Como el abuelo Charles.

Caleb sonrió, el difunto abuelo fue todo un portento en su juventud.

Matthew entrecerró sus ojos y dijo:

—Supongo que esta jugarreta de la peluca no la harás en el concierto.

—Claro que no… Era solo para amenizar los ensayos.

Anthony lo señaló con el dedo.

—Estás mintiendo, Cal.

—¿Yo? ¿Por qué lo dices?

—Porque cuando lo haces, intentas sonar inocente, y no te resulta. Eres pésimo mintiendo.

—Noooooo.

—¿¡Ves!?

Matthew apuntó con su arco a su primo y amenazó:

—Si te veo con ese pellejo de gato muerto en la cabeza durante el concierto, me encargaré de que toques el clavicordio de por vida.

—Ay, por favor… Sé que es importante…

Florence rio al ver que las orejas de Caleb se enrojecían. Entre carcajadas lo acusó:

—Tu mentira no puede ser más evidente… —Risa de cerdita—. Ay, no…

Cuando Florence se reía como cerdita, nadie la paraba.

Hacía muchos días que no reía.

Los mismos que no veía a Bram… Desde que le entregó la viola, buscaba alguna excusa plausible para visitarlo, pero luego desechaba esa idea.

Sentía que debía dejar pasar unos días. Permitirle un respiro.

Recordó su semblante cuando ella lo descubrió… Tan expuesto, tan falto de equilibrio.

Y sus carcajadas agonizaron.

¿Y si él no iba al concierto?

Su voz se apagó.

Grace la trajo de vuelta al momento cuando indagó:

—¿Tienes algún problema, Florence?

—No, para nada. —No tenía más alternativa que mentir… Eso que sentía era de ella y nadie podría resolverlo.

Al menos era mejor que Caleb mintiendo.

Grace miró por un breve lapso antes de preguntar:

—¿Segura? ¿La viola va bien?

—Oh, sí… —Se obligó a sonreír—. Va excelente.

—Sí, se nota. El sonido se ha vuelto más… aterciopelado. Ha sido un extraordinario trabajo de reparación del señor Reeves.

—Sí, es muy dedicado.

Y lo extrañaba. Cuando recibió la viola, sabía que lo iba a extrañar… No dimensionó cuánto.

Quería verlo, escuchar su voz… que le enseñara más de su trabajo de luthier, que volviera a tocar la viola.

Que la volviera a ver, que la escuchara….

Y no ser invisible, no para él.

Forte

Bram contemplaba la entrada que lo amenazaba desde la mesita de noche. La función del concierto de Navidad empezaría ese viernes a las nueve de la noche.

Consultó su reloj de plata, herencia de su abuelo. Eran las siete y media.

Como acto reflejo, lo giró y leyó la dedicatoria grabada en letra manuscrita.

Para mi amor eterno, Bram.
De tu esposa que te acompañará más allá del final.

La tradición familiar era que el primogénito llevara el nombre Abraham, pero siempre terminaban llamándolos Bram.

Más corto y menos bíblico.

No conoció a su abuela. Ninguno de sus tíos sobrevivió a la infancia, excepto su padre.

Su familia parecía ser marcada por hombres solitarios que añoraron siempre a sus esposas.

Pero aquello no era motivo de desdicha, el consuelo era que alguna vez conocieron y vivieron el amor de una gran mujer, y las correspondieron en cuerpo y alma.

Guardó el reloj.

Se desvistió.

Era mejor lustrar sus zapatos sin ropa, así no la mancharía.

*****

Florence se miró al espejo del camerino. Su vestido de seda verde realzaba sus cabellos y ojos castaños.

«Incluso hace más notorio ese hermoso lunar que tienes en la mejilla», elogió su madre la primera vez que la vio con ese vestido puesto.

Adornó su cabello con unas horquillas coronadas con cristales y engalanó su cuerpo con joyas discretas: la cadenilla que le regaló

Violet para su cumpleaños, un colgante de perla y pequeños aretes de plata con forma de bellotas.

Suspiró. Por más que se adornara no podía hacer nada más.

Seguía siendo la misma de siempre… anodina.

«Quizás le pedí demasiado al invitarlo —pensó con un creciente sentimiento de culpa—. Fui imprudente».

Minutos atrás, desde un rincón del escenario, espió cómo el teatro se llenaba poco a poco. Como siempre en los estrenos, sus familiares y amigos colmaban las tres primeras filas. Pero todavía se encontraba vacía la butaca que le reservó a Bram.

«Dios, ya ni siquiera lo piensas como el señor Reeves», se reprendió y volvió a mirarse al espejo.

En el reflejo notó un par de manos masculinas que se apoyaban en sus hombros.

La voz de Anthony dijo a sus espaldas:

—Te ves más nerviosa de lo normal. ¿Va todo bien?

Florence posó su mano sobre la de su hermano y esbozó una sonrisa.

—Sí… —Suspiró—. Tony… ¿puedo hacerte una pregunta personal?

Su hermano, extrañado, tomó un taburete y se sentó al lado de su hermana.

—Dime, Flo…

—¿Tú crees que nuestros padres se enfadarán mucho si algún día…? No, no… Mejor, déjalo así.

—Ah, no… ya empezaste a hablar. Suéltalo. Te sentirás mejor.

—No, no es nada.

—Florence, cuando una mujer dice que es nada, en realidad es todo. Te prometo que no te juzgaré.

—¿Me lo prometes?

—Por nuestra madre.

—Está bien… —Intentó ordenar sus ideas, pero no era fácil atraparlas en ese torbellino de sentimientos. Tony la esperaba, paciente. Desvió su mirada al dedo anular de su hermano, el dorado anillo de matrimonio brillaba y dijo—: Nuestros padres siempre se han alegrado de sus uniones aunque no fueran del todo

convenientes… —Tony abrió su boca para replicar, mas ella se lo impidió alzando un dedo—. No, espera… Si lo pongo en términos simples, tú te casaste con una plebeya y Marian también… Pero eso no importaba porque Gwen tenía su propia fortuna y Horatio es de la familia… Sin embargo… ¿Tú crees que si algún día, uno de nosotros se enamora de alguien que solo tiene lo justo, lo aceptarán con tanta facilidad?

—Yo creo que primero se tienen que asegurar de que esa persona te respeta y te admira… y que no se sienta disminuida porque tú has tenido la suerte de nacer en esta familia… Si esa persona te ama, te aceptará con lo bueno y lo malo. Por supuesto que influye el dinero, tampoco hay que ser demasiado idealista. El punto es cómo se maneja ese tema. Si él te hace sentir mal, si tienes que justificar sus malas actitudes, si te recrimina por provocarle inseguridades… Entonces, quizás su amor no es tan grande.

—Entiendo… Gracias, Tony.

—Debe amarte, sentirse afortunado de tenerte a su lado.

Florence asintió en un ligero movimiento de cabeza.

Anthony no le preguntó quién era esa persona. Era evidente que alguien había logrado capturar el corazón de su hermana.

Estaría atento, solo intervendría cuando fuera necesario… El amor no siempre eran días de vino y de rosas.

Un amor no correspondido no era solo cuando no despertaba interés en la otra persona. También lo era cuando la contraparte, pese a sentir afecto, no estaba dispuesto a ser un verdadero compañero.

La campanilla que anunciaba el primer llamado a la orquesta tintineó fuera del camerino.

Anthony besó la coronilla de su hermana y dijo:

—Ya es hora.

*****

Bram observó la fachada del Covent Garden Theatre. Una gota de lluvia cayó justo sobre su frente.

Los asistentes rezagados al concierto entraban por las puertas custodiadas por los guardias. Una vez que hicieran el último llamado, no tendría posibilidad de entrar hasta el intermedio.

Si es que lo había.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Uno de los guardias anunció:

—¡Último llamado!

Bram apretó los labios y dio media vuelta.

—Se lo puedo decir otro día.

Un trueno, a lo lejos, remeció las nubes. La lluvia se dejó caer.

*****

Las cortinas se abrieron en el Covent Garden Theatre. Las luces de pie que iluminaban el escenario le dieron la bienvenida a Florence con un golpe de calor.

Los aplausos no se hicieron esperar bajo la araña de cristal a gas que proporcionaba luz a los asistentes.

En medio del fervor y anticipación que flotaba en el aire, Florence buscó a Bram entre el público. Quizás se sentó en otro lado. Su asiento seguía vacío con el cartel que rezaba: «Reservado».

Ese vacío la alcanzó hasta instalarse en su pecho.

Inspiró y exhaló, largo y profundo para aplacarlo.

Tragó saliva e iniciaron la afinación.

El sonido caótico y a la vez armonioso se diseminó en el lugar. Las notas de todos los instrumentos iban y venían sin sentido como un río revuelto, el que, sin embargo, se aquietaba hasta retomar su sereno cauce.

El maestro de ceremonias salió y les dio la bienvenida. El silencio fue absoluto, tanto así que podía percibirse el siseo del gas corriendo por las cañerías.

Florence apenas escuchaba cualquier sonido que no fuera su corazón. Su mirada se perdió en las notas del pentagrama.

«¿Así que eso será todo? —se preguntó con desazón—. ¿Así es el amor no correspondido?».

—Por favor, un gran aplauso para su excelencia, la duquesa de Oxford, directora del Quinteto Divino y la orquesta de cámara de la Academia Cross.

Florence se levantó con postura solemne, al igual que el resto de sus compañeros. Grace entró al escenario con su violín. Ella, aparte de encargarse de la dirección, también tomaría el puesto de segunda violinista, por lo que Anthony debutaría como el primer violinista en los conciertos de Navidad.

Cuando Grace los conminó a sentarse con un gesto, Florence, con una última chispa de esperanza, volvió a buscar a Bram.

El asiento vacío…

Uno de los acomodadores que avanzaba por el pasillo le llamó la atención. Apresurado, guiaba a un hombre de cabellos rubios bien peinados, atuendo de gala impecable.

Bram.

El luthier retiró el cartel de «Reservado» y tomó asiento. La buscó entre los músicos hasta que la encontró.

Ah, Florence ya conocía esa mirada profunda y oscura.

No podía sonreírle, pero su corazón sí lo hacía, latiendo vigoroso, a punto de salir de su pecho.

Ella asintió levemente con su cabeza y él respondió a ese gesto.

Grace hizo la señal para que estuvieran atentos. Florence tomó posición; viola bajo el mentón, dedos presionando contra el diapasón, arco sobre las cuerdas…

Y la música gobernó el teatro.

Con el *Concierto de Navidad* de Corelli de fondo, Bram no le quitaba los ojos de encima a Florence; sus manos ágiles, su piel que parecía resplandecer ante la luz dorada. Tragó saliva al ver la viola de su abuelo brillando en un escenario, elevando el sonido de esa pieza humana y divina.

Él nunca pudo hacerlo, pero le enorgullecía y honraba que una mujer tan virtuosa fuera la dueña de su tesoro…

Y también de ese órgano que bombeaba sangre a su cuerpo.

No obstante, no podía obviar al resto de sus compañeros. Aquella agrupación parecía no necesitar ochenta personas para

llenar el teatro con su música. Era potente e íntimo a la vez.

Un nudo constante atormentaba su garganta. El cuarto movimiento de la *Novena Sinfonía* de Beethoven siempre le producían escalofríos y lo emocionaba al punto de humedecer sus ojos. Recordó que con esa pieza Florence le mostró dónde fallaba su viola.

Y después le siguió la pieza central…

Adagio de Otoño de Abraham Holtz. Florence, de pie, cerraba sus ojos al ser acompañada por el resto de la orquesta. Bram apretó las mandíbulas para contrarrestar la oleada de emociones que lo desbordaban, al notar que ella estaba empleando el mismo *tempo* que él, los mismos acentos… Ese mismo silencio que él dejó al suspender la última nota en vibrato, antes de finalizar aquella obra.

Ella lo vio, lo escuchó… lo interpretó.

¿Qué iba a hacer con su corazón?

Bram se encontraba en ese punto del camino que se dividía en dos.

Renunciar… o arriesgarse.

Ambas posibilidades le obligaban a decidir. Durante una década fue el espectador de su propia vida… No era fácil ser el protagonista.

Y cuando la última nota fue arracada de aquella orquesta, y la directora cerró su puño como si fuera el punto final. Sus manos fueron las primeras en aplaudir con furor. El resto del público no tardó en seguirlo.

Se levantó de su asiento, porque debía reconocer que desde hacía diez años que no se sentía tan vivo.

—Bravo… Bravissimo.

¿Valdría la pena el riesgo?

La ovación se mantuvo por largos minutos. Reverencias, ramos de flores y silenciosos agradecimientos señalaban el ineludible final de esa noche.

Bram se palpó el bolsillo de su levita… Ahí estaban las monedas de la ganancia de Florence, pero tal parecía que no podría darle la nueva noticia. Demasiada gente.

Quizás tendría que pagarle a alguien para que le permitiera entrar a los camerinos…

Y después, ¿qué?

Las cortinas se cerraron y el concierto finalizó.

—¿Señor Reeves? —La voz de un hombre lo llamó.

Bram miró hacia su derecha y se encontró con el padre de Florence. Se inclinó con dignidad.

—Buenas noches, milord.

—Así que era para usted ese asiento reservado.

Bram carraspeó. No imaginó que terminaría conversando con el padre de la mujer que…

—La señorita Witney tuvo la amabilidad de invitarme… Como agradecimiento por reparar su viola.

—Oh, un agradecimiento demasiado tacaño. Usted salvó su viola y su buen humor.

—No es para tanto, milord.

El vizconde rio.

—Usted no dimensiona lo que hizo por Florence… ¿Quiere ir a saludarla a los camerinos? Desde que atacaron a la duquesa, nadie fuera de la familia puede entrar, pero si va con nosotros, no habrá problema.

—No quiero ser una molestia para usted. —Bram quiso darle la oportunidad al vizconde de retractarse, mas el hombre hizo caso omiso.

—Por supuesto que no, Reeves. No diga bobadas, ¿hace cuánto tiempo que lo conocemos? ¿Más de diez años, quizás?

He ahí el motivo por el cual Florence, y su círculo íntimo nunca lo miró por encima del hombro. El vizconde era un hombre que no necesitaba poner su estatus como barrera, ni humillar a quien poseía menos.

Pero una cosa era ser amable con un plebeyo, y otra muy distinta era aceptar que ese plebeyo pretendiera a su hija.

—Muchas gracias, milord.

—Venga, por aquí.

Mientras iba rodeado de los Witney y otras familias aristócratas, Bram intentaba no hacer contacto visual con nadie, pero fracasaba, la mayoría lo conocía. Todos lo saludaban con respeto y cordialidad, asunto que lo desconcentró al punto de no poder hilar dos oraciones

seguidas. Sus piernas temblaban y tenía la odiosa sensación de que, en cualquier momento, alguien lanzaría algún comentario desagradable.

Mas nada de eso ocurrió.

Entraron a la zona de los camarines y, al abrir una de las puertas, se encontraron con los músicos brindado por un magnífico debut.

Los familiares de los integrantes del Quinteto Divino abarrotaron la estancia y se unieron a aquella celebración. Más champaña, felicitaciones y elogios.

Bram buscó el vestido verde entre esa marea de sedas, lanas, linos y algodones. Llegó a él una copa de champaña, bebió un sorbo para apaciguar el temblor de sus manos que apenas podían sostener aquel elixir. Saludó a rostros conocidos y se obligó a seguir las conversaciones casuales que entablaban con él.

Y, de pronto, su mirada la encontró.

Florence abrazaba a su madre con una amplia sonrisa. Luego a sus hermanos. Su padre la observaba con el pecho hinchado de orgullo.

Sintió el peso de las monedas en su bolsillo.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», insistió cuestionando su presencia en aquel lugar.

Demasiadas personas, demasiados testigos… Mejor mañana le enviaba un mensaje con el dinero. Después de todo, ya había asistido al concierto y cumplido con el deseo de Florence.

Él no pertenecía aquel lugar. Era un intruso, una coincidencia de la vida.

Dejó la copa de champaña a un lado, dio media vuelta y salió del camarín sin hacer ruido, como si fuera invisible.

En el pasillo oscuro se escuchaba la algarabía que dejó atrás. Sus pasos hacían eco entre las sombras que proyectaban las velas. Afuera, la lluvia arreciaba con fuerza. Maldijo su torpeza, con tantas contradicciones en su cabeza olvidó su paraguas en casa.

Unos pasos apresurados se acercaban a él.

Aceleró su andar.

Huía.

—¡Señor Reeves! —Florence lo tomó del brazo y lo detuvo. Con su voz agitada añadió—: Oh, menos mal que lo alcancé.

Bram dio media vuelta, intentó mantener a raya cualquier impulso de insensatez, y reuniendo toda su fuerza de voluntad, se inclinó ante ella.

—Señorita Witney… Su actuación fue extraordinaria.

—Muchas gracias… y gracias por venir.

—Su padre me permitió entrar al…

—Sí, me lo comentó.

Se instaló el silencio entre ellos. Él carraspeó y añadió:

—¿Mañana puede ir al negocio?

—Por supuesto… ¿Notó algo extraño en la viola?

—No, se comportó excelente… En sus partes solistas brilló su sonido. —«Y usted también», susurró su alma—. Quiero hablar de negocios.

—¿Negocios? —Él asintió—. Oh, no me diga que…

—Abraham vendió su *Adagio de otoño.*

—Oh, ¿en serio? —Sin pensarlo, ella le tomó las manos. Bram se tensó con el contacto. Florence no usaba guantes. Piel tibia y suave sosteniendo su tacto curtido y calloso. Martirio y delirio—. ¡Es maravilloso!

—Mañana le contaré más detalles… Yo… yo me tengo que ir. Vaya a celebrar con los suyos. Se lo merece.

—¿Por qué no nos acompaña? Usted es parte de esto.

—No pertenezco a este lugar… —Tomó aire por la boca e intentó esbozar una sonrisa, mas fracasó. Se permitió apretar tan solo un poco las manos de ella… Una despedida—. Lo sabe mejor que nadie.

En ese instante, la puerta del camarín se abrió:

—¡Florence, te llama Grace! —Ella lo soltó. Era Matthew—. ¡Oh, Reeves, Buenas noches! ¡¿Ya se va?!

Bram lo saludó con un gesto y replicó:

—Debo trabajar mañana.

—Yo también… Florence, apúrate. Grace no tiene toda la noche.

Ella apretó la mandíbula y empuñó las manos. Su mente lanzó una maldición.

—¡Ya voy! —Miró a Bram—. Mañana hablaremos. Usted y yo tenemos una conversación pendiente.

Dio media vuelta y fue al encuentro de Matthew.

Bram cerró sus ojos con fuerza, como si con ese acto pudiera desaparecer.

Al abrirlos, todo era igual que antes.

Estaba solo y en penumbras.

Risoluto

Bram la vio llegar media hora antes de que él cerrara el negocio. Llevaba toda la mañana esperándola.

La campanilla, como siempre, le dio la bienvenida. Desde que ella lo sorprendió tocando la viola, sonaba distinto.

Se envaró.

Florence, sin preguntar, dio vuelta el cartel. Él notó que ella iba sin guantes, tampoco sombrero.

Reeves & Son finalizó la atención al público hasta el siguiente lunes.

Florence avanzó a través del negocio sin vacilar. Bajo el brazo llevaba una partitura. Bram supuso que era la otra copia del *Adagio de otoño*.

Ella le sonrió y lo saludó:

—Buenas tardes, señor Reeves.

Con su tono habitual, severo y formal, respondió:

—Buenas tardes, señorita Witney.

Florence puso sobre el mostrador su partitura. En sus ojos había una pizca de orgullo femenino.

—He traído otra copia del *Adagio de Otoño*. Es una segunda edición, tiene anotaciones nuevas.

—Así veo. ¿Seguimos con el mismo trato?

—¿Treinta y cinco, sesenta y cinco? Por supuesto.

—Bien. —Se esculcó el bolsillo del pantalón. Sobre su palma fue apartando las monedas y las dejó sobre el mostrador—. Aquí tiene, seis chelines y un *sixpence* 0F0F0F0F0F0F[1].

Florence tomó las monedas y las guardó en su retículo.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted… ¿Puedo traer otra obra?

—Por supuesto. —Carraspeó—. Si quiere, en el futuro, podríamos organizar una demostración de las obras de Abraham. A los clientes se les suele convencer de comprar una obra cuando la escuchan.

—Entiendo. —Rio—. Me gusta mucho la idea… por la ironía.

Se quedaron en silencio. Ambos sabían que algo había cambiado entre ellos, pero tenían percepciones opuestas.

La esperanza de ella se fortaleció con la presencia de él en el concierto. La agonía de él aumentó por aquel instinto de autoprotección, uno que iba en contra de sus deseos más profundos.

Florence buscó la mirada de Bram, mas él la evadió y se dedicó a hojear la partitura.

El corazón de la joven se aceleró. Tomó una honda inspiración y preguntó:

—¿Por qué ayer se fue tan pronto? Pudo haberse quedado un rato más.

Sin levantar la vista, él respondió:

—Ya lo sabe, tenía que trabajar.

—Esa fue la excusa. Usted no abre a las seis de la mañana precisamente.

Bram la miró. Sus labios eran una tensa línea fina.

—No era mi lugar.

—¿Su lugar? Y según usted, ¿cuál es su lugar?

—Aquí… ¿Dónde más?

—¿Y nunca ha pensado que puede aspirar a más?

—Este es el mejor negocio de música en Mayfair. En mi posición no se puede aspirar a más.

—No evada el punto. Sabe muy bien que no estoy hablando de su trabajo. Lo he visto… Sé quién es.

—Son imaginaciones suyas. —Le dio la espalda y asió el pomo de la puerta del taller—. Cuando salga, deje el cartel tal como está, por favor. Buenas tardes.

Huyó. Cerró la puerta tras de sí.

Florence entreabrió su boca. Si Bram pensaba que ese era el punto final, estaba muy equivocado.

Empuñó sus manos. Todo su cuerpo temblaba. En su conciencia nunca quedaría la mancha de que no lo intentó.

Ella sería valiente por los dos… solo por una vez.

Pasó por el lado del mostrador y siguió al luthier.

Cuando abrió la puerta, se lo encontró sin la levita puesta, apoyaba sus manos sobre el mesón de trabajo, cabizbajo. Era la

derrota sin siquiera presentar la batalla.

Ella sí iba a enfrentarlo.

Al notar la presencia de Florence, él cerró los ojos. Debió suponer que ella no se iba a quedar de brazos cruzados. Esa mujer no sabía cuándo rendirse.

Esa voz amada no se calló.

—No son imaginaciones mías… Usted está luchando para no sentir ni una pizca de esperanza.

Él abrió los ojos. No tenía escapatoria. Lo había descubierto.

—No quiero sentirla, porque cuando lo hice, todo se destruyó… Míreme, esto es lo que soy, un simple comerciante.

Florence negó con su cabeza.

—Y es un extraordinario luthier y un músico virtuoso. Un hombre que no se rinde por honrar su legado. Eso es usted.

Bram tragó saliva. Esbozó una sonrisa triste. Sí, quizás lo era, pero…

—No se puede vivir del amor. —La miró. Sus ojos enrojecidos eran las ventanas de su alma atormentada.

La mirada de Florence se anegó… Solo eso le bastó para seguir en aquella confrontación.

—Tiene razón, pero tampoco se puede vivir sin amor… Míreme, esto es lo que soy. Una simple maestra de una academia. A veces compongo música, porque es lo que me sale del alma, y la viola es lo único que me acompaña en mi soledad. —Bram entreabrió su boca para rebatir. Pero ella se lo impidió alzando su dedo y avanzó un paso hacia él—. No me condene por haber nacido en cuna de oro, no me juzgue como todo el mundo por tener la familia que tengo. No lo haga, por favor.

—No puedo ser tan egoísta y separarla de su familia… Usted es hija de un vizconde, yo solo soy un comerciante. No me aceptarán. —Volvió a evadir el contacto—. Esto es todo lo que puedo ofrecerle. No hay nada más.

Para Florence, aquella velada admisión era más poderosa que escuchar un «Te amo».

—Y para mí es suficiente… Mis padres me enseñaron a elegir, no a obedecer. No necesito que me salve de usted mismo, necesito

que camine a mi lado. —Ella dio otro paso más y enmarcó el rostro de Bram entre sus manos. Él se tensó y se resistió—. Míreme, se lo suplico.

Él frunció el ceño ante ese toque, tan dulce y doloroso. Solo Dios sabía cuánto le costaba deshacer el nudo que constreñía su garganta.

Se permitió mirarla y deleitarse con el toque de esos dedos que quemaban su piel.

—Te amo, Bram.

El aliento quedó atrapado en sus pulmones. Perdido en esos ojos tan cálidos, apenas podía creer que ella dijo esas palabras… Y su nombre.

Ya no era capaz de convencerse de que él malinterpretaba las señales, o de seguir poniendo a la clase de por medio. Ninguna de sus excusas o argumentos a ella le importaban.

Tan obstinada, tan determinada.

Dios, ¿qué iba a hacer?

Nada más, salvo…

—Y yo, desde la primera vez que te vi en Hyde Park.

Florence también lo recordaba, él era pura dualidad: hermoso y desolado.

Sonrió.

Elevó su altura sobre la punta de sus pies, cerró sus ojos y simplemente lo besó.

Y ese toque casto, tibio e inocente, lo paralizó… Sus ojos se abrieron aún más de lo que ya estaban.

No era un sueño demasiado vívido, ¿cierto?

Ella rompió el contacto y lo miró.

—Perdón… creo que…

El tono de decepción de Florence lo mató y lo sacó de su estupor. La tomó por la cintura y arremetió.

Y aquella represa que contenía todo su temple y todo su anhelo se rompió en mil pedazos.

Bram colisionó sus labios con los de ella y le demostró cuánto la adoraba, lo que reprimió por tantos años.

Respiró su aire, la apretó contra él, y ella se afianzó a su cuello, entregándose sin reservas.

Sus dientes chocaron y ella lanzó una risita que él ahogó volviendo a poseerla, a enseñarle cómo debían ser sus besos.

Nada a medias. Aunque fuera un ínfimo contacto debía darlo todo en un segundo.

Y Florence lo estaba dando todo, recibiendo todo. Sin retroceder, sin temer.

Porque era él. Bram.

Su Bram.

El que la sedujo y la persuadió para abrir más la boca y permitirle entrar, el que probó su lengua y, famélico de ella, exigió más.

Florence lo saboreó, lo perseguía, lo atrapaba, para luego ser la presa que se dejaba cazar por el depredador.

Respiraciones profundas, briosas y exigentes, esas que alimentaban ese fuego vigoroso que ardía libre después de ser solo brasas a medio morir.

A medio vivir.

Los labios de Bram viajaron por la comisura de la boca, por la mejilla y descendieron hasta esa delicada columna de piel blanca.

Ella le dio más acceso a su cuello y se deleitó con la cercanía y la novedad que significaba percibir la leve abrasión de esa barba incipiente.

Bram aspiró profundo el limpio aroma de Florence y se quedó ahí. Aferrado a ella, reuniendo el valor para separarse. El mundo no dejaba de girar, y para él ya no era lo que conoció.

—Te amo, Florence. —Ella sintió el calor de su aliento sobre la piel—. No me dejes cuando todo se ponga cuesta arriba.

La apretó un poquito más fuerte.

Ella se acurrucó en su cuello, podía sentir el pulso acelerado del hombre que eligió.

—Soy una Witney, desde el principio ha sido cuesta arriba. —Se distanció de él lo justo para enmarcar su rostro y añadir—: No será fácil, pero yo no soy débil… Te exijo que no te rindas, ten fe en mí.

—Ni a Dios le tengo tanta fe como a ti.

Se quedaron abrazados un largo rato, convenciéndose de que ese momento era real, de que sus corazones latían al mismo compás.

Bram inspiró profundo. Solo tenía un asunto pendiente. Una fijación visceral que no lo dejaría dormir si no lo hacía en ese preciso momento.

Se separó de Florence, se puso la levita y le ofreció su mano que temblaba de pura emoción.

—Vamos a ver a tu padre, debo pedirle tu mano.

Intermezzo

Florence no dejaba de sonreír mientras caminaba tomada de la mano de Bram. En aquellas calles ambos eran conocidos y brindaban un espectáculo sin precedentes.

Una dama y un plebeyo juntos, a plena luz del día en Mayfair.

A su paso firme y constante dejaban cejas arqueadas, miradas de reprobación, susurros a sus espaldas y saludos cordiales que pretendían sacar más información de la evidente.

Bram intentaba hacer caso omiso, ignorar ese súbito y mordaz escrutinio.

Ya no era invisible, era visto y juzgado.

A unos cuantos metros de Peony House, sus pasos se ralentizaron hasta detenerse frente a la puerta de la casa que vio nacer a Florence. Para él era inmensa si la comparaba con su piso en Soho. Para ella, en cambio, su hogar era una pequeña propiedad en relación con las de muchos otros aristócratas.

Los corazones de ambos latían frenéticos, y no era necesariamente por caminar. Bram tomó una honda bocanada de aire. Sin soltar la mano de Florence, le besó los nudillos y dijo:

—Esta es tu última oportunidad de retractarte. —Tenía que decírselo, no soportaría que ella le recriminara en el futuro que nunca le dio opción.

—Esto es lo que quiero. No tengo nada que ocultar.

—Bien… —Rio. Se dio cuenta de algo importantísimo—. Tu padre está en casa, ¿cierto?

Florence rio, no solo por la torpeza de no considerarlo, sino también porque era la primera vez que escuchaba la risa de Bram. Era hermosa, grave y musical… como un violonchelo bien afinado.

—Sí, a esta hora no hay impedimento para que pidas mi mano.

Reeves asintió firme. Observó la puerta y subió la escalinata junto a Florence. No importaba que sus manos entrelazadas temblaran y sudaran. Tomó la aldaba y dio tres toques a la puerta.

Enseguida abrió el mayordomo. Arqueó las cejas al ver a la señorita Florence unida al señor Reeves. No dejó que el desconcierto le impidiera hacer su trabajo. Abrió más la puerta y dijo:

—Bienvenida, señorita Witney. —Miró de soslayo a Bram en un parpadeo discreto—. ¿He de llamar a su padre?

Florence asintió y Bram añadió:

—Por favor, señor Carruthers, dígale que solicito una entrevista urgente.

—Así veo… —Se hizo a un lado y los dejó entrar. Cerró la puerta tras de sí y le dijo a Florence—: El señor puede esperar en la sala de estar. Asumo que usted no permitirá que lo haga aquí en el vestíbulo.

—Asume bien, Carruthers.

—Bien, si me disculpan…

El mayordomo se alejó. Florence guio a Bram hacia la sala de estar. Se enfrentó a la puerta, se oían las risotadas de Elijah, Violet lo amonestaba y su madre llamaba al orden.

Bram arqueó una ceja, para él era una singular escena que nunca pasó por su cabeza.

Florence abrió la puerta y entró junto con Bram.

Tres pares de ojos los miraron, tres bocas se entreabrieron.

Olivia, la madre de Florence, fue la primera en reaccionar. Estiró una sonrisa y se levantó para saludar a su hija:

—Florence, querida… Veo que… has traído una visita. —Le lanzó una descarada mirada a esas manos unidas—. Una inesperada visita. Buenas tardes, señor Reeves.

Bram se inclinó ante ella con garbo y dignidad, y respondió:

—Buenas tardes, milady.

Olivia miró a su hija y le arqueó una ceja:

—Por eso le reservaste un asiento anoche. —Florence solo hizo un ademán afirmativo con su cabeza, el carmín trepaba por su rostro—. Debí haberlo sospechado. ¿Llamaron a tu padre?

Florence carraspeó y respondió:

—Carruthers está en ello.

—Oh, le va a costar interrumpir. Tu padre está reunido con Hastings, Ravensworth, Corby y Wexford. Cosas de parlamentarios, las sesiones empezarán el próximo mes. Crisis, leyes urgentes… lo de siempre.

En ese momento entró el mayordomo y anunció:

—Lord Rothbury lo atenderá en media hora, señor Reeves.

Bram asintió.

—Gracias, señor Carruthers.

Violet le dio un leve golpecito en el tobillo a su madre. Olivia la miró reprendiéndola, mas solo recibió de vuelta el gesto de su hija señalando la mesa de centro, lugar donde había bocadillos y té.

—Oh, qué distraída estoy. Señor Reeves, ¿nos acompaña? —Desvió sus ojos hacia el mayordomo que seguía ahí esperando una orden—. Carruthers, traiga dos tazas más y bocadillos. —Volvió a la pareja—. ¿Qué hacen ahí de pie? Siéntense.

Florence y Bram se sentaron en el sofá. Envarados y tensos, igual que las cuerdas de un arpa.

Silencio…

Olivia no sabía cómo iniciar un interrogatorio sin ofender al señor Reeves. No conocía el alcance de sus susceptibilidades.

Elijah tomó la delantera por mero impulso.

—Sería tonto si preguntara: «¿Cómo se conocieron?»... —Florence y Violet rieron. Bram apretó los labios—. Es más interesante preguntar: «¿Desde cuándo?».

Olivia se colgó de esa pregunta y precisó:

—¿Desde cuándo tienen una relación?

Bram se apresuró a responder.

—Desde hace veinte minutos, milady.

—Oh, esto está… fresco.

Florence intervino:

—No queremos escondernos, ni esperar más para que empiecen las habladurías. Ustedes deben saberlo primero.

—Por supuesto, hija. Solo estás respetando la regla de oro, en esta casa están prohibidas las mentiras y las relaciones furtivas… Me complace saber que hemos hecho un buen trabajo respecto a eso.

Bram carraspeó y aseveró:

—Sé que no soy lo que espera para su hija, pero yo…

—La ama… Conozco esa historia… Oh, no me malentienda. ¿Usted sabe que si se une a esta familia no tendrá un verdadero ascenso social?

—No espero ninguna clase de ascenso, milady.

—Excelente. Mientras menos expectativas tenga, mejor. —Olivia rio—. Me temo que usted no lee las revista de sociedad.

—Solo el periódico… La sección policial y de espectáculos.

—Entiendo, a mí también me interesan esas secciones y también la de política… En fin, a lo que iba… Nuestra posición en la sociedad es controversial. La mitad nos desaprueba, otro tanto nos mira con recelo y una mínima parte nos considera como iguales. Y eso se debe a circunstancias del pasado de las que ya se enterará.

Violet acertó a decir:

—Son historias muy sabrosas, tardará todos los días de la semana y todas sus noches en tener el panorama completo, señor Reeves.

En ese instante llegó una empleada a servir el té y los refrigerios. Se instaló un silencio en el cual solo se escuchaba el ruido de la calle, el tintineo de las cucharas en los platillos, y la respiración de todos.

Cuando la muchacha terminó, Olivia dijo:

—Gracias, Anne… —Y como buena anfitriona, sirvió el té—. Señor Reeves, ¿azúcar, leche, crema?

—Solo así, milady. Muchas gracias.

Olivia le entregó la taza a Reeves y otra a su hija. Conocía sus gustos no hubo necesidad de preguntar.

Reeves tenía la sensación de estar en una especie de sueño desconcertante. En primer lugar, se imaginaba un enfrentamiento directo con el patriarca, pero en vez de ello, estaba siendo medido por la matriarca y los hermanos menores de su…

Su, ¿qué?

Diablos, ya estaba hecho. Florence era su mujer. En ese punto de su existencia no iba a retroceder. Aunque su futuro seguía siendo incierto.

Al menos no lo habían expulsado a patadas.

Bebieron té. Bram no pudo comer. Florence, por el contrario, vació la bandeja de bocadillos por la pura ansiedad que se la carcomía.

Elijah se comió una galleta… Al tragar, preguntó:

—Señor Reeves, ¿qué le vio a Florence? —Violet le dio una patadita nada discreta a su tobillo—. Auch, bestia.

—Tú eres la bestia, ¿qué clase de pregunta es esa? Florence es inteligente, sensible, compone música, toca la viola, el violín, el violonchelo y el piano, es una excelente maestra.

—Sé que tiene todas esas cualidades. Mi deber como hermano es fastidiar.

—Fastidias de un modo ridículo.

La voz de Bram irrumpió:

—No podría enumerar una lista de cualidades… No terminaría nunca. Solo sé que mi alma la eligió antes de ser consciente de ello.

Violet suspiró. Le arqueó una ceja a su hermano y le dijo:

—Mira y aprende, para que no seas un imbécil en el futuro.

—Estoy demasiado joven para pensar en casarme... ¿Cuántos años tiene, señor Reeves?

—Treinta, señor Witney.

Elijah le devolvió el golpecito en el tobillo a su hermana.

—¿Ves? Treinta es una buena edad para sentar cabeza.

Violet puso sus ojos en blanco.

De pronto, voces ahogadas y masculinas atravesaron el pasillo y se aglutinaron en la puerta de la sala de estar, la cual se abrió de pronto.

Cuatro hombres, cuatro pares del reino entraron en la salita. Bram y los demás se levantaron.

El duque de Hastings —y hermano de Olivia— anunció:

—Venimos a despedirnos… y a ver la novedad. —Se acercó a su hermana, le tomó las manos y le besó la mejilla—. Después me cuentas, Liv.

El conde de Corby avanzó, le dio unas palmadas en el hombro a Reeves y sentenció:

—No deje que Rothbury lo intimide. —Le guiñó el ojo. Y se despidió del resto de los Witney.

El duque de Ravensworth también se dirigió a Reeves y sin ninguna clase de refinamiento dijo:

—Usted tiene un enorme par de… ya sabe. Las más grandes de Inglaterra. Buena suerte, la necesitará. —Y se dirigió a despedirse

de la vizcondesa y su prole.

Por último, el conde de Wexford miró de arriba abajo al señor Reeves y aseveró:

—Sí, tiene porte y distinción. Saldrá airoso cuando hagan caricaturas sobre usted. Tenga paciencia, después llegará otro escándalo y lo olvidarán. —Miró a Florence, le dio una ligera palmada en su mejilla—. Aguanta, niña.

Y también se despidió del resto.

Los cuatro caballeros se marcharon tan bulliciosos como entraron.

Carruthers se quedó apostado en la puerta y, solemne, anunció:

—Lord Rothbury lo espera, señor Reeves. Sígame, por favor.

Bram asintió y fue tras el mayordomo.

Olivia miró a su hija.

—Tu señor Reeves va a tener que aceptar muchas condiciones.

Florence solo suspiró.

*****

Apenas puso un pie en el despacho del vizconde, Bram sintió que cerraban la puerta tras de él, y dio un ligero respingo.

Andrew Witney, desde su escritorio, servía un par de vasos de whisky.

—Tome asiento, Reeves.

Bram le brindó una inclinación y obedeció.

—Gracias, milord.

Andrew le acercó un vaso a Bram, hizo un ligero brindis y bebió un sorbo.

El luthier se quedó mirando el líquido ambarino que jamás había probado. Sería un desaire si no lo aceptaba. Tomó el vaso y bebió un sorbo. Saboreó el elixir sin poder definirlo y tragó de a poco. Una bebida fuerte no debía ser apurada.

El vizconde inició la entrevista.

—Así que… Ha venido a pedir la mano de mi hija.

—Sí, milord. Mis intenciones son serias y honorables. —Tomó valor junto con una bocanada de aire y añadió—: Soy consciente de que no soy lo que se espera. Mi fortuna es limitada, y no podré satisfacer todas las comodidades a las que está acostumbrada, pero mi amor es infinito y me esforzaré en compensar cada carencia.

Andrew no respondió enseguida. Estudió los ojos de Reeves, y el hombre no evadió el contacto. Hizo una mueca aprobatoria. Se inclinó hacia adelante y sentenció:

—Mi temor no es que no pueda mantenerla. Ella no está sola… Mi gran temor es que usted se sienta y crea que es inferior a mi hija y la castigue por ello.

Bram se quedó en silencio. Esa aseveración no la vio venir. El vizconde lo miraba fijo, era insoslayable la estampa que proyectaba. La mitad del rostro desfigurado y el paso del tiempo que dejaba su huella en la piel. Ese hombre sabía lo que se le vendría encima si era débil. La respuesta surgió con meridiana claridad.

—Esa es una barrera que recién hoy estoy sorteando. Durante muchos años he puesto esa excusa para mantenerme al margen… Pero la señorita Witney es más valiente que yo. Por eso estoy aquí. Si ella tiene fe en mí, yo tengo fe en ella.

—Bien. Lo que menos quiero es que usted use esa arma en su contra cuando todo se complique. Porque se va a complicar. Sé que es un hombre íntegro, honorable y trabajador. Mi hija no pasará necesidades por casarse con usted. Mi familia no los abandonará.

Bram parpadeó. Esa entrevista era irreal. No sabía si Dios lo estaba bendiciendo o llevándolo a la locura… Una feliz locura.

—Mi vida y cuanto poseo ya es de ella.

Andrew bebió otro sorbo de whisky y repuso:

—Para que eso sea una realidad usted tendrá que cumplir con ciertas condiciones.

Ahí estaba la estocada. Certera. Sin aviso.

—Lo haré. A cabalidad.

—Mi hija posee un fideicomiso que apenas toca y lleva años acumulando ganancias. Usted deberá aceptar, sin objeciones, si ella quiere invertir en su negocio, en mejorar su calidad de vida o en la casa que vayan a vivir. —Bram asintió con un movimiento firme de

cabeza—. Tampoco deseo que le prohíba seguir con su carrera como maestra, compositora e intérprete. Los hijos no serán un impedimento para ello. Si es necesario, recibirán nuestra ayuda para que ambos puedan progresar en sus ocupaciones sin desatenderlos. —Volvió a asentir, cortarle las alas a una mujer como Florence, sería matarla en vida. Ella amaba la música igual que él—. Y, por último, no se oculte. Debe estar dispuesto a caminar con ella en público.

—Eso acabo de hacerlo, milord… Medio Mayfair nos vio.

—Entonces, tiene mi bendición. —La sonrisa emergió lenta y vacilante, conteniendo la agridulce certeza de que su hija pronto abandonaría el nido—. Señor Reeves, prefiero en mi familia a un hombre que trabaja con sus manos que a un duque ocioso y lleno de vicios. —Se levantó y rodeó el escritorio. Bram lo imitó, el corazón bombeaba sangre, vida y devoción por sus venas—. Bienvenido a la familia… —Le ofreció la mano y el luthier la estrechó.

Lo que no esperó fue el tirón hacia el cuerpo del vizconde y el posterior abrazo. Genuina, sin esa distancia fría… Le recordó a su propio padre.

Si así iba a ser su vida de ahora en adelante, que así fuera.

Respondió al abrazo con gratitud y una inefable esperanza que no sabía dónde la había tenido escondida.

—Gracias, milord… Honraré esta oportunidad.

Se separaron, pero no del todo. Andrew lo tomó de los antebrazos.

—Solo ámala y dale su lugar, ella es uno de mis tesoros más valiosos.

—No le fallaré, se lo prometo.

—Sé que es un hombre de palabra, Reeves, es igual a su padre.

Y mayor elogio jamás pudieron decirle. Bram tragó saliva con dificultad. Le costaba mucho mantener a raya las lágrimas.

Ese día se levantó con la certeza de que la agonía sería una constante en su vida… En menos de doce horas, él solo era esperanza.

Dos golpes en la puerta anunciaron que sería abierta. En un santiamén Florence apareció con una sonrisa radiante y se lanzó a

los brazos de su padre.

Le besó la mejilla y se acurrucó en su pecho.

—Gracias, papá.

—No hay de qué, pequeña cotilla.

Y mientras Florence recibía el amor de su padre, Olivia extendió sus brazos hacia Bram.

—Bienvenido a la familia, señor Reeves. —Lo abrazó y él respondió a esa calidez. Tal parecía que tenía que reaprender a recibir tanto afecto. Diez años de soledad era demasiado tiempo. Olivia se distanció sin soltarlo. Con sus ojos anegados en lágrimas, añadió—: Llamarte señor Reeves es muy formal… ¿Cuál es tu nombre de pila?

—Abraham, milady, pero la familia me llama Bram.

—Oh, vas a tener que acostumbrarte a dejar los títulos afuera cuando estemos en familia, Bram.

—Así veo… Muchas gracias por aceptarme.

Luego fue el turno de los hermanos de Florence. Se repitió el mismo cálido patrón; abrazos, parabienes, bromas… cariño.

Y al final, Florence le dio un último abrazo a su madre antes de refugiarse entre los brazos de Bram. Él se permitió besar la castaña coronilla, mientras ella escuchaba los latidos briosos de su corazón.

Bram soltó un largo suspiro y la apretó un poquito más fuerte.

—Todo va a resultar bien, Florence. —Ella sonrió, era tan hermoso escuchar su nombre en la voz de él, nunca se cansaría de ello. Esa voz amada.

Sí, todo iba a resultar bien.

Andante Cantabile

Cuando Bram llegó a su piso en Soho ya era de noche. Lo recibió la penumbra gélida de ese espacio que llevaba largos años habitando. Esa mañana dejó abierta la única ventana para airear hasta su regreso a media tarde. Era la rutina de todos los sábados, una que no lamentaba haber roto.

Pronto sus ojos se acostumbraron a esas formas claroscuras y se internó en la estancia. Ya era muy tarde para prender carbón, por lo que tomó la caja de cerillas y encendió una vela. Todo un desperdicio de aquel lujo, pero quería que la luz lo acompañara.

Se preguntó si algún día se convencería de que no era necesario ser tan austero, que su economía ya no estaba en la cuerda floja. Desde hacía varios años que su negocio era rentable, pero insistía en vivir como si no tuviera un penique.

Cerró la ventana y la contraventana para dejar el frío afuera y también corrió la gruesa cortina.

Cuando salió esa mañana no imaginó que su vida cambiaría tanto. Se quitó la levita, luego se sentó sobre la cama y deshizo el nudo de su pañuelo. Soltó un resoplido.

¿Cómo era posible estar agotado de tanta felicidad?

Si se acostaba y se dormía, ¿volvería a la realidad?

¿Acaso las últimas horas eran una idílica imaginación de su mente enamorada?

Quizás, en algún punto de las últimas semanas, cayó en la locura y todo eran alucinaciones de su corazón. ¿Sería eso?

Se palpó el bolsillo de su chaleco. Ahí, entre los pliegues de su pañuelo, se encontraba un rizo de cabello que Florence le regaló como recuerdo de su primer día juntos. Lo dejó en la mesita de noche, buscaría un relicario hermoso y lo conservaría hasta el último de sus días.

Se quitó los zapatos, acto seguido se desvistió.

El frío azotó su piel.

Apresurado, se puso su ropa para dormir; una ajada camisa de algodón y unos viejos calzones remendados.

Se acostó y su cuerpo lo agradeció. En eso no escatimó en gastos. Un buen colchón, sábanas y frazadas. Dormir bien era esencial para él. Lo descubrió cuando pasó una noche especialmente fría, y esa semana fue nefasta: no reparó bien una guitarra, olvidó los precios de sus productos y dio más cambio del que debía. Fue terrible. Malo para el negocio, era imperativo tener la mente despejada, no extenuada.

Silencio… Un perro ladró a lo lejos, un alarido y maldiciones en rumano, y después escuchó las risotadas de otro sujeto.

Suspiró.

Su vida iba a cambiar. Estaba cambiando.

Tenía que comprar una casa en un mejor barrio, amueblarla… Sacó cálculos mentales.

Sí, le alcanzaba… Le sobraba, de hecho.

En unos cuantos meses, quería darle un regalo de compromiso a Florence, elegir anillos de matrimonio. A ella le ilusionaba que ambos llevaran uno.

Debía admitir que era una linda tradición de los Witney. Tener a su esposa presente en todo momento, en todo lugar con tan solo mirar el anillo.

El cansancio y el sueño lo fueron reclamando. Él se negaba a rendirse. Temía despertar al día siguiente y volver a mundo real, a su soledad.

Mantuvo su mente ocupada en el futuro. Hacía tanto que no pensaba en su propio destino…

Sus ojos se cerraron con pesadez y lo último que pensó fue que, al día siguiente, iría a Peony House a buscar a esa maravillosa mujer y salir a pasear a Hyde Park.

¿Qué podría regalarle a Florence?

*****

En algún punto de la noche, nevó.

El frío intenso lo despertó esa mañana.

Lo primero que buscó Bram fue el pañuelo… Lo desplegó casi desesperado, con las manos temblorosas.

Y, al abrir el último doblez, ahí estaba.

Exhaló, aliviado.

No fue un sueño. No se había vuelto loco.

Sin poder gobernar su corazón, dos lágrimas cayeron cuando encontró el rizo que le regaló Florence.

Lo besó. Todo era real.

No podía ser más afortunado.

*****

Florence salió de Peony House del brazo de Bram. Ataviados con abrigos, sombreros, guantes y bufandas se dirigieron a Hyde Park.

Bram la llevaba del brazo, erguido, orgulloso. A Florence nadie le quitaba la sonrisa satisfecha y llena de anticipación.

Tal como el día anterior, fueron dejando por su paso cejas arqueadas, susurros y miradas extrañadas.

«Si la señorita Witney salía prendada del brazo del luthier y sin carabina, eso significaba que… ¡Qué escándalo!».

«¿Lo sabría su familia?».

«Ese hombre era el típico arribista, quién lo diría del señor Reeves».

«Como la señorita Witney no pudo atrapar un esposo aristócrata, apuntó a un plebeyo».

«Para eso mejor, quedarse solterona».

«El señor Reeves pronto se convertirá en un holgazán mantenido por el vizcondado»

La pareja ignoraba esos comentarios insidiosos, era algo muy fácil de hacer. Sus miradas solo se centraban en el camino. Sus oídos prestaban atención a la voz del otro, a esa boca que lanzaba volutas de vaho. Y sus pieles se deleitaban con el calor compartido que se infundía a través de la ropa.

Sus pasos avanzaban en armoniosa sincronía. De pronto, él dijo:

—Tengo curiosidad, Florence.

Ella lo miró. Todavía no podía creer que ya estaban juntos. Volvió su atención al camino.

—Dime.

—¿Por qué tu seudónimo es Abraham Holtz?

Ella rio. Una matrona que pasaba por su lado le lanzó una mirada reprobatoria.

—Supongo que el nombre es por ti. Aunque al principio no asocié Bram con Abraham.

—¿Y el apellido?

—Combinaba bien. —Fue el turno de Bram para reír —. Me gusta como ríes.

—No tiene nada de especial mi risa.

—Es toda una novedad para mí. Siempre serio, tenso, lacónico… Pensaba que me detestabas… —Lo miró de nuevo, admirando su perfil—. ¿Qué quisiste decir cuando me dijiste: «Ojalá no tenga que volver en un largo tiempo»?

Bram lo recordaba. Se recriminó toda la tarde por soltar semejante torpeza. Arrugó su nariz e hizo una mueca. Otra novedad para Florence.

—Sé que sonó mal, pero deseaba que no le pasara nada malo a tu viola… —Le dedicó una mirada fugaz—. Si solo era la cuerda, tú no tendrías por qué visitar el negocio, y eso era bueno para ti y tu presupuesto.

—Vaya, no sabía si era un insulto o un buen deseo.

—¿Y por eso me gritaste «Idiota»?

Florence se tapó la cara.

—¿Me escuchaste?

—Cada sílaba… pero debo admitir que me lo merecía.

—Debes cultivar tus métodos de comunicación.

Bram alzó la barbilla con falso orgullo.

—Soy bastante elocuente cuando estoy relajado.

—Así veo. Nunca te había visto hilar más de tres oraciones de corrido. —Rio—. Ya quiero ver cuando te pongas un poco poeta.

Bram cerró sus ojos, contrito.

—No quería que te dieras cuenta de que te adoraba. Deja de castigarme, mujer.

—Oh, no sabes con quién te has metido, mi hermoso luthier.

—Con una dama implacable… —Le arqueó una ceja, mas esa expresión se suavizó—. Desde la primera vez que te vi, siempre pensé que, tarde o temprano, un día me cruzaría contigo, y ya estarías casada con otro.

—Oh, eso era algo imposible. Mi carnet de baile siempre estuvo en blanco.

—¿Nadie te invitó? —Ella negó con la cabeza. Él abrió sus ojos, horrorizado—. ¿Por qué?

Florence se encogió de hombros.

—A veces bailaba con mis primos y amigos, a ellos no les anotaba ningún baile. No contaban… —Calló por unos segundos y repuso—: Y para el resto… Creo que no soy lo suficientemente hermosa como para que pasaran por alto a mi familia.

—Pero sí eres hermosa, y cuando sonríes, esa cualidad se eleva al infinito.

—Lo dices porque me amas. Estoy segura de que el resto difiere de tu opinión.

Bram detuvo sus pasos. Florence se quedó mirándolo, desconcertada. Él enmarcó su rostro sonrojado por el frío, con sus pulgares acarició sus pómulos.

—Sí, te amo… para mí eres más hermosa que cualquier otra. No por tus ojos, o por el color de tu piel, o por eso que llaman perfección… Es tu forma de ser. Tu alma resuena con la mía a un nivel que no puedo explicar, y eso es hermoso. Cada vez que visitabas el negocio, aunque yo intentara no acercarme a ti para no enamorarme más y te tratara con frialdad… sentía… Sentía que tú me veías y me respetabas como persona… Ni superior, ni inferior, solo alguien igual a ti, con sangre roja en las venas.

—Oh, Bram… ¿por eso cambiaste el trato después de la primera vez que fui a tu negocio?

—Ese día te imaginé envejeciendo conmigo… y era un imposible. Nuestras clases no se mezclan. Era totalmente indigno de ti y de ganarme tu corazón.

Ella acarició el rostro de Bram.

—Si al menos lo hubieras insinuado… —Suspiró—. Quizás ya estaríamos casados.

—Para nosotros es impensable cruzar el límite que ayer trasgredimos… Tu familia me ha dado una lección de nobleza.

—Ellos saben lo que es trabajar… Tengo que contarte por qué son así… Es una historia larga, pero para resumir: mi padre combatió en Waterloo y regresó a Inglaterra con la cara desfigurada y cojo. El título nunca debió llegar a él, pero bueno, a veces la vida corta ramas enteras de árboles genealógicos… El asunto es que, de la noche a la mañana, se convirtió en vizconde y tutor de su prima de cinco años, que no hablaba. Contrató a mi mamá como institutriz, se suponía que era una joven madre viuda. La realidad era que ella era nieta de un duque y fue repudiada por haber concebido un hijo sin casarse; su prometido falleció antes de la boda. Le daban una asignación de miseria y vivía en una cabaña en Northumberland, por eso buscó ese trabajo en primer lugar… Se enamoraron y se casaron. Imagina el escándalo cuando regresaron a Londres.

Bram arqueó sus cejas... Eso explicaba mucho la ceguera social de los Witney. Ellos vivieron el otro lado de la moneda de ser aristócratas. La cara fea.

—¿Y eso es solo el resumen?

—Ah, y aún faltan los detalles sabrosos que siguieron después… y los de sus amigos y hermanos… ¡Peores aún! Ayer los conociste.

—Conozco a los padres de tus compañeros del quinteto, pero era la primera vez que trataba con los otros.

—Uno era mi tío Michael, el duque de Hastings, y el otro era el conde de Wexford. Ah, sus historias no tienen desperdicio.

Llegaron a Hyde Park. Después de la nevada, había muchas personas paseando para disfrutar del paisaje. Niños lanzándose bolas de nieve, perros jugando, vendedores de castañas asadas.

Bram se acercó a uno de ellos y le compró un cucurucho a Florence.

El aroma delicioso y el calor de las castañas no solo calentó sus manos, sino también su corazón.

—Ah, me encantan. Se me hace agua la boca.

—Espera, las pelaré por ti…

Se quitó los guantes y sacó una castaña, la peló y sopló un poco para que no estuviera demasiado caliente. Se la ofreció a esa ávida boca.

Florence mordió un bocado y en el proceso rozó los dedos de Bram con sus labios. Él se comió el resto. Peló otra.

Mientras caminaban, él la alimentaba. A Florence, aquel acto le pareció tan íntimo como el beso que compartieron el día anterior. A ella no le asustó esa intensidad. Había espiado a demasiadas parejas como para saber que la pasión se expresaba de muchas formas, y que los besos podían ser desde inocentes hasta lascivos, pasando por una infinidad de matices.

Ahora quería experimentar todo esos matices, pero Hyde Park era demasiado público.

Cuando comió la última castaña, ella propuso:

—Mañana no tendré ensayo. Pasaré al negocio cuando termine mi trabajo en la academia.

Y por fin, con toda la libertad del mundo, Bram pudo decir:

—Te estaré esperando, mi hermosa Florence.

Allegro

Al terminar su jornada laboral, Florence entró al piso privado de Grace, que se situaba en la última planta de la Academia Cross. Aquel lugar era como el segundo hogar de la duquesa. Mientras su esposo se encargaba de sus negocios y el Parlamento, ella pasaba ahí la mayor parte del día con sus hijos. Se preocupaba de su educación, alimentación, crianza…

Y darles amor cada vez que lo necesitaran.

El lugar era un espacio abierto. Solo la cocina, el sanitario y la alcoba estaban separados del resto del piso.

Grace se encontraba en la zona que fungía como sala de estar. Su esposo, Sebastian, sostenía a su hijo que dormía en sus brazos, mientras que sus hijas mayores confeccionaban adornos navideños con ramas de muérdagos, y Grace armaba guirnaldas con papel dorado.

Era un hermoso cuadro idílico.

Al verlos, no fue necesario para Florence fingir que esa punzada de envidia no le afectaba. Ni tampoco surgió esa aflicción al preguntarse: «¿Por qué yo no?».

En cambio, su sonrisa fue auténtica y espontánea al decir:

—Buenas tardes a todos.

Grace le sonrió y le preguntó:

—¿Ya te vas? —Florence asintió—. Descansa, esta semana será dura. El Hannover Square Rooms está vendido.

—Lo haré… —Carraspeó—. En el concierto, usaré mi asiento reservado para un invitado especial… El señor Reeves me está cortejando.

A Grace se le resbaló el papel de las manos, Sebastian arqueó las cejas, las niñas hicieron unas muecas divertidas.

Cinco segundos después, la duquesa reaccionó.

—Pero ¿en qué momento sucedió? Siéntate, cuéntamelo todo, todo.

Florence rio y se sentó en un sofá. Oxford se levantó con su hijo y anunció:

—Les daré privacidad.

Florence negó y dijo:

—No te preocupes, Oxford, no es necesario… Además, te servirá de entrenamiento para cuando esas damitas sean mayores.

Oxford miró de reojo a sus hijas. Volvió a sentarse.

Y Florence les narró los acontecimientos de una manera caótica, relatando hechos en los cuales avanzaba y retrocedía en el tiempo. Grace la observaba y solo podía dar mudas reacciones; su amiga, que siempre parecía ser reservada, ahora era un verdadero torrente de palabras y emociones que iban y venían en todas direcciones.

Al finalizar, Florence dijo:

—Sé que en muchos aspectos no será fácil, pero tengo fe en que podremos sortear cualquier obstáculo.

Grace esbozó una sonrisa y advirtió:

—Cuando sea más pública su relación, el señor Reeves tendrá que armarse de paciencia. Muchos visitarán su negocio por morbo, otros se sentirán con el derecho y deber de insultarlo. Es como cuando sucedió lo de… lo de White. Unos retiraron a sus hijos de la academia, mientras que otros vinieron solo a alimentar su malsana curiosidad. El primer año va a ser difícil.

Oxford se atrevió a intervenir:

—Será una gran prueba para su carácter. En cierto modo, tú serás su faro en la oscuridad y le darás sentido a todo. Quizás, para no preocuparte, él va a tender a no contarte gran parte de lo que le suceda, en especial, lo desagradable… No tengas miedo en pedir que se abra contigo. Eventualmente lo hará, pero no de la manera que esperas. Siempre sabrás cuando él esté feliz, solo sus silencios te dirán cuando él no lo esté pasando tan bien.

Florence asentía y no desechó esos consejos. Ellos eran una pareja que había atravesado verdaderos infiernos sociales, tal como su familia. Sabían de lo que hablaban.

Bram y ella estaban recién empezando, disfrutaría y atesoraría todo aquello que los hacía amarse, para no olvidarlo cuando las tormentas arreciaran.

—Gracias a los dos por escucharme. —Se levantó—. Ahora me voy al negocio.

—Invita al señor Reeves al ensayo del viernes. Tenemos que pulir algunos detalles que noté en el primer concierto.

—Claro… Espero que pueda ir.

Mary Ann, la hija mayor de la pareja, intervino:

—Toma, Florence. —Le ofreció un ramito de muérdagos—. En el lenguaje de las flores, significa: «Supero mis dificultades», es la flor de mamá.

Lydia le dio otra rama con frutos para complementarlo y añadió.

—Si se dan un beso bajo el muérdago tienen que quitar un fruto. Cuando se acaben ya no podrán besarse, ¿cierto, papá?

—Así es —respondió intentando mantener su seriedad.

Florence sonrió y recibió los presentes. Esas niñas parecían muy distraídas con los adornos, pero habían prestado más atención de lo que supuso.

—Gracias, pequeñas… Bien, me voy. Nos vemos mañana, Grace.

—Cuídate, Florence.

Cuando los duques quedaron a solas, se miraron e hicieron la misma mueca, para luego decir:

—Vaya que se lo tenía escondido el señor Reeves.

*****

Cuando llegó Florence al negocio, la campanilla le dio la bienvenida. Bram atendía a un cliente mostrándole las violas que tenía en exhibición. La miró subrepticiamente y le guiñó el ojo.

Florence trató no sonreír como bobalicona con ese gesto. En vez de ello, recorrió el negocio fingiendo que era una cliente más mientras escuchaba a Bram decir:

—Y por último, de las violas de segunda mano, esta es la más costosa.

El cliente tomó el instrumento y dijo:

—No conozco al luthier que lo fabricó.

—No es muy conocido, pero sus instrumentos son de buena calidad, usaba los mismos procedimientos que el maestro Stradivari.

Pruébela.

—Oh, no sé tocarla… Es un regalo para mi hijo.

—Entiendo… Si gusta, puedo tocar algo rápido para usted con las violas que ha visto y después decide.

—Sería estupendo.

Florence notó que Bram tendría que afinar cada viola para poder hacer la demostración, por lo que se acercó y le preguntó:

—Señor Reeves, ¿le ayudo a afinar las violas mientras le muestra la voz de cada una al señor?

Bram vaciló, aturdido por aquel ofrecimiento, mas pronto se recuperó y respondió:

—Si fuera tan amable, señorita Witney. Para no mezclar los sonidos puede hacerlo en el taller, detrás del mostrador.

—Bien. —Tomó dos violas y partió.

Bram afinó la que tenía en sus manos y tras un par de minutos tocó una breve pieza y unos arpegios.

El cliente observaba y escuchaba con atención. Para cuando Bram terminó con esa viola, Florence ya traía una afinada.

De ese mismo modo ocurrió con tres violas más.

El cliente pudo notar las diferencias de sonido y de calidad y, pese a que le gustaba la más cara, no tenía el presupuesto suficiente. Compró la segunda opción por diez libras.

Cuando la campanilla lo despidió, Bram cerró el negocio volteando el cartel y poniendo el seguro. Florence ordenaba las violas en los exhibidores, le daba la espalda. El luthier se recreó con la figura curvilínea de su mujer enfundada en ese vestido burdeos, por fin se podía permitir imaginar más que besos.

La abrazó por la cintura y le besó el cuello.

—Gracias por ayudarme. A veces los clientes mueren de aburrimiento cuando afino.

Florence sintió cosquillas con el aliento de Bram y lanzó una risita.

—Fue un placer, mi Bram. Supuse que necesitabas una mano y un oído entrenado… Fue una lástima que no se llevara la más cara, tenía un sonido similar a la mía.

—Es porque esas violas son madre e hija.

Florence se giró. Bram no soltó el agarre en su cintura. Ella se afianzó al cuello de él. Entrecerró sus ojos y fue atando cabos.

—A ver, tengo una hipótesis… Mi viola fue fabricada por B. R. I. La que tienes en venta la fabricó B. R. II, ¿los luthieres son familiares?

Bram asintió.

—Padre e hijo… Mi abuelo y mi padre. Los primogénitos de mi familia se llaman Abraham Reeves… Por eso son B. R. Quizás desde cuándo empezaron con esa tradición.

—Entonces, ¿mi viola la hizo tu abuelo?

—Así es. Fue una de sus piezas más preciadas. Me la regaló cuando iniciaba mi carrera como músico, y ya en ese entonces el instrumento tenía cuarenta años. —Su mirada se desvió levemente hacia la izquierda, se perdió en un recuerdo, luego volvió a los ojos de Florence—. La idea era que yo usara los violines, violas y violonchelos hechos por ellos para que ganaran prestigio entre los músicos profesionales. Pagaron tutores para mi educación y maestros de música para pulir mis aptitudes. Querían que yo fuera la imagen refinada del negocio… Yo ya llevaba un tiempo presentándome en pequeños conciertos de la aristocracia cuando mi padre falleció, y ya no pude continuar, porque me tuve que hacer cargo del negocio… Este lugar lo era todo para ellos, debía honrar su legado. —En su tono había cierta melancolía, un pesar mezclado con resignación—. En un momento, me vi obligado a vender mi viola para terminar de saldar la deuda con el banco… Este negocio es mío, y nadie me lo puede quitar.

—Oh, Bram… —Los ojos de Florence ardieron por las incipientes lágrimas—. Me siento muy honrada de tener la viola que hizo tu abuelo.

Bram soltó con suavidad la cintura de Florence para interceptar esas lágrimas con sus pulgares. Sus manos se quedaron acunando el rostro femenino.

—La amas tanto como yo, ese siempre fue mi consuelo. No pudo quedar en mejores manos. En las mías nunca hubiera podido brillar en un escenario. —Besó su frente—. Hace años, cuando tu

padre vino a comprar una viola, me habló de ti, en sus ojos vi el orgullo que sentía por su hija… Por eso se la ofrecí.

—Y ahora, en cierto modo, ha vuelto a ti.

—De una manera prodigiosa que nunca imaginé… ¿Vamos al taller? Quiero mostrarte algo.

—Vamos. —Y Bram la llevó de la mano. Al entrar, ella continuó con su interrogatorio—: ¿Y por qué vendes la viola que hizo tu padre?

Bram la guio para que se sentara en el taburete de siempre y respondió:

—Porque yo tengo su última viola en mi piso. La terminó unos días antes de fallecer.

—Ah, ese es tu verdadero tesoro.

—Así es. —Se sentó frente a ella y le tomó las manos.

Florence estudió las paredes del taller e indagó:

—Esos instrumentos a medio hacer ¿los hiciste tú?

—No, esos fueron los que no alcanzó a terminar mi abuelo y otros eran de mi padre. Ese violín y esa viola de ese mesón son míos, pero se me ha hecho difícil dedicarles todo el tiempo que quisiera. Solo he podido terminar un par de violines y ya los vendí.

Florence observó los instrumentos de Bram, uno se encontraba en una etapa avanzada de tallado y otro ya tenía armadas todas las piezas, parecía que solo faltaba el ensamblado y barnizado.

—Creo que necesitas un ayudante para el negocio y así podrías dedicarte al taller.

Bram se quedó en silencio. Su mirada se perdió en los instrumentos de la pared.

—Este siempre ha sido un negocio familiar. —Esbozó una sonrisa apretada—. Mi abuelo se casó bastante joven y mi padre empezó a ayudarlo a los ocho años… Tuvo dos hermanos más, pero fallecieron cuando eran pequeños, mi abuela falleció por complicaciones en el embarazo de su cuarto hijo.

—Solo quedaron ellos dos… —En ese momento notó que Bram nunca hablaba de más familiares. Su tono fue de afirmación al decir—: Tú tampoco tuviste hermanos.

—Mi madre falleció de consunción cuando yo tenía tres años. Mi padre nunca se volvió a casar… Mi abuelo tampoco, él falleció hace trece años.

En ese momento, Florence entendió más el camino que Bram había recorrido. En menos de tres años su vida cambió de una manera radical. Pocos hubieran soportado la presión.

Bram era como el alma de una viola. Un hombre que enfrentaba las dificultades.

Aquello le hizo recordar el significado del muérdago.

Desvió la mirada hacia una esquina del mesón de trabajo, ahí dejó el estuche de su viola y el muérdago cuando entró a afinar los instrumentos para Bram.

Ella también iba a ser su familia… No, ya la estaban construyendo en esos momentos privados en que se conocían más y más.

Y sin pensarlo dos veces se ofreció:

—Vendré a ayudarte en el negocio en mis tiempos libres.

Bram esbozó una sonrisa y le besó las manos:

—Solo en tus tiempos libres. Me he comprometido con tu padre, no puedo impedirte que sigas haciendo lo que amas… Y aunque no me lo hubiera pedido, sé lo que significa la música para ti, y también sé lo que te ha costado llegar hasta el lugar donde estás.

»En el futuro, si Dios nos lo permite, cuando tengamos hijos, consideraré lo del ayudante para darle más tiempo a la luthería y a los niños. Me gustaría que aprendieran también el oficio.

Florence sonrió y asintió.

—Me gusta la idea… Espera. —Se levantó y fue a buscar los muérdagos intentando esconderlos de la mirada oscura de él. Regresó, los alzó sobre sus cabezas y dijo ladina—: Estamos bajo un muérdago.

Bram atrapó a Florence aprovechando que ella tenía la mano alzada. La inmovilizó en un cálido abrazo, y la atrajo más hacia él.

La besó, casi comiéndose sus labios. Ella, gustosa, respondía a esa hambre que parecía nunca saciarse. Cada caricia ardiente de esa boca le hacía desear más y más.

Él cortó el beso y liberó a Florence. Tomó el muérdago y lo estudió arqueando una pícara ceja. Sacó un fruto y se lo metió al bolsillo.

—Después colgaré el muérdago en el umbral de la puerta del taller. Me quedan diez besos y debo ser sabio con ellos. —Lo dejó sobre el mesón y le besó el cuello. Ella le dio más acceso—. Este no cuenta.

El tibio aliento erizó la piel de Florence. Sin querer, lanzó un gemido ahogado. Bram la apretó contra él, le acarició la espalda con sus manos bien abiertas hasta llegar a esa peligrosa curva que marcaba el límite del decoro.

Florence no se quedó pasiva ante el calor que él le transmitía. Aspiraba el aroma limpio y masculino, y también repartía besos en el cuello. Sus manos se anclaron a sus hombros y apretó. Fuerza, huesos y músculos percibía en la punta de sus dedos que se enterraban sobre la ropa.

Lanzó un jadeo cuando sintió una gentil mordida. Bram se quedó quieto y tembló.

Esos dientes se enterraron un poquito más en su cuello.

Para ella era extraño sentir esa tibia presión sobre su piel provocándole un ligero dolor, mas no temía… Todo lo contrario, un súbito palpitar se instaló entre sus piernas.

Bram aflojó la presión y besó la mordida con ternura. Sus labios ascendieron y asaltaron la boca de Florence enredando su lengua con la de ella.

Entre sus cuerpos no había distancia que los separara y conocieron sus formas con el roce de sus ropas.

Bram notó que las manos curiosas de Florence desabotonaban su chaleco. Tensó la mandíbula cuando el calor de ella se dispersó en su torso.

Fue demasiado para él.

—Detente, amor… O saldrás de aquí sin tu virtud. —Le dio un último beso y succionó el labio inferior—. No es el momento ni el lugar para amarte por primera vez.

Las manos de Florence se quedaron quietas sobre los pectorales de Bram, la camisa de lino era la única barrera con su

piel. Contempló el cuello, la nuez de Adán subió y bajó.

Se lamió los labios y aseveró:

—Sé que hay formas de amarse sin llegar a esos extremos. —Bram cerró los ojos como si estuviera soportando un tormento implacable—. En los bailes hay damas que hablan de más cuando piensan que nadie las escucha. —Omitió que en sus años como maestra en la Academia Hope, también recibió más información de la apropiada para una señorita. Tampoco su madre la dejó en la ignorancia de lo esencial.

Bram abrió sus ojos y la admiró; los labios hinchados y enrojecidos, las pupilas dilatadas, un mechón suelto. El deseo hecho mujer.

—Sé que eso se puede hacer… —Tomó ese mechón y lo puso en su lugar—. Pero hoy no podemos. No estoy preparado para retroceder. Si lo hacemos ahora, querré tenerte entera, y cuando te llene de mí, tendremos que partir a la iglesia y fijar una fecha para casarnos, porque no podré soltarte nunca más.

»Déjame hacerlo bien… Déjame honrarte.

Florence suspiró, aceptando la negativa. Debía reconocer que el deseo era una sensación difícil de domar. Toda ella vibraba y anhelaba más contacto, más piel.

Se separó de él, deslizando sus manos sobre el torso una última vez. Bajó la vista y notó el considerable promontorio que tensaba los pantalones de Bram.

Tragó saliva. Volvió a mirarlo a los ojos, eran más oscuros que antes, parecía que la pupila abarcaba todo el iris.

Bram besó la frente de Florence y añadió:

—Casi olvido lo que te iba a mostrar. —Se levantó del taburete y alcanzó una cajita de madera que se encontraba sobre una repisa—. Un pequeño obsequio.

Le entregó la cajita. Florence acarició la suave madera barnizada. En la parte superior estaba tallado un monograma con sus iniciales B y F.

—Es precioso…

—Ábrela. —Florence obedeció, y ante ella apareció una sordina de madera. También tenía el monograma tallado en ambas caras—.

Sé que tienes una de plomo… pero…

—Nunca había visto una así… Oh, qué hermoso detalle. Me encanta. —Besó su mejilla ligeramente áspera—. Gracias.

—Así me recordarás, así como yo siempre te recuerdo cada vez que veo tu rizo sobre mi mesa de noche.

—Oh, Bram… —Le dio un beso largo y casto. Solo sus labios compartiendo el calor—. Te amo, me haces muy feliz.

—Y yo a ti, mi hermosa Florence…

—¿Quieres ir a cenar a Peony House?

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Después vuelves a tu piso en el carruaje, para que no te pase nada malo en el camino.

Bram no dudó… No iba a rechazar la invitación de Florence, él debía acostumbrarse a que ya no estaba solo y que ella tenía una familia.

Y esa familia ya le había abierto las puertas de su casa.

—Está bien… ¿Usan demasiados cubiertos? Recuerdo la mitad de mis clases de etiqueta.

—No tantos como crees. Mi padre, con suerte, usa tenedor, cuchara y cuchillo. Le importa un bledo la etiqueta, pero tiene un secreto; en las cenas formales fuera de casa, come observando a mamá y si ella toma un cuchillo especial, él la imita.

Bram rio. Si se daba el caso, él iba a hacer exactamente lo mismo.

Forte subito

Esas cenas familiares se repitieron los siguientes días. Florence pasaba a buscar a Bram al negocio, y después de una sesión de besos apasionados, partían a Peony House a cenar.

Ese miércoles fue diferente. La noticia de que Florence estaba siendo cortejada por Reeves se dispersó como polen en primavera entre los Witney, por lo que esa noche recibieron la visita de los hijos que ya habían abandonado la casa familiar.

Al entrar en la sala de estar de Peony House, Bram se encontró con una escena ruidosa y caótica. Risas, voces de niños, bromas, parejas que no temían demostrar su afecto…

Las presentaciones fueron de todo, menos formales. Bram parecía estar rodeado de Witneys.

La hermana mayor de Florence, Marian —la prima del vizconde que fue su pupila cuando era niña, y que terminó siendo más que una hija—, tomó las manos de Bram con cariño y dijo:

—Se va a llevar a uno de los tres tesoros de la familia. Le aconsejo que no pierda el tiempo en discusiones, una Witney siempre va a tener la razón.

En ese momento intervino Horatio Montgomery, famoso detective privado y esposo de Marian.

—Hágale caso, Reeves. Lo llevan en la sangre. —Y estiró una sonrisa. Le ofreció la mano a Bram para que se la estrechara. Cuando el apretón firme se deshizo, agregó en voz baja—: La respuesta correcta siempre es: «Sí, mi amor».

William, el segundo hijo de la familia —y, lamentablemente, la causa del repudio de Olivia por parte de su abuelo—, se apresuró a decir:

—Lo confirmo, mas debo añadir que eso se extiende a las damas que toman el apellido por matrimonio. —Le palmeó la espalda a Bram—. En algún tiempo ella será Reeves, pero seguirá teniendo la razón. Bienvenido a la familia.

Bram asintió y logró decir:

—Gracias por aceptarme… Creo que el consejo lo recibí bastante tarde, pero ya aprendí que Florence siempre tendrá la

razón.

Laura, la esposa de William, se aproximó a Bram y bromeó:

—¿Ya pudo apreciar la fragancia que usa Florence? —Él rio con evidente nerviosismo y el rostro se tornó rojo como granate. Laura añadió con picardía—: Ya veo que le gustó.

Florence carraspeó y se abanicó con la mano. Le dio un discreto codazo a Laura.

—No era necesario que fueras tan explícita.

Ella se acomodó las gafas y cambió el tema:

—Señor Reeves, ¿ya conoce las tradiciones nupciales de la familia?

Bram miró interrogante a Florence. Ella suspiró:

—No se lo he comentado.

En ese momento, Anthony abrazó por el hombro a Bram y le dijo:

—Es una historia muy buena. ¿Te puedo llamar Bram, cierto?

Él asintió y replicó:

—Todos me pueden llamar Bram. —Miró de reojo a la vizcondesa—. No es necesaria ninguna clase de formalidad, somos familia.

—Así me gusta… Bien, la tradición. En los matrimonios celebrados en nuestras familias, la novia lanza el ramo a las solteras, ya sabes, lo típico. Los varones intervenimos en ese ritual durante varios años y nos robamos algunas oportunidades, que terminaron con final feliz… Lo digo yo, que fui el último en atrapar el ramo de nuestra prima Emily. —Hizo una mueca que decía: «Soy culpable, pero no me arrepiento»—. El asunto es que instauré una tradición para los solteros. El novio lanzará su pañuelo adornado con un solitario. El que lo atrape, si se casa, tendrá que usar la piedra del solitario para el anillo de bodas de su futura esposa… Le va a tocar perpetuar la tradición.

Bram arqueó las cejas. Los Witney hacían lo que querían, incluso con las tradiciones ancestrales. Necesitaba saber más para poder pensar en algo digno.

—¿Puede ser cualquier piedra?

—La que se pueda permitir. No hay mayores exigencias.

—Muy bien, ya pensaré en algo.

Gwendolyne, la esposa de Anthony, acertó a decir:

—Florence ha confirmado que la tradición no falla. Ella atrapó el ramo en la boda de mi cuñada Sophie. Y, aunque no lo crea, los varones participan con mayor entusiasmo con la nueva tradición.

Elijah hizo negó con su índice, meneándolo con desesperación:

—Mentira, Gwen. Yo nunca he saltado. —Alzó su soberbia barbilla en un perfecto ángulo de cuarenta y cinco grados.

—A mí no me vengas con cuentos, Elijah. Te vi saltar en dos matrimonios distintos. Te salvaste porque Hywel y Matt son un poco más altos que tú.

Violet sonrió, maliciosa y apuntó:

—Se pilla más fácil a un mentiroso que a un ladrón, querido hermano.

—No soy mentiroso, pequeña insurrecta. Respeta a tus mayores.

La pequeña insurrecta se cruzó de brazos.

—No. —Y sacó su lengua como si tuviera cinco años.

Florence se masajeó las sienes y masculló:

—Aquí vamos otra vez. Son insufribles.

Bram rio. Violet y Elijah tenían una extraña relación de amor y odio fraternal. Cualquier chispa encendía la hoguera de dardos venenosos. Ninguno de los dos tenía misericordia con el otro.

Sentía cierta fascinación al presenciar sus bregas verbales.

Olivia interrumpió esa espiral de pullas situándose entre los dos contendientes.

—Basta. ¿Qué va a pensar Bram? Por favor, al menos finjan que son civilizados por cinco minutos.

Bram hizo un ademán restándole importancia a la situación y añadió:

—Las peleas de Violet y Elijah son parte del folklore familiar, he visto grescas peores en el Soho.

A Olivia aquello no le impresionó. Bien sabía que las personas que vivían en barrios más humildes solían lidiar con la violencia normalizándola, o incluso haciendo chistes para aligerar esa dura

realidad. Era una forma de sobrevivir. Lo aprendió en los años que dirigió la Academia Hope.

—Pues te creo. Apuesto que las peleas incluyen botellas quebradas.

—Y cortaplumas.

Olivia le lanzó una mirada a sus hijos menores.

—Espero que la cena de hoy no termine con heridos de gravedad….

Andrew posó sus manos en los hombros de Elijah y Violet.

—Obedezcan a su madre, o se las verán conmigo. —Les arqueó una ceja que acentuó esa advertencia.

Los hermanos se miraron de reojo y de mala gana respondieron:

—Sí, papá.

—Bien.

Olivia aplaudió un par de veces y ordenó:

—Vamos, niños, todos al comedor.

La primera vez que Bram se sentó a la mesa solo eran seis, y sobraba demasiado espacio. Ahora estaba lleno, incluso los pequeños hijos de Marian y Horatio estaban sentados a la mesa en unas sillas especiales. Ellos, a diferencia de la costumbre aristocrática, no relegaban a los pequeños a la habitación infantil.

La conversación era una réplica de lo vivido en el salón de estar, con la excepción de que las pullas entre los menores bajaron de intensidad. Era un caos armónico en que los temas de conversación cambiaban de dirección con rapidez, por lo que había que estar atento para no perder el hilo.

Durante esa semana, Bram se estuvo acostumbrando poco a poco a intervenir con comodidad en la conversación familiar. Para él era una experiencia nueva compartir una mesa con tantas personas que lo trataban como un igual y, genuinamente, respetaban su oficio y origen.

Y mientras se reía de una anécdota de Horatio sobre una investigación, pensó que su miedo y prejuicio casi le costó demasiado caro. Si se hubiera encerrado en esa idea de que el

mundo era inmutable e inamovible, si Florence no hubiera sido valiente…

Él estaría comiendo una cena fría, solo, en su piso de Soho. Anhelando una vida que jamás podría alcanzar.

Rogándole a Dios que le arrancara ese amor de las venas para poder avanzar.

Miró de soslayo a Florence, ella estaba frente a él, y le guiñó el ojo.

Y cuando el postre fue servido, el ambiente en la mesa cambió cuando Anthony le preguntó a su padre:

—Supe que esta semana te reuniste con tío Michael y los demás.

—Sí… Es un hecho, van a adelantar las sesiones del Parlamento en enero. El Primer Ministro necesita que se le dé prioridad a una ley de emergencia para que entre todo el grano posible al Reino Unido. Irlanda ya no da más.

—Entonces, ¿no bastó con la derogación de las leyes del maíz?

—De nada sirve si el grano extranjero está obligado a entrar a nuestros puertos en un barco inglés.

Bram, sin pensar si era correcto intervenir o no, acotó:

—Con razón el precio del pan solo sube. Mi vecina tuvo que reducir su producción, en el barrio pocos podemos pagar lo que cuesta cada hogaza.

Andrew asintió y repuso:

—Es frustrante derogar una ley para poder facilitarle la vida al pueblo, y luego surgen nuevos obstáculos que no se pudieron anticipar.

Anthony hizo un ligero mohín de molestia.

—Ah, la política y yo no nos llevamos bien. Si fuera por mí impulsaría un montón de leyes para impedirles el voto a los lores que tengan conflictos de interés.

—Es difícil cuando ellos mismos hacen las leyes. —Soltó un suspiro—. En fin, enero se va a venir complicado. Dicen que las votaciones estarán parejas… Demasiado para mi gusto.

Se hizo un silencio en la mesa. Bram se dio cuenta de que el patriarca de la familia y sus allegados eran del partido liberal y, de

verdad, les afectaba lo mal que estaban los más desposeídos.

Incluso cuando se tenía dinero y poder, no era posible dar soluciones inmediatas.

Sí, debía ser muy frustrante.

Florence soltó un sonoro suspiro.

—En fin, espero que pronto puedan lograr un acuerdo. —Miró a Laura y a Marian—. Asumo que las hambrunas han afectado también a la academia y al colegio.

Laura era la directora de la Academia Hope y Marian, del Colegio Hope.

La primera, con la preocupación en sus ojos, respondió:

—Estamos haciendo lo posible por recibir la mayor cantidad de alumnas sin tenerlas hacinadas, no es la idea que su dignidad se pase a llevar. —Apretó los labios—. Hoy tuve que decirle a una joven viuda que no tenía espacio para recibirla.

Marian miró con desgano su pedazo de pastel y agregó:

—Lo mismo sucede en el colegio. Más niños por sala dificultan la tarea de las maestras. Nos encontramos en un punto complicado porque… —Sus ojos se anegaron en lágrimas—. Hay tantos a los que no podemos recibir, y sabemos que los estamos condenando.

Los ojos Olivia se enrojecieron, conocía la situación. En cada reunión de las Grandes Damas —amigas e impulsoras de la Fundación Hope, institución que financiaba la academia y el colegio— buscaban la manera de reunir más dinero, y por mucho que superaran las metas, nunca era suficiente.

La vizcondesa apretó los labios y sentenció:

—Creo que ya es hora de buscar un nuevo lugar para el colegio y la academia… Se han vuelto estrechos y pequeños.

Laura y Marian asintieron, mas no había ilusión en sus ojos… Un proyecto de esa envergadura podría tardar años y miles de libras.

La cena terminó con un amargo sabor de boca.

Anthony miró a Bram, necesitaba alivianar el ambiente y cambió de tema:

—Me ha llegado el rumor de que tocas la viola, ¿no es así?

—Me defiendo. —Fue inevitable desviar su mirada hacia Florence.

Anthony sonrió.

—¿Qué te parece si interpretamos algo alegre para la familia? Florence, ¿le prestas tu viola a Bram? Tú toca el violonchelo.

Ella se levantó, entusiasmada.

—No se diga más. Vamos a buscar los instrumentos a la sala de música. ¿Tienes algo en mente, Tony?

—Algo decente encontraremos. —También se levantó propinándole una mirada diabólica a Bram.

Andrew estiró una sonrisa y dijo:

—Creo que la cena ha terminado, vamos al salón de estar… Señores, ¿un oporto?

Todos asintieron.

Olivia ofreció té y jerez para las damas.

En diez minutos, la familia disfrutaba de sus bebidas mientras los tres músicos afinaban. Bram hojeaba la partitura con el cejo concentrado, conocía la pieza, pero no la tocaba desde que se hizo cargo del negocio.

Apelaría a la memoria de sus músculos.

Con razón Anthony lo miraba de esa forma, era un desafío que él aceptó en cuanto leyó el título de la partitura: *Trío de cuerdas en Sol mayor, Opus 9 Número 1*, de Ludwig van Beethoven.

Tocarían el primer movimiento con *tempo Adagio - Allegro con brio*.

Bram ensayó los primeros compases haciendo *pizzicatos* y comprobó que no lo había olvidado del todo. Florence, preocupada por la dificultad de la pieza, le susurró:

—¿Estás cómodo o la cambiamos?

Bram, sin dejar de tocar y leer, respondió:

—No te preocupes, no es la primera vez que la ejecuto… Solo debo refrescar la memoria.

—Bien… —Luego añadió en voz baja—: Si te equivocas me deberás un beso.

Bram no respondió, pero escondió una sonrisa pícara en sus labios tensos.

Carraspeó.

—Trato hecho, lo mismo va para ti.

Florence alzó su barbilla con gracia y calentó sus dedos con algunas escalas y arpegios.

Anthony situó el atril de manera que todos pudieran leer la partitura con comodidad. Florence al medio, sentada y preparada con el violonchelo, Anthony de pie a su diestra y Bram, a su siniestra.

A la señal de Florence empezaron.

Primero la música era lenta y solemne, como si los tres músicos midieran fuerzas y talento.

Silencio…

Y, de pronto, estalló el *Allegro con brio.*

La melodía era como la conversación alegre de tres amigos insolentes. La viola preguntaba, el violín respondía. El violonchelo intervenía.

Las voces de los tres instrumentos se unían en vital armonía. Anthony lanzaba escalas ascendentes rápidas que Bram seguía a la par con la viola. Sus dedos, ágiles y sincronizados, presionaban el diapasón sin esfuerzo y el arco se deslizaba sobre las cuerdas con precisión.

Bram ejecutaba arpegios rápidos que se entrelazaban con el violín, logrando que Anthony se desconcertara y se obligara a continuar sin fallar.

Y Florence era fuerza y sostén. La voz grave y poderosa entre esos dos amigos que se lanzaban pullas.

Los cuerpos de ambos hombres se inclinaban al mismo tiempo en los ataques más contundentes. Se miraban de soslayo y respiraban a la par para darse las entradas.

Florence los observaba sin perder la concentración. Entre Bram y Anthony no había diferencia, ni en talento, porte o gracia. Desvió su mirada hacia sus familiares que admiraban y escuchaban aquel pequeño concierto. Sonreían y se movían al ritmo de la vigorosa música que sacaba a relucir la habilidad de Bram. La pieza le exigía ser el motor del grupo, el puente.

Cuando llegaron al pasaje final, los tres instrumentos se unieron en notas rápidas, exigentes. El sonido se volvió potente, y

llenó el salón con una energía que se extendió hacia la familia, que contenía la respiración esperando el culmen de la obra.

Los tres arcos se arrastraron con fuerza en esa última nota que se alargó como un titán que se niega a morir, pero que, a la postre, se entrega al eterno y silencioso letargo.

Y todos pudieron respirar.

Los aplausos estallaron ante esa demostración de talento y profundo entendimiento.

El pecho de Bram subía y bajaba. Su sonrisa mostraba todos sus dientes, años y años sin probar el aplauso, sin ponerse a prueba a sí mismo… Sin disfrutar de esa energía que le recorría la sangre y lo elevaba a la efímera gloria.

No necesitaba un público masivo, solo alguien que lo escuchara y lo disfrutara.

Había olvidado cuánto extrañaba la sensación de ser reconocido.

Besó a Florence en la coronilla… Emocionado, le susurró:

—No tienes idea de lo feliz que soy contigo… y con los tuyos.

La garganta de Florence se apretó de puro gozo. Si él era feliz, ella también.

Ah, jamás se había sentido tan plena, con tanta esperanza como en ese momento. Alzó su mirada y sin voz articuló:

—Te amo, mi Bram.

Él acarició la mejilla de Florence.

Anthony los interrumpió:

—¿Y si tocamos algo de Schubert?

La sonrisa Florence se desvaneció al notar que Carruthers, discreto, entraba al salón de estar. Le susurró a Andrew.

De inmediato, supo que algo serio había ocurrido.

El semblante sonriente del patriarca se transformó en una máscara de seriedad esculpida en piedra. El ojo azul se estrelló en Bram por un eterno segundo. Su atención regresó al mayordomo, le dio una instrucción y luego se levantó.

—Lamento interrumpirlos, pero… Bram, te busca un tal señor Boston.

El luthier frunció el ceño y respondió:

—Es un cliente del negocio… —En su mente no podía hallar una explicación que le diera sentido a la visita del hombre en Peony House.

No pudo seguir elucubrando, el señor Boston se presentó en la sala de estar.

El hombre se ajustó las gafas redondas. Sus manos se aferraban a su gastado maletín de cuero y a unos papeles con las puntas dobladas y sucias.

—Buenas noches, damas, caballeros. —Sus ojos se clavaron en Bram y se aproximó a él—. Buenas noches, señor Reeves… —Le ofreció los papeles—. Y también debería agregar: larga vida al noveno marqués de Ashbourn.

Segundo movimiento: Requiem

El silencio fue plúmbeo. El aire parecía haber cobrado un peso antinatural que no les permitía respirar.

El ceño de Bram era un nudo apretado, lleno de desconcierto. Intentó deshacerlo y componer una expresión más relajada, pero fracasó cuando dijo:

—Debe estar equivocado, señor Boston. Lo que asevera no es posible.

Esa respuesta no satisfizo a nadie. Florence, al igual que toda la familia, se preguntó si Bram ocultó a propósito ese inmenso secreto. ¿Por qué mentir?

No obstante, su lado racional se impuso.

«No, es imposible —se replicó a sí misma en su fuero interno —. No se habría negado a lo nuestro por tanto tiempo… Y habla con orgullo del trabajo de su padre y su abuelo, sacrificó todo por su legado».

Observó a Bram. Él no podía ocultar en su semblante la consternación por aquella revelación. Empuñaba el mástil de la viola de su abuelo como si fuera un talismán. Sus miradas se cruzaron por un fugaz instante.

¿Eso era miedo?

El señor Boston le acercó los documentos a Bram, conminándolo a recibirlos.

—Llevo un año investigando para mi cliente. No es una equivocación, milord.

«Milord». Para Bram aquella palabra fue una aguja estridente penetrando en sus sentidos. Aguda, chirriante, como uñas rasguñando una pizarra. Su gesto se contrajo. Se obligó a no taparse los oídos.

Necesitaba despertar de esa pesadilla.

—Mi padre y mi abuelo fueron luthieres y comerciantes. Seguí sus pasos, soy un hombre común y corriente, nada más y nada menos que eso. Me parece irrisorio que usted venga a decirme que ahora soy un bendito marqués.

Ante esa declaración Andrew observó a Bram… El marqués de Ashbourn llevaba seis meses muerto, y no había un heredero.

Ese título estaba al borde de la extinción… El árbol genealógico de los Somers-Reeves había sido podado a lo largo de las últimas décadas en las guerras napoleónicas, accidentes, solterías, vicios y enfermedades. Todos decían que las posibilidades de hallar a un descendiente legítimo eran nulas, y que los bienes del marquesado pasarían a la corona tarde o temprano.

No sabía a ciencia cierta cuántos Somers-Reeves quedaban, pero no debería agradarles el asunto de perder estatus… y quizás algo más.

Bram observó los papeles. No se atrevía a tocarlos. Necesitaba convencer a ese hombre de que todo era un error. Reeves eran un apellido común y puntualizó:

—Ya se lo dije la otra vez. No tengo relación con ningún Reeves de ninguna parte. Todos nacimos y crecimos en Londres.

—Pero su tatarabuelo y bisabuelo no… Bien, pensé que se lo iba a tomar de mejor manera. Le voy a contar una larga, larga historia. —Hizo el ademán de guardar los papeles en su maletín. Sin embargo, Horatio se los pidió con un gesto. El abogado negó con su cabeza y señaló—: Estos documentos pertenecen al marquesado de Ashbourn, señor.

—Y yo solo quiero comprobar si son auténticos. Le prometo que se los devolveré.

El abogado arqueó una ceja.

—Usted es Horatio Montgomery, el detective, ¿cierto?

—Así es.

—Si los daña, haré pedazos su reputación.

—¿Me está amenazando?

—Solo es una advertencia.

—No son necesarias sus «advertencias»… Esto es un asunto que nos atañe como familia.

El señor Boston miró de reojo a Florence.

—Así veo. Los rumores parecen ser ciertos.

Le entregó los documentos a Horatio, quien se levantó y fue con Andrew a revisarlos.

Olivia compuso una sonrisa amable y ofreció:

—Por favor, tome asiento… —Desvió su atención a Bram—. Querido, tú también. Escuchemos lo que el señor Boston tenga que decir y luego veremos.

Bram buscó la mano de Florence, ansiaba algo tangible, sólido. Tenía la sensación de que en cualquier momento se abriría un agujero bajo sus pies y que caería a un abismo.

Cuando sintió su toque tibio, pudo respirar. Ella lo instó a sentarse en un sofá donde se encontraban Violet y Elijah, quienes les hicieron espacio.

El señor Boston se situó en un sillón y relató:

—Mi cliente es el pariente más próximo del difunto marqués de Ashbourn. Hace un año me encargó buscar a algún heredero para continuar con el linaje de los Somers-Reeves. El marqués ya estaba enfermo y no había posibilidad de que concibiera un hijo.

»Me entregó la única pista para poder corroborar si una de las ramas de los Somers-Reeves había dado frutos; una carta de despedida de lord Abraham Somers-Reeves a su padre, el cuarto marqués de Ashbourn, fechada el 1 de mayo de 1727. En ella se evidencia una fuerte rencilla familiar. Lord Abraham fue repudiado por haberse enamorado y contraído nupcias secretas con una actriz italiana, con la que se marchó a Cremona a hacer su vida.

»Esa carta era casi la única evidencia de la existencia del octavo hijo del entonces marqués de Ashbourn, pues fue eliminado de todo registro del árbol genealógico. Lord Abraham era su tatarabuelo, milord.

»Partí a Cremona a buscar más indicios, cabía la posibilidad de que lord Abraham hubiera dejado descendencia. Para mi buena suerte logré constatar que tuvo tres hijos, un varón y dos niñas. Y ese niño fue inscrito como Abraham Reeves. Ahí me di cuenta de que lord Abraham mutiló su apellido… Ese niño llegó a la edad adulta. Sus hermanas fallecieron antes de dejar descendencia, pero eso no es relevante, el título es de progenitura masculina.

El señor Boston hizo una pausa. Miró la viola que aún sostenía Bram. Se reclinó en el sillón y prosiguió:

—Su abuelo y su padre siempre se jactaron de que usaban las mismas técnicas que el maestro Antonio Stradivari… No era una simple estrategia comercial, era cierto. Usted vendría a ser la quinta generación de luthieres de su familia. Su tatarabuelo fue aprendiz del maestro en sus últimos años de vida. Esos conocimientos fueron traspasados de padres a hijos.

Bram tragó saliva, con la culpa corroyéndole el alma. Nunca creyó que sus técnicas provenían del maestro. No había ningún documento o historia que lo probara… Al menos ahora sabía que no era una mentira que su padre y su abuelo utilizaron para poder vender los instrumentos que fabricaron.

—Lord Abraham murió en 1760… Su hijo, en ese entonces, tenía veinticinco años, vamos a llamarlo Abraham II… Dos años después se casó y volvió a Inglaterra, quizás desconociendo el pasado aristocrático de su padre.

La cabeza de Bram era un torbellino de pensamientos y recuerdos. Intentaba buscar alguna falla en el relato del abogado. No sabía nada más allá de su abuelo… Una que otra historia suelta, el orgullo por el oficio y esa especie de maldición, la que dictaba que solo sobreviviera el hijo mayor, el que perpetuaba un nombre a través de las generaciones.

—Y ¿cómo sabe que mi bisabuelo de verdad volvió a Inglaterra? ¿No puede ser solo una coincidencia de apellido?

—Hice muy bien mi tarea, milord.

Los ojos de Bram se entrecerraron. Ya empezaba a odiar esa palabra.

—Por favor, deje de llamarme así.

—Es lo que corresponde a su dignidad.

Bram rio de mala gana… ¡Ahora era digno! Parecía que la vida y el destino se reían de él y de todos sus antepasados.

El señor Boston continuó:

—Como iba diciendo… Todo rastro de Abraham II se perdió en Cremona, no hubo registro de nacimientos ni defunciones…

—Pudo haberse ido a otra ciudad o a otro país.

—Pero no lo hizo, probablemente escapó de la epidemia de fiebre que azotó la ciudad por esos años. Seguí mi instinto y fui a

Génova, ahí revisé los registros de los barcos que zarpaban con destino a Inglaterra. Y en el que tenía el membrete del año de 1762 estaban escritos los nombres de Abraham II y Lucrezia Reeves. Ese mismo año, en Londres, nació Abraham III, su abuelo. En su partida de nacimiento, los nombres de sus padres coinciden con los del matrimonio de Cremona y el registro del puerto de Génova.

»Lucrezia falleció en 1766 intentando dar a luz a su segundo hijo. Abraham II, no volvió a casarse y dejó este mundo en 1783 heredándole a su unigénito, Abraham III, lo suficiente para empezar su negocio. En 1785…

—Mi abuelo se casa con Johanna, engendra a mi padre y él nace en 1786… otros dos niños nacieron, pero murieron siendo pequeños. Enviudó cuando se complicó el cuarto embarazo de mi abuela. Él no contrajo segundas nupcias. —Ladeó su cabeza, con cierta arrogancia—. Mi padre debería ser Abraham IV, mi madre se llamaba…

—Frieda Shultz, alemana. Me lo confirmó el otro día. Su madre falleció cuando usted tenía tres años. Su padre, al igual que los hombres que lo antecedieron…

—Jamás se casó… —Su voz destiló sorna cuando agregó—: Entonces, en su historia yo vendría a ser «Abraham V», ¿no?

Andrew y Horatio revisaban los papeles que el abogado mencionaba en su relato y, cada cierto rato, observaban a Bram con preocupación. Toda la documentación estaba en orden. El señor Boston había sido minucioso y metódico en su búsqueda.

El abogado esbozó una sonrisa taimada.

—Así es, milord. El papeleo está hecho, y su árbol genealógico ha sido ratificado. Solo falta que se presente ante el lord Canciller y el Comité de Privilegios del Parlamento para las pruebas finales de rigor y que firme el registro.

Florence apretó la mano de Bram. Él la miró. Ella no parecía estar feliz ni satisfecha con aquella noticia, sino todo lo contrario. Era un verdadero balde de agua fría.

Él le apretó la mano de vuelta. Su mirada y su voz fueron desafiantes al decir:

—¿Y qué pasa si me niego?

—¿Va a rechazar propiedades, dinero, posición y título?

—He tenido una existencia digna sin esos privilegios… Todos mis antepasados vivieron de ese modo. No puedo añorar o desear algo que nunca tuvimos ni necesitamos.

Andrew arqueó una ceja… La situación era complicada y, en cierto modo, entendía la renuencia de Bram. No era agradable enterarse de que había que hacerse cargo de un sinfín de deberes y acatar cientos de reglas.

No era fácil no estar preparado para ello.

La actitud de Bram era la esperable.

Sin embargo… No tenía alternativa.

El abogado se levantó del sillón. Con un gesto solicitó los documentos a Horatio para que fueran devueltos.

Una vez que estuvieron en su poder, los guardó en su maletín.

—Milord, es su deber tomar el título. Es lo que exige su sangre y su honor. El Comité de Privilegios nos espera al mediodía del viernes, pasaré a buscarlo a su negocio a las once… Me temo que ya no podrá seguir siendo comerciante, tiene un deber con la Corona.

—No pierda su tiempo, no lo acompañaré.

El abogado arqueó una ceja con suficiencia.

—Sí que lo hará. —Hizo una ligera inclinación a Bram y a Andrew—. Que tengan buenas noches, sus señorías.

Cuando el señor Boston abandonó la estancia, el silencio se apoderó de todos los miembros de la familia, quienes centraban sus miradas en Bram.

Él, cabizbajo, se mantenía aferrado a Florence y a la viola.

La reunión familiar había concluido de la manera más improbable.

Las despedidas fueron en voz baja, casi como si fuera un funeral y, en cierto modo, lo era. Todos intentaron darle alguna clase de consuelo a Bram, porque evidentemente, no era un golpe del destino que se recibía con alegre sorpresa. Le dieron suaves palmadas en el hombro, mientras que a Florence le decían con la mirada: «No lo dejes solo».

Y cuando ya no hubo nadie más aparte de los padres y hermanos menores de Florence, Bram se levantó. Le entregó la viola

a su verdadera dueña y se despidió de ella con un beso en la frente.

Solemne, dijo adiós al resto de la familia.

Andrew se levantó y se apresuró a decir:

—Ordenaré que preparen el carruaje.

—No hace falta… No se preocupe. —Suspiró—. Necesito caminar.

Florence se puso en pie de inmediato, con su mirada casi desorbitada.

—No, es peligroso para ti.

Bram esbozó una sonrisa triste.

—He vivido toda la vida ahí… —Se palmeó los bolsillos—. Un par de monedas siempre son una vía libre… Que tengan buenas noches.

—Pero…

—De verdad, no te preocupes. Soy una cara conocida en el barrio.

Minutos después se escuchó el sonido de la puerta principal cerrándose, Florence miró a su padre y dijo:

—¿No puede rechazar el título?

Andrew apretó los labios.

—De poder, puede… Pero ahora esa decisión no le pertenece.

Florence temía esa respuesta.

Elevó una plegaria al cielo…

«Dios, protege a Bram… Dale fortaleza».

Solo

La mente de Bram se quedó en blanco. Tal como la espesa neblina que devoraba Londres en ese momento.

Solo se abstrajo en el sonido de los pasos que daba, de su respiración, de los carruajes que transitaban por su lado y de las voces efímeras.

No quería pensar, no quería decidir.

Avanzó por aceras, cruzó calles.

Un golpe duro en el hombro. Una voz arrogante le espetó:

—¡*Cuidao* por donde *vai*, idiota!

No respondió, siguió avanzando… Se sobó el hombro.

Bram ni siquiera se preocupó por si le robaban la cartera. No usaba. Solo unas monedas tintineaban en su bolsillo.

¿Y su reloj?...

¡El reloj de su abuelo ya no estaba!

Palideció. Sudó frío.

Se giró. En medio de la neblina pudo distinguir la espalda del sujeto con el que chocó, avanzaba como si nada. Ese húmedo velo jugaba a su favor.

Sus formas se difuminaban, parecía desaparecer.

Sin decir una palabra, corrió.

La humedad fría se le pegaba a la cara, los músculos de sus piernas forzaban la carrera. La figura del ladrón volvió a ser definida.

Lo empujó con todo el impulso que llevaba acumulando por más de una cuadra.

El ladrón trastabilló, lanzó una palabrota y Bram lo volvió a empujar.

Cayó…

Desconcertado, el sujeto se giró. Solo logró alzar sus manos para desviar el puñetazo que iba directo a su mandíbula.

—¡Dame mi reloj! ¡Devuélvemelo! —Lo tomó de la ropa y volvió a propinar un derechazo.

—Yo no… —Otro golpe. El dolor se propagaba en todo su cráneo—. ¡No, por favor!

Bram no se contuvo. Descargó lo que calló y lo que sufrió durante toda su vida en el cuerpo de ese pobre infeliz, que ya no respondía ni se defendía.

Y cuando sintió el peso muerto del ladrón y el ardor en sus nudillos… Despertó.

Iba sin guantes… Sin sombrero… Sin su gabán. Salió de Peony House con lo puesto.

Una gota de sangre se clavó en el puño de su impecable camisa blanca.

Le faltaba el aire, respiraba corto y superficial. La neblina parecía ahogarlo.

Desesperado, esculcó la ropa del sujeto. Encontró su preciado reloj y también un cortaplumas.

Un escalofrío le recorrió el espinazo al verse rodeado de varios transeúntes que solo fisgoneaban la desigual contienda. El caballero era más grande y fornido que ese pobre diablo esmirriado, que apenas debía comer una vez al día… Si es que lo hacía.

Bram apretó la mandíbula ante esas miradas acusadoras, empuñó el reloj, lanzó lejos el cortaplumas y se levantó.

El ladrón entreabrió los ojos. Bram sintió un profundo alivio… Por un instante pensó que lo había matado.

Dios, ¿qué estaba haciendo? Él no era así.

Hurgó en sus bolsillos y sacó unas cuantas monedas. Se las dejó sobre el pecho del ladrón que jadeó al creer que volvería a recibir un castigo.

—Ve y cómprate algo de comer. No te lo bebas, maldita sea.

El sujeto se tocó el pecho y tomó las monedas. Tres chelines.

Podría comer varios días.

Aturdido por el inesperado giro de ese robo, solo atinó a decir.

—Gracias… Lo siento, *milor.*

Bram cerró los ojos. No quería escuchar esa palabra en boca de nadie.

—No soy un maldito lord.

Pero era tarde, todo lo vivido en Peony House volvió a su mente.

Dio media vuelta. Apresuró sus pasos reprimiendo el impulso de echarse a correr, y dejar atrás ese título que parecía perseguirlo desde hacía generaciones.

¿Qué hubiera sido de todos ellos si no fuera por ese hijo que prefirió el amor, en vez de la obediencia?

¿Habrían perecido como los demás sin dejar su huella?

¿Habría conocido a Florence como la conocía? ¿La habría ignorado como todos aquellos que la creyeron indigna para su abolengo?

¿Amaría la música o solo sería parte de un currículo esencial de su clase?

No quiso seguir elucubrando. Ansiaba vaciar su mente, porque si el primer Abraham hubiera cumplido con lo que le era impuesto, jamás habría sido luthier.

Y él, Bram Reeves, jamás habría existido.

«No soy un maldito lord», hacía eco en su cabeza. Su voz, sus palabras. Todo le parecía fuera de lugar.

Aun así, se aferró a esa idea y se convirtió en la letanía que reemplazó todo pensamiento y emoción.

Siguió atravesando calles, esquivando bosta de caballo, nieve sucia y barro.

El aroma del Soho le dio la bienvenida. Agua estancada, humo y humildes estofados de entrañas, de cabezas de pescado o de mariscos.

Llegó al pequeño edificio donde vivía y golpeó la puerta. Su casero le abrió.

—Buenas noches, señor Reeves. ¿Otra vez está trabajando hasta tarde?

—Sí… Buenas noches, señor Somers.

—Recuerde que no abro la puerta después de las diez… Solo porque usted no quiebra las reglas es que lo dejo entrar.

Bram traspasó el umbral… No sabía que era tan tarde. Perdió la noción del tiempo.

—Discúlpeme. No se repetirá… Hasta mañana.

—Hasta mañana, señor Reeves. Que descanse.

Bram subió las estrechas y quejumbrosas escaleras hasta llegar a su piso. Sacó las llaves y abrió.

Lo recibió la misma gélida penumbra de siempre. Sus muebles sencillos. El brasero lleno de cenizas que ahogaban los carbones apagados.

Cerró la puerta.

Sus pasos crujieron en la madera mientras se internaba casi a ciegas. No necesitaba más…

No quería más.

Se desnudó. No le importó el intenso frío que erizó su piel. Dejó la ropa ordenada sobre la silla. El reloj de su abuelo y las monedas encima de la mesa de noche, al lado del pañuelo que guardaba con celo el rizo de Florence. Se puso su camisa vieja y el calzón para dormir.

Y en cuanto sintió el peso de las mantas y la mullida almohada acunando su cabeza, se dio cuenta de que sería inútil conciliar el sueño.

Con los ojos bien abiertos miró el cielo raso con manchas de humedad.

Sus fosas nasales se dilataron. El ardor reclamó sus ojos, lágrimas tibias se escurrieron sobre sus sienes.

No quería ser el maldito lord Ashbourn.

Todo estaba perfecto con ser Bram Reeves, comerciante, luthier, músico frustrado y ser el futuro esposo de Florence Witney.

Una mujer que estaba lejos de su alcance, pero tuvo la bendición de que los vizcondes fueran extraordinarios seres humanos, y le permitieron adorarla.

No podía ser más dichoso, tenía todo planeado para seguir siéndolo.

Iba a comprar una casa en un buen barrio, ampliaría su negocio, construiría su herencia, amaría a su Florence hasta el fin de sus días. Un Reeves era hombre de una sola mujer.

Quería romper esa maldición de perderla antes de tiempo. La cuidaría de todo mal, estaría pendiente de todo indicio de enfermedad…

Quizás si a su primogénito no lo bautizaba como Abraham… Tal vez así rompería ese círculo de desdicha.

Y si aun así no podía, si el Señor se la quitaba… La seguiría adorando. Nadie la reemplazaría.

¿Qué iba a ser siendo un maldito marqués? ¿Qué pretendían con ello? ¿Qué le importaban a él un título y las ramas de un árbol genealógico diezmado? Él era el producto de un vástago repudiado hacía más de un siglo. ¿Por qué no podían dejarlo en paz?

¿Administrar tierras, tomar un escaño en el Parlamento, asistir a ridículos bailes?

Eso no era para él. Los juegos sociales, la política, el poder. Eso no era lo suyo.

Nunca lo sería, no estaba preparado para ello.

Nunca estaría listo.

No era su vida…

Jamás.

No era un maldito lord.

*****

Bram se despertó con el primer indicio de luz pálida que se coló por las rendijas de la contraventana.

En algún punto de la madrugada, el sueño lo venció.

Consultó la hora en su reloj... No era tarde, estaba justo a tiempo para iniciar su día.

Se aseó, se afeitó, se perfumó con agua de colonia.

Lustró sus zapatos. Buscó ropa limpia y se vistió.

Salió bien abrigado. El sol brillaba por su ausencia.

Compró una hogaza de pan recién horneado. Olía mejor que nunca. Cayó en la tentación de pellizcarlo y comer un bocado.

Traspasó los límites del Soho con su andar brioso. El vaho de su respiración se elevaba a través de su bufanda.

Su mente estaba centrada en un nuevo día de trabajo.

Limpiar el mostrador, sacudir los estantes, los instrumentos, barrer el piso.

Luego iría al taller, ordenaría sus herramientas y pondría las cuerdas al contrabajo. Era lo último que faltaba en aquella reparación.

No debía olvidar que el domingo tocaba encerar, sacar brillo y adornar el negocio para Navidad.

Tenía mucho que hacer y planificar.

Era un día normal. Sí, señor.

*****

No, no era un día normal.

Cuando llegaba a su negocio, lo esperaba Andrew Witney, el vizconde Rothbury.

Bram le brindó una leve inclinación, y el padre de Florence la recibió con un regio gesto de cabeza.

—Necesito conversar contigo, muchacho.

Bram asintió. Abrió la puerta del negocio. La campanilla les dio los buenos días y los invitó a entrar.

No dio vuelta el cartel. Solo aseguró la puerta tras de ellos.

El luthier soltó un suspiro. No había que ser un adivino para saber el motivo de la presencia del vizconde, y dijo:

—Sígame al taller, por favor.

Pronto se vieron en el corazón de Reeves & Son. Bram dejó lo que quedaba del pan sobre el mesón. Avivó las brasas de la chimenea y puso a calentar la tetera para tomar té. Le acercó un taburete al vizconde para que se sentara.

Andrew observaba en silencio aquel ritual. Esperó paciente a que Bram se quitara las abrigadoras prendas, para luego preparar las hojas de té y los rústicos tazones.

Le recordó esa época en la que volvió de la guerra. Vivía solo en un piso pequeño. Después de recuperarse de sus heridas, le consiguieron un humilde puesto de secretario en uno de los escalafones más bajos del Ministerio de Relaciones Exteriores. El pago era suficiente para él, un veterano deforme, tuerto y cojo.

Fue a la guerra a morir con gloria. No pretendía volver. Ese no era su plan.

En ese solitario piso, vivía sus días esperando ese destino aplazado.

Estaba convencido de ello. Tarde o temprano iba a suceder.

No fue fácil tomar un vizcondado que nunca fue para él, hacerse cargo de una niña y cumplir con todas las expectativas de su título. No estaba preparado para ello. No fue educado para ello.

Entendía a ese hombre que se aferraba a su sencilla existencia.

Lo que quedaba de ella.

Era aterrador cambiar una identidad, una forma de vida y perderse en el camino.

Bram sirvió el té y partió en dos lo que quedaba de su pan.

—Perdone lo poco, no esperaba visitas.

—No te preocupes. Es un típico desayuno de soltero. Me ha hecho volver a esa lejana época, antes de que todo cambiara. —Bebió un sorbo de té sin azúcar. Sí, sabía exactamente igual; a un frugal equilibrio.

—Florence me comentó algo, que fue a la guerra y después la tragedia le dio su título.

—Ella tiene la versión más romántica, pero fue mucho más complicado. En ese momento, yo no tenía futuro ni esperanzas.

Bram lo miró. La primera vez que el vizconde visitó su negocio le impresionó su enorme cicatriz y su imponente presencia. No obstante, la segura humildad del hombre le mostró que era especial, que no era el típico aristócrata que restriega en la cara su posición.

No dimensionó que esa humildad la extendía a todos los ámbitos de su vida.

Bebieron y comieron en silencio. Nada ni nadie los apuraba.

Bram no compartía un desayuno con alguien desde el día que falleció su padre.

El recuerdo todavía era nítido.

Fue una jornada normal, una mañana cualquiera.

Al mediodía él estaba muerto… «Lo siento, hijo» fueron sus últimas palabras. Bram todavía podía sentir el peso de su padre, inerte entre sus brazos.

La voz de Andrew lo trajo al momento.

—¿Cómo estás, muchacho? —Bram se encogió de hombros—. ¿Tomaste una decisión?

—No hay nada que decidir.

Andrew lo miró fijo.

—Me temo que no tienes alternativa…

—¿Por qué? —Y una idea insidiosa se enroscó en su mente—. ¿Me va a impedir seguir cortejando a Florence si no acepto?

Andrew esbozó una sonrisa, mas había cierto pesar en ella.

—Te aceptamos con lo que tienes y cómo eres. Florence está fuera de discusión en este asunto. Ella te eligió y yo no voy a retirar mi bendición. El chantaje no está dentro de mis habilidades favoritas.

—¿Entonces?

—Esto se trata de algo más que un título, dinero o posición, muchacho, es un asunto mucho más serio… Verás, el difunto marqués de Ashbourn ostentaba un poder político importante. Su escaño es uno especial en el Parlamento, tiene un privilegio antiguo: el control de un distrito electoral. Eso quiere decir que puede nombrar a dos miembros de la Cámara de los Comunes. En otras palabras, tiene la capacidad de definir e influir en la aprobación o rechazo de leyes en ambas cámaras.

—A mí no me interesa… Además, no tengo idea de política.

—Yo tampoco sabía nada de eso. Te aseguro que no es algo malo. Tomé mi lugar en el Parlamento por mi esposa; primero, por fastidiar a su abuelo y segundo, para abrirle las puertas a su fundación… En tu caso… Si aceptas ese título, podrás ayudar a millones de personas que están sufriendo hambre en este momento.

—¿Cómo? —Negó con la cabeza—. Eso no es posible.

—Así es la política. Un voto puede cambiar el destino de una nación… Lamentablemente, te quieren para que el marquesado no pierda el poder que ha conservado los últimos tres siglos.

—¿Quiere decir que solo soy un peón?

—Puedes… pero ¿quieres serlo? ¿Recuerdas la conversación de anoche y lo que comentaste sobre el precio del pan? Es probable que tu voto sea decisivo en ese tema. Por lo que veo, están haciendo todo lo posible para que estés sentado en el Parlamento

para enero. En esa instancia, se discutirá una ley de emergencia que suspenderá temporalmente las restricciones portuarias y las importaciones. Esas medidas facilitarán que las embarcaciones extranjeras puedan traer grano al reino. El marquesado de Ashbourn es conocido por su voto conservador… Y me atrevería a decir que desean que siga así. —Andrew se levantó y bebió de un trago todo el té que quedaba en su tazón—. Lamento venir a fastidiar con algo que no quieres, pero ya no se trata solo de ti.

Bram tragó saliva.

—¿Y qué hago con mi vida?

Andrew miró todo a su alrededor.

—Haz que tus acciones valgan la pena. Este negocio es parte de tu legado. —Apuntó a su pecho—. Y esto también… Al rey George III lo llamaban granjero… Nada te impide que sigas siendo luthier o músico, pero las prioridades son inevitables y las tuyas han cambiado… No siempre podrás hacer lo que quieres.

Bram esbozó una sonrisa.

—Eso mismo decía mi padre… Pocas veces se hace lo que se quiere, prevalece lo que se debe.

—Era un hombre sabio… Te dejo, muchacho. Tienes todo el día para acostumbrarte a la idea… Hoy mi hija tiene un concierto en el Hannover Square Rooms, ¿lo recuerdas?

—Tengo un asiento reservado.

—Y ese es un lugar que te has ganado… Nos vemos, Bram Reeves.

—Adiós, Andrew… Gracias.

—No hay de qué. Para eso está la familia.

Duetto

Bram decidió vivir su último día de normalidad en su negocio. Terminó la reparación del contrabajo y lo envió a su dueño. Atendió clientes. A los más frecuentes les anunció que cerraría por unos cuantos días… Nada grave, aseguraba.

Barrió, sacudió el polvo.

En la tarde, a eso de las cinco, escribió un breve mensaje en el escaparate. Agua con cal y un pincel fueron lo necesario para decir:

Después de sesenta años de música, Reeves & Son
cerrará temporalmente.
Gracias por su preferencia.
Hasta pronto.

Volteó el cartel a «Cerrado», mas no se marchó de inmediato. Tomó una partitura, la viola de su padre que estaba a la venta y se las llevó al taller.

Afinó a consciencia. Sonrió al deslizar el arco sobre las cuerdas. Esa viola había vuelto hacía poco al negocio, su padre la vendió doce años atrás a un joven músico, el cual falleció a mediados de año y su viuda necesitaba el dinero.

Fue como tener una visita de su padre. Después de renovarla, la puso a la venta, ese era el propósito con el que fue hecha.

Pero ya no.

Extendió sobre el mesón la partitura del *Concierto para Viola en Si bemol* de Franz Anton Hoffmeister, y la hojeó hasta llegar al segundo movimiento. *Adagio*.

Ese concierto lo disfrutaban mucho su padre y su abuelo. Esa era su parte favorita.

Era su despedida de ese taller, de ese negocio que se lo dio todo. Aunque su corazón se negara a esa idea, su mente sabía que nunca más volvería a ser solo Bram Reeves.

Al día siguiente, sería un maldito lord.

Ashbourn.

Bram casi ni leía la partitura, se dio cuenta de que también se la sabía de memoria. El extenso repertorio que manejaba solo se había dormido en un rincón oscuro de su mente. Cerraba los ojos y se inclinaba al son de esa melodía colmada de melancolía y emoción.

Cuando era más joven siempre imaginó poder ejecutarla con una orquesta, pero el destino quiso que solo pudiera interpretarla en solitario, lo que le dio un cariz más abrumador y doloroso a la pieza.

Toda su vida pasó por sus ojos. En esas cuatro paredes impregnadas de madera, barniz y cola de conejo creció y se hizo hombre. Fue testigo de su ascenso y su caída. Encerró lo cotidiano y lo extraordinario. El anhelo y el amor. La vida y la muerte.

Y de pronto su pecho se cerró. El mentón de Bram tembló intentando retener las lágrimas. La fuerza de sus dedos se debilitó y ya no pudo continuar.

Aferrándose al mástil de la viola, se derrumbó y lloró como ese jovencito de hacía diez años cuando se enfrentó a la soledad y la ruina.

Lloró por él, por la muerte de Bram Reeves, el comerciante.

Solo una cosa lo consolaba y le daba entereza para enfrentar ese cambio irreversible. Florence.

Ella lo amó siendo un simple comerciante, puso toda su fe en sus manos como luthier, le ofreció su vida al hombre que eligió como compañero.

A ella no podía decepcionarla, debía demostrarle que no era pusilánime.

Se secó las lágrimas. Reverente, guardó la viola en su estuche, iba a acompañar la otra viola de su padre, serían la herencia para sus hijos…

Esperaba poder crear algunos instrumentos en el futuro.

Soltó un suspiro. Cerró el taller.

La campanilla le dijo: «Adiós, señor Reeves».

Giró la llave y la guardó en su bolsillo.

Debía vestirse de gala. Florence tenía una butaca reservada para él.

*****

Desde el escenario, Florence observó, preocupada, el lugar vacío en la primera fila. Suspiró. Su padre le aseguró que Bram estaría ahí.

Esa mañana, antes de siquiera desayunar, se preparaba para salir a ver a Bram, pero su padre se lo impidió.

—Dale tiempo a solas, hija. —Hizo una pausa—. Necesita resignarse a que no volverá a su antigua vida. Deja que se despida de ella a su modo.

—Pero quiero acompañarlo, papá. Debe necesitar apoyo y consuelo.

—Claro que lo necesita, pero no ahora… Lo hará cuando esté preparado. Acabo de ir a verlo y conversé con él. Lo que se viene en el Parlamento será complicado.

—¿Lo dices por la ley de emergencia?

Andrew sonrió.

—Eres digna hija de tu madre, siempre pendiente de la política.

—Por supuesto, las decisiones que ustedes toman nos afectan a todos… aunque no nos guste.

—Exactamente. Bram está obligado a entrar a este juego, y lo siento mucho por él, porque se le va a venir todo de golpe… y tú y tu amor serán lo único constante e inmutable para él. Después del concierto, podrán conversar con más tranquilidad.

Florence volvió a suspirar y centró su atención en el maestro de ceremonias que daba la bienvenida al público. Ese día, su concentración no era de las mejores. Sus pensamientos iban y volvían hacia Bram, pero su padre tenía razón. De haber querido, él habría ido a buscarla.

La paciencia era una virtud de la cual ella se jactaba, ahora se daba cuenta de que nunca la había puesto a prueba con el corazón involucrado.

Su hermano se inclinó hacia ella.

—Ha llegado Ashbourn.

Desconcertada, Florence miró a Anthony.

—¿Quién?

—Reeves… Hay que acostumbrarse, ¿no crees?

Florence volvió a mirar el asiento reservado y se encontró con los ojos oscuros de Bram. Él la saludó con un gesto, que ella respondió con una leve inclinación de cabeza.

¡Cómo le hubiera gustado ir y abrazarlo! Escuchar su voz, que él le dijera que todo iba a estar bien.

Grace salió al escenario como directora de la orquesta. Los aplausos fueron más tibios que en el Covent Garden Theatre; era otro público, uno más conservador y exigente.

El quinteto y la orquesta de cámara estaban bajo el escrutinio que no perdonaba errores.

Florence observó al público, notó que varios señalaban a Bram y luego miraban directo hacia ella.

El rumor ya los había alcanzado, pero no tan rápido como la vida.

Un carraspeo la trajo de vuelta al momento. Era Grace quien le llamaba la atención.

—Concéntrate, Florence.

—Perdón.

Grace alzó su violín. Todos esperaron su señal y la música reinó.

Bram no le quitó la mirada de encima a Florence. Quería recordar cada segundo de ese día. La música parecía más viva y no solo entraba por sus oídos, sino también atravesaba su piel, sus músculos, se impregnaba en su sangre hasta llegar a la médula de sus huesos.

El *adagio* de Florence lo caló más hondo si era posible. Esa noche se sentía así, como el viento que despojaba a los árboles de sus últimas hojas.

Los minutos transcurrieron, la música llegó a su clímax y la última nota se desvaneció en el aire.

Los aplausos fueron un súbito estruendo. Los músicos lograron vencer la barrera del escepticismo. Bram se levantó, no le importaba si era el único en alabar esa mágica hora en que fue consolado.

Él fue el primero en ovacionar, los demás no tardaron en seguirlo. La mitad del teatro rindió tributo a la orquesta y coro que les dio un espectáculo memorable.

Los músicos por fin pudieron respirar. El aplauso era la prueba de que lograron revertir ese ambiente que ostentaba tintes de desidia.

Estaban seguros de que al día siguiente lloverían las críticas. Pero no importaba, en ese momento todo sabía a gloria.

Reverencias, flores… y la cortina separó el escenario del público.

Bram buscó al personal del teatro. Quería ver a Florence tras bastidores. Halló a un acomodador y preguntó:

—Buenas noches, quisiera saber si puedo ver a la señorita Witney en el camarín.

El joven, amable, respondió:

—Solo la familia tiene permitida la entrada. Lo siento, señor.

—Entiendo… —Resignado a esperar afuera, avanzó un paso, mas se detuvo y agregó—: Por casualidad, ¿dentro de la familia está incluido el nombre Abraham Reeves?

El joven hizo memoria, observó mejor a Bram y arqueó sus cejas.

—Oh, sí.

—Yo soy el señor Reeves.

—Me dieron su descripción. Sígame, por favor.

Salieron del salón y el joven lo guio por pasillos y puertas hasta que llegaron a la zona de camarines.

El joven golpeó la puerta. Matthew abrió y le sonrió:

—¡Reeves! Te esperábamos. —Le guiñó un ojo al joven y le dio una moneda—. Gracias, Rick.

—A sus órdenes, lord Hudswell… Señor Reeves. —Le brindó una leve inclinación a ambos y se retiró.

Matthew lo tomó del hombro y lo hizo entrar.

El coro y los otros músicos ya se estaban marchando. En el ambiente se percibía la satisfacción de haber hecho un buen trabajo, pese a tener un público adverso.

Los miembros del quinteto también se preparaban para retirarse a sus respectivos hogares. En esa oportunidad no los pudieron acompañar todos los familiares, a excepción de Grace y

Anthony, cuyo cónyuges siempre asistían a la función o cuando ya terminaba. Todo dependía de sus respectivas ocupaciones.

Y cuando Florence vio a Bram, corrió hacia él y lo abrazó. Él respondió y escondió su rostro en esa sagrada curva que unía el cuello con el hombro y aspiró su aroma.

—Necesitaba esto —susurró solo para ella y la apretó contra él.

—Ah, por un momento pensé que no vendrías.

—Siempre vendré por mi asiento reservado.

En la voz de Bram había algo distinto. Florence la percibía más grave, más pesada…

Y la mirada de los demás se materializó como un ente vivo que aguardaba. Ella se dio cuenta de que no había presentado formalmente a Bram ante su familia musical. Aunque ellos ya lo sabían, debía darle su lugar al hombre que amaba.

También fue inevitable comentarles el tema de su sorpresivo título.

Se separó de él, y quedaron unidos por sus manos. Les sonrió a todos y dijo:

—Ha llegado Bram.

A él no le sorprendió del todo lo que vino después. Grace y Oxford le dieron la bienvenida. Lo felicitaron por capturar el corazón de Florence y le advirtieron que lo cuidara, o sufriría las consecuencias.

Anthony y Matt bromearon con que tendrían servicio de luthier gratis. Bram esbozó una sonrisa… Un sentimiento agridulce se escondió en su corazón. Sin duda, jamás podría dejar su oficio y lo transmitiría a alguno de sus hijos.

Caleb, serio como nunca, le ofreció su apoyo si necesitaba ayuda para habituarse a sus deberes con el título.

Gwendolyne, la esposa de Anthony, bien sabía lo que eran los cambios bruscos, y le aconsejó a Bram ir poco a poco aunque todo el mundo lo presionara por ir rápido.

Los buenos deseos, las amenazas, las bromas y los ofrecimientos fueron un aliciente para su corazón.

Florence estudiaba la reacción de Bram a cada palabra de los miembros del quinteto. Había una brizna de incomodidad en él, pese

a sus intentos de sonreír con naturalidad o devolver las pullas.

—Bien, creo que es momento de volver a casa —sentenció Florence mirando a Bram.

Caleb sonrió guasón.

—No se desvíen por el camino. Peony House está a un par de cuadras.

Florence puso sus ojos en blanco mientras se abrigaba.

—Windlesham no se cansa de ser un ridículo. —Ató su bonete y tomó el estuche de su viola y se lo ofreció a Bram—. ¿Me ayudas, querido?

Él asintió y lo recibió. Le ofreció el brazo a Florence y dijo:

—Que tengan buenas noches. El concierto de hoy fue fabuloso, mejor que el anterior.

Un alegre coro respondió:

—Gracias, Bram.

*****

Florence y Bram salieron del edificio. Su andar era lento y sincronizado.

Ella rio cuando él dirigió sus pasos en dirección contraria a Brook Street.

—Eres un pícaro. Al final, Caleb tenía razón.

—Solo quiero estar más tiempo contigo antes de tener que compartirte con el resto del mundo.

—Yo también quería un rato a solas… —Suspiró, lo miró de reojo—. Mi padre me contó que habló contigo.

—Así es… —El vaho del aliento de él se desvanecía.

Avanzaron unos cuantos pasos más en silencio. Ella bostezó y preguntó.

—¿Dormiste?

—Casi nada… ¿Y tú?

—Igual. —No era necesario agregar que en lo único que ella pensó fue en él, angustiada de dejarlo actuar solo.

Bram inspiró profundo.

—No deseo ser marqués… No soy lo que buscan ni lo que quieren. Están cometiendo un error. —Apretó los labios y añadió—: Pero no tengo opción, debo tomar ese título.

—¿Por el Parlamento?

—Por el pan… —Empuñó el asa del estuche de la viola—. Y si huyo de esto… Dejaría de ser yo. Me he caído y me he levantado más veces de las que quisiera, no está en mi sangre rendirme… como tampoco lo está no actuar cuando tengo la oportunidad.

Florence detuvo sus pasos. Él la miró.

—Reeves o Ashbourn… Da igual, me enamoré solo de un hombre, uno que siempre quiere hacer lo correcto… —Acarició su rostro y agregó—. Aunque lo haga a regañadientes.

Bram sonrió. Y pese a lo cansada de su expresión, era genuina. Besó la palma enguantada de Florence y la dejó sobre su mejilla. Cerró sus ojos, regodeándose con el dulce contacto.

Sin abrirlos, como si temiera una respuesta, admitió:

—No sé cómo ser lo que esperan…

—No tienes por qué serlo, ni tampoco debes cambiar por ellos. —Él abrió los ojos. Se encontró con los de ella—. A la mayoría de los aristócratas les irrita cuando no se cumplen sus expectativas… Y te darás el gusto de no complacerlos.

—A la única persona que quiero complacer es a ti.

—Entonces, dame un beso.

Bram no vaciló, no le importó estar en medio de Mayfair. Enmarcó el rostro de Florence y la complació.

Lánguido, a consciencia, tierno y tibio la besó. No hubo hambre, ni desesperación. Solo la dulce rendición a ese destino impuesto, que lo persiguió desde siempre y que ahora lo había alcanzado.

Lo único constante e imperecedero era su amor por esa mujer que estaba dispuesta a luchar a su lado.

No la decepcionaría.

Maestoso

Bram esperaba al señor Boston fuera del negocio. Faltaban quince minutos para las once de la mañana.

Se subió la bufanda y abrió su paraguas. No llovía precisamente, nevaba. Rogó al cielo que el bendito abogado fuera puntual. No quiso abrir el negocio. Sentía que, si lo hacía, ni un ejército de abogados lo sacaría de ahí.

Miró en dirección a Brook Street. Un carruaje viraba. A medida que se acercaba, Bram ladeó la cabeza y reconoció al cochero, quien lo saludó tomándose el ala del sombrero.

—Buenos días, Freddie.

—Buenos días, milord.

Bram se comió las palabras «No soy un maldito lord». En su lugar, estiró una sonrisa y respondió:

—Es extraño que me llame de esa manera.

—Ya se va a acostumbrar.

La ventanilla del carruaje se abrió. Era Florence, la reconoció por sus ojos, era lo único visible entre el sombrero y la bufanda.

Sonrió. Él no le pidió que lo acompañara, pero tampoco le dijo que no fuera. A veces olvidaba que ya no estaba solo.

Y por cosas como esa amaba a Florence.

Ella se bajó la bufanda y le ordenó con cariño:

—Sube al carruaje, y espera al señor Boston aquí dentro. Está más calentito.

Un lacayo bajó del pescante y le abrió la puerta. Él le entregó su paraguas, susurró un «Gracias» y subió sin perder el tiempo.

Al entrar, el cambio fue brusco. No solo por la temperatura, Florence era acompañada por su padre.

—Buenos días, muchacho.

—Buenos días, Andrew… —Se sentó al lado de Florence, le tomó la mano y le besó el dorso—. Buenos días, amor.

—Buenos y fríos días, querido. —Ella descansó su cabeza sobre el hombro de Bram.

Andrew se removió en el asiento y masculló:

—Cómo detesto estas cajas con ruedas.

Florence lanzó una risita burlona y dijo:

—Ya estarías quejándote del dolor de cadera por el frío si no fuera por la caja con ruedas.

—Solo por eso la estoy tolerando, si no ya estaría montado en Rocky.

Florence lanzó un suspiro.

—Bueno, no tienes alternativa. Tenemos que acompañar a Bram… —Hizo un mohín—. Papá, es muy injusto que no pueda entrar con ustedes al palacio de Westminster.

—Lamentablemente no estás involucrada con el trámite. —Andrew miró a Bram—. Mientras tanto, yo te acompañaré.

—Gracias, señor.

—Es un placer, muchacho. Mi participación será simbólica ante el Comité de Privilegios, pero al menos sabrás que estoy cerca.

—Es más de lo que esperaba…

El silencio se instaló en el carruaje, mas no era incómodo. Andrew miraba hacia la calle, quería darle algo de privacidad a la pareja que compartía el calor uno al lado del otro.

Bram consultó la hora en su reloj, faltaban cinco minutos para las once y miró hacia el negocio. Su expresión relajada se petrificó al divisar al señor Boston que parecía buscarlo.

Por un segundo se vio tentado de fingir que no estaba ahí.

Cerró los ojos, inspiró y los abrió.

Ya no había nada más que hacer y dijo:

—Llegó el abogado. —Florence y Andrew miraron. Abrió la ventanilla del carruaje y dijo—: Señor Boston, aquí.

El abogado se ajustó sus gafas. Esbozó una sonrisa mientras se acercaba al carruaje.

—Buenos días, lord Ashbourn.

Bram, solo por fastidiar al abogado, replicó:

—Aún no firmo nada.

—Pero será inevitable… Veo que será escoltado por lord Rothbury. Yo vengo junto con mi cliente en el carruaje del marquesado, si gusta…

—Iré con lord Rothbury.

—Como desee. El comité nos espera en el palacio de Westminster. Que su cochero nos siga, por favor.

El abogado se retiró. Bram se encontró con la mirada de Freddie que solo asintió. El hombre no era sordo.

En pocos segundos, el carruaje se meció e inició el viaje.

Nadie soltó ni media palabra durante el trayecto. Florence sentía impotencia, no estaba en sus manos hacer más por Bram. No podía aconsejarle que desistiera del título, ni podía intentar convencerlo de que le viera el lado positivo. Ella solo era apoyo moral.

Comprobó que aquello era insuficiente. Siempre lo sería.

Bram miraba por la ventana a la gente pasar, con sus vidas corrientes y ordinarias, con el frío y el hambre amenazando sus existencias. No quería ser marqués. Pero solo porque su voto iba a aliviar, en parte, sus tribulaciones, que así fuera.

Por el pan.

Y eso solo sería la primera vez. En el futuro también tendría que decidir sobre el destino de cientos de miles. Se prometió que siempre lo haría a consciencia, sin buscar el beneficio propio.

Miró a Andrew. Él alentaba a su esposa en todos sus proyectos, participaba en política por ella y por las mujeres que siempre estaban en desventaja.

Era un buen ejemplo del poder usado con responsabilidad.

El Palacio de Westminster se fue haciendo inmenso a medida que el carruaje se acercaba. El edificio alto y de piedra parecía un gigante imponente que engullía a quien entrara. Ni siquiera la nieve, los andamios y los trabajadores que se encargaban de reconstruirlo le arrebataban esa aura de poder inconmensurable. Ese lugar era el corazón del imperio británico.

El carruaje se detuvo. Todo el cuerpo de Bram se vio envuelto en un sofocante calor. Un molesto espasmo en el párpado se hizo presente.

Bram se restregó el ojo.

Florence le apretó la mano y le besó la mejilla.

—Suerte, mi luthier.

Bram carraspeó.

—Tendré otro nombre cuando vuelva.

—Será solo eso, un nombre. Para mí siempre serás Bram Reeves, el hombre que amo… Quizás cuando me enfade contigo te llamaré Ashbourn.

—Prefiero que me llames idiota.

Florence rio a carcajadas. Tal vez fueron los nervios, pero su risa no halló mejor momento para sonar como si fuera una cerdita.

Bram arqueó sus cejas ante ese descubrimiento tan insólito. Fue tanta su impresión que el temblor de su párpado cesó.

—Ay, no —Florence se tapó la cara… Risa de cerdita.

La risa de Bram fue grave y sonora, y acompañó por largos segundos a esa cerdita mortificada y adorable.

—Ya, no te rías de mí, Bram.

—Es que es muy contagiosa.

—Es terrible.

—No… bueno, sí un poco. Pero es divertida.

La puerta del carruaje fue abierta por el lacayo. Las risas murieron de súbito y la realidad se impuso.

Bram se desorientó. El sonido de la calle le recordó quién era y dónde estaba.

Besó la coronilla de Florence.

—Ya vuelvo, querida.

—Te esperaré.

Bram se apeó del carruaje. Andrew lo secundó.

El señor Boston aguardaba con su inamovible sonrisa.

—Sígame, por favor.

Bram y Andrew lo siguieron y se internaron por Westminster Hall, el último vestigio del antiguo edificio que sucumbió a las llamas doce años atrás.

Bram alzó la mirada hacia ese cielo abovedado, sostenido por recios arcos de roble. Esos ángeles tallados lo observaban desde las alturas. Se sintió minúsculo…

«¿De verdad importa tanto que yo tome ese título?», se cuestionó mientras atravesaba el *hall*. Se aflojó ligeramente el nudo del pañuelo, lo suficiente para poder respirar.

Desviaron su camino por el Salón de San Esteban. Sus pasos sobre las baldosas de encausto hacían eco en las alturas del lugar. A medida que avanzaban, las impolutas estatuas de mármol vigilaban que tan recta era su espalda. Cuando algunos funcionarios saludaban Andrew y le lanzaban miradas llenas de curiosidad, él intentaba reprimir el impulso de esconder sus manos que, pese a estar enguantadas, evidenciaban su oficio con callos, manchas de barniz y cola de conejo.

«No pertenezco a este lugar».

Bram inspiraba y espiraba profundo. El aroma a piedra húmeda, cera de vela y metal penetraba sus sentidos. Intentaba aplacar esa sensación de debilidad en las piernas y los brazos tensando sus músculos, fingiendo que sus pisadas eran más seguras de lo que se sentía.

Se internaron en un pasillo largo y alfombrado. El aroma de los paneles de roble que vestían las paredes le hizo recordar su taller, y lo tranquilizó por un instante.

El abogado se detuvo frente a una puerta.

La boca de Bram se secó.

El señor Boston no alcanzó a tomar el pomo, la puerta se abrió y salió un hombre no muy alto. A Bram le parecía familiar. ¿Dónde lo había visto antes?

El abogado hizo una hiperbólica reverencia y se apartó de su camino.

Andrew le dio un discreto codazo a Bram y ambos le brindaron una leve inclinación.

El hombre le dedicó una mirada de soslayo al abogado y dijo:

—¿Él es?

—Sí, milord.

El hombre dirigió su atención al vizconde.

—Lord Rothbury, me sorprende su previsión. ¿Está vigilando de cerca al nuevo marqués de Ashbourn?

—Lord John, solo acompaño a mi futuro yerno.

—Interesante…

El nombre estalló en la mente de Bram. Estaba frente a lord John Russel, el Primer Ministro de Inglaterra.

Lord John apenas levantó la comisura de su boca. Extendió su mano hacia Bram. Él, aturdido, respondió por inercia.

«Siempre firme, hijo, aunque sea el mismo rey», solía decirle su padre.

El contacto fue breve y seguro. El Primer Ministro añadió:

—Bienvenido, Ashbourn… Espero verlo ocupando su escaño en enero. Cada voto cuenta. El país no puede permitirse más retrasos.

—Aquí estaré. —Su voz sonó ajena, mas no débil.

«Al menos eres un buen actor, Reeves», ironizó en su fuero interno.

—Nos vemos, Rothbury, Ashbourn.

La inclinación de rigor. El Primer Ministro se alejó.

El señor Boston invitó a Bram a entrar a la oficina. Andrew le palmeó la espalda y dijo:

—Estoy a tu lado, muchacho.

Bram entró. El ujier anunció su llegada:

—Abraham Reeves, reclamante al marquesado de Ashbourn.

Bram se encontró con una mesa larga en la que cinco hombres que se levantaron en silencio. Todos miembros de la nobleza del país.

Se inclinó ante ellos con las manos empuñadas.

El que presidía la mesa hizo un gesto:

—Señor Reeves, lord Rhothbury, tomen asiento, por favor. Señor Boston, proceda a exponer.

Andrew y Bram se sentaron. El abogado puso su maletín sobre la mesa y dijo:

—De inmediato, Lord Canciller.

Apresurado, sacó incontables documentos y se los entregó al Secretario del Parlamento.

Pese a que la chimenea emitía un constante calor que templaba la estancia, el frío recorría el cuerpo Bram, entumeciéndolo.

Los miembros del comité estudiaban los papeles, mientras tanto el abogado exponía y diseccionaba los detalles genealógicos de Abraham Reeves como si no estuviera presente en la sala. Fue casi el mismo discurso que dio en Peony House, pero mucho más preciso, jurídico y detallado.

Su historial familiar fue revisado desde su tatarabuelo hasta llegar a él. Nombres, fechas y lugares se sucedieron como notas de una partitura demasiado larga e intrincada.

Cuando el señor Boston terminó, el Secretario del Parlamento fue enumerando los documentos entregados a los miembros del comité: La carta de despedida de su tatarabuelo, actas de matrimonios, de nacimientos, de defunciones.

El conde de Devon, uno de los miembros del comité, sin apartar la mirada del acta de nacimiento de Bram, preguntó al señor Boston:

—¿Hay otro reclamante al título?

—No, milord. Todas las ramas del apellido Somers-Reeves no son legítimas o están extintas.

El marqués de Stafford, otro miembro del comité, interpeló:

—¿Cómo está seguro de ello?

—Para desdicha de mi cliente, la familia Somers-Reeves no ha sido especialmente prolífica desde hace varias generaciones. De hecho, el marqués que más hijos tuvo fue el padre del tatarabuelo del señor Reeves y, aun así, fue la única rama que sobrevivió con una línea de sucesión clara, aparte de la del difunto marqués de Ashbourn. —Volvió a esculcar su maletín y sacó más documentos que le entregó al secretario—. Aquí está, en extenso, el detalle de las demás ramas extintas.

Los miembros del comité revisaron la documentación sin pasar por alto ningún papel.

El tercer miembro de la comisión, el conde de Pembroke, le susurró, discreto, a lord Stafford:

—Es idéntico a Ashbourn… pero rubio.

—Impresionante, es como ver a un fantasma.

El abogado alcanzó a escuchar el comentario. Su semblante no evidenció su satisfacción.

Estaban a punto de lograrlo.

Los documentos volvieron a manos del Secretario del Parlamento junto con sendos asentimientos de cabeza. El Lord Canciller continuó con el protocolo:

—¿El comité aprueba las evidencias genealógicas?

—Sí, Lord Canciller.

El hombre asintió y declaró:

—El comité considera aprobada la reclamación. Procedamos con la firma en el registro oficial.

Durante todo el proceso, Bram se mantuvo ausente. No quería pensar ni elucubrar. Pero esa declaración hizo que su corazón se detuviera por un segundo y luego se acelerara… Ese momento era real.

Era un hecho, su vida ya no iba a ser igual.

Andrew carraspeó y le murmuró:

—De pie, muchacho.

El Secretario del Parlamento presentó el libro en el que se registraba a la nobleza. En tan solo un parpadeo tenía ante él el listado de nombres, títulos y firmas de otros hombres que lo antecedieron.

Un tintero. Pluma.

Se quitó los guantes. Sus manos sudaban y temblaban…

Con torpeza tomó la pluma. Se le resbaló. Y el sonido repiqueteó en la sala.

Bram tensó la mandíbula. Recordó a su padre cuando le enseñaba a tomar la gubia, firme, gentil.

«Así, Bram, relaja tus manos… Así, muy bien, hijo».

Y con la voz de su padre en la cabeza, tomó de nuevo la pluma y la entintó.

La punta de acero gravitó al lado de su nuevo nombre: Abraham John Reeves, noveno marqués de Ashbourn.

Firmó como Ashbourn. Una sola palabra, sin florituras en su caligrafía pulcra e inclinada. La subrayó como para convencerse de que ya no era el señor Reeves.

El Secretario del Parlamento puso papel secante y declaró:

—El comité lo reconoce como marqués de Ashbourn. En enero se presentará ante el Parlamento y jurará por la reina, milord.

Milord.

Esa palabra volvió a resonar en la cabeza de Bram como una nota disonante…

Error o no, ya era un lord.

Y no había nada que pudiera hacer al respecto.
Un maldito lord.

Crescendo

El noveno marqués de Ashbourn abandonó el Palacio de Westminster y se encontró con la fría tarde de Londres. La portezuela del carruaje del vizcondado de Rothbury se abrió, la señorita Florence Witney se apeó y fue a su encuentro.

Ashbourn la abrazó fuerte e inspiró su aroma.

Ella le besó la mejilla, su toque fue suave, tierno. Se sonrieron.

Una voz femenina amonestó:

—Las demostraciones de afecto en público no son apropiadas para un marqués, señorita Witney.

La expresión de Bram se endureció y frunció el ceño. Se distanció de Florence, pero sus manos permanecieron unidas.

Miró a la persona que se atrevió a amonestar a la mujer que amaba.

Diminuta, envuelta en riguroso luto, con decenas años que surcaban su rostro… El color de sus ojos le parecían familiares. Lo observaba con franca desaprobación.

El señor Boston intervino y se apresuró a decir:

—Milord, le presento a lady Beatrice Somers-Reeves, su tía abuela.

Bram, sin soltar a Florence, le brindó una reverencia.

—Me parece que mi nueva pariente no necesita presentación, señor Boston. —Volvió a centrar su atención a lady Beatrice—. Milady, con mucho respeto le solicito que no se meta en mis asuntos con la señorita Witney.

—Ahora eres un marqués, y todo el mundo tendrá sus ojos sobre ti. Ya no estás en posición de hacer lo que se te venga en gana.

—Tengo más que claro que soy un marqués y que no haré lo que quiera… Sin embargo, la señorita Witney será la futura marquesa, y más le vale acostumbrarse a presenciar nuestras demostraciones públicas de vulgar afecto.

—¿Ya se han comprometido?

—Aún no… De pronto, me cayó un título de la nada que ha postergado mis planes.

Lady Beatrice lanzó una mirada despectiva a Florence.

—Entonces, no está todo dicho… —Florence arqueó sus cejas y entreabrió su boca—. Sobrino, debes acompañarme a tu nuevo hogar, Ashbourn Hall. No hay tiempo que perder.

Bram, solo por fastidiar a esa mujer que apenas llevaba un minuto en su vida y ya quería gobernarla, replicó:

—Mi hogar está en Soho.

—Es evidente que ningún Ashbourn vivirá en Soho. Sobre mi cadáver.

«Lo que puede ser en cualquier momento», pensó Florence con acidez. Apretó la mano de Bram, lo instó a que se inclinara para que solo él la escuchara y susurró a su oído:

—Ve con ella… A los enemigos hay que tenerlos cerca.

Y él, pese a que no era su deseo separarse de Florence, asintió. Ella tenía razón, debía medir a lady Beatrice. El juego de ser un maldito marqués comenzaba. Según lo que leyó en el periódico, las sesiones del Parlamento iniciarían a mediados de enero, por lo que tenía un mes para «ambientarse».

Enmarcó el rostro de su hermosa Florence y le dio un efímero y casto beso en los labios. Se sintió tentado a darle uno largo y profundo, pero ya escuchando el jadeo escandalizado de su nueva tía abuela se dio por satisfecho.

Además, estaba presente Andrew. A él sí lo respetaba.

El vizconde le palmeó el hombro a Bram e invitó:

—Ve a cenar esta noche a Peony House, muchacho.

—Ahí estaré. Gracias por todo, Andrew. —Otro jadeo horrorizado y unas palabras murmuradas que no alcanzó a entender.

Andrew le dedicó una breve mirada de reojo a lady Beatrice. Una media sonrisa tiró la comisura de su boca y dijo:

—Para eso está la familia, Ashbourn. —Y le guiñó el ojo bueno.

Bram soltó a Florence. Miró a lady Beatrice e hizo un regio ademán con su mano.

—Después de usted, milady.

Lady Beatrice alzó su barbilla y se dirigió al carruaje del marquesado de Ashbourn.

Bram miró de soslayo al señor Boston. Supuso que su trabajo aún no terminaba, por lo que con un gesto lo invitó a subir también.

El abogado negó con su cabeza y dijo:

—Después de usted, milord.

Bram se encogió de hombros. Un lacayo vestido con librea azul lo esperaba con la puerta abierta, presto a sus órdenes. Antes de subir dijo:

—Gracias... ¿Cuál es su nombre?

El lacayo tragó saliva, como si hubiera olvidado hablar. Balbuceante respondió:

—Je… Jeremiah, milord.

—Asumo que tienes apellido.

—Brady… Jeremiah Brady.

—Bien. ¿Cuál es el nombre del cochero?

—A... Arnold Clapton, milord.

—Gracias, eres muy amable.

Subió y se sentó frente a lady Beatrice, quien lo observaba seria.

—El trabajo del lacayo es ser amable.

—Mi trabajo es conocer a todas las personas que están a mi servicio, porque eso son, personas.

—Un marqués no confraterniza con la servidumbre. Dios altísimo, hay que pulir todas tus maneras. Aunque tu sangre ha sido mezclada con el populacho por más de un siglo, sigues siendo un Somers-Reeves. Me encargaré de que honres cada gota de tu sangre azul.

—Solo soy Reeves, milady, y eso no va a cambiar. Mi tatarabuelo mutiló su apellido por una muy buena razón.

—Nada de esto habría ocurrido si tu tatarabuelo hubiera obedecido.

—Eso nunca lo sabremos… Soy un Reeves, eso dice mi acta de nacimiento, y así se mantendrá.

El abogado entró al carruaje. Se situó al lado de lady Beatrice procurando no tocarla. Ella decidió callar. No podía ventilar sus asuntos familiares frente al abogado.

—Tienes mucho que aprender, Ashbourn. —No pudo callar por demasiado tiempo. Debía dar la última palabra.

—En eso estamos de acuerdo. —Él tampoco se iba a quedar atrás.

El carruaje se quejó y se meció. Bram lanzó un suspiro y miró por la ventanilla.

Tal parecía que estaba condenado a lidiar con lady Beatrice. Si sus conocimientos sobre la forma correcta para dirigirse a un aristócrata no estaban obsoletos, él podía conjeturar que su tía abuela nunca se casó, dado que conservaba su título de soltera. A menos que se hubiera enlazado a alguien de inferior linaje, cosa que, a juzgar por ese primer encuentro, era prácticamente imposible.

La tía abuela era parte del inventario del marquesado. Quizás había vivido toda su vida en Ashbourn Hall.

¡Qué nombre tan pretencioso para una casa!

*****

Bueno, el nombre sí le hacía justicia a esa «casa».

Cuando viraron hacia Park Lane, pudo verla desde la distancia. En pocos minutos, el carruaje traspasó las puertas negras de hierro forjado. Bram notó que estas ostentaban el blasón del marquesado: dos ciervos sostenían el escudo dividido en cuatro y sobre él, la cimera que era un brazo que empuñaba una maza.

El lema: «*Invictus et fidelis*». Invicto y fiel.

Bram arqueó una ceja. Invictos, tal vez. Fieles… Eso sí eran los Reeves. Su rama siempre honró sus promesas hasta la muerte.

Las ruedas crujieron al transitar por el sendero de gravilla, y el sonido hizo que su centro de gravedad tambaleara. A ambos lados había inmensas extensiones níveas, y parterres congelados hasta la primavera. Se preguntó qué tan colorido sería ese lugar en unos cuantos meses.

El carruaje se detuvo y el lacayo abrió la puerta. Bram se apeó y el aire fresco de Hyde Park le golpeó los sentidos. Era grosera la diferencia, ahora notaba lo asfixiante que era el encierro en Soho.

Vaya que era irónica la vida, cuántas veces admiró las propiedades de Park Lane, pensando en que tendría que vivir y morir mil veces antes de lograr siquiera la mitad.

Y ahí estaba como amo y señor de esa inmensa mansión.

Le ofreció la mano a su tía abuela. Lady Beatrice escrutó con una ceja arqueada la palma y los dedos. Avergonzado, Bram sintió el impulso de retirarla.

«No voy a retroceder, no dejaré que me humillen. Ella me necesita más que yo a ella», se repitió para mantenerse firme.

La voz de lady Beatrice inquirió:

—¿Y tus guantes?

—Olvidé ponérmelos después de firmar… ¿También le ofenden las manchas de barniz y los callos?

—Ya veremos cómo solucionamos eso. Ya no podrás seguir con ese trabajo de artesano que tenías. —Tomó la mano y se apeó.

Bram inspiró profundo. Lady Beatrice pretendía «solucionar» lo que le molestaba de él, lo que era, básicamente, todo.

Él podía adaptarse a algunas formas y maneras, pero jamás dejaría de ser quien era. Sería como traicionar su legado y a sí mismo.

Sus manos siempre serían las de un luthier.

Dirigió su atención hacia la casa y elevó la mirada. El peso de toneladas y toneladas de piedra blanca, columnas, ventanas vigilantes y puertas oscuras le dieron la impresión de ser una enorme jaula de lujos y comodidades.

Miró hacia atrás. Las puertas de hierro se cerraban. Volvió la vista a la propiedad.

Lady Beatrice se adelantó y dos lacayos le abrieron la puerta. Lo miró por sobre su hombro:

—No te quedes ahí de pie, Ashbourn. Eres el amo de esta casa.

A su lado llegó el señor Boston.

—Impresionante, ¿no?

—Bastante… ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Dígame, milord.

—¿Usted era cliente del negocio por su investigación o también porque es músico?

—Investigarlo fue una extraña coincidencia. Ya estoy lamentando que su negocio cierre, era el mejor de Mayfair.

Aquello le brindó alivio a Bram, y preguntó:

—¿Ha interpretado el concierto de Holtz?

—Oh, sí… es notable. Hay algunas partes bastante complicadas, me va a tomar un buen tiempo aprendérmela bien, pero me gustan los desafíos.

—Me alegra. —Y era cierto. La música de Florence no iba a acumular polvo en una estantería—. Holtz se ha convertido en uno de mis músicos favoritos.

La voz de lady Beatrice sonó como un graznido:

—¡Ashbourn!

El abogado estiró una mueca.

—Más le vale obedecer. Ya queda poco para que tome posesión de todo, milord.

Bram resopló.

—Incluyendo a la tía abuela.

—Ella se irá de aquí cuando la saquen con los pies por delante.

Avanzaron hasta alcanzar a lady Beatrice. La mujer le entregaba sus prendas al mayordomo sin mirarlo.

—Hill, que en una hora toda la servidumbre se reúna en el salón de bailes para presentarles al nuevo marqués.

—Como ordene, milady. —Entregó las prendas a una sirvienta que se marchó rauda y en silencio. El mayordomo miró a Bram—. Bienvenido, milord. Hill a su servicio.

—Muchas gracias… ¿Cuál es su nombre de pila?

—Benjamin… Benjamin Hill. ¿Me permite?

Bram se quitó el gabán, el sombrero y la bufanda, y se los fue entregando al mayordomo… Justo recordó que dejó su paraguas en el carruaje de Andrew.

—Gracias, señor Hill.

—A sus órdenes, milord. —Le entregó las prendas a un sirviente que salió discreto sin mirar a nadie.

Ashbourn no tardó en cuestionar:

—¿A dónde se llevan mis pertenencias?

Lady Beatrice respondió:

—A tu alcoba, ¿dónde más?

—Cuando salí esta mañana, no pretendía venir a vivir aquí de inmediato. Debo traer mis posesiones… pocas, pero mías.

—Entonces bastará con que vayas a buscarlas en el carruaje y las traigas… Ven, vamos a la Sala Verde, la que te pertenecerá de hoy en adelante.

El señor Boston le susurró al oído:

—Su sala privada, milord.

—Ah.

Siguieron a lady Beatrice. Aquella travesía por amplios espacios, suelo ajedrezado, alturas imponentes a Bram le pareció irreal. Estatuas, floreros, cortinajes suntuosos, muebles centenarios… Todo era lujo y ostentación de poder.

Frío, como estar en medio de una tormenta de nieve.

A cada paso que daba, Bram se encogía, aplastado por ese abrumador exceso de todo.

Acostumbrado a contar cada penique, a hacer cuentas y presupuesto, a su pequeño taller, a la calidez del negocio, Ashbourn Hall era una pesadilla.

¿Cómo diablos iba a encajar ahí?

Lady Beatrice abrió una puerta y entró. Bram la secundó. El nombre de la sala no era muy original. Tapicería, alfombras, cortinas, papel mural, todo en tonos de verde.

Bram arrugó su nariz.

—No hagas gestos de desagrado, Ashbourn.

Él la miró de una forma que solo podía interpretarse como: «Me está hartando, tía abuela».

—No puedo evitarlo, el color de la sala es espantoso.

Lady Beatrice le arqueó una ceja.

—Esta sala ha sido así desde hace más de ochenta años. —Y tomó asiento frente al escritorio.

Bram estiró una sonrisa.

—Estoy tentadísimo de cambiarlo a otro color menos… mohoso.

—¿¡Mohoso!?

—Dudo que conozca ese color, es el que ostenta el pan duro que comen algunas personas.

Lady Beatrice carraspeó. Lo invitó a presidir el soberbio escritorio de roble del marquesado.

Bram miró de soslayo al abogado, quien asintió. Sí, ese era su lugar.

Dios, a ese sillón le faltaba poco para parecer un trono.

Se sentó. Por un instante pensó que le colgarían los pies y que le sobraría espacio por todas partes, pero contra su propia percepción, su cuerpo calzaba en esa mole de roble.

El abogado dejó su maletín sobre una de las sillas que estaban frente al escritorio. Lady Beatrice le entregó un llavero. El abogado abrió una caja fuerte que se encontraba escondida detrás de un cuadro de naturaleza muerta. Sacó una cajita de madera cuadrada y la presentó frente a Bram:

—El sello y el anillo del marquesado. Con ellos, todo lo que firme será legal. —Y también le entregó el llavero—. Caja fuerte, puertas de hierro y acceso principal.

Bram acarició la madera. Se obligó a no aspirar el aroma para comprobar el origen. Abrió la caja. El sello y el anillo de oro ostentaban el blasón que vio en la entrada.

Lady Beatrice, solemne, ordenó:

—Ponte el anillo, Ashbourn.

Bram dudó un instante. Jamás había usado una joya. Hasta hacía unos días, su deseo era que el primer anillo de oro que se pondría sería el de matrimonio.

«Pocas veces se hace lo que se quiere, prevalece lo que se debe». La voz de su padre resonó en su memoria.

Apretó los labios y lo tomó. Juzgó el diámetro de la banda y se lo probó en el dedo medio de la mano derecha. Miró a su tía abuela con un tinte de desafío.

—¿Contenta?

Lady Beatrice alzó leve su barbilla y solicitó:

—¿Puedes probar en otro dedo?

Bram ladeó su cabeza.

—¿Es demasiado ofensivo?

Ella carraspeó.

—Puede ser.

Bram se lo quitó y lo probó en todos sus dedos. Demasiado flojo, demasiado apretado, demasiado incómodo… Fue un fracaso.

—Lo siento, solo me queda en este dedo… A menos que tenga que ajustarlo un joyero y…

—No, así está bien. Nunca ha sido ajustado.

—Bien.

El abogado sacó unos documentos del maletín y se los ofreció a Bram.

—Aquí solo falta firmar y sellar para finalizar la posesión de todos los bienes del marquesado.

Bram asintió. Leyó los documentos y descifró su jerga jurídica hecha para marear y confundir a las personas.

Fue así como engañaron a su padre.

Cuando Bram quiso justicia, tuvo que aprender por su cuenta para entender qué diablos había pasado con las acciones de ferrocarril.

Un contrato leonino, una estafa disfrazada de beneficios, sin derecho a reclamo o retracto.

Al menos el documento que tenía en sus manos era lo que decía el señor Boston.

Entintó la pluma y firmó de la misma manera que en el Comité de Privilegios.

—¿Lacre, fuego? —preguntó para seguir con el ritual legal.

Lady Beatrice respondió:

—Segundo cajón a la derecha.

Ahí Bram encontró lo que necesitaba.

Encendió una vela. Derritió la punta de la barra de lacre, y se valió de una cucharilla para depositar el líquido caliente y espeso de color rojo.

La habitación se llenó de olor a cera.

Al lado de su firma, depositó un goterón de lacre y estampó el sello con el blasón del marquesado de Ashbourn.

El abogado esbozó una sonrisa y guardó el documento.

—Larga vida al noveno marqués de Ashbourn.

Lady Beatrice alzó su barbilla y agregó:

—*Invictus et fidelis*.

Con brio

Dos hileras de quince personas por lado esperaban la llegada del nuevo marqués de Ashbourn al salón de baile. Agradecieron que afuera hubiera nieve, o habrían estado formados en la entrada.

El mayordomo los inspeccionó para que sus uniformes lucieran impolutos. La doncella de lady Beatrice comentó que el nuevo marqués era una versión rubia y joven del antiguo. El ayuda de cámara señaló que esa casa se convertiría en un campo de batalla. El lacayo les contó que el amo era amable y que no era un pomposo estirado. El cochero todavía no podía creer que preguntara por el nombre de todos.

El mayordomo se paseaba en medio de esas dos hileras, su voz hacía eco al decir:

—Recuerden, a pesar de no haberse criado en esta casa, no miren a su señoría a los ojos. No están autorizados a hablar si no les dirige la palabra. Las reglas no cambiarán solo porque él ha ignorado su linaje toda su vida.

La señora Kirk, el ama de llaves, alzó su mano para pedir la palabra. El mayordomo le dio su venia.

—Señor Hill, ¿cómo procederemos en situaciones de conflicto?

—Lady Beatrice ha llevado esta casa desde que el octavo marqués asumió, no creo que cambien demasiado las cosas.

—Pero ¿qué pasa si el nuevo marqués quiere cambiar algo doméstico y lady Beatrice se opone?

Un largo silencio se volcó en el salón.

La puerta se abrió. La figura luctuosa de lady Beatrice acompañaba a lord Ashbourn.

La servidumbre envaró su postura y miraron la nada.

La dama dio una rápida ojeada y le dijo al marqués:

—Lo que necesitas saber. El señor Hill es el mayordomo, la señora Kirk es el ama de llaves. El señor Shakespeare será tu ayuda de cámara…

Bram no domó su lengua al soltar:

—¿Y su nombre es William? ¿O no es tan importante como para saberlo?

Lady Beatrice hizo un mohín que gritaba: «Me estás hartando, mocoso».

—Lastimosamente, su nombre es William.

—Dudo que necesite un ayuda de cámara. Sé vestirme solo desde los tres años, milady.

—Un ayuda de cámara hace más que vestir, te hará ver impecable. Mantendrá tu ropa limpia y planchada y tus zapatos, relucientes. También se ocupará de tu afeitado.

—Sé afeitarme desde los quince… —Miró de reojo al ayuda de cámara, fue el que recibió su ropa en el vestíbulo, si rechazaba todos sus servicios lo dejaría sin trabajo—… Pero reconozco que sí podría acostumbrarme a no tener que lavar y planchar.

—La cocinera es la señora Millhouse y el encargado de los establos es el señor Robins. El resto son los sirvientes.

—¿Ellos tienen nombres y apellidos?

—Esa información la maneja el señor Hill.

—¿Cuánto ganan?

—Todo lo referente a la servidumbre lo puedes consultar con el mayordomo.

Bram miró al aludido.

—¿Cuándo fue la última vez que le aumentaron el sueldo a la servidumbre?

—Desde hace diez años, milord.

—El costo de la vida ha cambiado bastante desde ese entonces… Supongo que sabe lo que es eso.

—Por supuesto, milord.

—Súbales el sueldo, que sea el doble de lo que ganan ahora.

Los sirvientes se miraron unos a otros. Sus ojos más que abiertos reflejaban su incredulidad.

El mayordomo carraspeó y balbuceó:

—Pe… Pero…

—Pero nada. Si este marquesado no se lo puede permitir, entonces venderé todo lo que hay dentro de esta mansión. —Miró a lady Beatrice, severo—. No lo intente. Usted me puso en esta posición, y tendrá que lidiar conmigo. Su mundo y sus costumbres son algo con lo que no comulgo… —Les sonrió a la servidumbre que

mal disimulaba su estupefacción y suavizó su tono—. Pueden volver a sus labores. Señor Hill, mañana a primera hora me reuniré con usted. Señor Robins, si fuera tan amable, ¿podría preparar el carruaje? Debo ir a buscar mis pertenencias en Soho.

El encargado de los establos carraspeó y preguntó:

—¿Cuál de todos, milord?

—¿Hay más de uno?

—El cabriolé, el negro sin blasón, el oficial del marquesado y el de lady Beatrice…

—El negro ¿qué tan grande es?

—Es un poco más espacioso que el oficial.

—Entonces ese. Muchas gracias… ¿Cuál es su nombre de pila?

—Jason, milord. Jason Robins.

—Gracias… —Se giró hacia lady Beatrice—. Iré a buscar mis pertenencias. Volveré después de la cena.

—No te encariñes demasiado con tu ropa vieja. Mañana vendrá el sastre para que confeccione tu nuevo guardarropa.

—Tengo mi propio sastre, milady.

—Nadie supera al señor Jordan.

—Ah, qué coincidencia, él es mi sastre… Para llevar un negocio de instrumentos en Mayfair debía estar a tono con la clientela.

Bram dio media vuelta y se retiró.

Lady Beatrice empuñó sus manos hasta que temblaron. Alzó su barbilla y ordenó:

—Necesito mi valeriana. Llévenla a mi sala privada ahora.

*****

Esa fría noche, Bram se apeó del carruaje y elevó sus ojos hacia el cochero:

—Arnold, vuelva a la mansión, por favor. No me espere. —Dirigió su atención al par de lacayos que escoltaban el carruaje—. Jeremiah, Archibald, que nadie toque lo que está dentro, yo me encargaré de entrar mis pertenencias… Ah, tampoco le digan lady Beatrice que pasé por el negocio. Gracias por el buen trabajo y la ayuda de hoy.

—A sus órdenes, milord. —dijeron los tres hombres al unísono.

Peony House era la única casa de esa cuadra que no estaba adosada a otra. Era pequeña, pero ostentaba un jardín y una entrada privada para carruajes. Hasta el día anterior le parecía inmensa…

Subió la escalinata y tocó la aldaba. Enseguida la puerta se abrió.

—Buenas noches, milord —saludó el mayordomo.

Bram soltó un resoplido. Esa maldita palabra la usaron tantas veces contra él que ya no era tan doloroso cuando la escuchaba. Su alma de luthier y músico, exhausta, apenas protestaba.

—Buenas noches, Carruthers.

—La familia lo espera. —Y abrió más la puerta.

Bram entró, y el calor de aquel lugar le abrigó el corazón.

Sí, estaba en casa.

Se quitó el sombrero, los guantes y el gabán.

El mayordomo comentó mientras recibía las prendas:

—Su paraguas está ahí colgado, para que lo «rescate».

—Gracias por avisarme… Creo que pronto nevará otra vez.

—Así parece… Permítame anunciarlo.

Bram asintió.

Entretanto seguía al mayordomo, jugueteó con el anillo del marquesado. Era extraño para él tener uno, pero tampoco era un incordio. Así se acostumbraría para cuando llevara su anillo de matrimonio.

Carruthers abrió la puerta de la sala de estar y anunció, solemne:

—Ha llegado lord Ashbourn. —Y le permitió la entrada.

Ni bien dio un paso dentro de la estancia, Florence lo recibió con una sonrisa y se colgó de su cuello. Le besó la mejilla áspera.

—Te extrañé.

—Yo también. Ha sido un día condenadamente largo.

—Ni que lo digas.

Olivia se levantó de su asiento y amonestó con cariño a su hija:

—No monopolices a Bram, querida. Deja algo para el resto. —Florence se separó de él y su madre le tomó las manos—. Qué

alegría verte entero. Andrew me contó sobre lady Beatrice.

—Mi adorada tía abuela casi me sacó los ojos. Pero me pude defender.

Olivia sonrió, orgullosa.

—Sin duda, te has comportado como un marqués.

Andrew fue el siguiente en saludar y estrecharle la mano. Sin soltarla la giró y apreció el anillo.

—Vaya. Nunca lo había visto tan de cerca. Si das un golpe con este anillo podrías matar al pobre diablo que ose provocarte.

Bram de inmediato recordó al ladrón de hacía dos noches… Parecía que había pasado una eternidad.

—Espero que eso nunca suceda.

Elijah se acercó a mirar el anillo y dijo:

—¿Lady Gárgola no se atragantó cuando te lo pusiste en ese dedo?

Bram rio, ese apodo era la definición de su tía abuela. Ojalá fuera como las gárgolas de verdad para que se convirtiera en piedra durante el día, así solo fastidiaría por las noches.

—Casi… Lo cierto es que no me queda en otro.

Elijah sonrió guasón.

—Yo lo llamaría las ironías del destino. Tu tatarabuelo debe estar regocijándose en el cielo de los luthieres mostrándole el dedo al padre que lo repudió… Aunque, pensándolo bien, es posible que ese marqués no esté en el cielo precisamente.

—Eso nunca lo sabremos.

La última en saludar a Bram fue Violet. Le tomó las manos con cariño.

—¿Nos vas a invitar algún día a Ashbourn Hall?

—Por supuesto… Ese lugar necesita el toque cálido de los Witney. Siento que pasaré más frío en la alcoba del marqués que en mi piso… —Su expresión se ensombreció—. No era lujoso, pero era mi hogar… y ya nunca más volveré.

—Estoy segura de que lo extrañarás. —Violet, antes de soltar las manos de Bram les dio un ligero apretón.

Él solo pudo asentir en silencio.

De pronto, lo único que se escuchaba el crepitar de la chimenea.

Bram soltó un suspiro y parpadeó.

—Estoy famélico. No he probado bocado durante todo el día. —Extendió su mano hacia Florence. Ella la tomó y sus dedos se entrelazaron. Bram besó el dorso. Necesitaba ese contacto tanto como el alimento.

Olivia los observó… Ese título iba a ser una gran prueba para los dos, quizás no tanto para su amor —ese crecía fuerte en sus corazones—, sino para enfrentar a una sociedad que no aceptaba formas diferentes de ver la vida.

Con o sin sangre azul, Bram iba a ser un intruso.

—Vamos, queridos. Ha sido un día complicado. Hoy le pedí a la cocinera que hiciera esa sopa que tanto te gustó, Bram.

Él esbozó una sonrisa llena de gratitud.

—Oh, es muy considerada, Olivia. Era justo lo que necesitaba. Muchas gracias.

*****

A Florence le permitieron acompañar a Bram en su regreso a Ashbourn Hall. El trayecto ida y vuelta no requería más de veinte minutos en carruaje.

Iban tomados de la mano. Ella apoyaba su cabeza en el hombro de él. Mayfair pasaba ante sus ojos vistiéndose de blanco. Los copos de nieve caían como plumas a merced del viento.

De pronto, Bram dijo:

—Papá siempre ponía un árbol de Navidad en esta época. Era una costumbre que mi mamá trajo de su tierra natal.

—¿Vas a poner uno en Ashbourn Hall?

—No lo he hecho desde que él falleció… Me desolaba la idea de adornarlo sin él.

De todas las cosas que él le había contado sobre su vida, aquella expuso al desnudo la vulnerabilidad que poseía. Su dolor. Su profunda soledad.

—¿Y ahora? ¿Quieres retomar esa costumbre?

—Sí, quiero que me ayudes a adornarlo. Pasar la Nochebuena contigo y los tuyos… Sé que lady Gárgola no querrá que lo celebre fuera de Ashbourn Hall… Eso servirá para que le quede claro que tú serás mi esposa.

—Lady Beatrice es una mujer de tradiciones, mientras no nos comprometamos ella intentará convencerte de que no estoy a tu altura. —Con su dedo respingó su nariz e imitó el tono de una pomposa matrona para decir—: Es solo la hija de un vizcondado de mala reputación, Ashbourn. Debes apuntar más alto… ¿El amor? ¡Pamplinas! ¿Qué es eso, se come con puré de patatas?

Bram rio flojo. Florence imitaba muy bien a lady Beatrice. La miró a los ojos y confesó:

—En mi mente ya eres mi esposa. No quiero a otra más que a ti.

—En la mente de tu tía abuela eres soltero y sin compromisos.

Eso era cierto. Si tardaba demasiado en formalizar más su relación con Florence, tía Gárgola intentaría meterle por los ojos a candidatas «más dignas».

Qué ironía. Era absurdo el cambio que hacía un papel firmado ante unos lores. Antes él era indigno de anhelar a Florence, ahora todo se había invertido.

—¿Tu padre no se enfadará si nos comprometemos en menos de una semana de haberle pedido permiso para cortejarte?

—El cortejo está sobrevalorado… ¿Necesitas más tiempo para conocerme?

—Llevo años amándote y cada minuto que pasa, cada cosa nueva que descubro de ti me hace amarte más.

Florence besó su mejilla.

—Es igual para mí. Amo al hombre que se escondía detrás del enigmático señor Reeves… A veces temo que mis defectos opaquen la imagen brillante e idealizada que tienes de mí.

—Tus posibles defectos no disminuirán mi amor. No me irrita tu intrepidez por traspasar carteles que indican «Cerrado», tampoco tu independencia. Aprecio que me digas lo que te molesta y te prefiero aguda e ingeniosa, en vez de callada y sin iniciativa.

Florence esbozó una sonrisa. Bram era un hombre extraordinario.

—¿Entonces, mi risa de cerdita no te separará de mí?

—Oh, esa es tu característica más adorable. —Él le besó los labios, fue tan solo un toque—. Florence…

—Dime.

—¿Qué es lo que mataría tu amor por mí? ¿Qué error no debo cometer jamás?

A Florence le sorprendieron esas interrogantes. Nunca había pensado en aquello. Él quería conocer sus límites. Lo imperdonable.

Meditó el asunto por un breve lapso. Las historias pasadas de sus tías, esos matrimonios amargos que veía en los bailes, los testimonios de las alumnas de la Academia Hope le dieron una idea de lo que sería imperdonable para ella.

—Si me insultas, si me eres infiel, si me golpeas, si me obligas a hacer algo que no quiero… Si desconfías de mí o si traicionas mi confianza… O si me subestimas. Todo eso mataría mi amor, porque yo te estoy dando mi vida, mi alma y mi corazón…

—Básicamente, es amarte y respetarte como ser humano.

—No todos los hombres respetan a las mujeres por su condición humana. Para la mayoría somos objetos.

—No concibo cómo pueden estar convencidos de que esa sea una verdad.

—Tu padre educó a un buen hombre.

—Mi abuelo y mi padre tenían una especie de lema… Supongo que lo heredaron de mi bisabuelo y tatarabuelo. Los Reeves aman, son fieles y leales a la mujer que eligen. Cuando era niño pensaba que eran solo exageraciones… Pero en el momento que conocí a… —Dejó la historia en suspenso—. No, mejor no…

—¿Ibas a hablar de la señora Atkins?

—Sí, lo siento. Es parte del pasado. No quiero que creas que ella aún es importante.

—Lo fue para ti. La amaste, ¿cierto? —Bram asintió—. Y te rompió el corazón, te abandonó cuando más la necesitabas.

—Ella solo fue razonable. Con el tiempo entendí que su amor no era tan grande como el mío, y tenía mucho más que perder si se

quedaba a mi lado.

—Supongo que ella no tenía la libertad de elegir como yo. No la condeno del todo, no debió ser fácil romper su compromiso… En fin, la señora Atkins te hizo ver que era verdad que los Reeves se entregan sin condiciones.

—Si una mujer nos ofrece su vida y su corazón, nosotros no podemos ser mezquinos y dar menos. Mi padre me decía que nunca se arrepintió por conocer a mi madre y haberla perdido tan pronto. Esos cinco años juntos fueron suficientes para seguirle siendo fiel.

—Amar es recíproco, eso lo he visto en mis padres… También has descubierto que pudiste volver a amar.

—Y mi amor por ti es mucho más grande. ¿No estás celosa por no haber sido mi primer amor?

—No. La vida no es perfecta. En todo caso, es inusual para una mujer ser el primer amor de un hombre. A ustedes se les permite tener más experiencias… Y yo… bueno, solo tuve mala suerte. Era invisible e inadecuada.

—Nunca lo fuiste para mí.

—Ahora lo sé. Me ves.

—Nos comprometeremos en Nochebuena. —Del bolsillo de su gabán sacó el muérdago que Florence le regaló días atrás. Lo puso sobre sus cabezas—. Lo rescaté del negocio.

Florence sonrió y lo besó.

Al principio fue lánguido y profundo. Ella pudo paladear el remanente del sabor del oporto en la lengua de Bram. Él degustó el chocolate caliente en la boca de ella.

Degustaban ese beso que aceleraba sus latidos y espoleaba esa parte primitiva que cada vez era más difícil de domar. Florence desabotonaba el gabán para encontrar algo más que calor. Bram no la detuvo y su mano que se afianzaba en la cintura femenina descendió hasta la redonda nalga y apretó.

Tanta ropa, tantas barreras.

El carruaje se detuvo frente a las puertas de hierro.

Tan poco tiempo.

Bram soltó un resoplido. Florence lanzó un quejido lastimero. Sus momentos a solas nunca eran suficientes.

Él arrancó un fruto del muérdago. Quedaban seis.

—Cuando se nos acaben, haremos algo más.

—Estaré esperando ese día… Mañana pásame a buscar a la academia a las cuatro y armemos el árbol de Navidad. Será nuestra tradición familiar. —Rio—. Muchos dirán que estás copiando a la reina.

—Me importa un bledo lo que digan los demás.

—Eso quería escuchar. —Sí, sonaba a algo que diría un marqués.

Bram le dio un último beso, tomó su paraguas y se apeó del carruaje. El portero le abría la puerta de hierro de Ashbourn Hall.

La voz de Florence se despidió:

—Adiós, mi hermoso luthier.

Él respondió con una sonrisa y tomándose el ala de su sombrero. Abrió su paraguas, la nieve no cesaba de caer.

El carruaje emprendió su camino de regreso a Peony House.

Bram traspasó la puerta y miró al portero.

—Buenas noches… ¿Cuál es tu nombre?

—Winston Tottle, milord.

—¿Por qué estás aquí en el frío a esta hora?

—Es mi deber, milord… Hay un puesto de guardia ahí para no estar a la intemperie.

—¿Está calefaccionado?

—Sí, milord.

Bram entrecerró sus ojos.

—Muéstrame.

Winston lo guio a la caseta que lo protegía de los elementos.

Era pequeña, de piedra. Un taburete era lo único que ofrecía descanso. Un brasero proveía calor. Aun así…

—Es insuficiente y tu trabajo es importante… ¿Qué haría más cómoda esta caseta?

Winston carraspeó. Dudó.

—Bueno, la caseta no es terrible… pero si el turno fuera más corto.

—¿Cuántas horas trabajas en este puesto?

—Doce, milord.

Bram soltó un resoplido.

—¿Hay algún descanso en esas doce horas?

—Me vienen a dejar algo de comer…

—Comer no es un descanso… —Se pellizcó el puente de la nariz y masculló—: Esta gente, ¿qué se ha imaginado?

—Perdón, ¿dijo algo, milord?

—Que ya lo resolveré. Buenas noches, Winston, y gracias por abrir la puerta.

—A sus órdenes, milord.

Bram salió de la caseta y dirigió sus pasos hacia el sendero de gravilla. Ashbourn Hall se alzaba ante él, frío y pálido.

—Nunca seré como ellos… Que me aspen si dejo de ser quien soy.

Staccato

Cuando lady Beatrice entró al inmenso comedor a desayunar, Bram ya casi terminaba su té y se encontraba parapetado tras el periódico. Los huevos revueltos, el tocino, la mermelada, la mantequilla, todo estaba intacto.

Si no fuera por las migas sobre la mesa, ella hubiera pensado que él solo desayunó té.

—Buenos días, sobrino.

Bram dobló el periódico y respondió.

—Buenos días, tía abuela.

—Todo lo que está en la mesa es para comerlo. Se supone que los hombres tienen buen apetito.

—Estoy acostumbrado a comer solo pan y té en las mañanas… Por cierto, este es fabuloso.

—Es de Assam, muy exclusivo y más caro que el de China.

—Interesante. —Con el único objetivo de probar los límites de ella preguntó—: ¿Puedo dirigirme a usted llamándola solo «tía»? Tía abuela es demasiado largo.

—El gusto de ahorrar palabras… Soy tu tía abuela y punto. —Bram se encogió de hombros—. No hagas ese gesto. Es vulgar.

Él la miró como si dijera «¿En serio va a corregir mis gestos?», y repuso:

—Va a tener que soportarlo… Ah, y llámeme sobrino nieto. El gusto de ahorrar palabras.

Lady Beatrice apretó los labios y los puños. Inspiró y espiró largo y profundo.

—No arruines mi desayuno, por favor.

—Puedo colaborar, si usted colabora… —Desplegó el *The Morning Chronicle*—. Mire, en el periódico ya hablaron de mí. ¿Le leo el artículo mientras desayuna?

—Acepto. Así comprobaré qué tan bien lo haces.

Bram buscó la página y leyó:

EL HEREDERO DEL MARQUESADO DE ASHBOURN HA TOMADO EL TÍTULO.

Después de una larga búsqueda genealógica, la familia Somers-Reeves halló en una de sus ramas más lejanas a un heredero directo al título. El antiguo señor Abraham Reeves tomó posesión el día de ayer tras pasar las pruebas del Comité de Privilegios, y se ha convertido en el noveno marqués de Ashbourn.

Según fuentes confiables, el nuevo marqués vivió ignorante de su linaje y se dedicaba al comercio, por lo que tendrá que trabajar con ahínco para poder habituarse a sus inesperados deberes. Entre ellos, el Parlamento.

Consultamos al ministro del interior acerca de la participación del nuevo marqués en el inicio de las sesiones parlamentarias, y él ha respondido que el voto de Ashbourn será uno de los que definirán el destino de las leyes de emergencia.

Ahora, la duda que queda es a favor de quien será. El marquesado ha sido históricamente del partido conservador, por lo que, para la mayoría, es lógico que así permanezca.

Otros dudan, debido a que se ha visto al nuevo marqués cortejando a la señorita Florence Witney, hija del vizconde Rothbury, un acérrimo miembro del partido liberal.

El destino de un país está en las manos de un hombre que no ha sido criado en cuna de oro.

¿A quién le dará su voto? ¿Por ignorancia y lealtad a quienes lo ascendieron en la escala social? ¿O inclinará la balanza a los que abogan por saciar el hambre de nuestro pueblo?

Esa duda se resolverá en enero cuando se abra la Cámara de los Lores y lord Ashbourn jure ante la reina.

Lady Beatrice bebió un sorbo de té y comentó:

—Lees muy bien, sobrino nieto. No creas todo lo que sale en ese periódico, *The Morning Chronicle* se caracteriza por ser radical y sedicioso. No nubles tu criterio con ese panfleto.

A Bram no le sorprendió aquella declaración. Esa madrugada, cuando bajó a la oficina del mayordomo, él ya estaba planchando los dos periódicos a los que estaba suscrito el antiguo marqués: *The Standard* y *The Morning Post*.

Aprovechó esa instancia para conversar con el señor Hill. Aparte de que agregara un turno adicional a la portería —lo que significaba un puesto más de trabajo—, solicitó las suscripciones al *The Morning Chronicle* y al *Daily News*, periódicos de línea editorial liberal.

Consideró que debía leer ambas postura. Con los periódicos conservadores podría entender mejor por qué se aferraban a rechazar las leyes de emergencia que, para él, cada vez tenían más sentido aprobarlas.

Esa mañana, antes del desayuno, partió a una esquina a comprar su ejemplar del *The Morning Chronicle* y lo planchó para que se secara la tinta. Ya podía oír la reprimenda de su tía abuela por manchar sus dedos de marqués.

Miró a lady Gárgola. Compuso una expresión de inocencia. La idea de fastidiarla lo sedujo, pero prefirió fingir ser dócil. Esa tarde, probablemente, la presencia de Florence le iba a provocar una apoplejía.

—¿Y cuál periódico me aconseja leer, tía abuela?

—*The Morning Post* y *The Standard*, por supuesto. Es lo que leía mi sobrino para mantenerse informado. Estamos suscritos desde su fundación.

—Entiendo. Lo leeré cuando termine de revisar los libros de cuentas y ponerme en contacto con el administrador.

—¿Necesitas que te ayude en algo?

Así que lady Beatrice podía ser amable. Vaya novedad.

—Gracias por su ofrecimiento, se lo haré saber si requiero de su ayuda. La ventaja de llevar un negocio propio es que manejo muy bien el área contable… ¿A qué hora llega el señor Jordan?

—El sastre vendrá las doce. Tomará tus medidas y…

—Él ya las conoce. Y también suelo pagarle de inmediato, detesto los pagarés. No encargaré nada a menos que lo adeudado esté saldado.

—Tengo entendido que estamos al día con él desde el funeral de mi sobrino.

—Y así estaremos con todos nuestros proveedores… —Se levantó y se inclinó—. Que tenga buen día, milady.

Ella asintió. Y cuando Bram le dio la espalda resopló con un atisbo de alivio. Sabía que toda esa rebeldía iba a ser temporal. Era lógico, un Somers-Reeves se aferraba a lo que le hacía sentir seguro.

Ese error de cálculo pronto se iba a subsanar. Todo volvería a su cauce.

Ahora solo faltaba que rompiera con esa niña Witney.

*****

Florence marcaba el *tempo* chasqueando sus dedos, mientras George intentaba mantener el ritmo de la sencilla melodía.

Ella enseñaba a leer música, pero en los inicios prefería que sus alumnos aprendieran donde estaban las notas en la viola, a acostumbrarse a la postura y a tocar canciones sencillas de memoria.

Ah! vous dirai-je, Maman era una canción tradicional francesa que siempre enseñaba a sus alumnos iniciales. Mozart compuso doce variaciones de ella, y Florence elegía la más simple.

—Muy bien, George… Mantén el ritmo. Re, re, re, re… Re… Sol, sol, sol, sol… Sol.

Aquel era un buen ejercicio para controlar el arco.

Prefería que su alumno amara su instrumento para luego añadirle dificultad con otra clase de estudio superior, como el de Louis Spohr.

George deslizó el arco por última vez y el silencio fue llenado por el aplauso de Florence.

—Excelente, has progresado mucho, George.

—Practiqué mientras estaba en cama.

—Me alegra que te hayas recuperado. Bien, eso es todo por hoy. —Consultó su reloj de bolsillo—. Uy, me he pasado diez minutos. Perdón, me entusiasmé.

—Con razón me duele el brazo.

—Ve a descansar. Abrígate mucho para que no te vuelvas a enfermar.

—Gracias, maestra.

Mientras George guardaba la viola y el arco en su estuche, Florence miró hacia la puerta. Ahí estaba Bram, admirándola.

No se había dado cuenta en qué momento llegó.

Reprimió el impulso de ir a su encuentro y besarlo. Como siempre, se veía apuesto e impecable. Ya podía anticipar el aroma de su cercanía.

—Adiós, maestra.

—Nos veremos en la próxima clase. Cuídate.

El niño se dirigió a la salida. Al cruzarse con Bram, hizo una leve reverencia y se marchó.

Florence sonrió y por fin fue al encuentro de su prometido.

En su mente ya lo era, faltaba poco para Nochebuena.

Se colgó de su cuello y lo besó. Las manos de él viajaron a su estrecha cintura.

Se rozaron la punta de sus lenguas y él rompió el contacto. Florence era demasiada tentación.

—Ojalá hubiera tenido una maestra como tú… Habría sido el Mozart de los violistas.

Ella rio.

—Adulador.

—Es cierto, mi primer maestro era terrible. No niego que aprendí, pero viéndote sé que es posible enseñar con cariño y amabilidad.

—Oh, a mí también me tocó un maestro demasiado estricto. Detestaba sus reprimendas y para ahorrarme el mal rato practicaba mucho entre una clase y otra. Tony también era muy aplicado, pero siempre solía equivocarse frente al maestro.

—El pánico lo traicionaba.

—Sí… Y bueno, enseño como me hubiera gustado que me enseñaran. Al ritmo del alumno, no presionarlo para que sea el niño prodigio que nunca será.

—Están los que son genios y los que han trabajado sin parar. Nos tocó ser el segundo grupo... ¿Vamos, mi hermosa violista?

Ella sonrió y afirmó con un leve gesto. Se abrigó y tomó el estuche de su viola.

—¿Dónde vamos?

—Al mercado de Covent Garden. Ahí encontraremos todo lo necesario. Han pasado muchos años desde que no compro un abeto. Ojalá siga trabajando ahí el señor Payton.

*****

La noche era joven cuando Winston, el portero de Ashbourn Hall, entreabrió la boca al ver el carruaje negro cargado con un abeto de dos metros.

Abrió las puertas de hierro e hizo contacto visual con Arnold, el cochero, quien se encogió de hombros ante la tácita pregunta «¿Para qué demonios traen un abeto?».

Lord Ashbourn abrió la ventanilla y dijo:

—Buenas noches, Winston… ¿Alguna novedad respecto a los turnos?

—Sí, milord. Mañana empieza el nuevo turno. Nos iremos rotando tres personas para cubrir ocho horas cada uno y un descanso de cuarenta minutos.

—Perfecto.

El marqués hizo el ademán de cerrar la ventanilla y Winston dudó por un segundo, pero de inmediato dijo:

—¡Milord!... Esteeeee… Estamos muy agradecidos por el cambio.

—Sin ustedes muy pocas cosas funcionarían en esa enorme mansión. El que aprecia su trabajo soy yo.

Winston sonrió.

El carruaje siguió con su camino.

Una vez que Bram cerró la ventanilla, Florence dijo:

—Yo pensaba que solo en mi casa el servicio doméstico sonreía. Se nota que tus primeras decisiones han hecho felices a los que trabajan para ti.

—Estuve revisando los libros contables… A mis antecesores les cambiaría el título a lord Tacaño o lord Miserable… También noté que

la producción de las tierras ha ido disminuyendo año a año, pero no creo que haya sido por plagas… Tendré que estudiar para saber por qué está pasando eso.

—Mi papá puede ayudarte, tiene que ver con las rotaciones de cultivos… —Y justo recordó—. O mejor aún, podemos preguntarle a mi prima Sophie, ella es científica. Se basó en un libro de… No recuerdo el nombre, pero era alemán. Hizo un estudio acerca del uso de fertilizantes para los cultivos y, aunque no lo creas, la Royal Society aprobó su circulación restringida. Es muy interesante, te puedo conseguir una copia.

—¿Desde cuándo aceptan mujeres en la Royal Society?

—Nunca… Ella presentó su estudio con un seudónimo e hizo una ponencia extraordinaria disfrazada de hombre. No fue un escándalo porque era más fácil guardar el secreto que quedar en ridículo. Sophie podría asesorarte en mejorar la producción.

—Impresionante… —El carruaje se detuvo—. Después veremos ese tema, me interesa mucho.

La puerta del carruaje se abrió. Bram se apeó y le ofreció su mano a Florence, quien llevaba su adorada viola. Ella admiró la mansión, si de noche era impresionante, de día debía ser abrumadora.

Bram esbozó una sonrisa juguetona y dijo:

—Si sigues mirando más arriba terminarás quebrándote el cuello.

—Siempre he visto desde lejos esta propiedad, pero de cerca es tremenda.

—¿Nunca has entrado?

—Mi familia nunca ha sido bienvenida para el marquesado de Ashbourn. Demasiado indecentes y liberales como para ser invitados a sus bailes o reuniones.

Bram le besó el dorso de la mano a Florence.

—Eso también va a cambiar. Profanaré esa «tradición».

—Todos tus antepasados, excepto los Bram, se revolcarán en su tumba.

—Están muertos, no pueden opinar por obvias razones.

—Pero tía Gárgola sí.

Bram se encogió de hombros, indolente.

—Entremos, tenemos que confeccionar unos adornos y mañana armaremos el árbol.

—Maravilloso.

El mayordomo ya abría la puerta. No pudo ocultar su asombro al ver al amo llevando de la mano a una mujer y detrás de ellos a los lacayos cargando un inmenso abeto.

—Bien… Bienvenido a casa, milord.

—Buenas noches, Hill. Le presento a la señorita Florence Witney, la futura marquesa.

Hill boqueó como pez antes de poder articular una respuesta. Lo que decía el periódico era cierto.

Florence se apresuró a saludar:

—Buenas noches, señor Hill. Es un placer conocerlo.

—A… a sus órdenes, señorita… —Miró con cierto pavor hacia el interior del vestíbulo—… Lady Beatrice tiene visitas.

Bram se limitó a arquear una ceja y le permitió la entrada a los lacayos.

—Dejen el árbol en la Sala Verde y las cajas, en el salón de estar, por favor.

Hill carraspeó y precisó:

—Las visitas se encuentran en el salón de estar.

—Me importa un bledo. —Y entró al vestíbulo. Se vio en la obligación de soltar a Florence para quitarse los abrigos, sombreros, bufandas y guantes.

El mayordomo observó el extraño maletín de la señorita Witney e hizo el ademán de tomarlo para guardarlo. Ella se lo impidió con un gesto.

—Yo me quedaré con esto, señor Hill, es mi viola. No me separo de ella.

—Oh, entiendo. Mis disculpas.

—No se preocupe.

Bram volvió a tomarla de la mano.

—Vamos, querida.

Bram y Florence atravesaron el vestíbulo y se detuvieron frente a la primera puerta a la derecha. Se escuchaban voces femeninas y

risas comedidas. La malicia se reflejó en la media sonrisa del marqués.

—Vamos a provocarle una apoplejía a tía Gárgola.

Florence se comió una carcajada.

Bram abrió la puerta.

Nueve pares de ojos femeninos se clavaron en ellos y luego en sus manos unidas. Bocas llenas de estupor se entreabrieron… Florence confirmó que lady Beatrice rechazaba su unión con Bram y que ya estaba buscando a una dama digna. Alzó su barbilla, orgullosa, ante esas cuatro madres que estaban dispuestas a ofrecer a sus jóvenes hijas al nuevo marqués de Ashbourn.

El rostro de lady Beatrice enrojeció en menos de un segundo. Bram no sabía si era de ira o de vergüenza… O de ambas.

—Buenas noches. —Se internó en la estancia con Florence. Miró a su tía abuela—. Milady, no sabía que tendríamos visitas.

Lady Beatrice apretó la mandíbula antes de replicar:

—Tampoco sabía eso de tu parte.

—Oh, lamento este malentendido. Debí comentarle que pretendía traer a mi prometida. Vamos a confeccionar adornos para el árbol de Navidad.

Lady Beatrice no sabía qué era más ridículo, el árbol de Navidad o el repentino compromiso del marqués con esa mujer.

Se decantó por centrarse en lo último.

—Una dama decente nunca visita la residencia de un hombre soltero. —Y lanzó una mirada desdeñosa a Florence.

Ella no se amilanó al responder:

—Pensamos que su presencia era suficiente garantía para salvaguardar mi virtud. De lo contrario, mi padre no me habría permitido visitar la residencia de mi prometido.

Las damas, escandalizadas e indignadas, alternaban su atención entre lady Beatrice, el marqués y su supuesta prometida.

—¿Y cómo ustedes estaban tan seguros de que iba a estar aquí?

Florence, descarada, replicó:

—Solo tentamos a la suerte.

Un jadeo colectivo se elevó en la estancia. Las matronas, de haber podido, habrían tapado los oídos de sus inocentes hijas.

Lady Beatrice se levantó. Sus fosas nasales se dilataban mientras se acercaba a su sobrino nieto. Cuando estuvo a menos de un palmo, increpó en voz baja y letal:

—¿En qué momento te comprometiste, Ashbourn? Ayer me dijiste que todavía no lo estaban.

Ashbourn mantuvo el tono de secretismo y replicó:

—Esta tarde… El cortejo está sobrevalorado cuando se ama intensamente. Lo celebraremos en Nochebuena con la familia de mi futura esposa.

Lady Beatrice miró de reojo a Florence antes de decir:

—Esta mujer no es digna del marquesado.

—Es más que digna. Se lo advierto, no siga ofendiendo a mi prometida… O la enviaré a la propiedad más lejana que posea el marquesado… ¿Le gusta el clima escocés?

—No me provoques, Ashbourn.

—Lo mismo digo, milady. No se tome atribuciones que no le corresponden. Yo ya he elegido a mi mujer y tendrá que soportarlo. —Desvió su mirada a las atónitas damas y les sonrió con ese encanto que tan bien podía fingir cuando era solo un comerciante—. Lamento este malentendido…

La tensión se trizó cuando entraron los lacayos con varias cajas que contenían ramas de acebo, abeto, muérdagos, manzanas, velas, papel dorado e hilos.

Una de las invitadas se levantó. El resto la secundó.

—Creo que ya es hora de marcharnos… Milady, gracias por la invitación ha sido una velada… agradable. —Apenas pudo mirar al marqués y decir—. Milord, ha sido un placer conocerlo.

—Ni siquiera fuimos presentados. Es una lástima que se vayan tan pronto.

—Será en otra ocasión.

—Entiendo.

Las damas se retiraron dando apresuradas reverencias y lanzando miradas de reojo a Florence.

Bram soltó un resoplido y clavó sus ojos oscuros en lady Beatrice:

—No vuelva a tomar esta clase de decisiones sin consultarme. Mi vida no le pertenece.

—Debes ceñirte a los preceptos y tradiciones que han engrandecido el marquesado.

—¿Con preceptos y tradiciones se refiere a ser mezquinos con las personas que trabajan para nosotros? ¿Tratarlos como muebles? ¿Tratarme como si yo fuera un peón? Puedo acostumbrarme y asumir mis deberes como marqués, pero no me pida traicionar mis convicciones… En eso me parezco a los Somers-Reeves, soy fiel a lo que creo correcto.

—Vas a lamentar lo que estás haciendo.

—Créame, ya estoy pagando el precio.

Variaciones en Sol menor

Lady Beatrice le enterró una mirada asesina a Bram y se retiró.

Un portazo reverberó en la estancia e hizo temblar la araña de cristal que pendía del techo.

La voz ahogada de la dama vociferó:

—¡Cenaré en mi alcoba! ¡Quiero una valeriana ahora!

Florence hizo una mueca que bailaba entre la incomodidad y la burla.

—Estuvimos cerca de la apoplejía.

Bram soltó el aire de sus pulmones.

—Todo sería más sencillo si no fuera tan obstinada y me dejara en paz.

—Debes entender que ella siempre ha visto la vida de otra forma. Para muchos, ser un aristócrata es casi una posición designada por Dios.

—¿No te ofende que siempre intente humillarte?

—¿Recuerdas cuando te dije que para los Witney todo era cuesta arriba?… Pues me refería a esto. Muchos nos aíslan, pero cuando coincidimos, siempre intentan «ponernos en nuestro lugar». Con el tiempo uno se acostumbra a esa violenta verborrea y a usar sus propias reglas en su contra.

—Ya me di cuenta. —Enmarcó el rostro de su prometida con sus manos y le dio un beso—. Ayúdame a hacer los adornos.

—Será un placer… pero creo que no alcanzaremos a terminar hoy… ¿Podemos pedirles ayuda a algunos miembros del servicio doméstico?

—Llamaré al ama de llaves, la señora Kirk, y a mi ayuda de cámara, el señor William Shakespeare. —Florence rio—. Es cierto, ese es su nombre. Me temo que sus padres tuvieron un terrible sentido del humor llamándolo de esa forma... —Reprimió una sonora carcajada, al escuchar la risa de cerdita—. No te rías de él, me imagino que ha soportado bromas toda su vida.

—Lo sé… —Risitas de cerdita—. Pobrecito… Ser o no ser Shakespeare, he ahí la cuestión.

Bram negó con la cabeza.

—Mientras los voy a buscar, apacigua tus carcajadas para no mortificarlo.

—Ve, yo ordenaré todo.

*****

Diez minutos después, Florence y la señora Kirk armaban las guirnaldas de papel dorado, al tiempo que Bram y Shakespeare adornaban la chimenea con ramas de acebo, abeto y muérdago. La atmosfera se llenó del aroma resinoso del verdor invernal, lo que contribuía a distender el ambiente después de la batalla campal con lady Gárgola.

Con el transcurrir de los minutos, el ayuda de cámara y el ama de llaves se fueron relajando gracias al trato amable y cálido de Florence y Bram, y pronto se permitieron tímidas sonrisas ante las anécdotas de la infancia que narraba la futura marquesa.

Bram miraba de reojo a Florence. Ella era la misma persona frente a su familia, en la academia y en Ashbourn Hall. Incluso en esos terribles años en el que él interpuso una barrera entre los dos, se vislumbraba esa aguda inteligencia, amabilidad y consciencia de quien era ella.

De pronto, la señora Kirk le preguntó a Florence:

—¿Cuánto papel queda, señorita Witney?

Florence miró dentro de la caja y respondió:

—Unos diez paquetes más.

—Oh, me temo que tardaremos demasiado… ¿Puedo llamar a dos sirvientas?

Bram escuchaba e intervino:

—¿Cómo se llaman?

—Rose Settle y Angela Goody.

—Llámelas, por favor, así terminaremos antes de la cena.

—De inmediato, milord.

En cuanto se marchó el ama de llaves, Florence dijo:

—Les costará acostumbrarse a usar los nombres de las personas.

Bram, sin dejar de entrelazar unas ramas, repuso:

—Pero lo harán… Tengo buena memoria con los nombres.

—Ese talento pocos lo poseen. Yo tengo que ver un par de veces a las personas para poder recordarlas. Si mañana veo al señor Shakespeare en la calle, quizás no lo reconocería de inmediato.

—No podías ser tan perfecta.

—Ciertamente, mi hermoso luthier.

El señor Shakespeare frunció el ceño. Bram lo notó y preguntó:

—¿Pasa algo malo?

—¿Usted es luthier, milord?

—No solo era comerciante, mi oficio de origen es ser luthier… y músico… ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, eso explicaba algunas manchas en sus camisas.

—Sí, suelo usar mandil y manguitos para protegerlas, pero a veces el barniz igual traspasa la tela.

—Cuando tenga su guardarropa nuevo las desecharé.

—No, no lo haga… Las conservaré, un luthier nunca deja de serlo. —Miró a Florence—. Tengo unos proyectos que no he terminado, usaré esas camisas cuando esté trabajando en ello para no machar las nuevas.

—Oh, entiendo. Como ordene, milord. —No obstante, en su semblante se notaba la duda… y luego la resolución—. Eso no le va a gustar a lady Beatrice.

—¿Que siga siendo un luthier? —El señor Shakespeare asintió—. Pues en eso no cederé. Mientras tanto, espero que nadie se lo comente… Solo por tener unos cuantos días de paz.

—Por mi parte ella no se enterará.

—Muchas gracias. En lo posible, transmítaselo al resto del servicio que considere de confianza.

—Muy bien, milord.

*****

Lady Beatrice se encerró en su alcoba durante dos días.

A la mañana del tercer día, bajó a desayunar. Bram leía el periódico The Standard, a su derecha se encontraba The Morning

Post. Esbozó una media sonrisa, al menos había dejado de lado el pasquín sedicioso.

—Buenos días, sobrino nieto.

Bram plegó el periódico y respondió:

—Buenos días, tía abuela.

Lady Beatrice se sentó y notó que las porciones los acompañamientos para el pan se habían reducido a la mitad.

—¿Por qué hay tan pocos huevos?

—Oh, como mis desayunos son frugales, no vi necesario que se desperdicie tanto si solo va a comer usted.

—Al menos deberías ponerle huevos a tu pan para que sea un poco más contundente.

—Me lo comí con queso… Ah, pero extraño el pan de Soho. Tenía una vecina que hacía una verdadera delicia, y recién horneado… Un manjar… Ella no mezclaba la harina con quien sabe qué polvo blanco.

—¿Estás seguro?

—Sí, no tengo el paladar muerto. El valor subía, pero la calidad se mantenía, no como otros que sabían a yeso. No sacrificaba su producto por vender más. Ella era íntegra. Un día iré a comprarle para que lo pruebe.

—No te ilusiones, soy muy selectiva con los alimentos. Si no es de calidad no la como.

—Ya verá… A todo esto, ¿vio el árbol de Navidad?

—Sí… Vaya excentricidad. ¿Cómo se te ha ocurrido meter un abeto dentro del salón de estar? Es inaudito.

—Pero si hasta la reina pone un árbol de Navidad… Es una tradición alemana.

—Tú no eres alemán.

—Pero mi madre sí… Mientras estuvo casada con mi padre ponía un árbol de Navidad pequeño, y después cuando falleció él siguió con esa tradición para honrarla… Es una de las pocas cosas que conservo de ella.

—Entiendo… Espero que no sea un peligro y se caiga.

—Mientras no entre un gato, no debería por qué caerse.

—¿Un gato?

—Tienden a trepar en ellos y jugar con los adornos.

Se hizo un extraño silencio. Lady Beatrice se sorprendió de que hubieran sostenido una conversación relativamente civilizada.

Era el instante preciso para decir:

—Esta tarde, a las cinco, vendrán visitas. Son amigos y militantes del partido de mi difunto sobrino. Quieren conocerte… Te sugiero que no traigas a tu… prometida —Esa última palabra la dijo como si estuviera probando un caldo demasiado salado—… Oh, no me malinterpretes, no quiero que ellos le hagan pasar un mal rato. Sus diferencias valóricas y políticas son abismales, y podrían ser ofensivas para la sensibilidad de ella.

Bram lo pensó por largos segundos… Las palabras de Florence llegaron claras a su mente:

«Mantén a tus enemigos cerca».

—Está bien. Aquí estaré… Por cierto, le he comentado a la señora Millhouse que habrá numerosos invitados para la cena de Nochebuena. El menú será el mismo que usted eligió.

—¿A qué te refieres con numerosos?

Bram hizo cuentas con los dedos.

—Catorce personas.

Lady Beatrice se llevó la mano al pecho.

—Cielo santo, pensé que dirías doscientas.

—Eso quizás será para mi boda… —Sonrió—. Ahí sí invitaremos a toda la familia de mi prometida… Tengo una duda.

—Dime.

—¿Cuántos parientes tengo de los Somers-Reeves?

—Solo quedamos nosotros dos. Este último siglo nuestra familia ha sido arrasada.

—¿Nada más?, ¿ni siquiera parientes ilegítimos?

—A la mayoría se les perdió el rastro por lo mismo. No he conocido a ninguno, ni siquiera sus nombres.

—Comprendo… —Se levantó de la mesa—. Bueno, la dejo, tengo mucho trabajo con los libros contables… Son bastante confusos.

—Es el método que hemos usado desde hace siglos.

Bram se ahorró cualquier comentario ácido. En cuanto entendiera y dimensionara el verdadero estado financiero, cambiaría la contabilidad a algo más moderno.

—Nos vemos, milady. —Se inclinó y se retiró de la estancia.

Lady Beatrice se quedó mirando un punto indeterminado del papel mural… El comportamiento de Ashbourn era demasiado extraño.

*****

Esa tarde Bram entró al salón de estar. Inspiró la fragancia del abeto y admiró los adornos. La chimenea y su calor diseminaba, el aroma por toda la estancia. Sí, era tal y como recordaba la Navidad.

Tres hombres mayores se levantaron y lo saludaron con una leve inclinación. Bram miró de soslayo a lady Beatrice quien esbozaba una sonrisa.

«Vaya, ¿puede sonreír?», satirizó su mente.

—Ashbourn, por fin llegas.

—Mis disculpas, me estaba lavando las manos, la tinta no salía de mis dedos… Escribía unas cartas.

—Oh, entiendo, a veces sucede… Ven, permíteme presentarte a estos distinguidos caballeros, amigos de la familia. Su excelencia, el duque de Alford.

Bram se acercó más. No tenía idea de si estrechar su mano o inclinarse… Optó por lo segundo, el tipo era un duque por todos los santos.

—Un placer conocerlo, su gracia —dijo ante el hombre canoso de unos sesenta años.

El duque miró a lady Beatrice y dijo:

—Para haber sido comerciante no está tan mal en sus maneras.

Lady Beatrice se tocó el collar de perlas y esbozó una sonrisa. Bram se mordió la lengua y repuso:

—Mi padre se preocupó de mi educación en la medida de los recursos que disponía.

—Se nota.

Lady Beatrice carraspeó, ya veía venir la explosiva reacción del marqués, pero, para su asombro, nada de eso sucedió y prosiguió.

—Ashbourn, te presento al mejor amigo de mi difunto sobrino, el conde de Hayle.

Bram volvió a ofrecer una inclinación a ese hombre que parecía ser unos veinte años mayor que él y que lo observaba con una ligera sonrisa.

—Lord Hayle, un honor.

—Por el Todopoderoso, es cierto que eres idéntico a Fergus, salvo que tu cabello es rubio.

Bram no se dejó llevar por ese trato cercano y familiar. Tenía algo que lo diferenciaba de los Witney, pero no sabía precisar qué. Optó por seguirle el juego, mas conservando la distancia.

—Es evidente que la sangre del lado paterno es pesada, milord.

—Indudablemente… Vaya, incluso la voz es parecida.

—Así dicen. Algunos miembros del servicio doméstico se asustan pensando que soy un fantasma.

Hayle lanzó una carcajada que a Bram le pareció falsa. Era como un jo, jo, jo, jo, jo exagerado.

Lady Beatrice secundó con una risita que era igual de falsa y repuso:

—Oh, a veces Ashbourn tiene un sentido del humor muy especial… Bien, por último, y no menos importante, el marqués de Tiverton, secretario del partido.

Bram volvió a inclinarse. Por supuesto que no podía faltar un miembro importante del partido conservador.

—Un placer, milord.

—Me da gusto saber que el marquesado no se extinguió. Todo es mérito de lady Beatrice. —Le arqueó la ceja—. Si no fuera porque ella halló esa carta, Ashbourn Hall habría dejado de ser su hogar.

Una incipiente sonrisa curvó los labios de Bram y respondió:

—Y le estaré por siempre agradecido.

Lady Beatrice terció:

—Basta ya de alabanzas, tomemos asiento por favor.

Se sentaron todos al mismo tiempo. La dama llamó al mayordomo tintineando una campanilla. Bram pensó de inmediato

en su negocio. Lo extrañaba tanto como el taller.

Observó a esos tres hombres que no estaban ahí precisamente para recordar viejos tiempos del antiguo marqués. Esa mañana aprendió una lección importante; debía elegir sus batallas. No soportaba demasiado estar en constante tensión con tía Gárgola, era malo para sus nervios y precisión. Debía mantenerse tranquilo si lo que deseaba era terminar uno de sus violines.

El mayordomo entró junto con parte del servicio doméstico. En eficiente silencio distribuyeron tazas, teteras y bocadillos. Los tres hombres actuaban como si no existieran las personas que los estaban atendiendo.

Cuando el servicio terminó su labor, Bram dijo:

—Gracias, Mary, Rose, Angela y señor Hill.

El duque se quedó mirándolo por largos segundos. Lady Beatrice —como buena anfitriona— rompió ese silencio ofreciendo y sirviendo el té, la leche y el azúcar a sus invitados.

Antes de llenar la taza para Bram, él señaló:

—El té sin azúcar ni leche para mí, por favor, tía abuela.

—¿Cómo?

—Sé que es una ignominia no mezclarlo con leche, pero no es bueno para mi digestión.

—Oh, entiendo. —Sirvió la taza—. Aquí tienes.

—Gracias.

Los sonidos se redujeron a respiraciones y sorbos de té. Bram observaba a cada uno de esos hombres. La intención era obvia, la misma que demostró el Primer Ministro cuando lo saludó; saber de qué lado estaba.

El duque de Alford fue el primero en abrir la conversación.

—Lord Ashbourn, imagino que estos últimos días han sido… bastante abrumadores.

Bram se reclinó en el respaldo del sillón, lo suficiente para no ser vulgar.

—Han sido muy educativos. No soy la misma persona de hace una semana. —Y bebió un sorbo de té.

El peso de las miradas las sintió en sus hombros; no obstante la del secretario del partido era más punzante. El duque prosiguió:

—Interesante el concepto que ha elegido… No todos lo usarían para describir un cambio tan radical.

—Supongo que depende de la base de conocimiento de cada persona. Había cosas de esta posición que no me eran ajenas.

El conde de Hayle hizo una ligera mueca, coincidiendo con Ashbourn e intervino:

—Tu primo…, el antiguo marqués, tenía una forma especial de ver su posición: la responsabilidad debe ser comprendida como un proceso de larga duración, no como algo inmediato. Caminar para después correr.

Bram asintió con un regio movimiento, como si hubiera escuchado al mismo primo Fergus hablar en ese momento.

—Tenía mucha razón mi antecesor. Por eso siempre observo y escucho atentamente.

El marqués de Tiverton ladeó la cabeza y entrelazó sus dedos y añadió:

—Entonces sabrá que el momento que atravesamos exige… claridad y certeza.

Bram dejó la taza sobre una mesa auxiliar que se encontraba su derecha. Volvió a reclinarse sobre la silla y les dedicó una breve mirada a cada uno. Ellos esperaban su respuesta.

—Me he informado bastante en estos últimos días. —Le dedicó una fugaz ojeada a lady Beatrice, quien volvió a tocarse el collar de perlas—. Diferentes posturas. Diferentes argumentos para tener una visión global, sin sesgos.

Tiverton asintió, su cabeza hizo un firme movimiento y repuso:

—Aun así… Tarde o temprano tendrá que tomar una posición al respecto.

Bram lo miró a los ojos, el marqués no evadió el contacto.

—Ciertamente eso sucederá. —Hizo una pausa y juntó las puntas de sus dedos largos y callosos—. Mas es una decisión que debe tomarse a consciencia. Las consecuencias pueden ser nefastas si me apresuro demasiado. Dígame, milord, a su juicio, ¿cuál es el mayor riesgo de aprobar esas leyes de emergencia que se tratarán en enero?

—Desestabilizar el orden. Ceder a la presión popular rara vez termina bien. Si se levantan temporalmente las leyes de navegación y de importación, después insistirán en que sea permanente. Y eso será la ruina de nuestro reino.

En la expresión de Bram se podía vislumbrar el entendimiento.

—¿Y qué riesgo implica rechazarlas?

Silencio… Elocuente para Bram.

Lord Hayle tomó la palabra y respondió:

—No es una decisión que deje contentos a muchos, quizás haya alzamientos, pero con el tiempo entenderán que es la mejor opción.

—Comprendo. —Un ligero mohín tensó los labios de Bram. Los tres hombres podían ver cómo él sopesaba ambas opciones—. Esta mañana leí en el periódico que en algunos distritos el hambre ya está generando disturbios en la población… Me recuerda un poco a la Francia del siglo pasado. —Miró de soslayo al duque—. Y que aplazar o precipitar una decisión puede ser perjudicial.

El duque de Alford cruzó sus piernas. El tobillo descansaba en la rodilla. No tardó en aclarar:

—El marquesado de Ashbourn siempre ha sido consistente en su postura.

—La consistencia es una virtud cuando las condiciones no varían. Hay que reconocer que también es una virtud la valentía de cambiar de opinión, cuando la situación lo amerita. Su excelencia, ¿jamás ha tenido que cambiar de parecer?

Silencio…

El marqués de Tiverton aprovechó esa instancia para interceder.

—No imaginé que usted fuera tan prudente, milord.

—La prudencia es otra virtud que estoy cultivando. Ante los cambios bruscos de mi vida debo ir con calma… como dijo lord Hayle: caminar para después correr.

Los tres hombres aprobaron aquella máxima.

Lady Beatrice inspiró entrecortado. Les sonrió y ofreció:

—¿Más té?

«Claro», «Por supuesto», «Sí, por favor», se escuchó como una cacofonía de voces graves.

Bram prefirió comer un bocadillo a pesar de sentir que no podía tragar nada sólido.

El duque de Alford bebió té. Sonrió al sentir el sabor y el calor en su boca.

De pronto, dijo:

—He oído, Ashbourn… Corríjame si me equivoco, que ha estado frecuentando la casa de lord Rothbury.

Lady Beatrice miró a su sobrino nieto. Dios Todopoderoso, iba a arder Troya. Se removió en su asiento.

Ashbourn no pestañeó al responder:

—En efecto.

Tiverton esbozó una sonrisa e intervino:

—Por lo que me han comentado, el vizconde es la cabeza de una familia… poco convencional.

Bram elevó su vista hacia el cielo raso por un instante y repuso:

—Depende de lo que usted considere poco convencional. —Comió otro bocadillo, masticó pausado, tragó—. Yo encuentro que sus conversaciones son estimulantes en muchos sentidos.

El duque arqueó su ceja en un gesto fugaz y añadió:

—Y su hija, la que es maestra de música. —Hizo una pausa y sus ojos se clavaron en Bram—. Es una dama que, de un tiempo a esta parte, es bastante llamativa.

Lady Beatrice bebió té. Le asombró que su sobrino nieto no perdiera el nervio ante esa estocada.

Ni siquiera la voz le tembló al responder:

—Lo es, sin duda.

Tiverton y Hayle se miraron de reojo, esperaban una reacción más visceral. El duque insistió:

—Espero que comprenda, Ashbourn, que ciertas compañías pueden ser interpretadas como… inconvenientes.

Bram se inclinó ligeramente hacia adelante, sus tobillos se cruzaron.

—Las interpretaciones suelen decir más de quienes las emiten que de quienes las inspiran… ¿Ha escuchado la misma pieza musical

interpretada por músicos diferentes?

—No he tenido el placer.

—Yo sí… Una pieza con *tempo adagio*, por ejemplo, interpretado por un hombre sin esperanza es una melodía oscura y melancólica, pero cuando la interpreta un hombre feliz, esa misma música puede ser majestuosa e inspiradora. Todo cambia con el intérprete.

Lord Hayle compuso una sonrisa y añadió:

—Nuestro deber es proteger no solo el título, sino también… tu reputación, Ashbourn.

—Lo comprendo a la perfección. —Un atisbo de sonrisa apareció en sus labios—. Por eso mismo soy cuidadoso, en especial, con las personas a las que les permito influir en mis decisiones.

Alford entrecerró sus ojos.

—Entonces, usted entenderá nuestra preocupación.

—Por supuesto, su excelencia… Aunque no la comparto.

El silencio cayó espeso y denso, como el aroma resinoso del árbol de Navidad

Tiverton dejó su taza sobre la mesa de centro y dijo con un tono monocorde:

—Hay decisiones que trascienden lo personal. Como lo es el matrimonio.

Beatrice tragó saliva. No quiso mirar a nadie y fijó sus ojos en la vajilla de porcelana.

Ashbourn jugó con el anillo del marquesado, poniendo el sello en su lugar.

El duque, con natural autoridad jerárquica, relevó la conversación y agregó:

—Un hombre en su posición no elige esposa… Elige una alianza que engrandece y beneficia al título que ostenta.

Lord Hayle asintió y terció:

—Tu predecesor lo sabía muy bien.

Bram pensó: «Y aun así no sirvió de nada, un comerciante terminó tomando su lugar». Apoyó sus brazos en el sillón, el dedo medio golpeaba a un ritmo lento, igual que una partitura de notas blancas.

—Entiendo que para muchos el matrimonio es una extensión del mundo político. Afortunadamente, no todos pensamos igual.

Lord Tiverton carraspeó y aseveró:

—Sería desafortunado que una decisión impulsiva comprometiera, no solo su reputación, sino la estabilidad del marquesado.

Bram lo miró a los ojos. Los segundos se estiraron más allá del tiempo.

La taza de lady Beatrice tambaleó antes de dejarla sobre la mesa de centro. Los ojos masculinos se centraron en ella cuando intervino:

—Ashbourn comprende a la perfección el peso de su nombre y de su responsabilidad. Estoy segura de que sabrá actuar en consecuencia.

El dedo de Bram dejó de golpear el brazo del sillón. Su voz firme y calma resonó en la estancia.

—Aprecio su preocupación. —Miró a cada caballero y repuso—: Y su franqueza… —Se levantó—. Pero les aseguro algo, cuando tome esa decisión no será impulsiva, ni influenciada por un tercero. Muchas gracias por su visita y sus perspectivas. Sin duda, reflexionaré en lo que hemos hablado.

La conversación había llegado a su fin.

Los tres caballeros secundaron al dueño de casa. Se despidieron con inclinaciones y promesas a enviar invitaciones para departir con más miembros de la buena sociedad.

Lady Beatrice sonreía y brindaba reverencias de despedida.

Los tres caballeros abandonaron el salón de estar.

La puerta se cerró… Bram resopló… Le dolían los músculos del cuello. Se masajeó y entornó sus ojos ante el transitorio alivio.

La voz de su tía abuela penetró sus oídos.

—Lo has hecho bien, Ashbourn.

Él le arqueó una ceja.

—No he hecho nada…

—Te están observando.

—Lo sé. Por eso no he cometido ningún error grave.

Ella entrecerró sus ojos, los surcos de su rostro se profundizaron.

—Asegúrate de que siga siendo así.

—Depende de lo que usted considere un error. —Se inclinó ante ella—. Tengo trabajo en la Sala Verde. A la noche saldré, no me espere para cenar.

Se retiró de la estancia dejando a lady Beatrice sin palabras.

Sin saber qué diablos pensar.

Se cruzó de brazos y se mordió la uña del pulgar, ensimismada.

La puerta se abrió, era el marqués de Tiverton. Lady Beatrice se envaró.

—Milord…

El marqués solo dijo:

—Asegúrese de controlarlo… O lo perderán todo.

Lady Beatrice asintió, e hizo una ligera y silenciosa reverencia.

El sonido de la puerta cerrándose le indicó que ya estaba a solas.

Y tembló.

Sabía lo que ellos eran capaces de hacer.

Accelerando

En cuanto Bram se desparramó en uno de los sofás del salón de estar de Peony House, descansó. Florence nunca lo había visto con una expresión tan exhausta. Para qué decir el resto de la familia que se lanzaba miradas de reojo ante el misterio que encerraba el marqués en su postura derrotada.

Florence se sentó a su lado y le tomó la mano.

—¿Por qué tienes esa cara, mi hermoso luthier? ¿Tan mal te fue con los miembros del partido conservador? —Ella fue informada de aquel compromiso por medio de un escueto mensaje, por lo que ya sabía que no compartirían la tarde juntos.

Bram lanzó un suspiro y se restregó la cara.

—Esta tarde tomé té con una manada de lobos.

Andrew se encontraba con Olivia calentando sus manos frente a la chimenea decorada con muérdagos. Esbozó una sonrisa que evidenciaba con ironía cuán agotadores podían ser esos «lobos».

Florence acarició los dedos de Bram y repuso:

—¿Te pidieron que votaras por rechazar las leyes?

—Tienen la capacidad de decir las cosas sin llegar a ser directos, pero ese fue el objetivo. Aunque eso no fue lo peor… Me pidieron romper contigo. Sus argumentos fueron proteger la reputación, la estabilidad del título y todas esas sandeces. Quería hacerlos callar a puñetazos… Pero preferí tenerlos cerca, saber qué buscaban, si alguno era confiable… —«Para sorpresa de nadie, ninguno lo fue», pensó con acidez.

Andrew intervino:

—Fue una buena jugada. Es evidente que quieren que permanezca el *statu quo* del marquesado… Para ellos te has convertido en un error de cálculo, Bram.

—Creyeron que solo era un ignorante comerciante.

—Ignorante y manipulable, agradecido por el milagroso descubrimiento de su sangre azul, que lo sacaría de la miseria de trabajar como un hombre común… Por ese mismo error de cálculo, el abogado vino a buscarte aquí y no al negocio. —Miró a su hija—. Debieron sudar frío cuando les llegó el rumor que el señor Reeves

estaba cortejando a Florence Witney. Quizás si nosotros veíamos que él era heredero de un marquesado conservador, impediríamos el enlace. Apostaron todas sus fichas a ese escenario.

Bram apretó con gentileza la mano de Florence.

—Deben estar locos si piensan que dejaré ir a mi prometida.

Elijah, quien estaba escuchando atento, arremetió:

—¿Cómo que prometida? ¿Cuándo se comprometieron?

Bram se tapó la cara. Había sido un torpe.

La ausencia de toda palabra se llenó de gestos y miradas de soslayo. El compromiso era un paso lógico, pero no a esa velocidad.

Florence suprimió una sonrisa e intentó componer una expresión seria al explicar:

—Nos íbamos a comprometer en Nochebuena… Queríamos que fuera sorpresa… Lady Beatrice ha intentado presentarle opciones más dignas a Bram, y pensamos que un compromiso la haría desistir.

Andrew le propinó un gesto de amonestación y dijo:

—Fue una sorpresa de todas formas… —En una situación normal ya estaría felicitándolos y abriendo una botella de champaña. No obstante, el ambiente se había enrarecido y preguntó—: ¿Quién más sabe esto?

Bram descubrió su rostro y respondió:

—Tía Gárgola, todo el servicio doméstico de la mansión y las cuatro damas que llevaron a sus hijas al matadero.

Olivia le preguntó a su hija:

—¿Reconociste a esas damas?

—No, deben pertenecer a la facción más dura de los conservadores, de los que ni siquiera nos saludan.

Andrew y Olivia se miraron y asintieron. La matriarca de la familia señaló:

—Hay dos formas para actuar en esta situación. —Sus ojos alternaron entre Bram y Florence—. Ir de frente, que todo el mundo sepa de su próxima unión y asumir las consecuencias, u ocultarlo hasta después de la votación para evitar dolores de cabeza y más intentos por separarlos.

Violet se cruzó de brazos y terció:

—¿Por qué lo complican tanto? Ellos se aman y ya.

Elijah la miró con reproche y expuso:

—Porque creen que el marquesado les pertenece y que tienen potestad sobre él. No puedes hacerles cambiar de parecer cuando ha sido así desde hace siglos. Siempre ha sido un voto seguro. Que un Ashbourn se case con una mujer que es miembro de una familia del partido liberal es una amenaza para ellos. Podría cambiar de bando para siempre.

Bram, sorprendido por la severidad de Elijah, comprendió que la situación era más seria de lo que ya era, y añadió:

—Lo que no dimensionan es que si nunca hubiera conocido a Florence, mi postura habría sido la misma. No me importan las consecuencias, la gente debe poder comprar pan sin que eso signifique un sacrificio. Los terratenientes no dan abasto con la producción de grano y lo tienen a precios exorbitantes… Son unos codiciosos… Ellos no saben lo que es el hambre.

Andrew esbozó una sonrisa.

—Ellos creen que yo le estoy envenenando la mente a este muchacho, subestiman que él ya tiene sus propias ideas.

Olivia asintió y añadió:

—Y nadie los va a convencer de lo contrario.

Bram y Florence se quedaron pensativos. Ellos solo querían un minuto de paz, de poder ser simplemente una pareja de enamorados que estaban descubriendo lo hermoso de amar.

Les gustara o no, ellos eran una pieza importante en ese juego de poderes. El siguiente movimiento era crucial.

Florence sabía cómo era el castigo para sus familias. Si bien muchos aristócratas conservadores y liberales apoyaban su causa social disfrazada de caridad, también esos mismos hacían un vacío a todas las hijas de la familia, orillándolas a la soltería y a un velado ostracismo.

Mujeres inconvenientes, Damas del Diablo eran los epítetos más utilizado para referirse a ellas.

Para los varones de esas familias tampoco fue fácil, pero tenían la ventaja de poder forjar sus destinos sin depender de la influencia de la aristocracia.

Florence sentía que estaba perdiendo el control de su vida. Los engranajes de su mente giraron y su voz fue un reflejo de sus pensamientos.

—Ir de frente en este punto tan álgido podría traer consecuencias que quiero evitar. En el concierto de Hannover Square Rooms el recibimiento de las personas fue frío. Sí, terminó bien, pero el escenario era adverso. Si continuamos por esa senda, el concierto de Navidad para beneficiar a la Fundación Hope será un fracaso. Hemos trabajado mucho para llevarlo a cabo. No podemos permitirnos el lujo de perder dinero para la academia y el colegio.

Olivia ya había pensado en ello, le alegró que la prudencia fuera una voz a la que su hija escuchara, y añadió:

—Y también en enero será el baile que están organizando tus primos Thomas y Bernie para presentar a la hermana menor de ella. No queremos que eso se arruine. Han invitado a importantes banqueros y empresarios, no solo a aristócratas.

Bram no soportó sentirse inmóvil y se levantó. En sus venas se alzaba una rebelión que lo azuzaba a no bajar la cabeza.

—No me quiero ocultar para siempre… Estuve años escondiendo lo que siento por Florence porque pensaba que no era digno de ella. Y ahora que puedo…

Andrew entendía el punto de Bram, pero…

—Dejarán de fastidiarte después de la votación… por un tiempo, hasta que venga otra ley, otra amenaza a sus intereses. Mientras tanto, insistirán de distintas formas en «hacerte ver» lo inconveniente que somos. No me extrañaría si ya te están observando más de lo apropiado. Opta por tu paz mental.

—Florence es mi paz mental. —Y aquellas palabras fueron su respuesta. Apretó los labios antes de decir—: Solo para que su concierto y sus eventos sociales no fracasen les daré exactamente lo que ellos quieren ver… y después de la votación se darán cuenta de que no importa lo que hagan, la situación será irreversible. —Miró a su prometida, determinado, seguro como jamás en su vida—. Porque ya estaré casado con ella.

Florence arqueó sus cejas, su boca dibujó una «O».

Sus pulsaciones se aceleraron al punto de sentir que las sienes le latían.

—¿Un matrimonio secreto? —Buscó en los rostros de sus padres alguna reacción de rechazo, mas solo encontró serenidad. Luego sus ojos se desviaron hacia Bram—. ¿Estás seguro?

—Yo sí… Si tú no quieres, te esperaré.

Florence se quedó en silencio. Ella quería dar ese paso, pero no de esa forma.

Y si no lo hacía… Dios… Sabía que solo tendría que armarse de paciencia y simular la desolación por la distancia.

Se verían en secreto, buscarían una manera de amarse en las sombras. Pero era riesgoso jugar sin tener una mano ganadora.

No soportaría que esa separación fingida terminara convirtiéndose en algo real… ni que él dudara de su amor ante un convincente rumor. Sabía que muchos no conocían límites en orquestar ardides que eran capaces de quebrantar la confianza, por muy sólida que fuera.

Recordó los días en que Bram era solo un luthier, lo maravilloso que era imaginar un futuro juntos, construido con trabajo, valentía y admiración mutua.

No quería que ese sueño se convirtiera en una pesadilla.

Si tenían que mentir de esa forma para protegerse, era mejor para su paz mental que estuvieran casados.

En aquella estancia solo se escuchaba el crepitar de la chimenea. Parecía que todos contenían la respiración.

Florence cerró sus ojos por un instante.

No iba a tener la boda que había imaginado… pero sí el hombre.

Abrió los ojos. Y llegó la claridad.

—Acepto… Nos casaremos en el registro civil. Las iglesias son demasiado públicas…

Alzó su dedo para añadir algo, pero su padre terció:

—En el registro civil tienes que esperar veintiún días para realizar la ceremonia. Es un requisito que la boda sea anunciada. Ustedes quieren rapidez.

Bram se pellizcó el puente de la nariz. Florence chasqueó su lengua y dijo:

—¿Una licencia especial entonces?

Olivia entrecerró sus ojos y luego negó con su dedo índice.

—Nunca se sabe con el Arzobispo de Canterbury, debemos ser cautos… Es mejor la licencia común, eso evita las amonestaciones… Pueden pedirla en el Doctor's Commons y celebrar la boda en una iglesia de Soho. Estarán casados antes de año nuevo.

—Será con licencia común entonces. Después de las votaciones quiero el vestido, la fiesta y todas las tradiciones.

Ya estaba decidido.

Bram sonrió y un inusitado alivio lo invadió… Se arrodilló frente a Florence y le tomó las manos.

—Te daré diez fiestas de matrimonio si quieres.

—Con una me basta.

—Te compensaré cada día de mi vida… En cada aniversario. —Le besó las manos, reverente—. Te amo, Florence.

—Y yo también te amo. —Suspiró—. No siempre se hace lo que se quiere… o como se quiere, pero tendremos una buena historia que contarle a nuestros hijos. —Miró a sus padres. Sus ojos brillaban por lágrimas contenidas, ellos apenas se acostumbraban a la idea de que otro miembro de su familia abandonaría el hogar, y de súbito era casi un hecho—. Mamá, papá.

Bram se levantó y dejó que Florence fuera a abrazar a sus padres, quienes la recibieron con el mismo amor incondicional de siempre.

Los hermanos de Florence también se unieron a ese abrazo. Se escucharon dulces sollozos y deseos de felicidad y prosperidad.

Bram los observaba, y de pronto la culpa trepó por sus piernas y se instaló en su pecho. No era la forma que había imaginado pedirle matrimonio… Ni la vida que había soñado para ella.

Nunca fue su intención que las cosas se desarrollaran de esa manera, pero sentía que no dejarían en paz a ningún miembro de la familia Witney. Tenía al enemigo y al espía en casa.

No podía expulsar a Lady Beatrice, eso sería avivar el fuego. La dama debía creer que estaba domando al luthier. Tampoco podía

confiarse del todo con el personal doméstico.

Un sentimiento agridulce inundó la estancia. Andrew alzó su cabeza y vio a Bram observándolos con una expresión de haber perdido una batalla.

—Ven, muchacho, ¿qué haces ahí solo? —Extendió su brazo hacia él, conminándolo a unirse.

Bram se acercó y dejó que Andrew lo abrazara. De pronto, se vio rodeado por los Witney.

El calor lo tranquilizó. Estaba haciendo lo correcto.

Protegería a Florence con todo lo que tenía.

Para eso servía ser un marqués.

Rubato

Bram entró al salón de estar. Ahí se encontraba lady Beatrice bordando.

Las cejas alzadas de la mujer fueron el preludio de su pregunta:

—¿Por qué has vuelto tan temprano? Pensé que llegarías a la medianoche.

—La cena en Peony House fue demasiado tensa… —Se adentró hasta llegar a la chimenea y se calentó las manos. Con la vista perdida en las llamas, agregó—: No habrá cena de Nochebuena con los Witney. Mis disculpas por hacerle cambiar otra vez sus planes.

Lady Beatrice se quedó en blanco. Hasta hacía unas horas temía que Ashbourn fuera incontrolable. No sabía qué más hacer para enderezarlo.

Quizás a los Witney no les pareció correcto el proceder de su sobrino nieto ante la visita de los amigos del marquesado.

¿Qué pretendían esos idiotas liberales?, ¿que Ashbourn los echara a patadas?

Debía reconocer que la prudencia de su sobrino fue una excelente jugada. No les dio una respuesta firme a los miembros del partido, pero tampoco rechazó del todo sus consejos.

Dios santísimo, necesitaba más información.

Con una indiferencia que a ella misma le sorprendió, preguntó:

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no vendrán?

—Prefiero no hablar de ello… Mañana estaré fuera todo el día. Debo ir a ver unos almacenes para guardar lo que hay en mi negocio.

—¿No puedes delegar ese asunto a otra persona?

—No.

Ante esa respuesta seca, ella prefirió no insistir.

—Entiendo.

—Buenas noches, tía abuela.

—Descansa, sobrino nieto.

Bram le dedicó una mirada al árbol de Navidad, soltó un suspiro y dejó a lady Beatrice a solas.

Ella se quedó quieta, escuchando cómo los pasos de Bram se alejaban lentos y cansados.

Un leño se partió y se derrumbó. Una chispa crepitó y ella lanzó un gritito.

Se llevó la mano al pecho, su corazón era un galope que aumentaba de velocidad.

Inspiró hondo para apaciguar el temblor que se extendía en sus miembros.

Sabía que no podía cantar victoria, pero tal parecía que la primera grieta en esa relación iba a ser más profunda y rápida de lo que esperaba.

El aire salió entrecortado de su boca.

Reprimió el impulso de levantarse y escribir una nota.

No. Debía ser prudente, una golondrina no hacía verano…

Debía esperar a que se desatara la tormenta.

*****

Bram se apeó del carruaje negro y le ordenó a Arnold que volviera a Ashbourn Hall. Metió la llave en la cerradura y entró al negocio.

La vieja campanilla le dio la bienvenida.

Cerró sus ojos y sus fosas nasales expulsaron aire caliente.

Se secó las incipientes lágrimas.

Había olvidado lo mucho que extrañaba ese lugar. El saludo de su negocio.

Ceremonioso, guardó en sus estuches los instrumentos que estaban en exhibición. El escaparate pronto se vio desierto y sin vida. Borró la palabra «Temporalmente» del mensaje que escribió días atrás en el vidrio.

Una carreta tirada por caballos se detuvo frente al negocio. El conductor lo saludó tomándose la visera de su gorro.

Bram abrió la puerta y dos hombres entraron.

Los estuches de instrumentos se fueron apilando con cuidado. Al cabo de veinte minutos, la carreta estaba lista para partir.

Bram salió del negocio vestido de otra forma, ya no era el marqués de Ashbourn, sino un simple comerciante; ropa más vieja y

sencilla. Gorro, guantes y bufanda de lana cubrían sus facciones.

Como si fuera uno más, tomó lugar al lado del conductor e iniciaron el viaje.

Bram, tenso, no se sintió capaz de entablar conversación para distraerse. Se sentía constantemente observado en cada movimiento. Su mente se dividía, una parte señalaba de que estaban extremando precauciones, y la otra refutaba que nunca era suficiente, había entrado a un mundo con gente que tenía demasiado poder y conexiones.

Atravesaron Mayfair, Soho, Covent Garden y, tras cuarenta minutos de marcha, llegaron a la City, el corazón de Londres.

Se detuvieron detrás de la Catedral de Saint Paul, ese era el punto de encuentro.

Se apeó de la carreta y le dijo al conductor:

—Gracias, señor Churchill.

—Es un placer, milo… Señor Reeves. —Desvió la mirada y saludó al hombre que se acercaba—. Andrew, esto te pasa por quejarte de que tus hijos tenían compromisos cortos. Florence los aventaja por mucho.

—Muy gracioso, Adam. —Con un ademán saludó a los acompañantes del mejor amigo y secretario del vizconde; uno de ellos era su hijo y el otro su ahijado—. Remington, Oliver gracias por la ayuda.

Remington sonrió y respondió:

—Soy el único calificado para almacenar estos instrumentos con el debido cuidado.

El rostro de Oliver se deformó haciendo musarañas tras su amigo.

—Soy el único calificado… Ridículo.

Remington rio, era tan fácil fastidiar a Oliver.

Andrew negó con su cabeza, esos muchachos podían ser unos adultos, pero seguían comportándose como si tuvieran cinco años.

Se acercó a Bram, estrechó su mano y le comentó:

—Remington trabaja con mi hijo William en la galería de arte. Oliver Fields es el contador auditor que te recomendé. Ayudó a la esposa de Tony a resolver unos asuntos financieros de la naviera…

Bram esbozó una sonrisa a ambos.

—Muchas gracias por todo lo que están haciendo… Señor Fields… ¿Mañana puede ir a mi propiedad? Tengo un trabajo para usted.

—Por supuesto. Solo dígame a qué hora.

—¿A las diez de la mañana?

—Ahí estaré, señor Reeves. Cuando vengamos de vuelta a buscarlo conversemos sobre su situación.

—Excelente, muchas gracias… A los tres. Nos vemos.

Adam esbozó una sonrisa y dijo:

—Suerte en su trámite. Nos vemos al rato.

La carreta partió, el destino de los instrumentos era un almacén en Broad Street. Bram y Andrew alzaron sus manos como despedida.

Ambos atravesaron hacia la calle Benett's Hill, ahí se encontraba la entrada lateral del Doctor's Commons, lugar en el cual funcionaban un conjunto de sociedades eclesiásticas y civiles.

En la Oficina del Vicario General tramitarían la licencia común.

Se internaron en un verdadero laberinto, estrecho y sombrío, lleno de hombres con túnicas negras y pelucas blancas que se movían a paso lento. Se percibía el olor a polvo, cera de sellar y papel viejo que inundaban cada pasillo que recorrían. Bram no hacía contacto visual con nadie, e iba detrás de Andrew como si fuera un sirviente para pasar desapercibido.

Pronto llegaron al mostrador de la Oficina del Vicario General. Decenas de escribanos uniformados, con manguitos para no manchar sus camisas con tinta. Uno de ellos recibiría su solicitud.

No esperaron demasiado. Un anciano exclamó:

—¡Siguiente! —Bram y Andrew se acercaron. El escribano los miró y preguntó—: ¿Qué se les ofrece?

Bram carraspeó y dijo:

—Quiero solicitar una licencia común de matrimonio.

El hombre entintó una pluma y sin mirar dijo:

—Toda la información que me entregue debe ser verdadera. —Bram enderezó su postura—. Una vez redactada la declaración deberá jurar ante el delegado del vicario…

Andrew intervino:

—¿Puede ser el delegado Fields?

—¿James Feels?

«Dios, este hombre está sordo como una piedra», pensó Bram.

Andrew elevó su tono para corregir:

—¡James Fields!

Varios escribanos miraron en su dirección. Solo fue un segundo de silencio y volvieron a lo suyo.

—No grite que no soy sordo. —Bram arqueó una ceja.

Andrew, impertérrito, agregó:

—Mis disculpas… El señor Fields es un amigo de la familia, así aprovecharemos de saludarlo con mi futuro yerno.

El escribano miró a Bram y su ropa sencilla y luego al vizconde ataviado con elegancia. Se encogió de hombros, había visto tanto en su vida que aquello no le sorprendía.

—Bueno, bueno… será con el delegado Fields.

—Muy amable.

—Bien, nombres y edades de los contrayentes. La mujer primero.

Bram respondió, temiendo elevar demasiado su voz.

—Florence Olivia Witney. Veinticuatro años.

El escribano lanzó una mirada a Andrew… La mujer era mayor de edad y su padre lo aprobaba. El problema estaba casi resuelto.

Cuando terminó de escribir preguntó:

—¿Su nombre?

—Abraham John Reeves… noveno marqués de Ashbourn

La pluma se detuvo, el escribano miró fijo a Bram.

—¿Marqués de Ashford?

—¡De Ashbourn!

El silencio volvió a reinar y otra vez decenas de cabezas se alzaron y miraron a Bram. Un par de escribanos se susurraron sin siquiera disimular que lo estudiaban. Pudo leer en sus labios que decían: «Ashbourn».

Tenso, solo estiró una sonrisa. Esa mañana su nombre ya había aparecido en el titular del periódico conservador The Standard: «La esperanza renació con el noveno marqués de Ashbourn».

Ahora la presión era pública.

La noticia era especulativa, pero quienes se limitaban a leer solo el titular se quedaban con la impresión de que votaría en contra de las leyes de emergencia.

El sonido de plumas y voces susurrantes haciendo eco en la oficina volvió.

El escribano, como si nada hubiera pasado, plasmaba el nombre de Bram.

—… De Ashbourn… —Frunció el ceño y estudió a Bram por largos segundos. Un marqués pidiendo una licencia común, eso sí era una anomalía. Hizo memoria y era el tercero que solicitaba aquel trámite en sus treinta años como escribano.

Bram evadió el contacto y fingió quitarse una pelusa de su bufanda. Sentía que su corazón dejaría de latir de un momento a otro. Era el riesgo que estaban corriendo y el punto débil de su estrategia; debía dar su nombre completo, incluyendo el título.

Si el rumor de su matrimonio llegaba antes de la celebración, podrían impedirlo.

Andrew esbozó una sonrisa y confidenció:

—Asuntos privados de familia, estimado… proceda con la celeridad que el pago requiere.

El escribano le dedicó una última mirada a Bram y preguntó:

—¿Edad?

—Treinta años.

—¿Dónde se encuentra la iglesia en la que celebrarán la ceremonia? Tiene que comprobar que ha vivido en ese lugar los últimos quince días.

—Soho. —El escribano volvió a mirarlo con interés. Hasta donde sabía ningún aristócrata vivía en Soho. Bram carraspeó y explicó—: Vivo ahí desde antes de ser marqués… Hace un par de días que tomé el título y aún no me cambio de residencia… —De su bolsillo sacó un papel viejo—. Este es el contrato de alquiler del piso donde vivo.

En cierto modo no mentía. En aquel piso todavía había unas cuantas pertenencias que no pudo llevarse a Ashbourn Hall y había pagado dos meses más de alquiler, por las dudas.

El escribano lo recibió. Examinó y leyó el documento. Era bastante auténtico.

Continuó con el procedimiento y completó el formulario.

—El costo de la licencia es de dos libras. —Bram dejó sobre el mostrador dos monedas de oro. El escribano las tomó y las guardó en un cajón—. Espere por allá. Luego lo llamará el delegado.

—Muchas gracias, que tenga un buen día.

Se dirigieron a unos asientos de madera en un rincón y se sentaron.

Y esperaron.

Andrew carraspeó… Bram jugaba con su anillo.

La espera terminó cuando un hombre se acercó a ellos.

—Buenos días, milord. —Ambos caballeros alzaron la mirada.

Andrew sonrió y se levantó. Estrechó la mano del recién llegado.

—¿Cómo estás, muchacho?

—Sorprendido… Así que la señorita Florence se casará. —Y miró de reojo a Bram.

—Exactamente. James, te presento a mi futuro yerno, Abraham Reeves… —Dejó el título en suspenso, ya estaban llamando demasiado la atención.

El interés de James se desvió hacia Bram.

—En el periódico de ayer leí sobre usted y la señorita Florence, pensé que eran solo exageraciones para azuzar especulaciones. Pero veo que es más que cierto. Vamos a mi oficina para terminar el proceso. Síganme por favor.

Mientras caminaban detrás de James, Andrew le explicó en voz baja a Bram:

—James es hijo del secretario de mi cuñado, es el hermano mayor de Oliver.

—Veo que tienen contactos por todas partes.

—Los contactos más importantes no son necesariamente otros aristócratas.

—Así veo. —«Creo que es momento de contratar hombres y mujeres leales… y bien pagados», pensó Bram. Él también debía extender una red de favores.

No tardaron en llegar a una pequeña oficina, donde James tenía sobre el escritorio el pergamino cuyo título era «Licencia Común», al lado de este, la declaración jurada. Con un gesto el delegado los invitó a tomar asiento.

Le acercó la declaración a Bram.

—Firma y sello, por favor, milord. Nos ahorraremos toda la ceremonia. —Le ofreció la pluma y el tintero.

—Muchas gracias, señor Fields. —Bram firmó sin vacilar. Era la primera vez que se sentía orgulloso de rubricar «Ashbourn» en un documento.

James calentó la cera roja y, al lado de la firma, dejó caer un goterón. Bram estampó el sello de su anillo. Una ligera sonrisa curvó sus labios.

La declaración volvió a manos de James y le preguntó a Bram:

—¿Cuándo se quieren casar, milord?

—Si fuera por mí, mañana.

—¿Y cuándo tomó el título?

—El dieciocho.

James sacó la cuenta con los dedos.

—Entonces no se puede casar mañana, ya ha firmado como Ashbourn en la declaración. En la licencia pondré que se emitió el veintiuno de diciembre, no trabajamos los sábados y los domingos. Al menos le he ahorrado un día de espera. —El espacio de la fecha estaba en blanco y escribió el número en ambos documentos. Sopló la tinta y pasó el papel secante. Dejó una copia aparte—. Y aquí no ha pasado nada. Felicidades, puede casarse a partir del veintiocho de diciembre; el Día de los Santos Inocentes.

Enrolló el pergamino con la licencia y le ató una cinta roja. Se la entregó a Bram.

—No sabe cuánto le agradezco el favor, señor Fields. —Sus manos sudaban, el corazón zumbaba. Esa licencia se convirtió en algo tan sagrado como Florence.

—Nuestra familia siempre estará de su lado ahora que entrará al círculo más criticado de Inglaterra. Lamento no haberle podido darle más días de ventaja… No queremos una anulación por alguna tontería. —Miró al vizconde—. Milord, siempre es un placer.

—Gracias por la ayuda, muchacho. Dale mis saludos a tus padres y hermanos. —Se levantó de su silla, fue secundado por su inminente yerno.

El vizconde estrechó la mano de James y luego Bram hizo lo mismo.

—En su nombre… Si alguien viene haciendo preguntas sospechosas negaré la existencia de esta licencia… Que tengan un maravilloso día, y felicidades a la señorita Florence.

Andrew le guiñó el ojo y se retiraron de la estancia.

Y mientras devolvían sus pasos por los pasillos de ese añoso edificio, Bram sostenía como un tesoro su licencia.

En seis días Florence se convertiría en su esposa… La espera iba a ser tan larga como una eternidad.

Demasiado tiempo para que alguien hablara.

*****

Florence se miró al espejo que gobernaba la habitación del piso de Grace en la Academia Cross. Hizo una mueca y se dio la vuelta.

—Vaya, sí parezco un muchachito.

Grace rio y le acomodó la peluca de cabellos cortos.

—Siempre debemos tener un buen atuendo masculino para emergencias. —Y esas emergencias eran viajar solas, visitar lugares prohibidos, realizar trabajos sucios o tener algún encuentro furtivo con un amante.

—Después te pediré el nombre de tu sastre.

—Cuando quieras, pero no es un hombre, sino una mujer.

—Lo supuse. —Le sonrió a su amiga—. Gracias por apoyarme.

—Siempre…

Florence ya le había contado todo a Grace… En el ensayo de esa tarde revelaría su secreto al resto del quinteto.

Mientras tanto, ella seguiría con su plan particular: ver a Bram en el negocio.

Necesitaba con su vida pasar un momento en privado con él, olvidarse del mundo y fingir que solo eran un hombre y una mujer.

Y que ese peso que habían depositado sobre sus hombros no existía.

A piacere

Cuando Florence llegó al negocio, Bram ayudaba a cargar la carreta con un piano de pared. Se metió las manos en los bolsillos y observó a esos cuatro hombres, cuyos rostros enrojecidos evidenciaban el peso y cuidado de la misión.

Al señor Churchill, Oliver y Remington los conocía de toda la vida.

Era un buen momento para probar si la reconocían a pesar de su disfraz de muchachito.

Los hombres terminaron de cargar el piano. Entraron y salieron del negocio. Agregaron unas cajas y unos estuches de instrumentos de viento.

Florence desvió la mirada hacia el escaparate desnudo. Ese triste y escueto mensaje de adiós le produjo una sensación de vacío en el pecho. Era la confirmación de que la vida de Bram —y la propia— estaba tomando un rumbo muy diferente al que imaginó cuando su relación comenzó diez días atrás.

Ella iba a tener una vida sencilla haciendo lo que amaba, con el hombre que amaba. Jamás imaginó ser una marquesa.

Ahora pudo comprender mejor el impacto que debió recibir Bram cuando le informaron que era un marqués. Era desolador renunciar a los sueños…

Y él ya había renunciado a tantos.

Inspiró entrecortado.

Bram subió una caja y le dijo al señor Churchill:

—Esta es la última, otro día cargamos el resto… Oliver, nos vemos mañana. Gracias a todos por su ayuda.

Los tres hombres se tomaron las viseras de sus gorras y emprendieron el viaje hacia el almacén. Ni siquiera le dedicaron una mirada al muchachito anodino y fisgón.

La carreta inició su marcha y Bram se quedó contemplándola alejarse con una expresión de dolor. Florence tragó saliva y se secó las incipientes lágrimas.

Inspiró hondo y entonó su voz para que sonara más grave:

—Señor Reeves.

Él dio media vuelta y frunció el ceño. En el laberinto de su memoria intentaba darle un nombre a ese rostro juvenil con gafas… Ese lunar en el pómulo… Esos ojos, ese color cálido.

Él abrió los suyos hasta desorbitarse. El muchachito sonrió.

¡Esos labios!

Se acercó, miró de reojo a su alrededor y su voz susurró:

—¿Florence?

—Al fin me reconociste. Llevo media hora esperando.

Bram la observaba de arriba abajo. Pantalones, cabello corto, un abrigo sencillo, bufanda, guantes y una gorra eran el perfecto disfraz.

—Estaba… —«¿Dónde escondió su pecho?», preguntó su mente—. Bueno, ya viste que estaba haciendo, solo pensé que eras un muchachito ocioso y curioso.

—Entonces, mi disfraz funcionó.

—Cuando me dijiste que ya solucionaríamos el problema de vernos, no imaginé esto.

—Es bastante efectivo. Es el recurso que usan casi todas las mujeres en mi familia… Aunque yo no había tenido la oportunidad. —Entre ellos se extendió un silencio en el que se reconocían con sus nuevas apariencias. Florence estaba viendo a una versión más sencilla del señor Reeves—. ¿Cómo te fue?

—Mejor entremos, señor… ¿Cómo he de llamarlo?

—Señor Holtz.

—¿Abraham Holtz? —Ella asintió, él sonrió—. Permítame decirle que soy su más ferviente admirador. ¿Cuándo va a publicar su próxima obra?

—Pronto… —Le dedicó una breve mirada a la fachada del negocio—. Aunque he perdido el lugar donde vendía mi trabajo.

—Ya encontraremos un modo. —La invitó con un gesto—. Después de usted, señor.

Florence entró. Bram, antes de seguirla, miró en todas direcciones asegurándose de que no hubiera nadie sospechoso observándolos. Cerró la puerta tras de sí y echó el seguro.

La campanilla tintineó y dijo: «Los extrañaba».

Al internarse en el negocio, la memoria de ella fue llenando los espacios vacíos. En ese rincón estaba la vitrina de accesorios; por allá, contrabajos, violas, violines, violonchelos; a la derecha, el mostrador; a la izquierda, las partituras e instrumentos de viento y el piano.

Había cajas que no pudieron ser cargadas, polvo en el piso y la huella de aparadores que terminaron apegados a la pared.

Avanzó hasta llegar al taller.

Parpadeó y dos lágrimas se convirtieron en arroyos sobre su piel.

Ya no había herramientas, ni los instrumentos a medio reparar o en proceso de fabricación. El suelo libre de virutas y la chimenea apagada. El mesón vacío, ya no existían rastros de madera, cueros, frascos de pintura o cola. Solo había un armario cerrado que nunca supo qué contenía.

El olor a barniz ya no era tan intenso.

La voz de Bram se escuchó a sus espaldas. Su tono era como el de un deudo que hablaba de un ser querido que había partido, estoica, pausada… dolorosa.

—Es difícil ver mi peor pesadilla hecha realidad, pero no del modo que imaginé… Cuando mi padre… —Tragó saliva—. Cuando mi padre falleció, siempre luché para que nuestro negocio no terminara así, vacío. Mi miedo más terrible era que este lugar dejara de tener vida, perder el negocio, el taller y mi medio de subsistencia… Que el esfuerzo de tres generaciones no sirvieran de nada… Y bueno, casi todo se cumplió… al menos no estoy en la bancarrota.

Florence se giró, los ojos y nariz de él estaban enrojecidos. Ella lo abrazó y apoyó la cabeza en el pecho ancho de Bram.

—Lo siento tanto, mi hermoso luthier… —Elevó su anegada mirada y añadió—: Sea como sea, seguiremos honrando a los hombres que te antecedieron. Cuando todo esto pase, buscaremos una forma.

Él asintió en silencio, con los labios apretados…

Su mentón tembló.

Y se permitió llorar. Ese final que se negó a aceptar hasta el último momento lo había alcanzado.

Sollozos mudos y compartidos hicieron eco en el taller vacío. El único consuelo que les quedaba era el de estar juntos durante todo el tiempo que Dios les permitiera.

Y aprovecharían cada instante, cada logro, cada fracaso, la dicha y la tristeza… Los días tranquilos y bucólicos, los difíciles y los apremiantes.

Se consolaron, porque en los albores de su relación, ese lugar iba a ser una de las piedras angulares de su vida en común, y ahora debían construir otro futuro con responsabilidades y deberes que nunca fueron siquiera imaginados.

El llanto pasó de las lágrimas a los suspiros entrecortados, a la garganta apretada, al pecho que dolía…

Al silencio que se rehusaba a ser llenado con palabras vacías.

Bram inspiró hondo… Se separó lo suficiente para sacar un pañuelo de su bolsillo.

Le quitó las gafas a Florence, secó sus lágrimas y limpió su nariz con ternura. Le besó la frente y esbozó una sonrisa.

—No más lamentos, mi preciosa Florence… Tenemos que avanzar y salir airosos de esta situación.

Ella asintió parpadeando lento, con sus iris fijos en él.

—Me gusta que hables en plural.

—Somos tú y yo… —Alzó su dedo, pidiendo que esperara un segundo. Del abrigo que se hallaba colgado en un perchero sacó un pergamino enrollado y se lo ofreció—… Es la licencia… No pude hacer el trámite en completo anonimato, pero es mejor que nada.

Florence soltó la cinta roja y desenrolló el pergamino, leyó veloz y sin pausa hasta el final. Lo miró y dijo:

—Nos podremos casar a partir del veintiocho… En seis días.

—Si quieres esperar más…

—No, está perfecto. —Besó a Bram, para borrar todo rastro de incertidumbre en él—. Si hubiera sido por mí, me habría casado mañana.

—El señor Fields no pudo darme más tiempo, por tecnicismos que podrían anular nuestro matrimonio. Ya nos arriesgamos con que nos diera un día de ventaja.

—Da lo mismo si logran anularlo por alguna tontería rebuscada, nos casamos otra vez y ya… ¿Te imaginas? Seríamos los únicos en tener doble noche de bodas, doble luna de miel, doble fiesta… —Las carcajadas de Bram se escucharon graves y jocosas—. Hay que verle el lado positivo.

—Por supuesto, me casaré contigo las veces que sean necesarias... Aunque espero que sea solo una.

—Mientras seamos cuidadosos, nadie lo impedirá…

Bram acarició la mejilla de Florence. Con su mano libre la atrajo hacia él por la cintura.

—Podré soportar todos los obstáculos de mi vida mientras tú seas mi constante… ¿Sabes dónde están mis herramientas ahora?

—¿En el almacén? —indagó ella sonriendo. Bram negó escondiendo una sonrisa—. ¿En Ashbourn Hall?

—Sí. Ese lugar es tan enorme que es fácil montar un taller de luthier secreto.

—¿No temes que lady Gárgola te descubra?

—No… —Hizo una mueca indolente—. Va a tener que aprender a ceder. Si lo descubre en los siguientes días, no le importará tanto. Debe estar muy contenta de que estoy a punto de romper contigo… No sé si se tragó mi actuación de ayer, pero debo reforzar su creencia con un par de días de dramático encierro. Los aprovecharé para terminar ese violín que lleva varios años esperando cobrar forma.

Florence hizo un mohín.

—Serán días bien aprovechados… Yo podré soportar esa soledad… —Esbozó una pícara sonrisa—. Si me dejas suficientes recuerdos para no extrañarte tanto.

—¿Qué clase de recuerdo quiere? Sea más específica, señorita Witney. —Con su dedo índice y pulgar atrapó la licencia. Florence ofreció una ligera resistencia—. Compórtate…

Florence la soltó. Bram dejó el pergamino sobre el mesón.

—Quiero esos besos largos que me das… También que me muerdas el cuello.

Él arqueó la ceja.

—¿Te gustó?

—Ajá… —Un ligero rubor tiñó su piel—. Se siente… delicioso.

—¿Delicioso?

Le quitó la bufanda y los guantes. Le siguieron la peluca y la malla que confinaba el cabello de Florence, y las dejó al lado de la licencia. Una a una las horquillas acompañaron esa parte del disfraz.

Pronto el pelo largo y castaño quedó suelto. Con sus dedos él abarcó la cabeza y masajeó el cuero cabelludo.

—Ah, esto también se siente delicioso. —Cerró sus ojos disfrutando del masaje.

—Aparte de besos y mordidas deliciosas… Dime, ¿qué más deseas llevarte como recuerdo?

—A ti… —Abrió sus ojos y desabotonó el chaleco—. Verte, acariciarte… Sentirte. —La mano curiosa de Florence indagó por sobre la camisa—. Quiero conocer tu cuerpo un poco más antes de la noche de bodas.

—¿Un pequeño adelanto?

—Ajá.

—Entonces eso tendrás, mi hermosa Florence.

Bram la tomó por la nuca, pero no la besó de inmediato. Su respiración se volvió más pesada.

¿Estaba haciendo lo correcto? Con todo lo que tenían encima… No era el momento, no era el lugar. No era como quería.

Pero, maldita sea, ya nada era como quería.

Tenía derecho a una propia indulgencia.

No podía ni quería apartarse de ella.

La besó sin contemplaciones. Su lengua era un verdadero ariete que arremetía buscando su sabor. Y ella se entregaba a ese primer contacto profundo que ansiaba desde hacía días.

Él se sacó la levita sin romper ese beso para luego quitársela a ella. Ansiaba comprobar qué tanto se ajustaba ese pantalón a sus formas. Se obligó a separarse de esa tentadora boca y admiró la figura curvilínea de su mujer. Florence no pudo reprimir un escalofrío, el cambio de temperatura era brutal.

—Hay que encender el fuego para amarte como se debe, ¿me puedes esperar?

—Sí…

Bram se quitó el chaleco, se arremangó la camisa.. Sobre las cenizas puso papel de periódico viejo y armó una pila de leños. Era rápido, metódico, no había nervio en sus movimientos. Florence descubrió que las venas de esos fuertes antebrazos se marcaban y evidenciaban el recorrido de su sangre.

Encendió una cerilla y prendió el periódico en distintos puntos. Las llamas se alzaron vigorosas y efímeras, lo suficiente para alcanzar los leños secos y alimentarse de ellos. El peculiar aroma a papel quemado inundó la estancia.

Bram, agachado, vigilaba el fuego, acomodaba unos leños… Ese lugar sería uno de sus refugios cuando su matrimonio fuera secreto.

Se levantó y abrió el armario.

Florence al fin pudo descubrir que ahí almacenaba lo esencial para dormir y asearse en el taller.

Frente a la chimenea, Bram extendió una colchoneta y armó una suerte de cama. Sábanas, frazadas y almohadas protegerían del frío a los amantes. Cerca, situó la palangana, vertió agua y se lavó las manos.

Ella se acercó a la chimenea para ahuyentar el frío.

—Asumo que a veces tenías que dormir aquí —dijo Florence extendiendo sus manos hacia el calor.

Bram se acercó a ella y la abrazó.

—Cuando me hice cargo del negocio, este fue mi dormitorio por unos tres años, antes de poder alquilar mi piso en Soho. Después solo lo usaba cuando tenía entregas urgentes y trabajaba hasta tarde… ¿Estás segura de querer dar un paso más? —La conminó a mirarlo a los ojos. Necesitaba comprobar que no había duda en ella—. No quiero apresurarte o que te sientas obligada… Después de esto, pase lo que pase, será irreversible.

Ella le besó la punta de la nariz.

—En este momento no me importaría si damos dos o tres pasos más.

Él esbozó una sonrisa, mas un pensamiento nacido del miedo la borró.

—Florence, sabes que te amo… y haría cualquier cosa por ti… cualquier cosa. Si toda esta situación que estamos atravesando es demasiado para ti, si no quieres seguir adelante… Te prometo que lo entenderé y…

—No… no lo digas, Bram… Te lo dije el primer día, no soy débil. Ten fe en mí, así como yo la tengo en ti. —Lo besó, comprendía el temor de él, eran las reminiscencias del abandono que sufrió—. Estaremos juntos hasta el final.

—Siempre.

—Siempre, mi hermoso hombre… Ahora, ¿en qué estábamos? Ah, sí… en que vamos a hacer el amor.

—Eres peligrosa para mi voluntad… —Fue su cariñosa amonestación, en sus labios la sombra de una sonrisa aparecía—. No me podré resistir si traspasamos el límite.

—No me arrepentiré.

—Y yo tampoco… —Admiró a Florence, adoraba su forma de ser—. Para muchos, que una mujer sea impetuosa puede ser un terrible y vulgar defecto, pero a mí nunca me han simpatizado las que son demasiado beatas.

Como si fuera algo cotidiano, Bram desabotonó el chaleco de Florence.

—¿Por qué? —Ella le facilitó la tarea, se quitó la prenda y continuó con la camisa.

—Porque muchas no te permiten que seas esposo y amante, y juzgan el placer como algo pecaminoso… —Se quitó la camisa y su torso quedó expuesto—. Al menos eso decían mi abuelo y mi padre… La primera vez que entraste al negocio supe que eras una dama impetuosa. —Florence por fin acarició a Bram. Él siseó y toda su piel se erizó—. Estás fría.

—El resto también está frío… Caliéntame.

Bram desabotonó su pantalón junto con su ropa interior e instó a que ella metiera su mano. Apretó la mandíbula al sentir el gélido toque que tanteaba y acariciaba su ardiente erección.

Florence se lamió el labio inferior, el calor de la sedosa rigidez se propagaba en su mano. Indagó más abajo y sostuvo con

delicadeza los testículos que reaccionaron ante su toque. Ella lanzó una risita nerviosa.

—Estás como la nieve, mujer.

—Y tú, calientito. Me encanta… Espera.

Acarició una última vez, retiró su mano y se quitó la camisa. Bram descubrió por qué el pecho de ella estaba tan bien disimulado. Una faja enclaustraba sus senos.

De un extremo desenvolvió su regalo de Navidad anticipado, y pronto pudo ver esas cimas coronadas de rosados pezones que apuntaban hacia él con orgullo. No se contuvo, las adoró con su boca, lamiendo y succionando. Mientras devoraba a una, amasaba y pellizcaba, gentil, la otra.

La respiración de Florence se volvió superficial. Un íntimo pulso se asentó entre sus piernas con urgencia. Tensó sus muslos buscando una especie de alivio.

Bram le desabotonó los pantalones y la instó a que se acostara.

—Levanta tus caderas.

Ella obedeció y en un eficiente movimiento, él arrasó con el pantalón y la ropa interior. Solo las medias de lana cubrían parte de su piel, las que fueron arrancadas sin piedad.

Florence sintió el calor del fuego sobre la piel. El frío se extinguió cuando él se puso de pie y, sin dejar de mirarla, se quitó el resto de la ropa.

Se le secó la boca al ver a ese hombre desnudo. Espalda ancha, músculos que sobresalían con cada movimiento, caderas estrechas, esa mata de vellos claros que rodeaban esa enhiesta longitud, y que continuaba, ascendente, por el vientre hasta desperdigarse por el pecho.

Ella se arrodilló. Codiciosa, acarició las pantorrillas y los muslos velludos y musculosos. A sus fosas nasales llegó el viril aroma de él; piel y jabón.

Él atrapó su cabello en una coleta.

—No tienes idea de lo que me provoca verte así…

—¿Qué estás imaginando?

—No sé si te va a parecer excitante o indecente. —Empuñó su miembro, la punta roma y carnosa acarició los labios de Florence,

insinuando su fantasía—. Tienes el derecho a negarte.

Ella no dudó, abrió más la boca y lo recibió.

Bram apartó la mirada con brusquedad. Su voz solo fue una exhalación al decir:

—Florence… Ten piedad… Si continuas así, no podré…

No pudo terminar la oración. Tomó una profunda inspiración. Ya no hacía falta.

Sentir la humedad de esa boca fue suficiente para dejarlo a punto. Ni siquiera se atrevió a moverse.

Florence jugó con su lengua. El instinto la conminó a no quedarse quieta, solo debía tener la precaución de que sus dientes no rozaran la gruesa longitud en el proceso.

Bram la guio con delicadeza solo una vez; entrar y salir, pero no del todo. Y ella continuó con su sensual misión. Había algo poderoso en esa forma de amar. Él estaba a merced de su boca y del placer que le proporcionaba, lo sabía. Su futuro esposo jadeaba grave y contenía gemidos. Ella elevó su mirada, solo podía ver que él había echado su cabeza hacia atrás y su manzana de Adán sobresalía del cuello.

Aquello espoleó su deseo, notó que entre sus piernas rezumaba una resbalosa humedad… Ella no era del todo ignorante de la respuesta de su propio cuerpo. Varias veces se vio en esa tesitura por algún estímulo externo. Espiando a parejas que se besaban a oscuras, esas caricias atrevidas… Esos encuentros íntimos y fugaces en las que se abrían pantalones y se alzaban enaguas.

A veces los amantes pecaban de indiscreción.

No pasó demasiado tiempo y él se retiró. La tensión era evidente en todo su cuerpo. Montes y hendiduras fueron más visibles en ese abdomen.

Él se arrodilló frente a ella, jadeante.

—Casi me pierdes… Necesito… recuperar el control… Es hora de retribuir ese placer. —La pregunta «¿Cómo?» no alcanzó a salir de los labios de Florence cuando él añadió—: Acuéstate y ábreme esas piernas, preciosa.

Ella confió e intuyó lo que vendría después.

Pero jamás le haría justicia a lo que sintió y vio.

Fue consciente del calor de la lengua que se esparcía en toda su intimidad. La tibia humedad instigaba aún más ese deseo que se cernía sobre ella, señalando un camino a recorrer.

Su hombre besaba, lamía, mordía… atormentó ese punto sensible que exigía más.

Florence alzó más sus caderas buscando más contacto, más estímulo. La desesperante y pulsante sensación de necesitar más borró cualquier atisbo de timidez.

Su voz gemía, su cuerpo ansiaba más calor y presión.

Él preguntó:

—¿Quieres más?

—Dios, sí.

Y sintió que algo tanteaba por entrar en ella. Florence miró, y se encontró a ese hombre que se abría paso en su intimidad con sus dedos.

Uno de ellos la penetró. Ella se tensó cuando lo sintió demasiado adentro. Todo era nuevo y extraño.

—Relájate, querida. —Abandonó su interior. Un inusitado calor se propagó dentro de ella. Él volvió a penetrarla, y la sensación fue diferente.

El dedo entró y salió con lentitud, ya no parecía haber la resistencia anterior. Aquel movimiento le recordó a lo que ella hizo con su boca.

Y él volvió a devorarla.

—Ay, santo cielo… —Se aferró a los cabellos de Bram y abrió más sus piernas.

Y perdió la cabeza, no le importó nada. El primigenio instinto la poseyó y gobernó sus actos, y ella se entregó.

Su interior intentaba apresar el dedo de Bram. Sus caderas ondeaban buscando más contacto de esa boca. Un ritmo salvaje se impuso en esa carnal melodía.

Y la chispa iluminó el resto de esa partitura prohibida.

Florence no hizo más que seguirla al pie de la voluptuosa letra.

Con cada acometida, el placer vibró en su cuerpo. Olas cálidas se esparcieron en su piel, y una inefable sensación de gozo y alivio dominó todos sus sentidos.

No quería que parara… Pero apenas soportaba.

Lanzó un grito ahogado y su espalda se arqueó tensa, aferrándose al último vestigio de esa arrebatadora fruición.

Esa sensación viva y mortal se desvaneció. Bram la sostuvo entre sus brazos. Ella se acurrucó en el sólido pecho y el calor del cuerpo de él la envolvió.

Él besó su coronilla.

—Ha sido maravilloso… Pensé que no lograrías alcanzar el clímax.

—Yo tampoco, pero… Ah, creo que tendré que practicar más.

—No sé por qué no me extraña esa respuesta viniendo de ti.

—El cuerpo es un instrumento complejo…

Bram sonrió, no podía estar más de acuerdo. Volvió a besar el cabello de Florence. Ella suspiró y el aroma de Bram la reconfortó.

—¿Y tú, mi hermoso luthier? Sé que todavía no has terminado.

—¿Cómo quieres que esto acabe?

Ella salió del escondite que era el pecho de su hombre y lo miró:

—Como se debe… Dame la experiencia completa.

Él asintió con un leve gesto de cabeza, mas debía advertir:

—Es posible que te duela un poco. Pero solo la primera vez, luego te acostumbrarás y será más fácil.

—Lo sé, es un precio bajo si lo comparo con lo que me has hecho sentir… Ha sido tan maravilloso, que solo quiero aprender más formas de amar.

—Entonces he cumplido mi objetivo, que tú disfrutaras… Y ahora lamento informarte que solo disfrutaré yo.

—Quiero verte.

Para Florence fue como presenciar una especie de ritual pagano. Él arrodillado entre sus piernas, concentrado en una plegaria, guiando su virilidad hacia ella.

Lo sintió tanteando y resbalando en su entrada. Caliente y suave.

Y entró…

Su interior le daba la bienvenida, se abría para él. Esa misma resistencia anterior se hizo notar otra vez. Ella esperó sentir dolor,

mas solo fue una ligera molestia; así como vino, se fue. Bram retrocedió apenas un poco y volvió con su cautelosa invasión.

Lo repitió varias veces más. Él fruncía el ceño, respiraba agitado, la amplia frente se perló de sudor.

Se aferró a sus rodillas y avanzó firme, inexorable.

Bram tembló cuando llegó hasta el fondo. Se quedó quieto para no derramarse, para domar ese impulso que acabaría demasiado pronto, y que no le haría justicia a esos largos años de anhelo sin esperanza.

Admiró a su mujer. Entregada, lista y dispuesta para recibir su semilla.

—Te amo, Florence.

—Y yo a ti, mi Bram.

—¿Te ha dolido?

—Nada… Ahora estás dentro de mí. Te puedo sentir.

Él extendió su mano.

—Ven, quiero mirarte mientras te lleno…

Ella tomó su mano sin saber muy bien qué pretendía su prometido. Pronto lo comprendió. En un movimiento ágil y sin separarse, se aferró a los hombros de Bram. Al mismo tiempo él la tomó de las nalgas y la alzó para que lo montara.

Sus frentes se tocaron, sus alientos se mezclaron.

Bram la sostuvo y con la fuerza de sus piernas y caderas empujó.

Florence jadeó al sentirlo tan profundo. Él embestía brioso y contundente. Sin perder el ritmo, sin parar.

Para Bram era la gloria, era entrar al paraíso sin morir.

El calor aumentaba entre ellos, y no era por el fuego.

El sonido de sus cuerpos colisionando, sus respiraciones agitadas, los gemidos mezclándose eran las notas de esa desenfrenada sinfonía.

Sin aviso, sin advertencias, su cuerpo se rebeló.

Bram se vio invadido por la urgencia de reclamar por fin a su mujer y dejar su impronta.

Arremetió una, dos veces más y se abandonó al éxtasis.

Abrazó fuerte a Florence. Mientras sucumbía a la liberación, marcó el delicado cuello con una gentil mordida. Ella siseó gustosa y su intimidad apretó la de él.

Bram se enterró más y tembló.

Ahí, en esa celestial unión, él solo era un hombre, Bram, y encontró lo que había perdido.

Por un instante había dejado de ser Ashbourn.

Y ahora sabía cuánto necesitaba ser solo Bram… con ella.

Amaba infinitamente a una mujer, solo a una… a Florence.

No existía el mundo, el marquesado, el Parlamento. Solo ellos, solo amándose y entregándose.

Ella era su refugio, la calma que encontraría todas las noches cuando él llegara a casa, harto de ser un marqués.

No podía pedir nada más. Tenía la viva esperanza de que saldrían airosos de todas las pruebas que les impusiera el destino…

Solo quería empezar el resto de sus días.

Decrescendo

Esa tarde, el carruaje de alquiler se detuvo frente a la Academia Cross. Bram, anticipándose a que tenía que volver a Ashbourn Hall, lanzó un suspiro y dijo:

—Llegamos. —No quiso dilatar más la despedida o se acobardaría. Besó a su mujer con brío y sed—. Ya nos veremos en Navidad.

—Sí… —Le dio un último beso—. Te amo.

—Te amo… Vete, amor.

Florence se apeó disfrazada de Abraham Holz. Bajo el brazo cargaba varias partituras que Bram le regaló.

Ella se tomó la visera de su gorra como despedida. Bram asintió con un regio movimiento de cabeza, golpeó el techo de la cabina para ordenar la partida.

Florence domó el impulso de llorar al ver cómo él se alejaba. Inspiró y exhaló profundo, y se internó en el edificio.

Subió directo al piso de Grace, apresurada. Después de hacer el amor otra vez, se resignaron a separarse. El tiempo se fue volando y se les hizo tarde. Los miembros del quinteto debían estar esperándola.

Y así fue…

Cuando Florence entró, los interrogantes rostros de Anthony, Caleb y Matthew le recordaron que no era a ella a quien miraban, si no a un jovencito de gafas y anodino que cargaba unas partituras. En cambio, Grace reprimía una sonrisa ladina apretando los labios.

Ellos siempre caían en esa trampa.

Florence se acercó a paso vivo. Al sentarse, dejó las partituras sobre la mesa de centro y, natural, dijo:

—Perdón por el retraso. —Y se quitó las gafas.

El primero en reconocer la voz de Florence fue Anthony.

—¿Qué haces disfrazada de hombre, Flo?

Matthew parpadeó y se restregó los ojos.

—¿Es Florence?

Caleb miró de reojo a su hermana. Grace sonreía mostrando todos sus dientes, orgullosa de su obra.

—Sabía que tú tenías algo que ver con esa apariencia. Dios, está casi irreconocible. —Ladeó la cabeza y miró a Anthony, luego a Florence —. Aunque, pensándolo bien, me doy cuenta de que es la versión femenina y castaña de Tony.

Grace alzó su barbilla y explicó:

—Florence tiene motivos de sobra para verse así… —Su gesto se ensombreció—. Y ojalá fueran más alegres… Bueno, sí lo son… pero… Ah, mejor cuéntales.

Florence estiró una sonrisa. Se quitó la peluca y liberó sus cabellos.

Les contó todo, sobre lady Gárgola, sus intentos por sabotear su relación, la visita de los «amigos y compañeros» del antiguo marqués, la presión de la prensa y del mundo político. También habló de las decisiones que tomaron para proteger su vínculo, y blindar a las organizaciones sociales que lideraban sus madres.

Se venían tiempos difíciles.

—…Y ya tenemos la licencia común para contraer matrimonio en seis días. Mi familia y ustedes son los únicos que podrán asistir sin que llamemos demasiado la atención.

El incrédulo silencio ahogó la estancia.

El tictac del reloj, que encabezaba la chimenea, era lo único que marcaba el paso del tiempo que parecía haberse detenido.

Caleb, Matthew y Anthony, como pocas veces, en sus rostros no se expresaba ningún sentimiento. Solo ceños pensativos.

Ellos eran herederos de sus respectivos títulos, esperaban que fuera lejano el día que asumieran esa clase de responsabilidad y, sin embargo, no eran ajenos a lo que implicaba ostentar uno, y comprendían la gravedad de la situación.

Las historias de sus familias tenían las cicatrices que dejaban la sed de poder, estatus e influencia… o la negación ante la pérdida de ellas.

Y que un título, que siempre fue conservador, fuera tomado por alguien que pensaba y vivía totalmente diferente era una afrenta.

Una pieza defectuosa.

Un error.

Un peón que no podían manejar a su antojo.

Y quienes podría sufrir el daño colateral eran todas las piezas que rodeaban ese peón.

Matthew parpadeó. Fue el primero en preguntarle a Florence:

—Y ¿cómo estás tú con todo esto?

Después de la euforia de haber hecho el amor, el peso del mundo caía sobre sus hombros. No obstante…

—Puedo soportarlo. Desde que empezamos nuestra relación, sabíamos que iba a ser difícil… Solo que ahora es diferente a lo que nos habíamos anticipado.

—Entiendo… y también entiendo por qué han tomado esta decisión. No solo por un asunto de hacer un movimiento inesperado en este juego político. —Miró de reojo a Anthony, él parecía más afectado de los tres—. Entre toda esta incertidumbre necesitan un ancla para sus almas, y eso es el matrimonio.

Florence inspiró entrecortado y repuso:

—No lo había visto de esa forma, pero tienes razón, Matt.

Caleb tenía la mirada perdida en las llamas de la chimenea. Su voz era casi un murmullo al decir:

—En cualquier otra situación estaría diciendo que están exagerando, pero… —Se masajeó el ceño tenso. Miró a Grace y luego a Matthew—. Nuestra historia familiar dicta lo contrario, no se debe subestimar al adversario cuando está desesperado.

Grace se arrellanó en su sillón y dijo:

—Así es, es mejor pecar de precavidos.

Anthony se peinó con los dedos, pero terminó revolviendo su cabello. Soltó un resoplido.

—Tendremos que dar nuestra mejor actuación para el concierto de Navidad en Westwood Hall, porque todos van a estar mirando y hablando de Florence.

Caleb asintió y añadió:

—Invitamos a todo el mundo, incluso a los que siempre nos han rechazado. No me sorprendería si esta vez van… Incluso algún representante de Ashbourn Hall, y no me refiero precisamente a Bram.

*****

Bram se apeó del carruaje de alquiler frente a la mansión. Le pagó al cochero.

Una cara desconocida abrió la puerta de hierro. El hombre lo saludó sin mirarlo.

—Sea bienvenido, milord.

Bram entró y se detuvo frente al desconocido.

—¿Eres el nuevo portero?

—Sí, milord.

—¿Cómo te llamas?

—John Pancras, milord.

—Bien. Que tengas un buen día, John.

—Muchas gracias, milord.

Bram avanzó por el sendero de gravilla. Dejó su disfraz de comerciante en lo que quedaba del negocio, y regresó tal como si no hubiera ocurrido nada.

Inspiró el aire helado, qué difícil era ocultar la euforia que sentía de hacer el amor con su futura esposa.

Era muy diferente a los primeros encuentros furtivos que tuvo cuando era una joven promesa musical, antes incluso de cortejar y comprometerse con Daisy. Él caía feliz en las redes de algunas damas maduras que estaban dispuestas a «educarlo» en las prácticas amatorias.

No llegó al punto de ser promiscuo, pero era un alumno aplicado, y su regla de oro era siempre protegerse. Y todo acabó cuando conoció a Daisy.

Bajo el escrutinio de carabinas, nunca hubo posibilidad de ir más allá de robarle uno que otro beso.

Después de ella, no tuvo corazón, cabeza o necesidad de buscar alivio con alguien que estuviera dispuesta… y mucho menos estaba en condiciones de pagar.

Hasta que vio a Florence Witney en Hyde Park.

Esa tarde de diciembre, esa mujer lo había marcado para toda la vida. No solo fueron cuerpos descubriéndose, tampoco se trataba de saciar el deseo que los consumía. No, ellos sellaron un

compromiso, consolidaron su unión más allá de un papel o una bendición.

Y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que ella fuera feliz. Como fingir que la había perdido irremediablemente y que nada más le importaba, ni siquiera la bendita votación en el Parlamento.

El mayordomo abrió la puerta en cuanto él subió el primer peldaño de la escalinata.

—Bienvenido, milord.

—Gracias, Hill… ¿Alguna novedad? —Entró al vestíbulo. Se quitó el sombrero. De soslayo, notó que Shakespeare ya estaba listo para recibir sus prendas—. Buenas tardes, William. Gracias. —El hombre solo hizo un gesto silencioso para responder.

El mayordomo, impertérrito, continuó con la conversación.

—Ninguna, milord.

—¿Lady Beatrice?

—Se encuentra en su salita privada. —Una a una recibía las prendas y se las entregaba al ayuda de cámara—. Está revisando las invitaciones que han llegado esta semana.

—Bien. —Se masajeó la frente e hizo una mueca de dolor—. Muchas gracias.

—¿Se siente bien, milord?

—Solo es un dolor de cabeza, no se preocupe… Mañana a las diez vendrá, el señor Oliver Fields, para que avise al portero y le permita la entrada.

—Como ordene.

Bram solo hizo un doloroso gesto de agradecimiento y se dirigió a la salita privada de su tía abuela. A ella tenía que demostrarle todo su talento para la actuación.

Antes de entrar, golpeó la puerta para anunciarse. Se la encontró rompiendo el sello de una carta.

—Buenas tardes, tía abuela.

Ella, sin dejar de desplegar la misiva, respondió:

—Buenas tardes, Ashbourn.

—En el futuro, quisiera ser yo quien revise las invitaciones y decida a cuáles asistir y a cuáles no.

Los movimientos de lady Beatrice se congelaron.

—A falta de una marquesa, esa siempre ha sido mi tarea. Cuando haya una en esta casa…

—No habrá ninguna marquesa. Por lo tanto, yo quiero abrir mi maldita correspondencia y decidir a qué maldito evento social ir.

Al escuchar aquella declaración tan beligerante, la dama parpadeó sin saber cómo reaccionar. ¿Había escuchado bien?

Las pulsaciones se le dispararon y, para disimular que las manos no le temblaban, volvió a plegar la invitación.

Carraspeó antes de decir:

—Como ordenes… —A ella le importaban los motivos de la ruptura, pero temía que sus preguntas levantaran sospechas. Podría averiguar más si lo azuzaba—: Te dije que ella no era digna.

—Ella es más que digna… Y es una mujer libre, y la dejé ir para no encerrarla en esta vida.

—Mezclar el amor con el deber es un error que cuesta caro.

Bram ladeó la cabeza y entrecerró sus ojos.

—¿Se ha enamorado alguna vez, tía abuela? ¿O es tan perfecta que nadie era digno de usted?

—El amor es para los débiles. Nunca lo necesité.

—¿Y entonces por qué no se casó?

—No es de tu incumbencia.

Una irónica mueca transformó el rostro de Bram al decir:

—Me parece justo… y a usted tampoco tiene que incumbirle con quien me vaya a involucrar en el futuro. Se lo advierto, no intente meterme por los ojos a cualquier tipo de «candidata digna». Si va a ser por conveniencia, que sea para la mía. —La única respuesta de ella fue alzar su barbilla. Bram añadió—: Y ya que ha abierto todas esas invitaciones, rechácelas… No iré a exhibirme a ningún evento social en mucho tiempo… Me duele la cabeza, esta noche no bajaré a cenar.

Cerró la puerta tras de sí, dejando a lady Beatrice sin saber qué hacer en primer lugar.

Inspiró. Posó sus manos sobre la mesa y cerró los ojos.

En completa inmovilidad transcurrieron los segundos.

Abrió los ojos…

—Sí, no hay duda. Es hora de que lo sepan.
Tomó papel y pluma.
Debía enviar un mensaje.

Contrapunto

HISTORIA DE UN desAMOR
Por H. Wells

Lo que empezó como el cotilleo final de este difícil año se convirtió en un golpe de realidad.

Las apuestas más fuertes decían que el romance entre la señorita Witney y el dueño del emblemático establecimiento de música, Reeves & Son, fracasaría en menos de medio año.

Pocas veces —por no decir nunca— las apuestas relacionadas con la familia del vizcondado resultan favorables a lo que piensa la mayoría.

Pero ese día ha llegado.

Ni siquiera un mes.

No fue la falta de dinero, dignidad o posición. Irónicamente, fue la súbita incompatibilidad con la nueva vida del antiguo comerciante.

Para quienes han vivido bajo una piedra estas semanas, el señor Reeves resultó ser el último heredero del marquesado de Ashbourn, y este cambio fue el detonante de lo que parecía ser un cuento de hadas.

Fuentes cercanas a la pareja afirman que el vizconde Rothbury se opuso al incipiente romance, debido a las diferencias políticas que tiene con el marquesado. Una familia liberal —radicales dirían algunos— no podría emparentarse con otra que, desde siempre, ha sido conservadora.

Y no solo eso, la vida de una marquesa también es incompatible con las sencillas aspiraciones de la señorita Witney, quien no estuvo dispuesta a sacrificar su carrera musical y docente por las exigencias de un título tan importante.

Es triste ver que, a veces, los cuentos de hadas solo son eso, cuentos.

Clarín Social, 24 de diciembre de 1846.

Beatrice apretó los labios al terminar de leer la nota de la revista social que siempre compraba. El aroma de las tostadas del desayuno parecía ahogarla

En su mente podía evocar con claridad la nota que le llegó el día anterior.

Breve. Perentoria.

Compruébelo. Sus ojos serán los nuestros en el concierto de Navidad.

Resopló. ¿Acaso no les bastaba con la prensa? ¿Con los cotilleos?

El día anterior le llegaron imprevistas visitas que pretendían corroborar si el marqués volvía a estar disponible. Beatrice solo dio respuestas ambiguas para no despertar la ira de Ashbourn. Menos mal que estuvo todo el día encerrado; primero con el contador, y luego tocando el violín en su habitación. Debía reconocer que lo hacía demasiado bien.

Sin embargo, esa visita que recibió era el claro indicio de que la ruptura era un hecho. Si los rumores llegaban a las matronas sedientas por casar a sus hijas, era porque no se trataba de simples especulaciones.

Miró de reojo a Ashbourn, leía el periódico. Ya no conversaba en las mañanas. No almorzaba, no cenaba. El mayordomo le comentó que a media tarde subían a su alcoba una taza de té, pan y queso.

Carraspeó.

—¿Hoy me acompañarás a la cena? Es Nochebuena.

Ashbourn no respondió de inmediato. Parsimonioso, plegó el periódico.

—Por supuesto. —Bebió un sorbo de té y luego preguntó—: Milady, ¿el marquesado celebra el día de las cajas?

—Mi padre vetó esa perniciosa costumbre. No es bueno hacer caridad a los empleados y los arrendatarios, después piensan que tienen el derecho de pedir más.

—No me extraña, pero tenía la ilusión de que sí tuvieran esa mínima deferencia con las personas que engrandecen el título.

—Los sirvientes no lo engrandecen, eso es el privilegio del marqués.

—El marqués solo sería un inútil que no sabe vestirse si no fuera por la gente que trabaja para él. Esa costumbre volverá a esta casa. Con todo respeto, su padre era un imbécil tacaño y miserable… y el resto que perpetuó esa decisión, también.

En ese momento entró el mayordomo portando una bandeja de plata.

—Ha llegado una carta para usted, milord. —Le ofreció la bandeja y Bram tomó el papel sellado—. El mensajero dijo que es urgente, de los almacenes.

—Gracias, Hill.

Bram desplegó la nota, la leyó rápido. Soltó una imprecación y se levantó.

—Voy a estar todo el día afuera. Hubo un amago de incendio y debo constatar los daños de mi mercancía.

Y se marchó.

Los labios de Beatrice se tensaron… Qué fastidio.

No quería ir al concierto de Navidad para corroborar lo evidente.

Pero no tenía más opción.

*****

En la noche de Navidad, la duquesa de Ravensworth subió al podio. Dio un barrido visual ante la numerosa concurrencia y sonrió.

—Buenas noches, damas y caballeros, al concierto de Navidad que el ducado de Ravensworth ha preparado para ustedes. El Quinteto Divino… —Las miradas de los asistentes se clavaron en Florence. Muchos solo asistieron para cotillear y constatar que el romance de la violista había fracasado—… conformado por hijos e

hijas de prominentes familias han extendido sus fronteras y, junto maestros de la Academia Cross y al coro de la iglesia de Saint Pancras, han conformado una orquesta de cámara, la que ejecutará un repertorio navideño con toques románticos.

»Les agradezco su asistencia y, como pudieron apreciar al entrar, en varios rincones del salón hay urnas en las que pueden dejar su donativo a los niños del Colegio Hope, institución que se encarga de educar a los hijos, hermanos y sobrinos de las alumnas de la Academia Hope. Mañana será el día de las cajas, queremos que sea especial y esperanzador para ellos, pero también deseamos que lo sea todo el año… Al final del concierto, quedan invitados a disfrutar de bebidas y bocadillos.

»Sin nada más que agregar, los dejo con la orquesta de cámara de la Academia Cross. Denle un aplauso a mi hija, la duquesa de Oxford, directora de esta agrupación.

Los aplausos se elevaron en la estancia.

Los músicos, solemnes, se levantaron cuando la duquesa entró.

Florence, seria y concentrada, afinaba su instrumento con el resto de sus compañeros. Fingía que no notaba a las personas que susurraban sin dejar de mirarla. Algunos se reían, otros reflejaban lástima… Y otros, como lady Beatrice, la observaban con severidad y cierto regocijo interno por haber tenido siempre la razón.

De haber sido real su ruptura estaría con el alma hecha jirones. Interpretar ese concierto serían puñaladas en su corazón, llenas de recuerdos de Bram.

Se aferró a ese sentimiento desolador. Ella debía interpretar y convencer a la audiencia de que todo era real.

Para ella, el culmen de la presentación no iba a ser el final con el *Hallelujah*, sino a la mitad, cuando interpretara el *Adagio de Otoño* de Abraham Holz y, como solista, tenía que ejecutarlo de pie.

Recordó esa tarde que parecía lejana cuando descubrió a Bram, hermoso y desolado, tocando la viola que había reparado. Pudo ver el dolor que ambos compartían, la soledad, el pensar que el amor era un sueño inalcanzable… Que quizás podría tenerlo todo, pero a la vez anhelaba aquello que hacía felices a los demás… Quería vivir, aunque fuera solo una vez, el amor.

No importaba si no duraba, no importaba si le rompían el corazón, ella podría decir que sí amó, que quizás fue amada.

Y volcó todo eso en su viola al interpretar ese otoño que se aferraba a no convertirse en invierno. A ver que sus esfuerzos eran inútiles, al no poder impedir que las hojas cayeran al suelo.

Y en esa nota final, agonizante y trémula, sus lágrimas cayeron.

El aplauso no llegó enseguida. Todos parecían haber sido testigos del último canto de un ruiseñor antes de morir.

Florence se secó las lágrimas con dignidad, erguida. Hizo una solemne reverencia.

Solo en ese momento los aplausos alabaron a la orquesta, pero, por sobre todo, a la interpretación de esa mujer que los enmudeció al punto de cambiar el matiz de las miradas y las especulaciones.

El concierto continuó, pero el ambiente cambió. Para sorpresa de lady Beatrice, las miradas y susurros se clavaron en ella.

«Hasta donde sé, ellos ya estaban juntos cuando él no era nadie».

«¿Por qué la señorita Witney rechazaría un título? Quizás es cierto que lady Beatrice fue un factor importante».

«¿Importante? Crucial diría yo. Esa mujer ha influido en el marquesado, a tal punto, que impidió la boda del antiguo marqués con su amante».

«Si no fuera por ella, el marqués habría tenido su heredero».

Lady Beatrice carraspeó ante las especulaciones, no era sorda. Sabía que el centro de atención había cambiado. Se sintió tentada de irse antes de que terminara el concierto, pero sería como echar más leña al fuego.

Esos minutos fueron eternos.

Se obligó a levantarse cuando el público ovacionó. Aplaudió de mala gana.

Se sentía observada y no precisamente por esas víboras que hablaban a sus espaldas.

Se giró, buscando algún rostro que pudiera darle una señal que confirmara esa sensación.

Ahí…

Un sirviente la miraba fijo. Se acercó a ella y, discreto, le entregó una nota.

Beatrice la desplegó con sus manos temblorosas.

El marqués aún no vuelve a Ashbourn Hall. Búsquelo en el concierto.

Apretó los labios… Westwood Hall era tan grande como la propiedad de Ashbourn. Tampoco era su territorio, no podía andar husmeando para hallar a su sobrino nieto.

Y si es que estaba.

Esa mañana, Ashbourn recibió un mensaje del contador que se encontraba en la propiedad del marquesado en Southampton. Les dio el día libre a los sirvientes de la mansión y partió sin dar más explicaciones.

Alzó la mirada, los músicos ya se estaban marchando.

Florence Witney se había esfumado.

*****

Florence entró en la sala de la duquesa portando una palmatoria. Cerró la puerta con seguro. Atravesó la estancia y comprobó que no hubiera nadie tras las cortinas que velaban las puertas francesas. Revisó debajo del escritorio, en el rincón al lado del librero, detrás de los muebles.

Cuando estuvo conforme, soltó el aire que retenía en sus pulmones.

Un clic resonó en la estancia. Se llevó la mano al pecho y jadeó.

Una puerta camuflada en la pared se abría. Ella sonrió al reconocer la silueta. Sin embargo, ese gesto desapareció y se acercó un poco más para asegurarse.

Hombros anchos, cabellos rubios… ese aroma que podía reconocer en cualquier parte.

Dejó la palmatoria sobre el escritorio.

Se miraron en silencio, bebiéndose la anhelada imagen del otro.

La voz de Florence fue casi una exhalación cuando dijo:

—Bram…

Ella no soportó más la distancia y fue a su encuentro.

Sus cuerpos colisionaron antes de enredarse en un abrazo y sus bocas se unieran voraces. Sus lenguas saboreándose decían lo mucho que se extrañaban, que esos días separados habían sido interminables.

Sin pedir permiso se exploraron, para recordar que sus cuerpos seguían igual que antes.

El frufrú de la seda y sus respiraciones superficiales era todo lo que se escuchaba en esa estancia. Bram avanzaba, Florence retrocedía en esa especie de danza que los llevaba a la pared.

Los besos de Bram fueron descendiendo hasta llegar a su lugar favorito. Aspiró el aroma del cuello y su cuerpo se llenó de vida. La sangre se agolpó entre sus piernas alcanzando un punto tenso y doloroso.

La mordió. Ella gimió y tanteó hasta encontrar los botones del pantalón.

Bram le facilitó la tarea y liberó su miembro rígido. Alzó las innumerables enaguas hasta dar con el muslo de su mujer y la instó a que le rodeara la cintura.

Fue un movimiento limpio levantarla y verse apresado por esas piernas y brazos que se aferraban a él con fuerza.

Guio su miembro a la cálida entrada. Halló el néctar rebozando en esa ardiente feminidad. La tortura fue para ambos cuando recorrió los húmedos pliegues con la punta carnosa y granate.

Y entró.

Bram apoyó su cabeza en el pecho de Florence para ahogar el jadeo furioso que deseaba salir de su garganta.

Embistió firme, constante, al compás del sedoso interior de su mujer.

De soslayo, notó que una sombra, acompañada del sonido de pasos ágiles, manchaba fugaz, las puertas francesas.

Un golpe metálico y seco sobre la tierra. Bram se tensó.

Levantó la cabeza y miró. Se obligó a separarse de Florence.

Sin hacer ruido, se fue adecentando a medida que se acercaba a las puertas francesas.

Corrió la cortina con brusquedad.

Nadie.

No obstante, aquello no lo dejó tranquilo. Sentía el peligro sobre ellos soplándole en la nuca.

Se acercó a Florence que permanecía quieta. Besó su frente.

En voz baja, casi inaudible, dijo:

—Ya está todo listo para que nos casemos… A las nueve en la iglesia de Saint Anne.

—Ahí estaré. Te amo, Bram.

—Yo también, mi hermosa Florence… Esta noche tu *adagio* me hizo llorar. Estuviste soberbia… Mejor me voy. Hemos tentado demasiado a la suerte.

La besó una última vez, breve y profundo.

Ella acarició su rostro.

—Vete.

Y Bram se escabulló en la puerta secreta.

Florence suspiró, vacía… y con el deseo aún ardiendo.

Solo debía esperar tres días… No, un poco menos.

De todas formas, era una eternidad.

Cantabile Sotto Voce

A las ocho de la mañana la densa neblina reinaba en Londres. Apenas amanecía. En el ambiente, se percibía el aroma a humedad, humo y carbón. Casi como si fueran fantasmas, los feligreses de la iglesia de Saint Anne, en Soho, aparecían desde la espesura grisácea ante la puerta para asistir al servicio matutino del Día de los Santos Inocentes.

Algunas viudas, comerciantes y vecinos del barrio se sentaron en las bancas de madera que crujían y rechinaban. El sacristán encendía las velas de sebo, y el peculiar aroma se mezcló con el de las ropas impregnadas de neblina y las voces susurrantes de los feligreses.

Sin embargo, esa mañana se vieron numerosos rostros desconocidos. Quizás eran nuevos en el barrio, sus atuendos se veían sencillos, pero de buena hechura. Uno de ellos, el de más edad, tenía una inmensa cicatriz en forma de cruz que desfiguraba el lado derecho de su rostro.

La voz monótona del sacerdote se elevó e hizo eco en las paredes de piedra, iniciando el servicio matutino de la gélida iglesia.

El susurro de las voces en oración era un canto a Dios, a la piedad, a la salvación. El vapor de sus ropas formaba ligeras volutas que se mezclaban con el vaho de sus alientos.

Cada salmo recitado parecía durar un siglo.

Florence, su familia y sus amigos eran las voces más firmes y reverentes. Elevaban sus plegarias para recibir la bendición divina y que los protegiera de cualquier daño.

Andrew vigilaba cada movimiento sospechoso, cada sonido fuera de lugar sin que su boca dejara de orar.

La luz mortecina del amanecer poco a poco penetraba en el gran salón.

Florence buscó la mano de su madre. Encontró su agarre firme y cálido, lleno de fe.

—Todo saldrá bien, hija…

Todas las voces se unieron en un final «Amén».

El servicio matinal concluyó.

La iglesia se fue vaciando sin prisa ni pausa. El sacristán apagó las velas, a excepción de las que presidían el púlpito. El sacerdote cerró el libro de oración común y se quitó las níveas prendas ceremoniales.

El silencio se hizo absoluto, al punto de ensordecer.

La puerta se abrió.

El corazón de Florence se aceleró de golpe, y miró junto a los demás.

Era solo una mujer.

Esbozando una sonrisa nerviosa, se limitó a inclinar su cabeza y recogió un libro de oración que dejó olvidado sobre una banca.

Se retiró, apresurada. La puerta reverberó al cerrarse tras de ella.

Andrew consultó su reloj de bolsillo.

—Faltan cinco minutos. —Su voz grave se propagó, ominosa, como un trueno ahogado por la distancia.

Florence oteó a su alrededor. Oscuras ojeras en su vista cansada evidenciaban la falta de sueño. No fue una noche tranquila, tampoco las previas.

No había ni una señal de Bram.

Se aferró a su libro de oración. Sus manos temblaban y casi podía escuchar los latidos de su propio corazón.

¿Y si no pudo salir de Ashbourn Hall? ¿Y si habían descubierto su plan? ¿Los habrían visto en el concierto? ¿Alguien del Doctor's Commons habló?

El sacerdote se acercó a Andrew y le dijo:

—Si no llega el señor Reeves ahora, va a tener que esperar hasta mañana. No importa que él sea un feligrés de esta iglesia.

—Vendrá, señor Miller.

Andrew miró hacia la puerta inmóvil. El sonido de carretas, perros ladrando, palabras extranjeras y comerciantes voceando sus productos rompían el sacro silencio. El barrio cobraba vida.

Volvió su atención al altar… La mano de su esposa se posó sobre su pierna. Él la tomó y le besó el dorso.

El sacerdote carraspeó. El eco fue eterno. Miró a Andrew y le arqueó la ceja.

La puerta lanzó un largo y lastimero gemido.

Todos miraron al mismo tiempo, conteniendo el aliento. Dos siluetas masculinas se recortaron a contraluz por un efímero instante. Florence entrecerró sus ojos, no podía distinguir si era Bram, no reconocía las ropas. Las bufandas estaban hasta arriba y la penumbra no le permitía verles los ojos.

La puerta se cerró y una solitaria paloma intrusa emprendió el vuelo desesperado en la bóveda.

Los hombres atravesaron la nave dando largas y briosas zancadas hasta llegar al altar. Uno de ellos le entregó un papel al sacerdote, quien le propinó una mirada reprobatoria.

—Un minuto más tarde y no habría boda, señor Reeves… —sentenció después de darle una última comprobación a la licencia—. Perdón…, milord… Es la costumbre.

Florence se puso de pie. ¿Ese hombre era Bram?

—Lo siento… No soy lord Ashbourn. —Descubrió su rostro, era Oliver—. Yo seré uno de los testigos, solo custodiaba la licencia.

El hombre que había quedado rezagado se quitó el sombrero revelando el cabello rubio. Al fin ella pudo ver esos amados iris oscuros.

Florence cerró los ojos, aliviada. Apretó la mano de su madre para domar el impulso de correr a sus brazos y besarlo.

—Tantos años como feligrés y no me reconoce, señor Miller.

—Ciertamente si viene tapado hasta los ojos no lo iba a distinguir, milord. El joven aquí presente tiene la misma complexión que usted.

—Disculpe la demora, tuve un pequeño imprevisto. —Su respiración era agitada. Justo esa mañana se rompió la cincha de uno de los caballos del carruaje que supuestamente lo dejarían en la estación de trenes. Miró a Florence y esbozó una sonrisa—: ¿Estás lista, vida mía?

Bram extendió su mano. Florence asintió y la tomó... Soltó a su madre, quien la retuvo solo un momento más y la dejó ir.

El señor Miller carraspeó y sentenció:

—Empecemos la ceremonia entonces.

Florence y Bram se quitaron los guantes y se tomaron de las manos. No hubo flores, atuendos especiales ni tradiciones. Lo único que legitimaba esa unión era el sermón del sacerdote que los exhortaba e informaba sobre el origen de la santa institución del matrimonio.

Las palabras las escuchaban vagas, lejanas, tal como los ecos de la voz apresurada y mecánica del señor Miller, quien no podía saltarse ninguna parte del ritual para acelerarlo, pero sí tenía la facultad de prescindir del sermón personal.

Y de pronto, volvieron al momento cuando el sacerdote dijo:

—Si hay alguien que sepa algún impedimento, por el que no puedan ser unidas lícitamente, dígalo ahora, o de aquí en adelante guarde silencio. —Ni siquiera esperó dos segundos, pero bastó para que las bancas rechinaran y todos contuvieran el aliento. Bram y Florence se apretaron las manos y observaron la puerta. Impertérrito, el sacerdote agregó—: Abraham John Reeves, ¿quieres tomar a esta mujer por tu legítima esposa, y vivir con ella, conforme a la ordenanza de Dios, en el santo estado del matrimonio? ¿La amarás, consolarás, honrarás y conservarás en tiempo de enfermedad y de salud; y renunciando a todas las otras, te conservarás para ella sola, mientras los dos vivieren?

Bram apretó las manos de Florence, su voz firme resonó al decir:

—Sí, quiero… para siempre.

Y cuando fue el turno de ella, Florence no resistió acariciar el rostro de Bram. Él sostuvo la mano contra su mejilla y le besó la palma cuando ella dijo:

—Sí, quiero.

El sacerdote continuó con la ceremonia. Andrew se levantó, renqueante se acercó y entregó a su hija a ese hombre que no flaqueaba, que luchaba, incluso contra sí mismo si eso significaba proteger lo que más amaba.

Su tesoro no iba a estar en mejores manos.

Los votos se recitaron con la voz quebrada, colmada de una mezcla de dicha y ansiedad. No eran palabras vacías, cada una la sintieron como una promesa encadenada al corazón. Siempre juntos

en la riqueza, en la pobreza, en la salud, en la enfermedad, en la tristeza, en la alegría…

—Con este anillo te desposo; con mi cuerpo, yo te honro; y todos mis bienes terrenales, te los doy. —Bram deslizó la fría alianza en el dedo anular de Florence. Una simple banda de oro, el único adorno era el monograma de sus iniciales entrelazadas.

A los oídos de Florence llegaron los sollozos de su madre, sus hermanas, sus cuñadas y de su gran amiga Grace. Observó por sobre su hombro a Caleb y a Matt; estoicos y con los ojos enrojecidos, al igual que Tony y Elijah.

Bram miró de soslayo al sacerdote, y este asintió. Había una ligera adición a la ceremonia que no implicaba ningún impedimento a la validez del matrimonio. Florence recibió un anillo idéntico al que ya lucía en su dedo y recitó los mismos votos que su incipiente esposo. Una promesa.

La alianza dorada brillaba orgullosa en la mano masculina. Bram sonreía y admiraba el monograma. Ellos siempre unidos.

Era una lástima tener que ocultarlo en cuanto salieran a la calle. Hasta el día de la votación lo llevaría colgado al cuello, junto a su corazón. Florence también tendría que hacer ese sacrificio. Callar su felicidad, postergar su vida en común.

Fingir una desolación que no existía.

El sacerdote prosiguió con la ceremonia y la llevó hasta el final.

—… Amén… —Con un gesto los invitó—: Por favor, síganme a la sacristía con sus testigos y así quedará legalizado este matrimonio.

Los novios secundaron al sacerdote. Oliver, por parte de Bram; Andrew y Olivia, por parte de Florence.

El sacerdote abrió el libro de registro, escribió los datos de los contrayentes y testigos, y también lo hizo en un documento duplicado… Ofreció la pluma y tinta, e informó:

—Son dos firmas, una para el libro de la iglesia y otro para el registro civil.

Al lado del nombre de Abraham John Reeves se rubricó la firma de Ashbourn sin vacilar… Bram ya se había acostumbrado.

Florence Olivia Witney firmó por última vez como soltera. De ahora en adelante sería conocida como Florence Reeves, marquesa de Ashbourn. Se despidió de su antigua vida… le dijo adiós a la joven invisible y con un carnet de baile vacío.

Y cuando Andrew rubricó al final atestiguando la unión, soltó un resoplido, como si hubiera aguantado la respiración durante los veinte minutos que duró la ceremonia.

Miró a Bram, estrechó su mano y dijo:

—Desde el primer día has sido bienvenido a la familia… Ahora te has convertido en un hijo. —Le dedicó una breve mirada a su hija—. Solo ama y protege a mi tesoro.

—Con mi vida, Andrew. Gracias por aceptarme, incluso cuando no era nadie.

—Nadie no… Siempre fuiste el señor Reeves. —Sonrió—. Creo que es momento de que beses a tu esposa.

La mirada de Bram se cruzó con la de Florence. Solo eso bastó para que ella se colgara de su cuello, él se afianzara a la sinuosa cintura y sus labios se encontraran en un beso cálido, tierno y colmado de esperanza.

Ese matrimonio era un hecho. Uno eterno e irreversible.

Al salir de la sacristía, Bram y Florence fueron recibidos por sus seres queridos. Abrazos, buenos deseos, lágrimas y la agridulce sensación de que todo pudo haber sido diferente.

Los recién casados no salieron por la puerta principal. En soledad, usaron la puerta trasera de la sacristía. Solo se permitirían una pequeña celebración.

A una cuadra de la iglesia, se encontraba el piso de Bram.

Sería su primer día como marido y mujer…

Y a la tarde, se separarían sin saber a ciencia cierta cuando podrían volverse a ver.

Stretto

En el piso de Bram, el tiempo parecía haberse detenido.

Mientras él calentaba la estancia con un brasero lleno de carbón, Florence observaba el lugar a consciencia. No fue difícil imaginar la vida pasada de Bram, frugal pero digna… con el latente miedo de perderlo todo, de no poder demostrar su amor por no ser suficiente.

Tal parecía que el sino de Bram era estar constantemente sometido a una prueba de su carácter. Ella albergaba la esperanza de que, en algún momento, podrían tener una verdadera paz, como esos días al comienzo de su relación, en que podían mostrarse a la luz del sol.

Sin esconderse, sin despedidas que sabían amargas.

—¿Estás bien? —preguntó él mientras se lavaba las manos.

Florece exhaló y volvió al momento.

—Sí… Creo que este lugar es el mejor para reunirnos, el negocio en Mayfair está demasiado expuesto.

—Le pagué muy bien al señor Somers para que mantenga la boca cerrada. —Se secó las manos, se acercó a ella y la abrazó por la cintura—. ¿Tienes hambre?

Florence esbozó una sonrisa pícara.

—Solo de ti.

Bram la alzó entre sus brazos, ella se aferró a su cuello. Había algo especial en el aire. Quizás era la ilusión de que eran solo una pareja de recién casados de Soho.

La besó con ternura.

—Será un placer saciarla, señora Reeves.

Sí, era una hermosa ilusión ser solo la señora Reeves, y no la marquesa de Ashbourn.

La dejó sobre la cama con delicadeza. No hubo prisa en despojarse de sus ropas. Se besaban con premeditada languidez. Tenían todo el día para amarse.

Redescubrieron la piel del otro, el aroma, la suavidad. Labios, lengua, dedos, todo era permitido para recorrerse a plenitud y encender la hoguera que los haría arder de gozo.

Y cuando por fin se unieron, se olvidaron del mundo. Eran la inigualable amalgama de cuerpos, almas y mentes en su estado más elemental. Se movían, colisionaban, resonaban en el otro.

La habitación se colmó de la ancestral melodía de la cama, que crujía al compás de respiraciones agitadas, gemidos y jadeos.

El aroma ahumado del carbón penetraba en sus fosas nasales, al igual que la fragancia de su unión, la que espoleaba el deseo y los urgía a no seguir retrasando el clímax.

Bram se aseguró de que Florence lo alcanzara primero. Dejó que ella lo montara como una vigorosa amazona, abandonada a la voluptuosa cabalgada. Con los ojos cerrados, ella disfrutó de las oleadas de placer que la azotaban en cada roce.

Él se bebió esa imagen de su mujer en pleno éxtasis. No necesitó más. Se aferró a las caderas de Florence y embistió al compás del deleite una y otra vez, logrando que ella alcanzara nuevas alturas y se dejó ir…

—Te siento… te siento, Bram.

Su placer pulsante se derramó en la tierra fértil y cálida de su esposa. Entrelazaron sus manos con fuerza, sus anillos brillaban tal como el momento compartido.

Bram admiraba a Florence… su esposa… La adoraba, más allá de lo racional… Alejó el temor de perderla demasiado pronto, tal como les sucedió a sus antecesores.

Florence abrió los ojos. Le sonrió a su esposo con su respiración agitada.

—No sabes cuánto te amo.

Bram acarició el rostro de su esposa, ella besó la palma de su mano.

—Lo sé… Porque te amo del mismo modo. —Esbozó una sonrisa de suficiencia—. Solo que yo te he amado por más tiempo.

—Te lo concedo… —El estómago de Florence rugió. Su risa fue floja pero satisfecha—. Ahora sí tengo hambre… de comida.

—Entonces, te alimentaré.

*****

El carruaje de alquiler viró en Brook Street y la desazón se apoderó del corazón de Florence. Ni siquiera la remanente sensación de tener a su esposo en su interior la consolaba. Escondió su rostro en el pecho de Bram y sollozó.

El ceño de él se contrajo de impotencia. Besó la coronilla de Florence sabiendo que aquello no brindaría alivio alguno.

—Ya llegará el día en que te venga a buscar, y no será necesario traerte de vuelta a Peony House. Un día tomarás el lugar que te corresponde por derecho en Ashbourn Hall. —Florence solo asintió sin dejar de sollozar—… Y mandaré a lady Gárgola a Escocia. —Ella rio y se sorbió la nariz.

Alzó su mirada congestionada.

—Ahora sí que le va a dar una apoplejía cuando se entere.

Bram hizo una mueca divertida.

—Retrasaremos eso lo más que podamos. —Besó a su esposa.

El carruaje se detuvo frente a la casa de Florence.

Ambos suspiraron. En sus cuellos pendían sus anillos de matrimonio.

Florence reunió todo su valor y abrió la portezuela.

—Te amo, Bram Reeves.

—Y yo más, Florence Reeves… Vete antes de que me arrepienta y mande a todos al infierno.

Ella estiró una sonrisa y se apeó del carruaje.

Bram la vigiló hasta que ella entró a su casa sin mirar atrás. Golpeó el techo y el cochero reanudó la marcha.

Suspiró, ya la extrañaba… Necesitaba que el tiempo pasara rápido. Estaba harto de actuar y de mentir.

*****

Beatrice le ofreció la taza de té al marqués de Tiverton.

—Como ya le comenté, Ashbourn no ha vuelto a ver a esa joven.

—Según mis contactos, Ashbourn ha tenido un más que sospechoso exceso de actividad fuera de la mansión.

—Está haciéndose cargo de un título, su señoría. Tenemos tierras en Southampton, Escocia y Gales. Ya sabe cómo es, sobre todo si no se ha sido educado para ello.

—No sea ilusa… Sé cómo se comporta un hombre cuando está encaprichado con una mujer… Y sé que Ashbourn no se ha rendido tan fácilmente.

—¿Acaso no ha leído la prensa? ¿No ha escuchado los cotilleos?

—Reconozco que son bastante convincentes… Pero algo me molesta. —Se inclinó hacia adelante—. Más vale que Ashbourn tome la decisión correcta en la votación y no sea influenciado por esos radicales. Él no es capaz de verlo, pero saldrá perjudicado por la entrada del grano extranjero, podría ser su ruina. Ya perdimos demasiado con la derogación de la ley del maíz. No necesitamos más golpes a nuestras arcas.

Beatrice apretó los labios. Eso lo tenía más que claro. Ashbourn le lanzó el comentario de que las tierras producían cada vez menos. Quizás desde cuándo se estaba presentando esa situación.

Tarde o temprano estarían en la bancarrota. ¿Cuántos aristócratas ya habían sucumbido en las últimas décadas? Más de lo que quisiera reconocer

—Me está pidiendo demasiado, milord. ¿Qué pretende?, ¿que vaya al Parlamento y alce la mano por él?

—Persuádalo… o perderán algo más que grano… Por favor, no me mire de esa forma, yo solo soy el mensajero.

Lady Beatrice arqueó levemente su ceja. Bebió té y dijo:

—¿Tan poderosa es esa persona que envía lord Tiverton como mensajero?

Si las miradas pudieran matar…

En ese momento, entró el marqués. Beatrice y lord Tiverton se levantaron.

Ashbourn respondió con una ligera inclinación.

—Creí que volverías más tarde, sobrino nieto.

—Las cosas resultaron mejor de lo que supuse. Casi perdí el tren a Southampton, pero logré llegar a tiempo. —Dirigió su atención a Tiverton—. Milord, qué sorpresa verlo en Ashbourn Hall.

—Siempre es bueno visitar a viejas amistades.

—Es cierto. En los tiempos de incertidumbre es cuando se ponen a prueba los afectos… Muchas veces fracasan.

—Es inevitable que eso suceda.

—Así es… Inevitable. —Tensó una sonrisa—. Si me disculpan, los dejo. Estoy exhausto, despedir a un administrador que me está robando no es una tarea fácil… Que tengan buenas tardes.

La cerradura de la puerta apenas hizo clic.

Lady Beatrice y Tiverton se sentaron. Se limitaron a seguir bebiendo té en silencio.

La dama observó a través de la ventana unos pájaros que cruzaban el cielo.

La voz del marqués le llegó lejana…

—Mis hombres lo han seguido hasta la estación de trenes, o a los almacenes en Broad Street, pero, por algún extraño motivo, siempre lo pierden de vista.

«Quizás sus hombres no son tan inteligentes», pensó cáustica. En vez de ello dijo:

—Londres es una ciudad con demasiada gente, es fácil perder de vista a un solo hombre… sobre todo en esta época en la que visten iguales y se tapan hasta las orejas. —Ladeó su cabeza—. Me temo que están vigilando a la persona equivocada.

—¿Usted cree que no la vigilamos? Esa mujer lo único que hace es ir de la Academia a Peony House ida y vuelta… Se desvía para mirar las vitrinas vacías del antiguo negocio de Ashbourn, y luego se va.

—Eso mismo confirma lo que le he dicho.

Tiverton la observó, escéptico.

—En ese caso, persuada a Ashbourn.

—¿Y por qué no lo hace usted? ¿Cuál es el problema en que ustedes se le acerquen y lo convenzan?

El marqués enderezó su postura.

—No es de los nuestros. No tenemos nada en común.

—Pero quieren su voto. Intenten educarlo entonces.

—Educar a alguien no es una tarea que tome veinte días, ya es demasiado tarde para ello…

—Ustedes no tienen visión de futuro. Quizás en estas votaciones no puedan, pero queda mucho camino por recorrer.

—Es ahora cuando nuestros intereses peligran, no en el futuro… —Se levantó—. No hay tiempo… Y a ustedes les queda menos.

Sin valerse de ninguna cortesía más, se retiró.

Lady Beatrice cerró sus ojos.

¿Cómo demonios iba a persuadir a Ashbourn?

*****

Los días transcurrieron, un nuevo año comenzó.

Ya era cuatro de enero y Florence solo había recibido notas breves de su esposo. En ellas le rogaba ser cautelosos y que sus encuentros debían ser muy bien planificados. La conversación que lord Tiverton sostuvo con lady Beatrice apenas pudo escucharla a través de la pared, pero fue suficiente para preocuparlo.

Ella perdió la poca libertad que poseía.

A sus espaldas, a no mucha distancia, la seguía su nueva sombra: el señor Creed.

Apareció en Peony House el primero de enero. Llevaba una carta con el sello de Ashbourn, y en ella Bram le informaba acerca de su preocupación por su seguridad. El señor Creed era primo de Oliver Fields, procedía de Hull, tenía un talento innato para pasar desapercibido y salir ileso de cualquier pelea. Las acababa rápido.

A una parte de Florence le molestaba saber que era vigilada. La otra, comprendía la aprehensión de Bram. Ella también haría lo mismo si supiera que corría cierto peligro fuera de Peony House.

Era la fortaleza y la debilidad de su esposo.

Solo por eso no opuso resistencia, y también porque el señor Creed era discreto y silencioso.

Eran las cinco, pero ya el ocaso se transformaba en noche. Florence esperaba a que los carruajes pasaran para poder cruzar hacia Duke Street. La nieve caía y su paraguas la protegía.

Miró a ambos lados de Oxford Street. A la derecha, venían un par de carruajes a buena distancia. A la izquierda, nada.

Evadió una montaña de estiércol, volvió a observar a los carruajes… Aún lejos.

Tropezó…

Recobró el equilibrio.

Apuró el paso y llegó al otro lado.

Extrañaba a Bram. Se tocó el pecho. Ahí estaba su anillo de matrimonio. Todas las noches se lo ponía, admiraba el monograma, recordaba su boda, el día que pasaron juntos…

Llegó al negocio. Todavía estaba el mensaje a la clientela en el escaparate desnudo.

Después de sesenta años de música, Reeves & Son cerrará.

Gracias por su preferencia.

Hasta pronto.

Posó su mano enguantada sobre el vidrio.

El calor empañó la superficie y dejó su huella al lado de la palabra «Reeves».

Suspiró.

Faltaba poco para llegar a su hogar. Se obligó a caminar. Era extraño, durante toda su vida nunca dudó que aquella era su casa, el lugar donde nació, pero ahora le parecía ajeno…

Y de pronto…

—¡¡Milady!!

Todo fue demasiado rápido.

Una enorme sombra eclipsó la luz de la farola.

El mundo tambaleó, la empujó y su cuerpo dejó de tener peso. Cerró sus ojos. Soltó su paraguas.

El sonido de cascos, un caballo relinchando…

Su cuerpo estrellándose, el golpe en su costilla.

Su cabeza azotándose contra la acera. El dolor propagándose desde su frente hasta la nuca.

Un galope perdiéndose en la lejanía. Un molesto pitido penetró sus oídos.

La nieve fría y sucia pegada en su cara.

El peso de alguien sobre ella, aplastándola… Una respiración agitada en su nuca.

—¿Está bien, milady? —La voz de Creed.

Ella recordó que también respiraba. El peso de su guardián la liberó.

Abrió los ojos… Todo era borroso.

—Por los clavos de Cristo, está sangrando, milady.

Florence apenas entendía lo que había pasado. Intentó incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas.

Tenía sueño, mucho sueño…

Creed la tomó en brazos.

Lo último que recordó fue la sensación de la nieve derritiéndose en su cara.

Armadura

Todo parecía haber cambiado de tonalidad sin previo aviso. Oliver le señaló la cifra a Bram.

—Ese es el punto sin retorno. La producción no puede disminuir, o no podrá solventar el costo de mantener este marquesado.

—Entiendo… ¿Según tus proyecciones, en cuánto tiempo tocaremos fondo?

—Diez años máximo, considerando el valor actual del grano.

—Entonces tengo menos tiempo, ese valor se reducirá este año.

—Cinco años quizás… Bastante auspicioso si lo comparo con otros clientes que ya tienen menos tiempo, incluso con el valor actual del grano.

Bram se quedó pensativo por unos segundos. Si quería salvar su futuro económico —más por Florence, que por él o el marquesado—, debía tomar acciones en el corto plazo.

—Estuve leyendo un estudio de un joven científico T. S. I Wayne… ¿lo conoce? —Oliver negó con su cabeza—. Según lo que entendí, si se abona la tierra con guano de Perú, se restituirán los nutrientes necesarios, e infiere que puede traer beneficios a los cultivos que ya están con problemas de producción.

—El guano es bastante costoso… Es un riesgo invertir.

—Veré si en las próximas semanas puedo conversar con esta persona. —Pensó en Florence. El joven científico era en realidad una prima de ella, pero aún no tenía el placer de conocerla. Necesitaba concertar una entrevista para estudiar los pro y los contra de aplicar ese tipo de fertilizante, en vez de recurrir a las famosas rotaciones de cultivo.

Golpes en la puerta. El mayordomo entró apresurado.

—Ha llegado un mensaje urgente, milord. De un tal señor Creed. —No alcanzó a estirar la mano y el papel desapareció de entre sus dedos.

Bram rompió el sello y desplegó la nota.

El papel tembló.

Bram se levantó de inmediato y la guardó en el bolsillo.

—Que el señor Robins prepare una montura. Debo salir ahora mismo. —Apretó la mandíbula. Apenas podía contenerse para no partir corriendo a Peony House, era más rápido en caballo… Aunque no recordaba cuándo fue la última vez que montó uno.

—Enseguida, milord. —Y salió de la estancia.

Bram miró a Oliver… El joven contador asintió. Lo único urgente que podía motivar a Creed a mandar un mensaje directo era Florence.

El joven ajustó sus gafas y se levantó:

—Me retiro. Voy a estar atento.

—Gracias.

Bram salió de la estancia casi corriendo y con el alma a punto de abandonar su cuerpo.

*****

Bram entró a la sala de estar de Peony House.

—¿¡Cómo está Florence!?

Ahí se encontraban los padres y los hermanos menores de su esposa con expresiones descompuestas. Creed se hallaba de pie en un rincón.

Olivia se acercó a él y le tomó la mano.

—Matt la está atendiendo. Llegó un poco antes que tú.

Bram se revolvió el cabello y miró a Creed.

—¿Qué pasó?

—Su esposa transitaba por Duke Street… Todo parecía tranquilo. Desde Brook Street apareció un jinete galopando y subió a la acera… Me abalancé sobre ella para que no la aplastara… Se golpeó en la cabeza con la caída. Perdió la consciencia… —Bram entreabrió la boca y un escalofrío lo recorrió entero—. No se preocupe, solo fueron unos pocos minutos… No obstante, sufrió un corte en la frente, su tez perdió color y balbuceaba palabras sin sentido.

La mirada de Bram ardió. Su cuerpo se plagó de un ominoso sudor. Su voz era un ruego cuando dijo, a quien tuviera piedad:

—Necesito verla… Se los suplico.

Olivia no soltaba la mano de Bram y repuso:

—Ten paciencia, cariño. Te entendemos a la perfección… Deja que Matt haga su trabajo.

El sonido de pasos descendiendo por la escalera hizo que las miradas de todos se clavaran en la puerta abierta.

Los ojos azules de Matt se encontraron con los de Bram. Se masajeó la frente antes de decir.

—Florence tuvo una contusión bastante… complicada. —Dios, esa era la parte que detestaba de su profesión. No poder dar respuestas concretas era un sinvivir—. Está consciente, pero el dolor de cabeza le provoca vómitos. —Violet, sin darse cuenta, se llevó la mano a la boca. La sangre de Bram dejó de correr por sus venas—. Además, se quebró una costilla… por favor… —Hizo un gesto para que todavía no le hicieran preguntas. Conocía esa ansiedad por tener respuestas—. Será una noche compleja. El vómito es el menor de sus problemas.

Bram tragó saliva y preguntó:

—¿No le puedes dar nada para el dolor?

—No… Lamentablemente, sus pupilas no responden al estímulo visual. Si le doy un sedante, puede que no despierte al amanecer.

—¿Y una sangría? —insistió.

—No, ese método es el peor de todos. Nunca lo recomiendo… Esta noche debemos luchar contra el sueño profundo, no invitarlo… Sé que nadie quiere ver sufrir a Florence, yo tampoco, pero es lo que hay que hacer. —Apretó los labios—. Bram, creo que es mejor que subas y después nos iremos turnando para que el sueño no la venza.

No hubo necesidad de más palabras, Bram salió de la estancia y subió la escalera de dos en dos… Al llegar a la cima, fue a la habitación que tenía la puerta entreabierta y que dejaba pasar un haz de luz.

A sus espaldas escuchó que alguien lo seguía.

Bram entró a la habitación de Florence. Toda su atención se fue directo a la cama. Ahí yacía su esposa con la cabeza vendada, en camisón y con los ojos cerrados. Recostada sobre las almohadas, parecía dormir.

El corazón de Bram aporreó su pecho.

En tan solo un instante ya estaba tomándole la mano a su esposa. No le ilusionó sentir la tibieza de su piel… Su voz era un murmullo suplicante al decir:

—Abre los ojos, vida mía… Ábrelos… —Se sentó a la orilla de la cama. Le besó las manos con desesperación—. Ábrelos, preciosa…

Bajo los párpados notó que los ojos se movían. Ella parpadeó lento. Se quedó mirándolo fijo por largos segundos sin reaccionar del todo. La lengua torpe solo pudo decir…

—¿Señor Reeves?

—Sí, soy yo, vida mía.

Los ojos los abrió tan solo un poco más, lo suficiente para expresar desconcierto, y aquello se reflejó en el corazón de Bram.

—¿Por qué me habla de ese modo? —Desvió su mirada—. ¿Matt?

La voz de Matthew señaló a espaldas de Bram.

—Me temo que el golpe le ha provocado una pérdida de memoria reciente. Es posible que no recuerde los últimos días… pero debería recuperarlos. —Esas palabras detuvieron el corazón de Bram. Matt estiró una sonrisa a Florence—. ¿Ves? Te dije que hoy no tenemos ensayo para los conciertos… Te golpeaste en la cabeza. El señor Reeves es tu esposo.

Florence se tapó la boca… Se le llenó de saliva.

Ay, esperaba que él no pensara que ella sentía asco de él…

El dolor era superior a ella.

Matthew se movió rápido. Tomó una bacinica que había bajo la cama y se la acercó a su amiga justo a tiempo.

Bram, impotente, solo podía abrazarla por la espalda para que no perdiera el equilibrio con los espasmos… El olor ácido se dispersó entre ellos.

Cuando Florence terminó, se echó sobre las almohadas, agotada, gimiendo de dolor. Su cabeza y su costilla rota parecían

competir por cuál padecimiento era más intenso.

Bram jamás se había sentido tan inútil en su vida. Sacó su pañuelo y le limpió la boca. Sobre la mesita de noche había un vaso con agua. Se lo ofreció.

—Ten, querida, enjuaga tu boca.

Florence no quiso discutir con el señor Reeves y negar que estaban casados. Era imposible… No recordaba la boda, pero había algo en la profunda voz de él que le impedía desconfiar.

Además, no le molestaba la idea.

Se incorporó, bebió un sorbo, se enjuagó y escupió.

Dios, él la miraba como si ella se estuviera muriendo…

—Ah, maldito dolor de cabeza… —Cerró los ojos y volvió a recostarse. No le importó la palabrota que acababa de soltar.

No comprendía lo que estaba sucediendo. Solo recordaba que cenaba con su familia y, de pronto, se encontraba en su cama, con la cabeza vendada y un dolor que apenas podía tolerar.

Bram le acarició la mejilla. El pulgar calloso veneraba su pómulo.

—Ya te vas a recuperar, mi hermosa Florence… Por favor, no te duermas.

Matthew posó su mano sobre el hombro de Bram.

—Deja que descanse, puede permitirse pequeñas siestas, pero no por demasiado tiempo; una hora máximo. En un par de horas te relevarán… Si es que quieres. Apagaré la luz de la vela. Necesita oscuridad y silencio… Ah, en aquella palangana hay hielo y unas compresas para que le enfríes los humores inflamados. Dale unos toques en la frente y en la cabeza.

Bram asintió.

—Gracias, Matt.

Florence entreabrió sus ojos.

—¿No es una broma que el señor Reeves y yo estamos casados?

Bram rogó al cielo que esa amnesia no fuera permanente. No quiso insistirle a Matt para no angustiar a Florence.

Forzó una sonrisa y dijo:

—Llevas una cadena de oro y ahí está tu anillo de matrimonio… —Florence se tocó el pecho. Ahí estaba lo que el señor Reeves le decía. ¿De dónde había salido?—. Yo tengo uno igual… Mira.

Apresurado, se quitó la cadena y le mostró el anillo. Ella lo comparó con el que traía… Tenían el mismo monograma.

—¿Por qué es B y F?

—Bram y Florence, son nuestras iniciales.

—¿Se llama Bram?… Suena bien…

—Mi nombre es Abraham, pero mi familia me llama Bram… y tú eres mi familia, Florence.

Matthew, discreto, se apartó y apagó la luz de la vela. Prefería que Florence contradijera su recomendación de silencio absoluto e hiciera preguntas que la mantuvieran despierta y consciente.

—¿Por qué no llevamos el anillo puesto?

—Es una historia larga… —En la oscuridad él volvió a besar las manos amadas. Florence no hizo el intento de evitar el contacto, sino todo lo contrario, se deleitó con la tibieza del señor Reeves—. Pero debes saber que te amo con toda mi alma, mi vida es tuya.

—Oh… ¿En serio? ¿Tanto me ama?

—Ajá.

Florence siseó, las sienes le latían… Debía obedecer la orden de Matt y dejar de hablar…

El cansancio se cernió sobre ella con pesadez.

Si aquello era un sueño, si el señor Reeves era su esposo… y la trataba con tanta devoción… Quizás no era malo si ella decía la verdad de lo que ocultaba:

—Lo admiro mucho, señor Reeves… Podría ir a otro negocio, pero me encanta observarlo y escuchar su voz cuando me explica su oficio. Sus manos son una bendición… —Bram se llenó de esperanza. Ahí estaba su valiente Florence. Si esa condición era irreversible, podría lograr que ella lo amara de nuevo—. No me detesta, ¿cierto?

—Por supuesto que no… Me he comportado como un imbécil para que no te dieras cuenta de lo mucho que te adoro… Pensaba que nunca podría alcanzarte, que no podía aspirar a que tu familia me aceptara.

—Me alegra saber que no me detesta… y que mi familia lo haya aceptado… Si no me amara, jamás le hubieran permitido venir a mi alcoba.

—Me has bendecido con tu amor, vida mía… Aunque no lo recuerdes todavía.

Florence no dijo más, solo le dio un apretoncito a la inmensa y áspera mano.

El silencio y la oscuridad se convirtieron en una verdadera pesadilla para Bram. La respiración tranquila y regular de Florence eran lo único que mantenía su cordura y sus sentidos en alerta.

No soltó la mano de su esposa.

Elevó la mirada en medio de la aguda noche, le rogó a Dios que no le quitara tan pronto a su esposa.

*****

—Florence… Despierta, querida… Quédate conmigo.

Esa voz de nuevo… La del señor Reeves… Dijo que era su esposo… Bram…

Abrió los ojos, pero todo estaba oscuro.

—Estoy aquí, señor Reeves… Bram.

Sintió que él besaba su frente… Era rara la reacción de su propio cuerpo, en ningún momento le molestó que él la besara.

—Sí, soy tu Bram. Déjame refrescarte. —Le daba toques fríos con algo húmedo en el rostro y en la coronilla—. ¿Te hace sentir mejor?

—Se siente bien… ¿Dónde están mis padres y hermanos?

—Esperando a que te recuperes en el salón de estar… Han venido a verte a todas horas, pero estabas descansando.

—¿Y Matt?

—También ha venido a visitarte para controlar tu estado.

Florence no contestó de inmediato. Suspiró largo y profundo.

—¿Cuánto tiempo llevamos casados?

—Una semana.

—Vaya… ¿Y ya… ya lo hemos hecho…? La noche de bodas.

—Ajá… Aunque no fue de noche, sino de día. Fue hermoso para ambos.

El calor abrasó las mejillas de Florence. Ah, si tan solo pudiera recordarlo.

—Creo que necesito más de esas compresas frías.

*****

Florence había perdido la cuenta de todas las veces que escuchó la voz de Bram entre sueños, rogándole que despertara, o recordándole que era su esposo.

Dios, tuvo unos sueños tan extraños…

Le dolía la cabeza. Sentía los párpados pesados.

—Florence… Despierta, querida. Te lo suplico.

¿Bram? ¿Qué hacía su esposo en su habitación?... O sea, le encantaba que estuviera ahí, pero debían ocultarlo.

Le dolían las costillas.

Lo último que recordaba era que estaba frente al escaparate de Reeves & Son… Y luego…

Y luego…

—¿Bram, qué haces aquí, mi hermoso luthier?

Un sollozo. Él apretó sus manos… Un beso suave en sus labios.

—¿Me recuerdas? ¿No me has olvidado?

—¿Cómo voy a olvidarte? —Abrió los ojos. Todo estaba sumido en la penumbra. Podía distinguir la silueta de Bram, sentado a la orilla de la cama. Insistió con su pregunta—. ¿Por qué estás aquí?

—Es una historia larga… Pronto va a amanecer… ¿Recuerdas que estamos casados, cierto?

—Por supuesto… ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Solo quería asegurarme… ¿Cómo te sientes?

—Me duele todo… —Volvió a cerrar sus ojos—. Ven, acuéstate conmigo, abrázame. Siento como si un caballo me hubiera aplastado.

Bram apretó la mandíbula con fuerza, intentando alejar de su mente la imagen de Florence muerta y ensangrentada.

—¿Cómo te sientes, hermosa? —insistió. Dios necesitaba escucharla, sentirla viva.

—Adolorida… Cansada…

El leve movimiento del colchón evidenció que él se levantó.

Pasos que se alejaban y se acercaban.

El colchón se hundía a sus espaldas. El cuidadoso abrazo de Bram para no rozar sus costillas, su respiración acariciándole la nuca.

Sí, era su calor. Su aroma. Su voz al decir:

—Dios, pensé que te perdía… Jamás he sentido tanto miedo como esta noche.

—Todo es tan confuso…

—No te esfuerces, descansa… Yo velaré tu sueño.

*****

Matthew acercó una vela a su ojo derecho, luego al izquierdo. Repitió el examen un par de veces más.

Afuera, la luz del sol apenas penetraba las nubes, pero era el claro indicio de que la mañana crecía. La nieve caía.

Adentro, las cortinas corridas ocultaban aquel idílico paisaje invernal.

El médico soltó un suspiro que mezclaba cansancio y alivio. Apagó la vela y se puso de pie.

—Tus pupilas ya responden con normalidad. Y tu memoria ha vuelto, eso es lo importante. El golpe no ha dejado secuelas aparentes. —Cariñoso, le dio unos toquecitos a la nariz de Florence—. No nos hagas pasar más sustos, querida.

—No fue mi intención… Tengo hambre.

—Desayunarás algo liviano… Si todo sale bien, lo que comas no lo devolverás como un dragón echando fuego.

Florence gimió, contrita.

—Matt, no me tortures…

—He visto cosas más desagradables que a una amiga vomitando. —Rio, cansado—. Ya ha pasado lo peor… Debes guardar reposo absoluto durante una semana por esa costilla rota. Intenta

que tu respiración sea profunda para que no te enfermes de un catarro o algo peor. Y, mientras te duela la cabeza, esta habitación permanecerá con las cortinas cerradas y con el mayor silencio posible.

—Está bien… tampoco tengo muchas ganas de levantarme.

—Eso quería escuchar. —Bostezó—. Le contaré a Grace y a los demás lo que ha sucedido. Volveré esta tarde a revisar tu estado.

—Gracias, Matt.

—No hay de qué. —Miró de reojo a Bram, quien había permanecido en silencio en un rincón para que él atendiera a Florence—. Creo que ya puedes ir a descansar tú también. Si te apuras, podrás fingir que fuiste a un burdel a pasar tus penas.

En circunstancias normales, aquella broma le habría hecho reír…

Pero aquella no era una circunstancia normal.

—Al rato me iré. —Se masajeó la nuca—. Salí sin dar explicaciones después de recibir la nota de Creed. Ahora no tengo cabeza para pensar en una que sea plausible.

—Entiendo… Puedo recomendar que finjas una borrachera.

—Sí… Nada más patético que un hombre emborrachándose solo.

—Patético o no, es un comportamiento digno de un aristócrata. Bien, los dejo.

Cuando cerró la puerta, Bram se acercó a la cama y se acostó frente a Florence. Sus dedos se entrelazaron.

—Anoche hablé con Creed. Él está seguro de que no se trató de un accidente. El jinete fue directo a ti, no tuvo la intención de detenerse.

Aquella declaración heló la sangre de Florence. Londres era una ciudad con mucho tráfico, siempre sucedían accidentes. No obstante, Creed iba detrás de ella y vio todo desde otra perspectiva… Una que para ella eran solo fragmentos y apenas lograba reconstruir.

—¿Sospechas de alguien? —Percibió que él asentía—. ¿Lady Beatrice?

—No, aunque tampoco pondría las manos al fuego por ella… Quizás lord Tiverton… o la persona que lo usa de mensajero. No tengo mayores pruebas… pero no me quedaré de brazos cruzados. —Acarició el cuello de su esposa.

—¿Harás público nuestro matrimonio?

—Quizás es lo que pretendían con este atentado, que confirmáramos que nuestra separación fue una farsa… o tal vez querían darme un mensaje. —Y en ese instante, todo cobró sentido—. No pueden hacer nada contra mí en estos momentos, les importa demasiado que vote a su favor.

—¿Tanto tienen que perder?

—Me temo que sí, debo confirmar cómo están sus finanzas… Esa será la parte difícil de averiguar. A los aristócratas no les gusta que la gente sepa que están rozando la ruina. Los comerciantes somos los primeros en notarlo, dejan de pagar sus facturas, pero siguen comprando.

—Tienes razón… Mi primo Ernest vive en Somerton, pero mantiene contactos financieros en Londres. Su trabajo es rastrear flujos de dinero, él podrá ayudarte.

—¿Hay alguna área que ustedes no hayan intervenido?

—Los tentáculos de nuestras familias se han extendido a todas partes… El poder no es solo dinero.

—Así veo… —Inspiró largo, pausado. Soltó el aire—. Creo que es momento de que me vaya. Le pediré a tu padre que le escriba a tu primo y…

—Estoy segura de que irá a buscarlo personalmente si se lo pides… No hay tiempo… Mientras tanto, dales lo que quieren ver, que han ganado. Que escuchaste el mensaje.

—Que sepan que rechazaré las leyes… ¿Ustedes tienen contactos con la prensa?

—Algunos…

—Bien. —Bram ya trazaba un plan, uno frío, práctico—. Hablaré de eso también con tu padre… Creo que tendré que considerar la sugerencia de Matt y decir que me fui a un burdel.

—Créeme, lady Gárgola no lo reprobará tanto como nuestro compromiso.

Bram besó los labios de Florence. Suave, reverente.
Se obligó a levantarse.
—Hoy va a ser un día muy largo.

Sforzando

El marqués llegó al mediodía a las puertas de hierro de Ashbourn Hall. El portero, Winston Tottle no podía creer lo que veían sus ojos… y olían sus fosas nasales.

Apestaba a ginebra, tabaco y colonia barata de mujer.

Era como ver al antiguo marqués. Borracho, desaliñado, apenas montando a caballo. Silencioso… muerto en vida por penas de amor.

Esperaba que el alcohol no lo convirtiera en un hombre violento y despreciable.

Nadie sabía lo que había sucedido, solo que salió de la mansión como alma que lleva el diablo.

Winston abrió las pesadas puertas y dijo:

—Buenas tardes, milord. Sea bienvenido.

La lengua traposa de Ashbourn respondió:

—Buenas… Winston… ¿Qué tal el turno?

El portero sonrió aliviado. Ah, borracho y todo era el mismo de siempre.

—Sin novedad, milord. Solo… —Dudó por unos segundos. Miró de soslayo hacia el otro lado de la calle. Ahí estaban esos dos fisgoneando—. Quizás estoy pecando de alarmista… pero me he dado cuenta de que, desde hace unas semanas, hay un par de sujetos que merodean la propiedad.

Bram debía seguir en su papel de beodo… Después le preguntaría a Winston cuando estuviera «sobrio».

—Soy un hombre ridículamente importante… —Se masajeó el ceño—. Ah, se me parte la cabeza…

—Descanse, milord.

Mientras se adentraba en la propiedad, Bram se preguntó si quienes lo vigilaban lo habrían seguido hasta Peony House la noche anterior… Si tuvo suerte, salió tan rápido y repentino como para que ellos no alcanzaran a reaccionar y seguirlo.

Se apeó del caballo, fingiendo torpeza enganchando a propósito el pie en el estribo. Dos mozos de cuadra lo ayudaron a levantarse.

El mayordomo, al abrir la puerta y observar tan dantesco espectáculo, arqueó sus protocolares cejas hasta el nacimiento del cabello.

—Bue… Buenas tardes, milord.

Ashbourn, a paso vacilante, entró y se empezó a quitar las prendas. El ayuda de cámara ya estaba presto a recibirlas por parte del mayordomo.

—Buenas tarrrrdes… Gracias, Hill, William…

El mayordomo carraspeó para disimular la arcada que le provocó el aliento del marqués.

—Estábamos preocupados por usted. Salió muy… —«Perturbado», pensó, pero mejor dijo—: Raudo.

—Sí… supongo que olvidé que debía olvidar… —El mayordomo y el ayuda de cámara se miraron de reojo sin entender a qué se refería el marqués—. ¿Y mi adorada tía abuela?

—También preocupada, milord. Se encuentra en su salita privada.

—Voy a presentarle mis respetos… muy respetuosamente.

Bram arrastró los pies hasta la salita privada de lady Beatrice. Ni siquiera golpeó la puerta.

La dama abrió su boca al verlo en tan lamentable estado. Fue como ver a su sobrino, tantos años atrás, cuando intentaba «olvidar» a su amante.

Parecía que la historia se repetía. Fergus nunca se casó, y murió maldiciéndola por haberlo persuadido de mantener impoluto el maldito honor de los Ashbourn.

«Conmigo se muere este infeliz legado. Perderás todo lo que atesoras», la voz del antiguo marqués parecía haber cobrado fuerza en su memoria… Incluso fue clara la mirada viva y llena de rencor en el lecho de muerte.

La voz de Ashbourn la trajo al presente.

—He llegado entero. —Se internó en la estancia hasta llegar a la dama.

Lady Beatrice arrugó su nariz.

—Hasta aquí llega tu hedor a trago y pecado, Ashbourn. Nos tenías a todos preocupados.

—Lo lamento por todos… menos por una. —Y la miró.

Ella se dio por aludida. Alzó la barbilla y replicó:

—No sé qué te he hecho para que me hables de esa manera.

—¿En serio no sabe, milady? —Se sentó desparramando su cuerpo en la silla que estaba frente a ella y cruzó sus tobillos—. Anoche me informaron que Florence tuvo un accidente. Un jinete casi la mató.

Lady Beatrice abrió su boca, mas pronto la cerró.

La ira que se propagó en su ser no sabía hacia quien encauzarla: a su sobrino por estar pendiente de esa mujer, o a sí misma por haber creído en la actuación de él, para convencerla de que ya estaba avanzando en olvidar.

Evadió la mirada de Ashbourn y replicó:

—Eso no te tiene por qué importar.

—Me importa de todas formas… Salí desesperado —Se sorbió la nariz… Recurrió al recuerdo de Florence en cama, con la consciencia pendiendo de un hilo. Su voz emergió quebrada de su garganta al decir—: Y cuando llegué frente a su casa, me di cuenta de que no tenía derecho a saber cómo estaba la mujer que amo.

—E hiciste lo que hacen todos los hombres. Emborracharse y yacer con mujeres de mal vivir.

—Supongo que no funcionó eso de olvidar… Pensé que quizás la ginebra y otras mujeres serían la solución.

—No sigas por ese camino, Ashbourn. Solo acortarás tu vida.

—¿Qué me aconseja para olvidar? Y que no sea un golpe en la cabeza.

—El trabajo siempre es bueno… Trabaja en tu legado, ya llegará el olvido.

—Uuuuuf… Mi legado, eso sí me dará trabajo. Estaremos en la ruina en cinco años, tía abuela.

Ashbourn pudo ver cómo las altivas comisuras de los labios de lady Beatrice cayeron. Sorpresa, miedo quizás.

—¿De qué hablas?

—Mis antepasados gastaron más de lo que producían… Y se encargaron de que el valor del grano sea alto para equilibrar las cosas… Ah, esto de tener que estudiar para entender. Aprendí que

uno de los motivos para crear la ley del maíz fue para tener el monopolio y manejar los precios.

—Una ley inteligente, una que nunca debió ser derogada. —Le arqueó una ceja inquisitiva—. Tus conclusiones son bastante lúcidas para estar tan ebrio.

Bram sudó frío.

—Estoy ebrio, no estúpido… Y lo primero se me quitará cuando duerma… Estúpidos fueron esos caballeros codiciosos. Ahora estoy con el problema de arreglar sus monumentales metidas de pata.

Y lady Beatrice encontró su oportunidad. El marqués estaba borracho, y era uno bastante hablador, pero no llegaba al punto de la inconsciencia.

—Entonces vota para rechazar las leyes de emergencia. Te dará un tiempo considerable para arreglar las finanzas.

Ashbourn la miró, ladeó la cabeza. Se enderezó como si la borrachera se hubiera disipado.

Lady Beatrice vio que sus palabras fueron una epifanía para su sobrino nieto. Ashbourn parecía contener una sonrisa al decir:

—No sé si me voy a arrepentir de esto, pero… —El momento exigía precisión… y dar un golpe certero—. Creo que tiene razón.

—Siempre la tengo. —Con un ademán intentó disipar el hedor de su díscolo sobrino nieto—. Mejor vete a descansar, y te bañas, por favor.

Ashbourn se levantó. Se tapó la boca para disimular un eructo.

—En eso también tiene razón… Que tenga buenas tardes.

Él dejó la puerta abierta.

Lady Beatrice se mantuvo envarada y muda hasta que ya no escuchó los vacilantes pasos del marqués.

Empuñó sus manos para reprimir el impulso de enviar una nota a Tiverton… Era demasiado pronto.

Debía confirmar la intención de voto de Ashbourn.

*****

Bram cerró la puerta de su alcoba. No le costó demasiado actuar, ese vaso de ginebra que le dio Andrew como desayuno fue casi

mortal para él. Olivia lo roció con una mezcla de varios perfumes, más ginebra y humo de tabaco… Fue impresionante ver a tan distinguida dama ser tan hábil en encender un cigarro y fumar.

Desordenar su trasnochada estampa fue fácil, las ojeras y el cansancio eran reales. Se puso su abrigo al revés y soltó el pañuelo de su cuello.

Era un patético caballero que sufría penas de amor.

Se desvistió con pereza. Alguien ya había encendido el fuego de la estancia. Se lavó los dientes.

Se acostó, ya no precisaba de prendas viejas para dormir. La desnudez era una liberadora forma de descansar en una habitación cálida.

Se aferró a su anillo que pendía de su cuello. Se ovilló en la inmensa cama.

La imagen de Florence con sus ojos cerrados y su cabeza vendada aún era demasiado vívida en su mente.

—Dios, casi la perdí… —Se tapó la cara y ahogó su llanto.

Fragmentos dolorosos de esa eterna noche azotaron su memoria, evocaba la angustia, el pesar y la impotencia. Cada una era una puñalada a su alma. Esas horas tormentosas se murió un poco de él.

Los segundos se sucedieron… a *tempo grave*.

Dejó ir la zozobra, vació sus ojos hasta que se secaron.

El dolor seguía ahí, punzante. Lo escondió en el fondo de su alma y prefirió entregarse a la rabia.

Maldijo a quienes estaban detrás de él, maldijo la codicia y la desesperación que los gobernaba.

No iba a sentir culpa por ser quien era, por amar a Florence.

Si había un culpable de todo lo que sufrió su esposa… Le haría pagar cada segundo de dolor.

Su plan ya había empezado… y lady Beatrice le estaba ayudando, sin darse cuenta, a darles la estocada de la traición.

*****

Winston estrujaba su gorra mientras entraba en la Sala Verde. Era la primera vez en sus diez años al servicio que ponía un pie en esa estancia. No sabía por qué el amo lo había mandado a llamar.

¿Habría sido muy atrevido hablarle el día anterior con tanta soltura?

Bram hizo un gesto y lo invitó a sentarse. Winston desvió su atención hacia aquella silla con un tapiz tan fino… Temió ensuciarlo. Negó con la cabeza y dijo:

—Así está bien, milord.

—Siéntese por todos los santos, Winston. La silla es para poner el trasero, no se va a derretir porque usted ponga el suyo.

Winston apretó los labios y obedeció.

Bram lo miró por unos segundos e inició la entrevista.

—Ayer, cuando conversamos acerca de los sujetos que me vigilan. ¿Ha hablado con alguien más sobre ellos?

—Sí, milord… con los porteros de los otros turnos. Noah y John… Noah dijo que también se había dado cuenta y que a veces aparecían otros a caballo cuando usted salía de la mansión. John dijo no haber notado nada, quizás porque es nuevo.

Bram no dudó de Winston, él era de los que más se atrevía a hablar con él sin ser demasiado condescendiente.

—Estos sujetos, ¿podría identificarlos?

—Por supuesto, milord. Es más, son cuatro que se turnan día por medio. Suelen llegar a eso de las nueve de la mañana. Supongo que es porque nadie en Mayfair se levanta más temprano, a menos que sea comerciante o sirviente. Se van bien avanzada la noche, como a la una.

—¿Le comentaron esto al mayordomo?

—Sí, milord. Dijo que iba a decírselo a lady Beatrice.

Bram hizo un mohín y se masajeó el mentón. La dama o el mayordomo le ocultaban información.

—¿Quién contrató a John Pancras?

—Lady Beatrice lo eligió porque venía recomendado por lord Hayle.

—¿El mejor amigo del difunto marqués?

—Sí, milord.

—Cuando vivía el antiguo marqués… ¿También lo vigilaban?

—No que yo recuerde.

—Bien… El nuevo portero, John… ¿Cómo se lleva con ustedes?

—Es callado, no habla mucho con nosotros.

—Y mejor que siga así… No estará demasiado tiempo en ese puesto… Mantenga el secreto, por favor. —El joven asintió, enérgico—. Otra pregunta… ¿Hay alguna salida alternativa en esta mansión?

—Sí, milord. La salida lateral de servicio de la propiedad. Por ahí transita la servidumbre.

—¿Y no sabe si está vigilada?

—No sé… tendría que averiguar.

—Hágalo y me lo comunica. Gracias, Winston… Por favor, no comente a nadie de esta conversación. Si le preguntan por qué lo he mandado a llamar, dígales que necesitaba recordar algunas cosas de ayer… ya sabe, por mi lamentable estado.

—Como ordene, milord.

Winston se levantó y se retiró de la estancia.

Bram se recostó en el respaldo del sillón. Sus medidas para despistar a quienes lo seguían nunca fueron exageradas. Al menos ahora los tenía identificados…

Quizás lo mejor era mantenerlos ahí, vigilantes… Por el momento.

Tenía dos nombres: Hayle, Tiverton… ¿El otro sería Alford? ¿O alguien más de ese círculo que se cerraba y pretendía constreñirlo?

Debía tener paciencia. Su suegro le prometió que traería a Ernest Smith a Londres para encargarle la investigación financiera. Empezarían por esos tres…

Se levantó… Ya que el mayordomo solía preferir la comunicación con lady Beatrice, le ordenaría que cancelara la suscripción de los periódicos más liberales. Una señal indirecta de que ya cambiaba su inclinación política.

Sabía que su tía abuela no era una mujer impulsiva, iba a estar observándolo.

El tiro de gracia sería el artículo que iba a aparecer en su revista de sociedad favorita…

Y eso sería en tres días.

*****

Ernest entró en la claroscura habitación de Florence. Le besó la coronilla y se sentó frente a ella.

—Acabo de reunirme con tu esposo… —Rio bajo—. Es extraño saber que te has casado.

—Ya no soy una niña, Ernest… He crecido durante todo este tiempo que ustedes han estado viviendo en Somerton.

—Lo sé… Frank y yo tenemos una buena vida allá, lejos de… —Suspiró—. De todo el ruido de Londres… En fin, tu esposo es un hombre con suerte, se ha casado con una joya del tesoro de los Witney, y su investigación financiera coincide con una que llevé a cabo hace un par de años.

—¿En serio?

—Thomas y Alec siempre requieren de mis servicios para sus negocios. En ese entonces, cuando Alec estaba viendo el tema del trazado del proyecto ferroviario, se le acercaron varios caballeros ofreciendo sus tierras para que el tren pasara por ellas a cambio de acciones.

—Una idea seductora.

—Sí, pero sospechosa. Los caballeros eran los mismos que siempre criticaban a Thomas por hacer su fortuna con empresas, y haberse casado con una plebeya cualquiera… Como sea, Alec me pidió que averiguara por qué estaban bajándose los pantalones por…

—¡Ernest! No seas tan vulgar.

—Oh, tan sensible… Olvidas que yo te enseñé a lanzar improperios como marinero.

—Los olvidé cuando me convertí en una señorita… Bueno, casi todos.

—¿Me dejarás terminar? —El silencio fue elocuente—. Bueno, los caballeros que estaban dispuestos a hacer negocios eran Alford y Ashbourn… el difunto. En ese entonces, las rentas de Alford estaban en números rojos, Ashbourn no tenía problemas y era una propiedad no ligada al título.

—¿Y qué pasó?

—Una de las condiciones era que Alec hiciera negocios con los dos y a él no le gustó esa clase de trato. Además, la propiedad de Alford era demasiado accidentada y requería de más inversión. No era buen negocio, se salía del presupuesto.

—Eso quiere decir que Alford en estos momentos…

—Así es, debe estar más que en la bancarrota.

—¿Y los demás?

—¿Te refieres a Hayle y Tiverton?… Eso debo averiguarlo… Primero tengo que mover a mis contactos.

—¿Cuánto tiempo te tomará?

—No hago milagros.

—Pero eres un demonio. Tienes tus métodos.

—A veces… Bien, tu esposo me ha encomendado otra misión. —Tomó la mano de Florence y le dejó una carta—. Ese hombre es capaz de incendiar el Parlamento por ti. Lo que pretende hacer es suicida. Se echará encima a todos los conservadores con su estrategia… y ya hemos visto de lo que son capaces.

—Lo sé… —Jugueteó con su anillo de matrimonio. Mientras estuviera convaleciente, permanecería donde correspondía, en su dedo—. Es peligroso, pero es más peligroso bajar la cabeza y dejar que lo manipulen. Si lo permite una vez, lo harán para siempre.

—Exactamente. Me reuniré con los demás demonios para ver si hay más antecedentes de esos tres en otras áreas… —Y con eso se refería a todos los primos mayores, los famosos Herederos del Diablo—. No los abandonaremos.

—Solo sean discretos… Temo por Bram. Ellos deben creer que está solo, que han ganado.

—Discreción es mi segundo nombre.

—Mentira, demonio, el tuyo es Belcebú.

—Me has pillado, pequeña. —Se levantó y preguntó—. ¿Te enciendo una vela o corro la cortina para que leas la carta de tu esposo?

—La cortina. Todavía me duele la cabeza, pero quiero ver la luz del día por un rato.

Ernest asintió.

Y se hizo la luz.

Florence se protegió haciéndose sombra con la carta mientras parpadeaba para acostumbrarse.

Ernest la dejó a solas con Bram…

Londres, 8 de enero de 1847

Mi hermosa Florence:

He recibido tu nota. Agradezco a Dios que te estés recuperando y solo lamento no poder estar a tu lado. Lo único que me mantiene cuerdo es hacer lo imposible para que paguen los que se atrevieron a amenazar tu vida.

Cuando vuelvas a tus actividades normales, Creed seguirá siendo tu guardián, pero deberás ir en un carruaje que he comprado para ti. No quiero que te expongas más de la cuenta… No podría soportar perderte… Verte entre la vida y la muerte fue demasiado para mí. Te juro que si te pasa algo, yo te seguiré… porque no sabré cómo quedarme. No soy tan valiente como todos los Bram que me antecedieron.

Si Dios nos protege, esta situación no se extenderá por demasiado tiempo. Perder un poco de libertad será un precio bajo que pagar si con ello puedes seguir con el resto de tus pasiones.

Te amo.

Te extraño.

Soy tuyo.

Bram

Florence suspiró. Una punzada en la costilla le recordó por qué estaba en cama.

Elevó una plegaria al cielo, por Bram, por ella, por todos los suyos. En diecisiete días sería la votación…

Y temía por las consecuencias.

Lento

TAN CORTO EL AMOR Y TAN LARGO EL OLVIDO
Por H. Wells

Así podríamos definir la mayoría de las historias de amor. No obstante, una que parecía idílica ha tenido repercusiones insospechadas, que han remecido incluso el escenario político.

Esto, para asombro de muchos, no es solo un magazine de vida social.

Antes de la ruptura, todos juraban que el marquesado de Ashbourn rompería con siglos de tradición política, y que se inclinaría a formar las filas del partido liberal, debido a su cercanía sentimental con el vizcondado Rothbury.

Después de la ruptura, las tornas han cambiado.

El marqués de Ashbourn parece ser ahora una copia de su predecesor. Se le ha visto frecuentar establecimientos cuya discreción es proporcional a su decadencia. Dicen que una dama blanca ha sido la receta perfecta para curar su mal de amores, y también para erradicar ciertas convicciones políticas.

La ironía en todo su esplendor, el libertinaje lo empuja a las filas conservadoras.

Pero esto no es solo una especulación. Otro indicio de su cambio ha sido reactivar su membresía al conocido club de caballeros conservador, el White's y, aunque todavía no ha visitado sus salones principales, es una señal más que clara de que seguirá el camino demarcado por todos los marqueses de Ashbourn.

Esperemos que en el futuro pueda dejar descendencia, porque si sigue los pasos del marquesado al pie de la letra…

La extinción del título solo habrá sido aplazada.

Clarín Social, 9 de enero de 1848.

Lady Beatrice dejó a un lado la revista y bebió té. Miró de reojo a Ashbourn, leía el periódico. La noche anterior salió a caballo y no volvió hasta las dos de la madrugada.

La historia se repetía… Esa debacle era demasiado conveniente. Su boca actuó antes que su mente.

—¿Intentaste otra vez olvidar, Ashbourn? ¿No te había quedado claro que no es la mejor forma?

El marqués plegó el periódico y le dio toda su atención a su tía abuela. Su rostro era la definición de un hombre demacrado.

Al salir la noche anterior, Winston le señaló el jinete que posiblemente lo iba a seguir.

No se equivocó, lo siguió hasta Covent Garden. Entró al burdel Dama Bianca, bebió un vaso de ginebra, jugó una partida de cartas y se reunió con Oliver, Ernest y Horatio. El contador, el analista financiero y el detective privado.

La *madame* del burdel estuvo encantada de recibir una buena suma de dinero por alquilarles uno de los salones privados.

El centro de operaciones del marquesado no era Ashbourn Hall. Era el burdel Dama Bianca.

—Tía abuela, no llegué tan ebrio.

—Te tropezaste y quebraste un jarrón antiquísimo… y esas canciones obscenas. ¡Dios! No parabas de balbucearlas.

—Me divertiré mientras llega la dama adecuada. —Alzó su dedo para que no lo interrumpiera—. Pero también trabajaré, no crea que no estoy en ello… De hecho, voy a alquilar la propiedad de Escocia, así generará dinero y se mantendrá sola.

—Pero… pero… Eso sería rebajarnos. Todo el mundo se va a enterar de que nuestra situación…

—¿Usted cree que los demás no atraviesan los mismos problemas que nosotros? —Lady Beatrice prefirió comer un bollo. Evasión en su máxima expresión—. ¿Ve? Por eso estamos como estamos, no se puede tapar el sol con un dedo… En fin… Le aviso que estaré un par de días afuera. Pronto iré a Gales a ver al

administrador y ver de qué manera solucionamos lo de la baja producción de los cultivos.

No era una mentira. Ahí mismo, Bram pretendía reunirse con la prima de Florence, la señora Sophie Montgomery, y conversarían sobre la viabilidad de fertilizar sus tierras con guano de Perú.

Debía reconocer que tratar de salvar el maldito marquesado lo mantenía con la mente ocupada, o ya estaría volviéndose loco por no ver a Florence.

Antes de que lady Beatrice le preguntara cuándo iba a partir, Bram se levantó de la mesa.

—Si me disculpa, iré a mi taller…

Esa última palabra retumbó en los oídos de lady Beatrice como tambores de guerra.

Su voz fue un graznido al interpelar:

—¿Taller?

—Me he quedado sin mi negocio, sin la mujer que amo… Concédame al menos el oficio que le ha dado de comer a cinco generaciones de mi familia. —La apuntó con el dedo—. Mis manos sucias y callosas es lo menos que debe importarle en este momento… Y si este marquesado se va a pique, no me sentiré humillado por volver al lugar de donde usted me sacó… Ya he estado ahí.

Abandonó la estancia dejando a lady Beatrice con la palabra en la boca.

La dama soltó un frustrado resoplido.

Miró el lugar de Ashbourn. La taza vacía y migas de pan. Solo eso.

Debía admitir que su sobrino nieto era más fuerte que Fergus… Tenía carácter para enfrentar los cambios.

Se lo concedía, que él siguiera oliendo a barniz y cola de conejo era el menor de sus males.

*****

Ashbourn entró al salón principal del White’s. Era la hora de la cena, el momento previo a que iniciaran los bailes en las casas más

elegantes de Londres. El bullicio que reinaba en el lugar se congeló por cinco largos segundos.

Para algunos era ver al difunto marqués vuelto a la vida, para otros, el hijo pródigo que volvía al hogar.

El bullicio retornó.

Ashbourn se sentó en uno de los sillones de cuero. Inspiró. Tabaco, alcohol, papel, cera de abeja y limón. La chimenea ardía, el humo de los cigarros se elevaba en el aire.

El club de lobos era como un burdel caro, pero sin las damas con tarifa.

Un sirviente se acercó a él y tomó su pedido: un vaso de whisky con hielo. El muchacho lo miró extrañado, nadie le ponía hielo a sus bebidas.

Bram le dio una moneda de plata para que le diera lo que había pedido. Después de todo no era algo tan extravagante.

El sirviente se alejó raudo, podría sacar hielo picado de la cámara de frío.

Bram inspiró, satisfecho. A su lado, en la mesita auxiliar, se encontraban varios ejemplares de diversos periódicos, eligió The Morning Post. Lo desplegó y leyó.

Y esperó.

Pasó la página.

Esperó…

El mesero dejó el vaso de whisky en la mesita auxiliar. El marqués no lo tomó de inmediato.

Siguió leyendo.

Uno de los hielos crujió.

De pronto, alguien se sentó en el sillón contiguo al suyo. Ashbourn no reaccionó de inmediato, domó el impulso de mirar de reojo a la persona que esperaba a que él tomara la iniciativa.

Bebió un sorbo de whisky, el hielo suavizaba la bebida.

Y escuchó la voz vagamente familiar.

—Fergus solía beberlo sin hielo… Bueno, a decir verdad, nadie lo bebe con hielo. —Una risita floja—. ¿Qué clase de abominación es esa?

Bram plegó el periódico y le dedicó su atención al recién llegado. Lord Hayle.

Esbozó una sonrisa.

—Me gusta bien frío.

—Oh, pero no es de hombres arruinar un whisky de tan buena calidad de esa forma.

—Pregúntele a las señoritas de Dama Bianca si están de acuerdo con usted. —Bebió otro sorbo y vació la mitad del vaso—. Un poco de agua en mi whisky no define mi hombría… Yo no soy Fergus, soy Abraham. Hágame el favor de no compararnos.

Hayle alzó sus manos en gesto de rendición.

—No fue mi intención ofenderte… ¿Qué te ha traído al club?

—Lady Beatrice insiste en que vaya al baile del duque de Alford. Estaba cansado de escucharla.

—Oh, entiendo… ¿Por qué no quieres ir? Te aseguro que no habrá nadie cercano a ya sabes quién.

—Ese no es el motivo… No me agrada la idea de ir a un baile con mi tía abuela. La veo todo el santo día, necesito distancia aunque sea de noche.

Lord Hayle sonrió.

—En tu lugar también estaría renuente, no es la mejor compañía. Pero procura verle el lado positivo, ¿quién sabe?, quizás te puede ayudar a encontrar a tu futura marquesa.

—Prefiero seguir su consejo, milord; caminar antes de correr… Hace poco más de un mes que soy marqués y, francamente, mi título no está en condiciones de adicionar los gastos que conlleva mantener a una marquesa.

El ceño de Hayle se contrajo, su tono fue de paternal amonestación al decir:

—Oh, hablar de dinero no es de caballeros.

—¿Por qué no?

—No es apropiado.

—Pero el dinero lo es todo… —Esbozó una sonrisa de medio lado—. Mejor lo pondré en estos términos… Mis cultivos no producen lo suficiente.

—El mal que aqueja a la mayoría de los caballeros.

—¿Eso lo incluye a usted?

—No, si las cosas siguen su curso.

Aquella admisión era lo que necesitaba Ashbourn. Observó a Hayle encender un cigarro, la cerilla fue su enemiga por varios intentos hasta que logró la ignición. Esperó a que el tabaco ardiera y el humo se elevara para decir:

—Supongo que la suspensión temporal de las leyes de importación de maíz y las de navegación serán un golpe duro para nuestra economía. Me pregunto si valdrá la pena aprobarlas. Después de todo, será por unos cuantos meses.

—Los liberales creen que en esos meses salvarán vidas. La gente siempre ha sabido arreglárselas en épocas difíciles.

—Es cierto, yo vengo de ahí. A mí nadie me ayudó cuando mi negocio estuvo a punto de ir a la quiebra.

—Exacto. Cada uno tiene que encargarse de su propia vida. El estado no puede hacer nada en ese caso. —Ladeó su cabeza—. Pensé que cambiaste de opinión por despecho.

—No crea todo lo que dice la prensa… No, el hacerme cargo del marquesado abre los ojos. Hay muchas personas que dependen de que las cosas sigan como siempre; arrendatarios y sirvientes son importantes.

—Es cierto… —Aspiró su cigarro y luego soltó el humo. Le dedicó una mirada de reojo y preguntó—: ¿Ya tienes padrinos para jurar ante la reina?

—No. Estoy solo.

—Necesitas dos padrinos, deben ser marqueses. Me atrevería a decir que Tiverton estaría encantado de apadrinarte, y podríamos buscar a otro que sea apropiado para tu ceremonia.

—Agradezco el ofrecimiento. Yo ya me estaba preguntando si me impediría jurar al no cumplir con ese requisito. La idea es que pueda tomar mi escaño como corresponde.

—Es muy importante que tengas padrinos, es parte del protocolo… El primer día de las sesiones es tedioso para muchos, están obligados a asistir por el discurso de la reina y porque entran nuevos parlamentarios.

—Para mí no será tedioso. El primer día siempre es una novedad en todo orden de cosas.

—Sí, pero no te ilusiones, no harás mucho, solo escuchar y jurar… Será el inicio de tu vida pública.

—Gracias. —Alzó su whisky y brindó. Terminó el vaso de un solo golpe. Lo celebró como si hubiera apagado la sed con agua de vertiente, fresca y cristalina. Hayle arqueó una ceja, un gesto fugaz. El marqués se levantó—. Bien, ha sido un rato agradable estar aquí… Creo que tiene su encanto.

—Ven a cenar mañana, conversaremos con Tiverton sobre tu otro padrino.

—Oh, mañana no puedo, tengo compromisos que ya adquirí con anticipación… —Hizo una mueca—. Son ineludibles, usted me entiende. Confío en su criterio. Elija a quien considere conveniente para que me apadrine.

—Gracias, Ashbourn.

El marqués se inclinó y se marchó.

Lord Hayle entrelazó sus dedos.

Lady Beatrice tenía razón, el muchacho ya había caído.

*****

Dos días después, Bram constató que Gales era muy diferente a Londres.

Las tierras que poseía el marquesado eran un profundo valle y vastas áreas de sembradío que ahora solo era un inmenso manto blanco. Frente a ellos se alzaba Green House. La casa estilo georgiana no podía competir con Ashbourn Hall, pero tenía un encanto que no poseía la propiedad de la capital, parecía ser más… cálida. Incluso con sus jardines congelados y árboles desnudos.

Bram se apeó del carruaje de alquiler. Extendió su mano. Sonrió con orgullo e infinita felicidad.

—Baja con cuidado, mi hermosa Florence.

El riesgo que tomó fue vital. Su puesta en escena no solo fue para lady Beatrice y quienes ansiaban su voto, sino también para él, necesitaba con el alma un respiro. Su plan fue ejecutado con

precisión milimétrica y pudo evadir a quienes lo vigilaban. Salió por la puerta lateral de la propiedad a las seis de la madrugada. Tomó un carruaje de alquiler y partió a la estación de trenes.

Florence lo esperaba allí. Matthew le dio el alta hacía un par de días al constatar que el dolor de cabeza era ínfimo. Solo debía cuidarse de movimientos bruscos durante un par de meses para que su costilla se recuperara del todo.

Bram obedecería al pie de la letra. A la hora de amar, su mujer marcaría el ritmo, tanto como su cuerpo lo permitiera… y él pensaba seguirlo sin discutir. Ya podía imaginarla sobre él, abandonándose al placer.

Florence tomó la mano de su esposo y se apeó. Admiraron Green House abrazados. Esos días serían una hermosa ilusión, una pizca de lo que les depararía el futuro. Esa esperanza nunca se desvanecería, porque si dejaban que el miedo gobernara sus decisiones…

Todo se convertiría en un fracaso.

Solo un par de sirvientes custodiaban la casa: el cuidador y su esposa, la que oficiaba de ama de llaves. Ambos eran empleados nuevos, al igual que el administrador de la propiedad. Bram no confiaba en los anteriores; todos podían ser espías de lady Beatrice, pues llevaban décadas en sus puestos de trabajo y sus lealtades no respondían al amo advenedizo.

Esa jugada no podía hacerla en Ashbourn Hall, Era peligroso despedir a todo el servicio. Gracias a Winston, ya había comprobado que la mayoría eran leales a él y no a lady Gárgola.

No obstante, no todo sería placer. La siguiente jornada estaba destinada al trabajo. Sophie y Hywel Montgomery los visitarían para evaluar las tierras y sus posibilidades de mejora. Bram lucharía con dientes y uñas para no depender de leyes que lo favorecieran a él. No usaría el Parlamento para su beneficio.

Bram suspiró. Besó la frente de su esposa, justo en la cicatriz de su golpe y dijo:

—Bienvenida a Green House, lady Ashbourn… —Florence arrugó su nariz, él rio flojo—. Ya te acostumbrarás a ese nombre… yo ya le estoy tomando cariño. Debo admitir que tiene personalidad.

—Lo dices solo para consolarme.

—Atrapado, señora Reeves. —Calentó la boca de su mujer con sus labios. Ah, no se cansaba de besarla, aprovechaba cada oportunidad que tenía para saborearla.

—Ese nombre me gusta más… —Le dio un último beso y suspiró—. Pero es inevitable que todos me llamen lady Ashbourn.

—Es inevitable. Así como el amor que te profeso.

El cochero descargó el equipaje ligero que constaba de dos bolsos de viaje. Ellos no necesitaban baúles y baúles de ropa para pasar tres días en Gales.

Bram pagó el viaje y dio una propina por el servicio. Tomó los bolsos.

—Vamos, hermosa. El cuidador no va a salir a darnos la bienvenida y créeme que lo agradezco.

Fijaron rumbo hacia la entrada… e iban a atesorar cada momento, mientras el tiempo aún les perteneciera.

Preludio

Por primera vez desde que empezó su vida como marqués, Ashbourn permitió que Shakespeare le ayudara a vestirse. No era un asunto sencillo disfrazarse de lord para jurar su lealtad a la reina.

Después de ataviarse con el atuendo de gala, el ayuda de cámara le debía poner la pesada capa de lana escarlata y armiño, la misma que habían usado ocho marqueses de Ashbourn antes que él… incluyendo al cuarto que repudió a su tatarabuelo.

Sí, ese hombre debía estar revolcándose en su tumba. Un vástago del hijo que repudió, con su sangre mezclada con la plebe, iba a tomar su lugar.

Ashbourn contuvo el aire al sentir el peso de la capa sobre sus hombros. Para él era lo más parecido a ponerse grilletes.

Respiró para dejar ir esa sensación, pero otra penetró sus fosas nasales.

Arrugó su nariz. Qué hedor más desagradable.

El ayuda de cámara le habló desde el reflejo del espejo.

—Espero que no ponga esa cara mientras esté jurando. —Le ajustó los hombros. El marqués era más ancho que los hombres que lo precedieron.

—¿Aireaste esta reliquia? —Ashbourn sintió que no podría quitarse ese hedor en semanas, era una mezcla de naftalina, lavanda y tabaco rancio. Era como vestir la piel de un muerto.

En cierto sentido, eso estaba haciendo.

—Si supiera cuánto he trabajado en ella para quitarle ese desagradable olor. Desde hace semanas que la he estado ventilando y aseando… Si ahora está fétida, imagínese cómo estaba antes. —Le puso el tricornio, un sombrero ceremonial.

—Dios, esto es una ridiculez.

—Tienen que ser especiales de alguna forma. —A Shakespeare le gustaba trabajar para el nuevo marqués, sus conversaciones despreciando las costumbres de la aristocracia eran refrescantes—. Se ha comprobado infinidad de veces que la sangre de todos es

roja… —Le entregó los guantes de cabritilla y el marqués se los puso—. Mírese, ya está listo.

Ashbourn contempló su reflejo. No se reconocía. Buscó a Bram en los ojos oscuros que le devolvían la mirada y al encontrarlo dijo:

—Que empiece la función.

Salió de su alcoba y descendió la escalera. En el amplio vestíbulo lo esperaba lady Beatrice y Oliver Fields, quien a esas alturas ya no era solo su contador, sino su mano derecha.

Oliver le entregó el pergamino real, el llamado a formar parte del Parlamento. Apretó los labios para comerse un comentario impertinente frente a lady Gárgola, quien parecía fascinada con la imagen que proyectaba.

La mujer con una sonrisa altiva dijo:

—Ha llegado el día, Ashbourn. El primer paso que darás hacia la grandeza.

El marqués le alzó una ceja escéptica.

—Esta capa rancia no me parece grandiosa, la verdad sea dicha.

—Ya apreciarás lo que significa ser el marqués de Ashbourn. Ve y toma el lugar que te corresponde por derecho.

Ashbourn se inclinó y se dirigió a la salida. Un par de lacayos le abrieron la puerta. El mayordomo dijo:

—Buena suerte, milord.

—Gracias, Hill… La necesitaré.

*****

Florence observaba la calle desde el carruaje de su padre. Era costumbre familiar que Olivia acompañara a Andrew en la apertura de las sesiones legislativas, y ella iba a hacer lo mismo por Bram…

Aunque fuera a la distancia.

El carruaje del marquesado de Ashbourn llegó al Palacio de Westminster. Florence intentaba divisar a su esposo, pero era inútil.

La voz de su padre la sintió lejana.

—Ya es hora. —Inspiró profundo, besó a su esposa y a su hija—. Que Dios ilumine a Bram.

Florence asintió.

Un lacayo abrió la puerta del carruaje y Andrew se apeó engalanado con su capa parlamentaria, cuyo diseño señalaba el rango del portador.

El padre de Florence cruzó la calle con su digno compás renqueante. Pasó por el lado del carruaje de Bram y su mirada se encontró con la de su yerno.

El instante fue eterno en que no hubo siquiera una inclinación de cabeza, pero solo eso bastó para que ambos supieran que estarían atentos.

Bram siguió a Andrew a una distancia que podría interpretarse como una coincidencia casual. Varios parlamentarios se unieron a la escarlata procesión.

Florence por fin pudo divisar a su esposo, era más alto que los demás. Desde su regreso de Gales no lo veía, apenas se comunicaban por notas. Un nudo se instaló en su garganta y sus ojos se anegaron.

Cómo lo extrañaba… Quedaba tan poco.

Después de las votaciones, su matrimonio iba a ser anunciado a los cuatro vientos.

A su memoria llegaron los recuerdos de sus días en Green House, amándose frente a la chimenea, conversando, comiendo los platos sencillos que le preparó Bram, las risas… y los planes para cuando acabara toda esa presión que parecía a punto de estallar.

La visita de su prima y su esposo fue esperanzadora.

Sophie llegó con Hywel a la mañana del segundo día. La propiedad de ellos estaba a media hora de distancia, por lo que podría decirse que eran casi vecinos.

Una feliz coincidencia.

Esa tarde tomaron muestras de sustrato de diversos puntos de los cultivos. Era la fase inicial para que Sophie pudiera evaluar el estado de la tierra con un pequeño experimento, el cual consistía en sembrar un guisante y poner distintas cantidades de guano de Perú para observar su velocidad de crecimiento. Una de las muestras no recibiría fertilizante, sería la de control. No era un método rápido, tendría resultados en un par de meses, pero serviría para

diagnosticar qué tan agotado estaba el suelo y, de ese modo, poder calcular la cantidad de fertilizante que requerían los campos de Bram.

Cuando terminaron la recolección de muestras, ambas parejas pasaron tiempo juntos. Desde hacía mucho tiempo que Bram no podía ser él mismo frente a desconocidos, y esas horas fueron un alivio… Reía con tantas ganas al escuchar las anécdotas de Hywel en India; se entusiasmaba hablando de su oficio al ver cómo los demás le prestaban atención; demostró ser un jugador peligroso de *whist*…

Él pudo ser solo Bram.

Ellos eran, simplemente, el matrimonio Reeves.

Esos días jamás los olvidaría. Esa felicidad compartida. Esas tazas de té con pan recién horneado y el queso derritiéndose.

Esos días de esperanza.

La esencia de su esposo era inmutable. El título, ese juego de poderes no había logrado transformarlo en alguien irreconocible. Bram manejaba el marquesado igual que un negocio de instrumentos que se encontraba en la bancarrota. Él estaba dando lo mejor de sí, trabajando sin descansar todos los días.

Y se sentía orgullosa de él.

El sonido de golpecitos en la portezuela la sacaron de sus recuerdos… Era Creed.

Florence abrió y el guardián se limitó a darle una nota sellada con el blasón de Ashbourn.

—Gracias, Creed. —El hombre solo asintió y cerró.

Rompió el sello, la caligrafía de su esposo, simple e inclinada apareció.

Mi hermosa Florence:

Esta tarde Ernest y Horatio te podrán al día en sus avances.

Te extraño.

Te amo.

Siempre tuyo.

Bram

Florence dobló la nota y volvió a mirar el Palacio de Westminster.

Después del discurso de la reina, él tomaría su escaño.

El edificio se alzaba frío e imponente. Florence posó su mano sobre el vidrio de la ventanilla, como si pudiera alcanzar a su esposo con ese acto.

*****

Bram sentía el peso de las miradas sobre él. Esperaba en el umbral, justo detrás de la Barra del Parlamento; el límite infranqueable que no le era permitido cruzar.

Pese a tener el legítimo derecho, no podía entrar a la Cámara de los Lores hasta que prestara juramento.

Sofocado por la capa de armiño y asfixiado por las miradas que le propinaban por otros lores que también debían jurar, Ashbourn intentaba prestar atención a las palabras de la monarca. Algunos miembros de la Cámara de los Comunes llamados a escuchar se apretujaban y estiraban los cuellos para poder ver mejor.

Adentro, el salón estaba lleno, no solo de capas rojas de los lores sentados por rango y posición, sino también de jueces, obispos y diplomáticos extranjeros. Era una marea de opulencia roja, blanca y negra.

Y la voz lejana de la joven reina, desde su trono de oro, hacía eco en el inmenso salón…

—Mis Lores y Caballeros: Es con profundo pesar que me veo obligada a llamar vuestra atención hacia la penuria de alimentos, que prevalece en Irlanda y en partes de Escocia. La pérdida de la cosecha de patatas ha causado tal grado de sufrimiento y una mortalidad tan pavorosa, que requiere de vuestra más inmediata y sabia deliberación...

A Ashbourn le parecía irónico; todos quienes se encontraban en ese lugar —salvo contadas excepciones—, no sabían lo que era sentir el calor del hambre en el estómago.

No obstante, debía conceder que la mitad de ellos merecían una pizca de respeto. Si Andrew tenía razón, sería una votación

dividida el día veintitrés…

La otra mitad solo velaba por sus intereses personales, y se aferraba a un mundo que ya no era el mismo desde hacía mucho tiempo.

Su mirada se cruzó con la de lord Hayle. El conde le brindó un leve asentimiento de cabeza. Cerca de él, junto a los marqueses, se encontraba lord Tiverton quien lo observaba sin parpadear.

Ashbourn desvió el contacto y lo dirigió hacia la zona de los duques. Ahí, poniendo una beata atención a las palabras de la reina, se encontraba Alford.

En el extremo opuesto de esa zona, se situaban los duques de Hastings, de Oxford y de Ravensworth.

Todos pertenecían al mismo rango, pero una línea invisible de valores y convicciones los separaba.

Y la voz firme de la reina no cesaba, como si quisiera llegar a quienes no les importaba el sufrimiento ajeno.

—He dado órdenes para que se tomen medidas de alivio, pero la magnitud del desastre supera los medios ordinarios. Por tanto, les recomiendo la pronta consideración de medidas para la suspensión temporal de los aranceles sobre la importación de grano extranjero, así como la eliminación de las restricciones a la navegación, a fin de que el alimento pueda llegar a las costas de mi reino con la celeridad que la emergencia demanda...

Ashbourn notó demasiadas miradas evasivas, posturas incómodas que se corregían, labios y mandíbulas apretadas… La flagrante desobediencia al llamado humano.

De pronto, fue consciente del pergamino que casi estrujó por la súbita indignación que lo ahogó.

Pensó en todas las personas que vio en la calle, padeciendo, sobreviviendo en ese invierno crudo.

Cuando solo era un comerciante no sentía culpa por poseer un poco más, porque era eso, un poco. Lo suficiente para tener una vida digna… Pero ahora, a pesar de ostentar un título en la cuerda floja, poseía demasiado y era aberrante.

Se preguntó si la reina lograba dimensionar que gran parte de sus lores y caballeros no tenían alma, y que la caridad solo era una

representación escénica, una actuación para demostrar que eran generosos con quienes no tenían nada. Sus propias rentas estaban en primer lugar.

—Confío en que vuestras deliberaciones estarán guiadas por el deseo de promover el bienestar de todas las clases de mis súbditos. La actual escasez es una dura prueba para la perseverancia de mi pueblo, y pido a la Divina Providencia que bendiga vuestras deliberaciones, para que podamos mitigar los sufrimientos de los más necesitados...

Las sentidas palabras de la reina se dispersaron en el salón.

Silencio… Efímero, frágil, incómodo.

Los aplausos fueron como un trámite indiferente, parte del protocolo ancestral. Rostros inexpresivos, miradas vacías, emociones escondidas.

La reina se levantó y se retiró.

Un leve murmullo se elevó en el aire… Los lores volvían a sus asientos habituales. A la derecha del trono, la bancada afín al gobierno del Primer Ministro, el liberal lord John Russel. A la izquierda, la oposición.

Al centro, los bancos cruzados, lugar donde se situaban los lores que eran neutrales.

Las miradas entre los bandos principales no eran discretas. Directas, afiladas. Susurros que parecían dardos venenosos.

Una guerra sin soldados, sin bajas… Egos, fortunas, poder, eso era lo que estaba en juego.

Lord Tiverton se levantó de su puesto y se dirigió hacia él, lo acompañaba otro marqués de más edad, mas no decrépito. Se situaron a ambos lados de la barra.

En voz baja Tiverton le dijo:

—Siempre firme, sin vacilar… Asumo que conoce el ritual.

—Sí, me he instruido. —Ernest… más bien, lord Ernest era hermano del marqués de Somerton y le enseñó todo lo que debía saber para ese día—. No cometeré ni un error.

—Bien. —Tiverton se acomodó el cuello de su capa. Ashbourn se veía diferente a la última vez que lo vio, le molestaba la firmeza de su voz. Carraspeó—. Su segundo padrino será lord Hertford.

El aludido solo saludó a Ashbourn con una mirada de soslayo y una leve inclinación de cabeza. Así que ese era el nuevo… Quizás no era tan malo recibir en sus filas a alguien que no tenía idea de nada. Ya había demostrado que era fácil de convencer.

Ashbourn enderezó su espalda y corrigió su postura encorvada. El peso de la capa parecía haber aumentado el doble, como si fuera de hierro en vez de lana y armiño. Se secó el sudor de la frente.

El Secretario de Lectura del Parlamento se levantó. Con voz solemne, anunció al Lord Canciller que había un par del reino que deseaba ser introducido.

Ese era el inicio del ritual. Los murmullos en la Cámara de los Lores se convirtieron en un leve zumbido.

El Lord Canciller, sin demostrar emoción proclamó:

—¡Que el marqués de Ashbourn sea llamado! ¡Que sea introducido en esta Cámara según el antiguo uso y costumbre!

La barrera se levantó. Ashbourn avanzó con las piernas temblorosas y adoloridas por la espera. Cruzó el umbral.

La procesión era encabezada por el Rey de Armas Principal de la Jarretera. La autoridad heráldica de más alto rango portaba una vara dorada, e iba ataviado por un tabardo medieval.

Ashbourn, escoltado por sus padrinos avanzó por el pasillo al compás que ellos marcaban. En su recorrido, se detuvieron tres veces y reverenciaron el trono vacío de la reina sacándose el tricornio. El olor que desprendía la capa en cada profunda inclinación lo exasperaba, y él arrugaba su nariz. Al reanudar su marcha su expresión volvía a ser solemne.

Llegaron frente al asiento ceremonial del Lord Canciller, el Woolsack. Ashbourn echó hacia atrás su capa y plantó su rodilla derecha en el suelo. El peso de las expectativas de todos lo aplastó. Entregó su pergamino al Lord Canciller, quien lo recibió sin dedicarle ni una mirada.

—Recibo vuestra orden, Lord Ashbourn. Proceded a la Mesa para el juramento.

Ashbourn se levantó. Escoltado por Tiverton y Hertford se dirigió a la Mesa de la Cámara. La Biblia y el gran libro de firmas esperaban.

Presentaron la Biblia ante él. El marqués alzó su diestra y posó su siniestra sobre el sagrado libro y juró solemne:

—Yo, Abraham John Reeves, noveno marqués de Ashbourn, juro ser fiel y leal a Su Majestad la Reina Victoria, a sus herederos y sucesores, conforme a la ley. Que Dios me ayude.

Pluma y tintero ante él.

Sintió la respiración densa de Tiverton en su nuca cuando tomó la pluma, firme como la gubia de luthier. Esgrimió su nombre, Ashbourn, caligrafía pulcra, inclinada… Subrayó su título y puso un punto… Uno que no marcaba un final, sino un párrafo nuevo en esa historia.

Lord Hertford le palmeó la espalda. Condescendiente, dijo:

—Así se hace, muchacho.

Tiverton observaba cómo Ashbourn finalizaba la ceremonia. Algo le molestaba, mas no sabía precisar qué.

«¿Será todo una actuación?», pensó mientras se dirigían a la bancada conservadora. El duque de Alford saludó al recién llegado con una regia inclinación, la que fue respondida del mismo modo.

Tiverton dirigió su atención hacia el bando liberal. Ahí, Rothbury y sus allegados observaban a Ashbourn de una forma que solo se podía interpretar como desidia.

«No, nadie soportaría tanto. A estas alturas ya habría cometido un error». Tiverton desestimó esa sensación que no le permitía saborear el pequeño triunfo.

El voto decisivo estaba asegurado.

Ashbourn se sentó en la segunda fila, junto a los lores de su rango. Palmadas en la espalda y en sus hombros fueron la cordial bienvenida de sus pares. Él solo respondía serio, tenso… Como una oveja que entraba en la cueva de los lobos. Era el nuevo peón, el comerciante ignorante que trataba ser como ellos, y que haría lo que fuera por agradar y proteger su nueva fortuna.

Ashbourn apretó las manos bajo la capa de armiño.

«No soy como ustedes… y pronto lo entenderán».

Tutti con fuoco

En la sala reservada de Dama Bianca se reunieron cuatro hombres. Esa sería la última vez que utilizarían aquel lugar como cuartel general.

Whisky, documentos y rostros serios.

Ernest expuso un dossier en medio de la mesa y dijo:

—Aquí están las pruebas… Los caballeros más interesados en el voto del marquesado tienen más que problemas. —Bram tomó el dossier y lo hojeó—. El que está más crítico es el duque de Alford. Sus tierras producen bajo el mínimo desde hace unos siete años, por lo que el año pasado se vio obligado a pedir un préstamo usando su título como aval. —Bram miró a Ernest con una expresión de asombro y escándalo. Aquello era ilegal—. La desesperación es atrevida… Supongo que la derogación de la ley del maíz fue una estaca al corazón de sus finanzas.

—Esto pudo haberlo evitado si hubiera buscado otras formas de financiamiento, invirtiendo en otros rubros.

Ernest asintió alzando su vaso de whisky y añadió:

—Alford tiene sus convicciones muy arraigadas. Es uno de los que siempre ha menospreciado a mi tío Michael y a mis primos por haberse involucrado en ocupaciones que los obliga a hablar de dinero. —Un ligero bufido de desdén salió de la boca de Bram. Ernest esbozó una sonrisa malévola—… Pero el duque no es el único con problemas.

—No me extraña.

—Tiverton, tu querido padrino. —Bram ignoró la pulla y siguió hojeando el dossier. No tenía idea de cómo diablos, Ernest logró recopilar toda esa información financiera, y lo peor con copias de los contratos. Era un hombre peligroso si se le tenía de enemigo—. A él no le importa tanto el honor de caballeros, y se ha involucrado en el mundo de los negocios en los últimos años. No obstante, su arrogancia aristocrática no le permite ver el peligro. Invirtió todo su capital en un proyecto ferroviario. De hecho, influyó en el Parlamento para acelerar la aprobación del trazado de las líneas del tren de esa empresa. —Bram escuchaba atento. Arqueó una ceja al

leer la suma que invirtió Tiverton—. Al momento de la construcción de las vías se presentaron los problemas. El trazado tenía errores de cálculo y bueno, entre las correcciones, los atrasos y el éxodo de accionistas la empresa quebró… Su situación pende de un hilo. A él no le conviene que se aprueben las leyes que lo dejarán sin una tabla de salvación para su propiedad principal en Londres. Es todo lo que le queda junto con tierras improductivas.

Oliver, quien prestaba toda su atención a Ernest, comentó:

—Sin esa propiedad ya no podrá aparentar que es más pobre que un comerciante de Soho… En los libros contables del marquesado de Ashbourn aparecen varias «Donaciones» que el difunto marqués le dio, justo, justo antes de morir… Y no solo a Tiverton, sino también a Alford y a Hayle.

Ernest hizo una mueca antes de decir:

—El conde de Hayle tampoco se salva. Hace honor a la costumbre de muchos conservadores de aparentar que tienen un árbol de dinero, y gastan en consecuencia. Le encanta hacer apuestas fuertes en garitos de dudosa reputación y está endeudado hasta el pelo… Lo más gracioso de todo es que pidió varios préstamos a distintas entidades, tanto formales como informales, entre las cuales figura la empresa Montague y Asociados. —Ernest sonrió como el demonio que era—. Es la empresa que posee el duque de Ravensworth junto al conde de Corby, el duque de Hastings, el conde de Swindon, el conde de Wexford, mi padre y tu suegro.

Bram rio… Buen Dios, esos hombres eran de temer. No tenían más poder porque no manipulaban las leyes para su beneficio. Los estudió a cada uno de ellos, siempre abogaban por causas sociales, y cuando una ley tocaba sus intereses; se abstenían no yendo a votar o, simplemente, se sentaban en los bancos cruzados.

Ernest bebió un trago de whisky y finalizó:

—Bueno, mi trabajo ha valido la pena, y cualquier cosa me vas a buscar a Somerton o me escribes si no es tan urgente. —Se rascó la cabeza—. Mi esposa me va a regañar cuando vuelva por haberla dejado tantos días sola con los niños.

—Te lo compensaré con intereses, no lo dudes.

—La familia es primero… Fue divertido volver a Londres a hacer mis diabladas, debo admitirlo. —Miró a Horatio—. Así como también fue divertido ver a mi hermano disfrazado de deshollinador.

—Soy demasiado llamativo para pasar desapercibido. —Se justificó el aludido—. Y tenía que interrogar a Winston en su lugar de trabajo… Espero que el mayordomo no lo haya reprendido por haber estado cacareando con el «deshollinador».

Bram jugó con su vaso con whisky y hielo, y bebió un trago.

—Winston estaba muy emocionado con tu autógrafo y haber contribuido con tu investigación.

—No niego que eso acarició mi ego… En fin, tengo identificado al misterioso jinete que atacó a Florence… Por fortuna, Creed no fue el único testigo. En Brook Street trabaja el señor Saint Patrick limpiando la bosta de caballo, y lo vio todo. Y un detalle en particular fue el que me sirvió para identificar al jinete que, cabe añadir, es uno de los que sigue a Bram cada vez que sale de Ashbourn Hall.

—¿Y qué detalle fue?

—El caballo que monta es negro, pero tiene una mancha blanca en una de sus patas. Llevé al señor Saint Patrick a las afueras de Ashbourn Hall el día que Bram fue a jurar y, como siempre, una vez que salió el carruaje un par de jinetes lo siguió. Lo reconoció de inmediato y no solo por el animal, también por su ropa. Winston además señaló que Noah, el otro portero, vio a ese jinete salir con rumbo desconocido unos cinco minutos antes de que atacaran a Florence.

Bram se arrellanó en la silla, pensativo.

—Me temo que habrá que hacer alguna clase de… interrogatorio a esos sujetos que me vigilan antes de la votación, si es que eso es posible. Quiero dejar todo atado.

—Dalo por hecho. Conozco a las personas adecuadas.

—Después de la votación anunciaré mi matrimonio y el intento de asesinato a la prensa… Y los que estén involucrados, si son sabios, no harán nada más.

—¿Y si no? Será como patear un avispero.

La sangre de Bram se detuvo por un segundo. Lo había pensado más de una vez, era el fallo de todo aquel montaje que llevaba más de un mes. Sintió las miradas preocupadas de los demás en él.

—Me prepararé para las consecuencias… —Una gran mentira, sentía que nunca estaría preparado, ni todo plan era perfecto—. Horatio, necesito que vigilen a Tiverton, a Hayle y a Alford.

—Cuando descubra a quién responde el jinete puedo reforzar la vigilancia en ese…

—Hazlo, no escatimes en gastos… —Se masajeó la frente, una punzada atravesaba su cabeza. Forzó una sonrisa—. Gracias a todos por el esfuerzo y el riesgo que están tomando.

Los tres hombres asintieron con movimientos firmes de cabeza o brindando. Oliver bebió y dijo:

—Hacer lo correcto nunca es fácil, milord. Confiemos en que los eventos de pasado mañana sean lo suficiente para que esas ratas se queden escondidas en sus madrigueras.

*****

El día llegó.

El lunes veinticinco de enero se llevó a cabo la sesión de la Cámara de los Lores en el Palacio de Westminster.

Bram entró al inmenso salón vistiendo impecable, bien peinado y aseado, afeitado al ras, y su infaltable agua de colonia. Detestaba el olor a tabaco que desprendían los lores que lo rodeaban. Era como estar en el salón reservado del Dama Bianca.

Su anillo de matrimonio lucía flagrante en su dedo anular izquierdo, el monograma, símbolo de su unión brillaba orgulloso. Para los demás, aquel anillo iba a pasar desapercibido, era un adorno más. No lo asociaban a un intercambio entre los esposos, solo la mujer recibía aquella ofrenda, era la única que evidenciaba que tenía dueño.

El aire se percibía denso, pesado, incluso respirar requería un esfuerzo extra. El murmullo de las voces parlamentarias era caótico, unas resonaban más fuertes que otras, palabras sueltas que se

escapaban: urgencia, hambre, control, desorden, autoridad, piedad, temporal.

Se situó en el lugar que ocupó desde que tomó su escaño, segunda fila, detrás de los duques. Miró al frente. Andrew, solitario entre los vizcondes, conversaba con los condes de Swindon, de Wexford y de Corby, situados delante de él. En otra fila, los duques de Ravensworth, de Oxford y de Hastings intercambiaban saludos.

—Hoy es el día, muchacho. —La gruesa voz de Alford lo distrajo.

—Así es, su excelencia… ¿Siempre están todos los parlamentarios presentes en las votaciones?

—No, algunas veces este salón está vacío. Se llena cuando hay situaciones que lo ameritan.

—Como esta.

—Exactamente. —El duque desvió su mirada y ofreció su mano a alguien que llegaba—. Tiverton, buenos días… ¿Y Hayle? Pensé que llegarían juntos.

—Creo que llegará tarde, como de costumbre.

Alford negó con su cabeza. Esbozó una sonrisa a Ashbourn.

—Le recomiendo que deje esa costumbre de visitar aquella casa indecente o terminará como Hayle.

Ashbourn sintió la tentación de decir «¿En la ruina?», mas solo calló y preguntó:

—¿Y cómo está lord Hayle?

—Trasnochado y sin descendencia… Su juventud se irá pronto, y será más difícil encontrar una dama de buena posición y que esté dispuesta.

—Entiendo…

La llegada del Lord Canciller apaciguó en parte el murmullo, mas no del todo. Sin decir una palabra, se sentó sobre el Woolsack, erguido, severo. Él no tenía el poder de hacer callar a los parlamentarios, debían moderarse a sí mismos.

No obstante bastó con que dirigiera sendas miradas a las bancadas principales para que el silencio fuera el protagonista.

El marqués de Lawndone se levantó y tomó la palabra.

—Mis lores… En la sesión extraordinaria del sábado pasado, se propuso que se suspendieran los artículos 26 y 155 del Reglamento Interno, a fin de permitir que estos proyectos de ley se tramiten lo más rápidamente posible.

El conde de Clarendon se levantó y dijo:

—Mis lores…Es mi deber pedir a sus señorías que den su consentimiento a los proyectos de ley que se leyeron por primera vez el sábado pasado, para admitir el libre tránsito del maíz y la suspensión de las actas de navegación hasta el 1 de septiembre próximo…

El discurso se extendió y la voz de Clarendon se elevaba y hacía eco en la cámara, datos duros, cifras gélidas eran los crudos hechos de la emergencia. No obstante, él era un escéptico y dudaba que las medidas fueran efectivas.

Cabezas negaban, otras asentían ante sus palabras.

Bram lo escuchaba, mas sin expresar apoyo o rechazo. Miró de reojo a su suegro, también prestaba atención, pero en algunos puntos del discurso se notaba su disconformidad. Una que compartían.

Al finalizar, el conde Clarendon sentenció:

—La eliminación de estas restricciones no reportará grandes beneficios. No obstante, si la suspensión provoca un aumento en las importaciones e impide que los precios suban aún más, la gente de este país se sentirá, en cierta medida, en una mejor situación, y sus señorías tendrán la certeza de haber hecho todo lo posible para mitigar los males de la escasez actual.

No hubo aplausos, solo un breve silencio que el marqués de Tiverton aprovechó. Se levantó e inició su intervención:

—Mis Lores, sé que todo lo expuesto por lord Clarendon parece ser la opción justa y necesaria. Pero necesito recalcar que los beneficios no serán suficientes. Difiero de él, es mi deber hacerles ver que estas medidas exigen tiempo para mostrar, de verdad, esos resultados que algunos de ustedes ingenuamente esperan, y ese tiempo no será suficiente. En menos de nueve meses el grano no llegará con celeridad, los precios no bajarán lo que el pueblo exige…

Bram intentó contener las ganas de hacer callar a Tiverton a golpes. Le enervaba ese tono de superioridad moral que ocultaba sus intereses con palabras desalentadoras. Miraba de reojo a su alrededor, muchos concordaban con el marqués. Sin embargo, había otros que en sus expresiones y gestos denotaban preocupación, tensión.

Quizás todavía no tomaban una resolución.

—… Queramos o no, las medidas llegan demasiado tarde, y muchos de ustedes solo accederán por la temporalidad, porque si terminamos derogando estas leyes, los que hemos luchado por el producto nacional veremos cómo nuestros mercados se llenan del grano extranjero, lo que perjudicará a la economía de nuestra nación y a quienes viven de la agricultura. Rechazar estas leyes es llamarlos al sentido común y a trabajar en buscar soluciones serias y permanentes.

Tiverton tomó asiento al lado de Bram, esperando alguna reacción. Solo recibió silencio. La atención se centraba en el vizconde Rothbury que se levantaba e iniciaba su discurso:

—Mis Lores, ya hemos escuchado a sus señorías en sus respetables puntos de vista. Afuera hay personas haciendo fila para poder comprar harina, pan. Las casas de pobres con todas sus deficiencias no dan para más. Quizás, para muchos, esa será la única comida en días porque es lo que pueden pagar. Les ruego que no se desgasten en dilucidar si vale la pena o no, calmen esa hambre. Si el precio no baja, no importa, porque con estas medidas no subirá más y, quizás, para una gran parte de nuestros compatriotas será suficiente.

»Pero yo, mis lores, tengo fe en que al ver nuestra respuesta, toda la maquinaria hará funcionar sus engranajes con mayor velocidad. Habrá voluntad, habrá esperanza, bajarán los precios… y nuestros compatriotas podrán sobreponerse a esta dura prueba que Dios nos ha impuesto.

Y al sentarse, el vizconde recibió el apoyo de toda su bancada.

Bram notó que en ese lado de la sala no había dudas. En ese momento eran un bloque unido.

Quizás algunos conservadores solo esperaban que uno de ellos diera un paso al frente para decidir, y constatar que no tenían que ceder a la presión de algunos que necesitaban preservar el poco control que les quedaba.

Quizás su voto no era decisivo para desempatar, sino para animar a otros a mantenerse en el lado correcto.

El Lord Canciller al notar que no habría más intervenciones se levantó y dijo:

—La cuestión es que esta ley de suspensión temporal de las leyes de importación de maíz y de navegación sea leída por tercera vez. Aquellos que deseen aprobar digan: «A favor», los que rechazan digan: «En contra».

La ley fue leída por tercera vez...

Y las voces de todos los pares del reino se alzaron. El Lord Canciller se preparó para escuchar qué opción predominaba.

La Cámara de los Lores se colmó de división.

A favor, en contra…

A favor… en contra…

En contra…

A favor…

Y cuando el silencio devoró todo eco, el Lord Canciller declaró:

—Creo que los «A favor» tienen la mayoría.

Alford fue el primero en levantarse y prorrumpió:

—¡División!

Aquella palabra era una exigencia, un desafío, la última carta para orillar a los indecisos, forzar a un conteo físico, sin margen de error. Muchos siguieron la acción del duque. Bram llevó su charada hasta el final y se puso de pie, mas de su boca ninguna palabra salió.

El Lord Canciller asintió y ordenó:

—¡Levanten la Barra!

Los ujieres levantaron la barra que cerraba la cámara y despejaron el lugar de quienes presenciaban la sesión como observadores.

Los lores se levantaron y se dirigieron a la salida, mezclándose en el proceso. Bram se distanció lo suficiente de aquel triunvirato

que sobrepasaba los límites del egoísmo y la codicia.

Ante la salida de la cámara se extendían dos pasillos separados, cada uno presidido por un escrutador que contaría a cada lord que entrara en él.

A la derecha, ingresarían los que estaban a favor. A la izquierda, en contra.

Y la procesión inició, lenta, tensa. La fila se fue estrechando a medida que avanzaban y tomaban su lugar. Bram solo observaba las nucas de los que lo antecedían.

El duque de Alford pasó al pasillo de la izquierda, Tiverton también.

El conde de Clarendon a la derecha…

Hayle miró hacia atrás y buscó a Ashbourn. Sus ojos se encontraron. El marqués asintió, el conde esbozó una ligera sonrisa y se dirigió al pasillo de la izquierda.

Pasó el marqués de Hertford, en contra.

Ashbourn era el siguiente…

Las miradas de Hayle, Tiverton, Alford y todos los demás se clavaron en él.

Bram no dudó…

Pero el resto del mundo sintió la vacilación.

Miradas, susurros, puños apretados, alientos contenidos…

Dio el primer paso.

Y otro más, zancadas largas.

Firmes.

El susurro del jadeo.

A favor.

Y al llegar al lado de su suegro, solo escuchó el estruendo desde el otro pasillo. Una desesperada e iracunda cacofonía que apenas podía ser controlada.

Los que se preparaban para entrar a los pasillos, sin excepción, miraban a Ashbourn con los ojos desorbitados, incrédulos, ante lo que acababan de presenciar.

Traición.

A todo un partido, a los amigos del marquesado, a sus antepasados, a la tradición. Durante todo ese tiempo, Ashbourn regó

pólvora a los cimientos de su legado, y con su última acción encendió la mecha que la hizo estallar en mil pedazos.

Y eso fue suficiente para que la gran mayoría se dirigiera al pasillo de la derecha, incluyendo a algunos indecisos del partido conservador y de las bancas cruzadas.

El resultado fue aplastante.

Los lores volvieron a sus respectivos asientos… Y Ashbourn tomó una nueva decisión.

En medio de los furiosos murmullos y miradas incrédulas, no se unió al partido que traicionó, pero tampoco al de su suegro.

Se sentó al medio, en las bancas cruzadas. Los que lo rodeaban arquearon sus cejas y se daban codazos ante tan insólita acción.

Miró a Andrew, su suegro asintió. Entendía la posición de Bram, el acto que había cometido fue grave, irse directo al lado liberal sería como echarle más leña al fuego.

Y cuando todos los lores se sentaron y sus voces se fueron apagando, el Lord Canciller desplegó el papel que revelaba el conteo y declaró:

—La ley que suspende temporalmente las leyes de importación de maíz y las de navegación ha sido aprobada.

Aplausos provinieron de los parlamentarios que impulsaron aquella opción. Brazos cruzados y labios sellados de la oposición, sobre todo de los que veían su futuro con incertidumbre.

Otros no podían hacer más que mirar a Ashbourn con evidente ira.

El díscolo marqués se levantó y el silencio fue súbito y absoluto.

—Mis lores, pido la palabra para explicar la sorpresiva decisión que he tomado, y que no ha sido antojadiza. Desde que tomé posesión de mi título, hace poco más de un mes, he sido presionado para rechazar estas leyes de emergencia. He tenido espías en mi casa, afuera de ella, vigilantes que siguen mis pasos e incluso intentaron romper mi relación con la señorita Florence Witney… la que actualmente es mi esposa. Me casé en secreto por ese mismo motivo, y días después, ella fue víctima de un atentado del cual tengo pruebas de que no fue un accidente.

»Me he visto en la obligación de mentir hasta el último momento, y lamento haberlo hecho. No obstante, si alguien considera que soy un traidor a una causa, pues sí, lo admito. Prefiero ser un traidor a ser un cómplice, y darle la espalda a mis convicciones y a mi pueblo, a quienes sirvo… y ellos son los que están sufriendo en este momento.

»No diré nombres, no señalaré con un dedo… —Sus ojos se desviaron por medio segundo hacia Tiverton, Hayle y Alford—. Pero si en el futuro le sucede algo a mi esposa o a sus allegados… sabré que no es coincidencia, y las consecuencias serán proporcionales a los actos cometidos.

Bram tomó asiento.

El silencio fue sepulcral.

Un bastón cayó al suelo y resonó como un cañón.

El Lord Canciller aprovechó ese fugaz momento de estupor colectivo y anunció:

—Se cierra la sesión.

Y aquello fue un despertar.

Ashbourn no esperó a nadie. Fue el primero en salir de la Cámara de los Lores, su plan aún no terminaba.

Afuera, en el Old Palace Yard, lo esperarían los periodistas, listos y dispuestos a acribillarlo con preguntas…

Y él se dejaría devorar por las hienas.

Rallentando non troppo

Horas después de la votación y las declaraciones a la prensa, el carruaje del marquesado se detuvo frente a las puertas de hierro de Ashbourn Hall. Winston entreabrió su boca al ver que venía cargado de baúles.

Raudo, abrió las puertas. El marqués abrió la ventanilla y anunció:

—Winston, le presento a lady Ashbourn. —Florence se asomó y saludó sonriendo.

El portero boqueó como pez, y millones de preguntas que no tendrían respuestas llenaron su cabeza. Lo único que atinó a hacer fue bajar la cabeza y decir:

—Bienvenida a Ashbourn Hall, milady. Winston Tottle a su servicio.

—Gracias, Winston... Que tenga un lindo día. —Aquella despedida le dibujó una sonrisa al portero.

El carruaje reanudó la marcha dejando el rastro de las ruedas sobre la nieve.

Al llegar frente a la mansión, los lacayos abrieron la puerta del carruaje. Bram se apeó y ayudó a su esposa a descender. Sin perder el tiempo ordenó:

—Jeremiah, Archibald, lleven el equipaje de la marquesa a mi alcoba, por favor.

Bram llevaba del brazo a Florence, orgulloso. Solo faltaba darle a lady Gárgola el escarmiento que merecía.

El mayordomo abrió la puerta. Su expresión se desencajó al ver al marqués llevando a la némesis de lady Beatrice, quien aguardaba por noticias en el salón de estar.

—Bien… Bienvenido a casa, milord… Señorita…

Bram lo interrumpió:

—Lady Ashbourn, Hill. Hoy ha venido a reclamar lo que le pertenece.

El mayordomo hizo una hiperbólica reverencia.

—Bienvenida a Ashbourn Hall, milady.

—Gracias, Hill.

Bram se quitó sus prendas. Shakespeare ya estaba recibiéndolas con sus cejas arqueadas.

Florence imitó a Bram. Sombrero, abrigo, bufanda y guantes terminaron en los brazos del ayuda de cámara.

—Gracias, señor Shakespeare. Pronto tendré mi doncella, no se preocupe, sus labores habituales no cambiarán.

—Oh, no, no, no… Es un placer, milady. Guardaré sus pertenencias en el vestidor del amo.

Florence solo agradeció con un gesto amable.

Hill carraspeó e informó al marqués:

—Lady Beatrice pidió que fuera a verla en cuanto llegara.

Bram esbozó una malévola sonrisa. Al mayordomo le produjo un escalofrío que lo recorrió de pies a cabeza.

—Y eso es lo que voy a hacer, Hill.

Los marqueses se dirigieron al salón de estar. Sin anunciarse, Bram abrió la puerta.

Lady Beatrice se llevó la mano al pecho por el repentino sonido. Sus latidos se dispararon al ver a Florence Witney de la mano de su sobrino nieto.

Sus piernas temblaron.

Y lo supo.

Ashbourn había mentido desde el día que supuestamente rompió con Florence Witney. ¡Lo sabía!

—¿Qué has hecho, Ashbourn?

—Lo que tenía que hacer. Me casé hace casi un mes, tía abuela. Y hoy, por fin, mi esposa tomará el lugar que le corresponde por derecho.

El aire que entraba por los pulmones de la vetusta dama no era suficiente.

—No me refiero a ella… —Y que esa mujer fuera la nueva marquesa se convirtió en la menor de sus preocupaciones—. La votación.

—Ya le dije, hice lo que tenía que hacer. Voté a favor.

—Dios… Dios… ¡Nos has condenado! —Se tapó la cara con desesperación, toda ella temblaba—. ¡Lo perderemos todo!

Lo único que sintió Bram fue lástima.

—Solo en una cosa no he mentido, milady. Yo sí estoy trabajando para que este marquesado no se hunda… Y si quiere mantener su estatus, más le vale que no siga conspirando con sujetos que están en la bancarrota.

Lady Beatrice lo miró, aterida. No por haber sido descubierta, sino por la palabra «bancarrota».

—¿A qué te refieres?

—Alford, Tiverton, Hayle. No me la imagino tan ingenua como para haber creído que sus intenciones eran honorables. Y usted ha estado colaborando con ellos para que yo traicionara a mi gente… Florence casi murió gracias a esos infelices… ¡No me mire como si no supiera nada!

La sangre de Beatrice dejó de correr en sus venas

—Ellos dijeron que solo la asustarían. Que era una prueba para saber si estaban distanciados o no.

—¡Mintieron! ¡Usted es solo un peón más!... Lo peor de todo es que lo sabe… Sabe que es una simple pieza que manejan a su antojo.

Beatrice se levantó.

—¡¿Y qué más podía hacer, Ashbourn?! No tengo nada más que esto… Un título de cortesía que solo sirve en esta casa… Y tú estás empecinado en hacerlo pedazos confraternizando con la servidumbre, votando leyes que perjudican nuestro legado, traicionando a los tuyos…

—Ellos no son nada mío. Mi legado lo salvaré yo, sin manipular leyes o creándolas para mi beneficio. No es la primera vez que salgo de la miseria por mis propios medios… ¿Usted comprende que nada de esto habría pasado si no se hubiera metido en mi vida?… Pudimos haber estado en paz.

Una punzada atravesó el pecho de Beatrice.

—¡Tenía miedo! —Y se tapó la boca, horrorizada…

Aquella admisión se comió todo sonido.

Paralizada, Beatrice comprendió que seguía teniendo miedo.

Bram avanzó un paso hacia ella.

—Usted tenía miedo de que el muchacho subversivo que había metido en Ashbourn Hall terminara hundiendo lo poco que quedaba.

¿Qué iba a saber un comerciante de las maquinaciones políticas o de administrar tierras, cosechas y dinero? —La dama no respondió, sus ojos bien abiertos parecían estar mirando a Bram por primera vez—. Me falta mucho por aprender, milady, no lo dude, pero yo no estaba solo. Tenía a toda la familia de mi esposa respaldándome, listos y dispuestos a enseñarme. ¡Qué importa la tradición política del marquesado! Yo no soy Fergus ni los que me antecedieron. No nací en cuna de oro, he trabajado toda mi maldita vida con mis manos y mi ingenio… El mundo afuera es tan feroz como el Parlamento… Ni siquiera me dio la oportunidad para demostrarle que podía. No, usted tenía que meterse en todo… Imponer, juzgar, despreciar… y aquí estamos en un gran dilema… ¿Qué haré con usted? Está claro que no aprueba a mi esposa y con suerte a mí. Soy mentiroso, manipulador y traidor cuando se requiere... Quizás si soy un digno marqués de Ashbourn después de todo, porque también soy desconfiado… Aparte del portero que metió de espía en esta mansión, ¿quién más obedece a usted, o a Hayle, Tiverton o Alford?... ¡Responda!

Lady Beatrice inspiró… Qué más daba.

—Mi doncella y Hill, solo me informaban tus movimientos o enviaban y recibían mis mensajes… El resto… mágicamente no tenían idea de nada.

—¿Segura?

—Oh, por favor, los demás están fascinados con el nuevo amo. Besarían el suelo que pisas.

Bram miró a los ojos de lady Beatrice. Quizás lo que decía era cierto, tampoco se atrevía despedir a todo el servicio de Ashbourn Hall.

Decisiones, decisiones…

—Bien… ¡¡Hill!!

El mayordomo apareció en un santiamén. Florence arqueó una ceja, debió haber estado espiando de cerca.

—A sus órdenes, milord. —dijo Hill a sus espaldas.

—Dígale a la doncella de lady Beatrice que prepare todas sus pertenencias. —Dio media vuelta—. También dígale que tiene dos

opciones: acompañarla a la casa de huéspedes de Escocia, o ser despedida sin recomendaciones… Lo mismo va para usted.

Hill ya había escuchado todo. No iba a siquiera a intentar defender lo indefendible. Había tomado un bando y fue el equivocado. Podía dar fe de que el resto del servicio adoraba al marqués… incluso él, pero su lealtad radicaba en el cariño que sentía hacia la dama.

—La acompañaré a Escocia, milord. Es muy generoso de su parte.

—Preparen todo, se van ahora.

—Como ordene.

Bram volvió a mirar a su tía abuela.

—Trabajaré para que el resto de sus días los viva con dignidad, pero no aquí. Lo lamento mucho, usted se lo ha buscado.

Lady Beatrice asintió e hizo una reverencia. Al levantar la mirada dijo, no como advertencia, sino como un hecho:

—Alford y los demás no se quedarán de brazos cruzados… lo de lady Ashbourn solo fue una pequeña muestra de lo que son capaces.

—Lo sé… Sus miradas esta tarde fueron elocuentes.

Lady Beatrice se retiró de la estancia cerrando la puerta tras de sí.

Bram soltó el aire de sus pulmones. Sus movimientos fueron lentos y pesados al sentarse en un sofá, encorvado.

Florence lo acompañó en silencio. Besó la sien de su esposo

Sus manos se entrelazaron. Sus anillos brillaron.

Imaginó que algo así sucedería.

Todo se había resuelto… En parte.

Aquel día agridulce no sabía a triunfo… solo a justicia.

*****

CRÓNICA DE UNA TRAICIÓN AUTOFLAGELADA

El marqués de Ashbourn protagonizó uno de los actos más viles que el Parlamento ha presenciado en las

últimas décadas.

Así lo sostendrán los acérrimos sectores del partido conservador, cuyas opiniones no compartimos en este medio.

Lo que se vivió ayer fue una jornada en que el resultado parecía ser incierto. Las intervenciones de los lores señalaban posturas divididas y fue confirmado en el momento de la votación, la que tuvo que ser contabilizada en los pasillos del Parlamento.

Durante todo el mes pasado, el marqués de Ashbourn fue el centro de atención del mundo político por sus cambiantes intenciones de voto que, después de unas semanas, se decantaron por mantenerse fiel a la tradición del marquesado que heredó.

No obstante, ayer, en el momento crucial, votó a favor de las leyes de emergencia que entran en rigor hoy.

Su acción arrastró a indecisos y a otros que, por no enfurecer a varios miembros del partido, pretendían votar en contra.

Muchos pensarán que la traición fue gratuita, o un capricho, pero los motivos que tuvo el marqués fueron de peso, la consecuencia de actos más que deleznables, y que incluyen un intento de asesinato hacia lady Ashbourn.

Cualquier otro hombre habría cedido a la presión, votar lo que otros querían, pero el marqués de Ashbourn solo jugó con las reglas que le impusieron.

Su decisión de permanecer en las bancas cruzadas es la muestra de que sus convicciones no son regidas por la tradición, el beneficio personal o los lazos familiares, sino por algo muy diferente, amor a su pueblo y al deseo de progresar hacia el bien común.

Y eso es lo que muchos lores deben aprender.

Editorial
The Standard

26 de enero de 1847

Al día siguiente, todos los periódicos hablaban de la traición de Ashbourn desde diferentes puntos de vista, con opiniones que oscilaban entre la valentía y la cobardía, entre la nobleza y la vileza, entre la esperanza y la desesperación.

Todos tenían algo que decir acerca de Ashbourn y las consecuencias de sus actos. Nadie quedó indiferente.

Alford lanzó el periódico sobre el escritorio.

El tictac del reloj y el fuego crepitante de la chimenea eran los únicos sonidos que colmaban la estancia.

Encendió un cigarro.

El tabaco ardió con la primera calada.

El humo fue saboreado y expulsado.

Ashbourn era más peligroso de lo que supusieron, debieron anticipar mucho más y aquel error les costó caro…

Debieron matarlo ante la primera sospecha, así su voto no habría existido ni tampoco el arrastre de los demás.

Quién hubiera imaginado que un comerciante de Soho fuera tan inteligente y despiadado.

El tabaco volvió a arder.

Ashbourn iba a sufrir las consecuencias.

Era un verdadero desperdicio. Si tan solo hubiera obedecido.

Ya no tenía nada más que perder, le exigiría satisfacción a la vida antes de la caída.

Un último acto de poder.

Acercó un papel. Tomó la pluma y la entintó.

En dos semanas el marquesado será historia.
El plan que dejamos en pausa lo retomaremos.
Cuento con ustedes.

Cantabile con moto

Los días que se sucedieron tras la votación fueron extraños para Florence y Bram. Sus ánimos alternaban entre la más jubilosa felicidad y la inquietante incertidumbre que intentaban mantener alejada de sus mentes, pero que volvía en esos instantes de soledad.

La primera semana en Ashbourn Hall fue de reformas profundas. Una nueva marquesa tomaba posesión de su lugar y se apropió de la sala privada que perteneció a lady Beatrice. Con la ayuda del servicio doméstico, reemplazó los muebles, alfombras, cortinas, retratos, y objetos personales de la dama y los envió a Escocia. Aireó la estancia, la decoró a su gusto y la convirtió en una sala privada de música.

El mismo destino sufrió la Sala Verde. Ese color mohoso se transformó en un cálido y masculino lugar que mezclaba marrones, rojos, naranjas, y que fue una extensión del taller de Bram, los instrumentos inconclusos de su padre y abuelo reemplazaron ancestros que ignoraron su existencia. Ahí convergía la administración del marquesado y las pasiones del señor de la casa.

La música se oyó por primera vez en décadas en el salón de estar. Nadie era indiferente a ese cambio. El servicio doméstico solía sonreír cuando llegaba a sus oídos un dueto de violas que cantaban, y sus voces se dispersaban a lo largo de varias estancias. Y no solo violas, a veces cambiaban por violines o violonchelos.

Bram llevó a la mansión los instrumentos, accesorios y partituras que alguna vez fueron de su negocio, y otro salón que ya no tenía uso se convirtió en un espacio de creación y práctica musical.

Esa semana él no se apareció en el Parlamento, se lo podía permitir. Anhelaba vivir con su esposa, rearmar ese sencillo sueño que ambos compartían y adecuarse a esa realidad que por momentos seguía siendo ajena.

No solo transformaban una mansión, también a ellos mismos y la forma de ver la vida. Soltar lo que ya no volvería. Agradecer lo

que se tenía.

Soñar un nuevo futuro.

Cada una de esas noches se acostaban agotados pero esperanzados. Algunas veces se quedaban dormidos abrazados, otras veces se reclamaban con ardiente dulzura, uniendo sus cuerpos y sus almas, entregándose sin ningún pudor, cada noche se rebasaba un límite o se descubría uno nuevo.

La pasión, el contacto, los besos, las caricias se convirtieron en una constante de sus vidas… Eran felices…

Pero no del todo.

*****

Esa mañana, durante el desayuno, ambos leían el periódico en cómodo silencio.

Bram bebió un sorbo de té. Al tragar, soltó un suspiro satisfecho.

—Bueno, al fin valió la pena.

Florence dedicó su atención a Bram y repuso:

—¿Qué valió la pena?

—Según lo que leí, el efecto de la aprobación de las leyes de emergencia ha afectado a que los precios del grano bajen, incluso cuando todavía no entra el extranjero a nuestros puertos.

—Sí, eso mismo estaba leyendo… Fue algo que no previeron los que dudaban o rechazaban las leyes. A veces la respuesta del mercado se ve influenciada por las proyecciones a futuro.

Bram la observó por largos segundos con una expresión risueña. Nunca imaginó tener esa clase de conversación con Florence, pero sin duda lo llenaba de admiración y orgullo por ella.

Cada día descubría algo nuevo de la relación que construían.

En ese momento, lo dichoso que se sentía cuando conversaba con ella y salía a relucir esa aguda inteligencia, los conocimientos que no eran evidentes en sus visitas al negocio, la influencia de haber vivido lejos de las convenciones.

No podía decir que ella complementaba lo que él carecía. No, Florence sumaba a lo que ya tenía, a lo que ya era… Lo instaba a ser

mejor, a igualarla.

Florence era superior a él en muchos aspectos de una manera desafiante y estimulante.

La adoraba.

—Espero que siga así, que pronto se noten más cambios. —Le tomó la mano a Florence y con sus labios la reverenció—. Te amo.

—Yo también. Me haces muy feliz.

Y ese fue el momento que Bram estaba esperando desde que se le cruzó la idea de casarse en silencio para protegerla, para no perderla.

Se levantó de la mesa, besó otra vez su mano y dijo:

—Espérame un momento.

Salió de la estancia y Florence se quedó mirando la puerta, desconcertada. Al cabo de un par de minutos, Bram volvió con un estuche que, a juzgar por su tamaño, debía ser de un violín.

Llegó frente a ella y plantó una rodilla en el suelo. Le tomó una mano y dijo:

—Vida mía… ¿Me harías el inmenso honor de ser mi esposa?

Florence rio. Ah, Bram la sorprendía con lo inimaginable.

—Pero si ya estamos casados, ¿de qué hablas?

—Nunca pude pedirte matrimonio como ambos deseábamos. Concédeme una pequeña fantasía, la ilusión de lo que debió ser.

El mentón de Florence tembló. No sabía por qué le afectaron tanto las palabras de Bram que pretendían ser un consuelo…

Y cuando un par de lágrimas cayeron, entendió por qué.

Ella pensó que nunca podría escuchar una propuesta por parte del hombre que amaba, que ya era muy tarde, que el destino decidió por ella.

Asintió con una sonrisa y dos riachuelos mojando sus mejillas.

—Sí quiero, mi hermoso luthier.

Se inclinó y lo besó, humedeciendo el rostro de su esposo.

Al romper el contacto, los ojos de Bram brillaron de emoción, expuso el estuche sobre el regazo de su esposa y dijo:

—Este es mi regalo de compromiso.

Florence sonrió. Si bien la viola era su instrumento favorito, respetaba y apreciaba a los demás de la misma forma.

Acarició la madera de palisandro del estuche. Abrió los broches, y sus latidos se aceleraron de anticipación. Por primera vez podría ver un instrumento hecho por su esposo.

Ante ella el lustre sin mácula del violín apareció. Miró de reojo a Bram, él estaba pendiente de su reacción.

Florence sonreía mientras sus dedos rozaron la forma de las efes, las cuerdas, el mástil, el caracol. Era un instrumento precioso que demostraba la habilidad de su creador.

Lo sacó, evaluó su peso, la curvatura de la tapa posterior. Estudió el interior, y nuevas lágrimas colmaron sus ojos cuando vio la firma del luthier.

B. R. V & Florence.

En su firma reconocía también a su tatarabuelo y bisabuelo, cuyos instrumentos debieron perderse en el tiempo. Él no era una tercera generación, sino la quinta… Y no estaba solo.

—Oh, Bram… Es… Oh… —No era capaz de encontrar las palabras precisas, nada podía describir lo que sentía por su esposo. Lo que hacía por ella, la devoción que le profesaba, los sacrificios que hizo desde que su corazón la eligió para amar.

Pero había algo que sí podía hacer. Que ese violín cantara y demostrara lo que su garganta no.

Se secó las lágrimas.

Bram la observaba aún de rodillas. Florence se levantó y lo instó a que se sentara para que fuera su público.

Preparó el arco, las crines tensas e impecables recibieron el roce de la resina.

Acomodó el instrumento bajo la barbilla. Ah, le encantaba el aroma del barniz y la madera de arce. Afinó a consciencia. Y cuando alcanzó el tono perfecto, ese punto dulce, inspiró y el arco se deslizó sobre las cuerdas.

La música se dispersó en la estancia y la colmó. Bram sonrió al escuchar las primeras notas agudas, largas y vibrantes.

Cantabile en Re mayor, Opus 17 de Niccoló Paganini.

Florence se mecía con los ojos cerrados ante el sonido del violín que navegaba tranquilo. Aquella melodía parecía ser un reflejo de lo que habían vivido durante todo ese tiempo. Altos, bajos. Quietud,

tensión… y amor… Ese amor que los unía más allá de cualquier superficialidad.

Un nudo se instaló en la garganta de Bram. Florence tocaba su alma como nadie nunca podría. El sonido del violín parecía haber alcanzado una perfección sonora que no vislumbró.

Un instrumento podía ser impecable a nivel técnico, pero si el intérprete fusionaba su alma con la madera, lo volvía inigualable.

Así eran ellos dos…

Y cuando el silencio se apropió del violín, Bram se levantó y enmarcó el rostro de su esposa.

—Gracias por aceptarme.

—Siempre te elegiré.

Sus labios tibios se adoraron. Sus lenguas se tentaron… La ternura se impuso, Bram rompió el contacto y dijo:

—Vamos a casarnos de nuevo y tener nuestra fiesta con la familia.

Florence sonrió.

—¿Cuándo?

—¿Te alcanza una semana? Ya he hablado con tus padres y la organización la tienen avanzada, solo falta que fijemos la fecha. Lo celebraremos aquí y vendrán todos.

—¿En serio? —Bram asintió con su cabeza. Ella lo abrazó y luego se distanció para mirarlo—. ¿Y cómo nos vamos a casar de nuevo si ya lo hicimos?

—Estaba pensando en una ceremonia más simbólica y relajada… Sin tantos sermones, con nuestros propios votos… La va a oficiar James Fields, el delegado de la vicaría que nos dio la licencia para casarnos.

Florence conocía a James, era sacerdote y su padre era el secretario de su tío, el duque de Hastings… Solo él podría prestarse para celebrar una segunda boda, con el único objetivo de llenar el vacío que dejó la ceremonia secreta en Soho.

—Lo tenías todo preparado.

—Siempre cuando se trata de ti.

*****

La sonrisa de Florence no se desvanecía ante el feliz caos que era la prueba del vestido, elegir su ramo de novia, su ajuar de noche de bodas.

Poco a poco fueron llegando sus familiares que vivían fuera de Londres, los trenes que venían desde Somerton, Gales, Bamburgh, Hastings, llegaban cargados de parejas felices, sobrinos y obsequios.

Bram, por fin, pudo ir a la joyería a retirar el solitario que usaría para la tradición de los solteros. Mientras ocultaba su relación con Florence al mundo, Oliver Fields fue su intermediario entre la joyería y él para la confección de sus anillos de matrimonio, y también la joya que pretendía lanzar a los solteros.

Los servicios de Peony House y Ashbourn Hall se fusionaron para la celebración y repartir las cargas de trabajo. Olivia, junto a las Grandes Damas, organizaron todo con eficiencia y mimo.

El 12 de febrero fue el día señalado.

Esa tarde, la calidez en el salón de bailes de Ashbourn Hall, decorado con flores y hojas de papel, daba la sensación de que la primavera había llegado antes.

El murmullo de decenas de personas que esperaban el arribo de la novia era un alegre zumbido que traspasaba la estancia.

Bram aguardaba al lado del altar jugueteando con su anillo de marqués, girándolo. Oliver sería su padrino y custodiaba las alianzas de matrimonio que la pareja se quitó solo para repetir el ritual ante la familia.

La mano derecha del marqués se inclinó hacia él y dijo:

—¿Nervioso, milord? No digamos que es la primera vez que se casa.

James Fields se atrevió a agregar:

—Es un poco tarde para que la novia considere escapar, o que sea interrumpida la ceremonia.

Bram rio y negó con su cabeza.

—Estoy ansioso por verla llegar, tal como lo soñé. Quiero que sea perfecto para Florence, se merece esto y mucho más.

Oliver y James se miraron e hicieron sendas muecas que evidenciaban estar de acuerdo con el marqués.

Bram inspiró, sus ojos se desviaron hacia el Quinteto Divino, que esperaban atentos la llegada de la novia. Su formación, por razones obvias, sufrió una modificación. A falta de la viola de Florence, fue reemplazada por Grace. Caleb tomaría el lugar de segundo violinista y, en vez de piano, un arpa ejecutada por Gwendolyne sería la variante. Anthony y Matthew fueron los únicos que se mantuvieron en sus instrumentos habituales.

Esperaban, al igual que Bram, a que Florence apareciera.

Aguzaron el oído y las notas rítmicas y secas del bastón de Andrew dieron el aviso.

Grace dio la señal, el *Adagio de Otoño* reinó, acallando voces y dirigiendo miradas a la entrada.

Vestida de blanco y con un ramo de muérdagos atravesó la estancia del brazo de su padre. Lento, solemne, ella avanzaba con una sonrisa que traspasaba el velo.

Cuando llegaron, Andrew volvió a entregar a su hija a Bram. Él no aguantó, levantó el velo y la besó.

James carraspeó y dijo, socarrón:

—Eso es al final, milord.

La carcajada general no se hizo esperar.

Bram se llevó la mano al pecho a modo de disculpa y respondió:

—No me culpe, llevo toda la vida esperando.

—Haremos esto rápido…

Florence se apresuró a decir:

—Pero no tanto, quiero disfrutarlo.

—Vaya, es la primera vez que los novios me ponen tantas condiciones. —Elevó su mirada al cielo y preguntó—: Dios, ¿qué he hecho para merecer esto?... Oh, dijo que está ocupado, que mis quejas las atenderá cuando me presente ante él… en muchos años más. Bien… Empecemos… Queridos hermanos, hoy nos reunimos otra vez ante los ojos de Dios, de sus familiares y amigos, para volver a unir a este hombre y esta mujer en sagrado matrimonio…

La poco ortodoxa ceremonia fue sin duda especial. Solemne, pero con la humanidad que a veces parecía faltar ante tanta espiritualidad. No hubo sermones severos, solo la definición de cómo

debía ser un matrimonio regido por el respeto, la admiración, el entendimiento y el amor.

—… Y ahora es el momento de la verdad —dijo James con un tono ligeramente juguetón—. Los anillos, Oliver… —En un santiamén ambas alianzas reposaban sobre la biblia. Las bendijo, tomó la más pequeña y se la entregó a Bram—. Abraham John Reeves, ¿acepta a Florence Olivia Witney como su amada esposa?

—Acepto… Las veces que sean. —Deslizó el anillo en el dedo anular, la miró a los ojos y confesó—: Desde que te vi, te amé… Primero a la joven que me saludó con una sonrisa, después a la dama que visitaba mi negocio, y luego a la mujer que me entregó su tesoro más preciado para que yo lo reparara. Me diste tu corazón, y me has bendecido con tu familia, a la que ahora pertenezco y me han hecho sentir como un hijo más. Has transformado mi vida, que ya no la concibo sin ti y te prometo ante todos que te amaré hasta mi último aliento. —Guardó silencio por unos segundos, para recomponerse, su voz casi se quebró al decir—: Y si Dios nos permite romper con el sino de mis antepasados, te cuidaré y te veneraré. Alentaré cada sueño, te consolaré en tus fracasos… Te acompañaré cuando nuestra familia crezca… y… y perpetuaremos nuestro legado de amor a través de ellos.

Florence, emocionada con los votos pronunciados, se secó las lágrimas… Besó las manos curtidas de Bram.

James prosiguió con la ceremonia, le entregó el anillo a Florence y repitió la misma pregunta:

—Florence Olivia Witney, ¿acepta a Abraham John Reeves como su amado esposo?

Y la respuesta fue:

—Acepto, siempre. —Deslizó el anillo en el anular de Bram y dijo—: La primera vez que visité tu negocio fue como estar en la casa de un buen amigo… Después, todo cambió… El mundo se encargó de convencerte de que no había forma de unirnos, pero yo te amé cada vez que te abrías un poco más y me mostrabas de qué estabas hecho. —Tragó saliva y recordó a Bram en su taller, hermoso y solitario—. Amé tu dedicación, admiré tu fortaleza y esa capacidad de levantarte después de cada golpe que la vida te propinó. Amo al

hombre que se mantiene firme en sus convicciones y es generoso, que ama sin límites, que no me pide cambiar… Siempre has sido digno y me siento honrada de ser tu esposa, y te prometo ante todos y ante Dios que mi amor no menguará, que estaré a tu lado en cada prueba, en cada desafío. Eres mi *adagio*, solemne y majestuoso, constante y profundo… y tu voz será mi tesoro más allá del fin de mis días.

Suspiró y Bram besó sus manos.

James inspiró hondo, conmovido, y sonrió ante aquella muestra de amor que no eran solo palabras hermosas. Ellos ya habían pasado demasiadas pruebas a su temple y valor.

—Por el poder que me confiere la iglesia, y también por mis lazos de cariño y amistad hacia estas familias, los declaro, ante todos, esposos… otra vez. Ahora sí, milord, puede besar a la novia.

*****

Florence miró por sobre su hombro. Un grupo de cinco solteras —en edad casadera— esperaba el lanzamiento de su ramo. Charity, Rachel, Eleanor, Violet y Eira.

Inspiró, ella era la prueba que la tradición en su familia era inquebrantable… Deseó que la siguiente fuera tan dichosa como ella.

Sin más preámbulo, lo lanzó.

Mientras volaban los muérdagos, cuatro damas saltaron y alzaron sus manos, mas una se quedó quieta… Eira solo observaba la trayectoria con una sonrisa melancólica. También les deseaba lo mejor a las demás… Que no sufrieran lo mismo que ella.

El destino lanzó sus dados.

La vista de Charity alternaba entre el ramo y las demás.

—¡¿Es mío?! —Todas reían. Ella zarandeó los muérdagos como si con ese acto pudiera convencerse. Se llevó una mano a la boca y añadió—: Vaya, ¿quién será el pobre diablo que se fije en mí?

Rachael, su amiga y colega en la Academia Hope, la amonestó con un golpecito en el hombro y dijo:

—No digas cosas así. Va a ser un hombre muy inteligente, porque apreciará tu verdadero valor…

—O muy tonto, así no notará todos mis defectos… O sordo, tiendo a agotar a las personas, hablo demasiado.

Florence se acercó a su prima y la abrazó:

—Ay, Charity… No seas tan dura contigo misma, eres increíble. Tarde o temprano sucederá.

—Quizás. —Soltó esa palabra para no decir «imposible». Se ajustó sus gafas. Al fin la herencia de su padre se hizo presente y la miopía reclamó sus ojos.

Florence besó su mejilla y le sonrió… Ella sabía lo que se ocultaba detrás de ese «Quizás».

La voz de Bram irrumpió en el salón.

—El turno de los solteros… —Se quitó el pañuelo, el solitario de obsidiana era como un lunar en la seda blanca—. Caballeros, no se hagan los difíciles. Elijah, Caleb, Matt…

—Yo ya atrapé el pañuelo, Bram —rezongó Matthew.

—Si lo atrapas reforzarás la tradición… ¡Ey! ¡Ustedes, no se escapen! —Un considerable grupo de caballeros intentaba huir. Los casados les cerraron el paso—. ¡Eso, vuelvan! ¡No sean cobardes!

Los hermanos menores de Matt y Caleb arrastraron sus caras largas por el salón. Los seguían de cerca los hijos del conde de Wexford. Seis hombres que debían enfrentar con hidalguía aquel desafío.

Cuando Bram se aseguró de que nadie se escaparía, les dio la espalda y anudó el pañuelo para darle más peso.

—Uno… Dos… ¡Tres!

El pañuelo describió un arco que cayó en medio de ese mar de manos grandes y abiertas.

Las risotadas graves y burlonas no tardaron en señalar al afortunado.

Weston Cameron, el heredero del conde de Wexford.

Indiferente a las pullas, guardó el pañuelo en el bolsillo y estiró una sonrisa al marqués.

—Gracias, Bram, muy generoso de tu parte. —Carraspeó—. Ahora falta la dama.

David, el hermano de Weston, repuso burlón:

—Al paso que vas, todavía no nace.

—No seas payaso… —Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza, imaginando a una futura esposa en pañales. No, definitivamente no se veía con una mujer demasiado joven… Ni demasiado mayor…

Ni demasiado complaciente…

Ah, con los años se estaba poniendo demasiado exigente.

La música de la orquesta gobernó el ánimo de los asistentes. Bram fue hacia Florence y le tomó la mano.

—Bailemos otra vez.

Una sonrisa socarrona adornó los labios de Florence e ironizó:

—Oh, ¿qué dirán de nosotros?, ya es la tercera vez que me lo pides.

—Me tendré que casar contigo otra vez.

Florence chasqueó su lengua y sonrió con malicia.

—No es necesario, no me molesta vivir en pecado.

—Cuando todos se vayan te haré pecar.

Fueron a la pista de baile, el vals era el rey de la jornada. Sus cuerpos se enlazaron y apenas dejaron un decoroso espacio entre ellos.

Giraban y se sonreían. La falda del vestido rozaba las piernas de Bram, al igual que el aroma de él penetraba en los sentidos de Florence.

Se olvidaron de que existía el mundo fuera de Ashbourn Hall durante el resto de la celebración. Bailaron, comieron, rieron, compartieron con la familia, amigos, conocidos…

La madrugada llegó. El alba despuntó.

El silencio del salón fue el testimonio de un sueño cumplido.

El cansancio exigió su ofrenda apenas se abrazaron vestidos como el primer hombre y la primera mujer…

No importaba, tenían toda la vida por delante para pecar.

Eso deseaban, suplicaban a Dios que fuera así…

Sforzando con impeto

Todas las tardes Bram y Florence paseaban por el costado de Rotten Row en Hyde Park. Las nubes eran apenas manchas dispersas en el cielo y el sol, luminoso y tibio, apareció después de haber estado oculto durante semanas.

A sus espaldas, los seguía de cerca el señor Creed y, delante de ellos, un primo de él, el señor Law, quienes observaban a los transeúntes y carruajes que disfrutaban de la suave calidez vespertina.

Bram compró un cucurucho de castañas asadas y se lo dio a Florence para que calentara sus manos. Ella inspiró al sentir el aroma y su mente volvió a su primer día juntos. Besó en la mejilla a su esposo, y él disfrutó del contacto frío de los labios que se entibiaron fugazmente con su piel.

Sacó una castaña y la peló para su esposa. Se la ofreció y ella mordió la mitad. Estaba caliente, con su aliento y la boca entreabierta intentó enfriarla. El vaho salía furioso y él, consternado por su descuido, se apresuró a soplarle la boca.

Fueron segundos caóticos. Florence pudo al fin masticar y disfrutar a medias el sabor, su lengua quemada era un incordio.

Bram le dio la otra mitad de la castaña a su esposa.

—Lo siento, hermosa. —Florence asintió con la boca llena—. ¿Quieres más?

—Ajá.

Bram sonrió y se dispuso a pelar otra más.

—¿Y cómo te fue en el Parlamento? ¿Estaban ellos?

—No, ninguno. —Sopló la castaña y se la dio a Florence. Ella comió la mitad y él la otra, a medio masticar agregó—: De hecho, había pocos parlamentarios. A lord Loughty se le ocurrió solicitar, sin anticipación, informes de los bancos sobre el movimiento del oro y también sobre las inversiones a proyectos ferroviarios. —Un hombre saludó a la pareja tomándose el ala del sombrero. El señor Law lo observó atento. Bram respondió, del mismo modo, era lord Brougham—. Le preocupa que la corona se endeude más de la cuenta… La idea no es mala, pero no puede solicitar esto sin tiempo.

Lord Clarendon estuvo de acuerdo, mas lo amonestó por su proceder, y postergaron la discusión para cuando Loughty solicitara los informes con mayor antelación.

—Ay, qué idiota, tantos años en el Parlamento y no sabe que ese tipo de solicitudes son lentas. —Bram le dio otra castaña tibia. Florence se la comió completa. Celebró el sabor y, al tragar, añadió—: No se sacan informes bancarios de la noche a la mañana.

—Exactamente… También discutieron sobre los inmigrantes irlandeses que desembarcan en Liverpool. En menos de un mes llegaron veintisiete mil. La mayoría pretende emigrar a Estados Unidos, pero…

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y toda su atención se concentró al frente. Florence, extrañada por el inesperado mutismo de su esposo, buscó con la mirada el origen de su distracción.

En dirección contraria, el duque de Alford venía hacia ellos.

Creed se acercó más a la pareja, entre sus ropas ocultaba un arma. Law se desvió tan solo un poco para impedir un encuentro directo y cercano.

Alford avanzó sin prisa. Bram abrazó a Florence listo para evitar que ella fuera el blanco de un ataque. La apretó más de la cuenta. Sabía que era absurdo, el duque no haría nada directo.

Era imposible, no se arriesgaría de esa manera.

¿Cierto?

¿¡Cierto!?

Nunca se sabía.

Bram no le quitó la vista de encima. Estaba listo para hacer cualquier movimiento. El duque hizo gala de su indiferencia y pasó por su lado sin dedicarle ni un segundo de su atención.

Ni una palabra susurrada, ni un gesto.

Creed lo siguió con la mirada.

Pero al volver la vista al frente…

Un hombre traía un ramo de rosas rojas.

Las flores cayeron y sus pétalos se desperdigaron…

Rápido, certero el hombre apuntó un arma hacia Florence.

Bram se interpuso entre su esposa y el atacante, y de soslayo vio a otro sujeto que apuntaba hacia su cabeza.

Los pájaros volaron, desesperados, por el estruendo que reverberaba en el cielo.

¿O fueron dos?

Carne desgarrada.

Las castañas rodaron por la tierra húmeda.

Olor a pólvora…

De pronto, un pitido ahogó todo sonido, como si de una súbita sordera se tratara.

Otro rugido rasgó entre los gritos de mujeres, voces de hombres que llamaban a la policía, cascos de caballos, jinetes tranquilizando a sus bestias, pasos apresurados que buscaban protección.

El dolor no llegaba, pero pronto sintió la líquida tibieza esparciéndose sobre la espalda, el pecho. Cerró los ojos, los párpados le pesaban…

Todo se escuchaba tan lejano.

—¡Bram! ¡Bram! —Florence solo sentía el peso muerto de su esposo. Su calor envolviéndola, lívido—. ¿Bram? —Sus ojos se anegaron en lágrimas ante el silencio—. ¡Bram! No, no, no, no…

No supo de dónde provino la fuerza, se incorporó y, con sumo cuidado, giró el cuerpo de su esposo para recostarlo en la tierra húmeda, la que ya se mezclaba con la sangre.

Desesperada, buscó la herida. Un agujero rasgó las gruesas capas de ropa…

Dios, tanta, tanta sangre.

—Bram, vida mía… Despierta… —Alzó la vista buscando a Creed y a Law—. ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Florence acariciaba el rostro de su esposo, besaba sus labios que no respondían. Volvió a buscar a Creed…

Ahí estaba, en el suelo, luchando por quitarse de encima el cuerpo inerte de un atacante, mientras que Law se levantaba haciendo presión en su brazo, la sangre goteaba por la punta de sus dedos.

Florence intentó gritar, mas le fue imposible. Su garganta apretada ahogaba todo lamento, todo clamor. Quiso tomar el cuerpo de su esposo, cargarlo, llevárselo de ahí.

Sus brazos se embarraron al intentar pasarlos por la espalda de su esposo. Pesaba tanto, tanto. Solo atinó a presionar la herida…

—¡Milady! ¡Milord! —Creed se acercó a ellos tan pronto se incorporó. Oteó a su alrededor por si había algún otro perpetrador.

Uno había escapado, el otro murió.

Creed le tomó el pulso a Bram en la yugular… Apretó los labios. No lograba percibirlo. Ajustó la posición de sus dedos.

Se secó el sudor de la frente.

Presionó más… Su voz susurrante solo repetía:

—Vamos, vamos, vamos, vamos… No nos deje...

Law corrió hacia Rotten Row e hizo señas para detener un carruaje.

Una débil pulsación. Creed volvió a respirar. Miró a Florence.

—Está vivo, milady.

Florence gimió entrecortado y besó la frente de Bram.

—Todo estará bien, mi hermoso luthier… Aguanta, vida…

Creed abrió las ropas de Bram. Rasgó la camisa hasta hallar la herida en el hombro, bajo la clavícula. Lo volteó y revisó si el proyectil había salido.

Una herida limpia.

La voz de Law llegó a ellos.

—¡Vamos a Ashbourn Hall! ¡Tengo un carruaje! —Creed miró hacia Rotten Row. Law se acercaba a ellos, raudo. Atrás, una calesa esperaba.

Cargaron con cuidado el cuerpo de Bram. Florence los seguía de cerca. De soslayo, ella notó cómo la gente observaba, pavorosa, la sangrienta escena y cuchicheaban entre ellos.

—¿Estará muerto?

—Mira cómo cae la sangre.

—El sujeto escapó corriendo. ¿Cuántos eran?

—Creo que dos.

—No, tres.

—Oh, pobre mujer… él no resistió.

Florence apretó la mandíbula e intentó ignorar esas voces que no paraban de especular.

Subió al carruaje sin saber de quién era…

Law se quedó abajo y anunció:

—Adelántense, iré a buscar a lord Hudswell… o a un cirujano, lo primero que encuentre.

Florence fue consciente de Law y la sangre que se escurría por su mano y dijo:

—Dios… ¿Qué tan grave es tu herida?

—Solo fue un rasguño, milady… —De pronto, frunció el ceño por el dolor—. Lord Ashbourn está primero. Váyanse, ahora.

La calesa partió con brusquedad y pronto ganó velocidad.

El cochero gritaba a viva voz mientras azuzaba a los caballos.

—¡Apártense, llevamos un herido! ¡A un lado!

La mirada desesperada de Florence buscó a la persona que les proporcionó auxilio.

Tez morena, ojos verdes… Un rostro conocido. Weston Cameron, barón de Edenfield.

Weston sostenía a Bram, ayudaba con un pañuelo a taponar la herida por detrás mientras que Creed lo hacía por delante.

—Oh, West… Bendito seas… —Sofocó las lágrimas. Debía mantenerse entera—. Gracias.

El barón estiró una sonrisa.

—Benditas sean mi madre y mi hermana que iban conmigo y me obligaron a salir de casa. Justo los vieron cuando todo sucedió. Se apearon de inmediato para hacerles espacio.

El carruaje salió de Rotten Row y tomó Park Lane…

Las pulsaciones de Florence se dispararon, su corazón parecía que pronto se detendría de golpe.

En cuestión de minutos ya atravesaban las puertas de hierro.

Las siguientes horas serían cruciales.

*****

Matthew salió de la habitación de Bram y se masajeó el cuello. Florence, con su vestido ensangrentado, se aproximó a él.

—¿Cómo está? Dime que va a vivir.

Mientras se quitaba una impecable bata blanca explicó:

—Bram está descansando. La bala entró y salió, por debajo del hombro… Tuvo suerte de que no comprometiera ningún órgano vital ni los huesos… Ha perdido bastante sangre, pero no ha sido mortal. —Florence tomó una honda bocanada de aire. Al fin podía respirar. Matthew añadió—: Si no se infectan los puntos, su recuperación podría tomar unos cuantos días… —Inspiró agotado. Las heridas siempre eran un desafío y él era escrupuloso con la higiene tanto de sus manos, su ropa e instrumentos. Podía jactarse de que sus pacientes, en su mayoría, no desarrollaban infecciones.

Florence asintió con un leve gesto de cabeza, y un atisbo de alivio brotó en su pecho, mas la preocupación no la abandonaría hasta ver a Bram despertar.

Recordó el caos, los disparos, el peso de su esposo sobre ella.

Se miró las manos. La sangre seca de su esposo las manchaba…

Los querían matar a los dos… Si no fuera por Law y Creed el resultado habría sido…

No quiso ir por esa senda, un escalofrío la recorrió.

Matthew la abrazó. Florence sollozó en el pecho de su amigo.

—Gracias por venir tan rápido.

—Law justo me sorprendió entrando a Pearl Palace… Creed y Weston hicieron un buen trabajo en estabilizar a Bram. —A su memoria volvió el relato de Law de lo sucedido. Era un ajuste de cuentas en toda regla—. Tienes que tomar decisiones, Florence. Cada minuto que pasa es crítico.

Ella se separó de su amigo. El semblante de Matt reflejaba una gentil severidad.

—¿A qué te refieres? —Se limpió las lágrimas y se sorbió la nariz.

—Los querían muertos… No podemos fingir que no sabemos quiénes fueron.

Florence se masajeó la frente. Alford tuvo el descaro de iniciar el ataque como una distracción, quería ver todo en primera fila. Dudaba que hubiera actuado solo.

—Quiero acabar con esto de una vez por todas.

—No puedes pagar con la misma moneda.

—Lo sé… —Se abrazó a sí misma y frotó uno de sus brazos—. Estoy segura de que no se detendrán hasta eliminar todo rastro del marquesado. Eso trataron de hacer, matar a Bram y a su posible heredero.

Matthew frunció el ceño.

—¿Acaso estás…?

—No lo sé, aún es muy pronto. Pero si fuera ellos, no correría el riesgo de dejarme viva con un posible vástago creciendo en mis entrañas…

El silencio se cernió entre ellos. Florence se cruzó de brazos. Bram no podía hacer nada por el momento, y esos sujetos eran capaces de irrumpir en Ashbourn Hall y ejecutarlos.

Ellos no tenían nada que perder.

Dinero. Honor. Humanidad.

Nada de eso poseían.

Matthew posó su mano en el hombro de Florence. La mirada de su amiga era feroz.

—¿Tienes algo en mente?

—Sí… Les mostraré exactamente lo que quieren ver… La extinción del marquesado.

Miró hacia la puerta de la alcoba.

«Si quieren un muerto… lo tendrán».

Pianissimo con fuoco

SE CONFIRMA EL ASESINATO DE LORD ASHBOURN

Después de cinco días de confusión y especulaciones, se ha confirmado que los marqueses de Ashbourn sufrieron un atentado con armas de fuego en pleno Hyde Park, el que terminó cobrando la vida de lord Ashbourn tras una larga agonía.

El hecho se hizo evidente anteayer, cuando crespones engalanaron todas las puertas de Ashbourn Hall, y las cortinas negras enlutaron las ventanas. Lo mismo sucedió en la propiedad del vizcondado Rothbury en Mayfair.

Según fuentes cercanas, por motivos de seguridad para la marquesa y por el profundo dolor de sus parientes, no se hizo ninguna clase de anuncio o ceremonia pública, por lo que el velorio y el funeral se hicieron en el más absoluto hermetismo al amparo de la noche. Testigos informan que el cortejo fúnebre partió desde la propiedad del marquesado, sin pompa, y se dirigió al Kensal Green Cemetery, lugar donde se encuentra el mausoleo familiar.

Ayer, el Primer Ministro, lord John Russell visitó en Ashbourn Hall y presentó sus respetos a la marquesa en nombre del gobierno. Lo mismo sucedió con los líderes del partido liberal y conservador, quienes a su salida expresaron su más absoluta condena a los hechos que llevaron a la muerte del marqués, y exigieron que se investigara a fondo el magnicidio del que se tienen pocos y confusos antecedentes.

Aunque los principales sospechosos sean algunos grupos subversivos, hasta el momento, nadie se ha atribuido el ataque, por lo que la Policía Metropolitana no descarta de que se trate de una acción perpetrada por individuos sin conexión política, pero con claras tendencias antiaristocráticas.

Lo que está fuera de discusión, hasta el momento, es que el cuerpo de uno de los atacantes no ha sido identificado. Según las declaraciones de uno de los guardianes que lo ultimó, el sujeto llevaba varias semanas siguiendo a los marqueses y que, incluso, atentó contra la vida de la marquesa en enero pasado.

Se espera que los hechos se esclarezcan dentro de las próximas semanas y expliquen este lamentable suceso, que ha enlutado al Parlamento y a una buena parte de la aristocracia.

The Standard
17 de febrero de 1847

Sentado en su escritorio, el duque de Alford lanzó una bocanada de humo y plegó el periódico. Movió la cabeza para relajar el cuello que llevaba cinco días en dolorosa tensión.

En medio de la neblina azul de su cigarro, al fin pudo respirar en paz.

Tiverton iba todos los días a fastidiar y a recriminarle que se habían equivocado, que las repercusiones serían nefastas. No soportaba la incertidumbre y el peso de lo ocurrido. De nada servía tranquilizarlo y decirle que sus espías aseguraron que la residencia estaba de luto, que vieron el cortejo, que podían escuchar los lamentos de la marquesa.

Hayle mantuvo la calma de la única manera que sabía; apostando y bebiendo.

Las cosas no resultaron como esperaba, se suponía que Ashbourn no usaba guardianes. El marqués fue astuto, los hombres que los protegían parecían caballeros, no sirvientes.

Ya no importaba, el principal objetivo se había cumplido y, según el periódico, las hipótesis apuntaban lejos de él y de sus compañeros.

La marquesa podía esperar. Si en los siguientes meses no evidenciaba un vientre abultado, entonces no sería necesario

eliminarla. La última línea legítima de los Ashbourn había sido borrada.

Le dio una calada al cigarro y lo apagó en el cenicero de cristal.

Se levantó, debía asistir al Parlamento y fingir afectación.

En ese momento, dos golpes en la puerta anunciaron la entrada del mayordomo que portaba una bandeja de plata.

—Su excelencia, ha llegado una nota para usted.

Alford tomó el papel sellado con lacre azul, color distintivo de su principal informante y su nexo de comunicación con los demás. Enviaba una nota, su informante la transcribía y eso era lo que llegaba a los demás. Y viceversa.

Jamás los atraparían por la caligrafía.

Ve al mausoleo a las dos.
Hay algo que no te va a gustar en la lápida.
T

Alford soltó un resoplido. Consultó la hora en su reloj… Iba justo a tiempo.

Tiverton estaba perdiendo la cordura…

*****

El duque recorrió las calles del cementerio bajo un cielo gris. Cruces, ángeles y máscaras mortuorias ocultaban sus formas en el blanco invierno que se deshacía. El barro y la nieve se pegaba a sus botas. Cada paso era más molesto y pesado que el anterior.

A un costado de la capilla del cementerio, se hallaba el inmenso mausoleo del marquesado de Ashbourn.

Lo erigieron cuando el séptimo marqués falleció hacía diecisiete años atrás. En aquella construcción, que emulaba ser un pequeño templo griego, se pretendían albergar varias generaciones de marqueses, esposas e hijos. Alford esbozó una irónica sonrisa.

—Tanto mausoleo para tan pocos Ashbourns…

La entrada estaba abierta. Al duque no le extrañó, ahí se encontraban sus cómplices frente a un nicho.

Sus pasos hicieron eco al entrar. Tiverton y Hayle miraron directo hacia él con los ojos bien abiertos y conteniendo la respiración.

Fingieron tranquilidad cuando notaron que era el duque y se saludaron con un regio gesto.

Alford avanzó en el inmenso mausoleo, cortinas negras de crepé cubrían los nichos vacíos y los pertenecientes a los marqueses anteriores, dejando solo a la vista la del noveno.

Incluso el mausoleo estaba de duelo.

El duque llegó a ellos y miró las letras esculpidas de la lápida:

Abraham John Reeves
Noveno marqués de Ashbourn
1 de julio de 1816 - 17 de febrero de 1847

«A. T. H. A quienes segaron mi existencia: mi silencio no es olvido»

Tiverton no podía dejar de contemplar aquel epitafio. Su voz baja se convirtió en trueno al rebotar en el mármol cuando dijo:

—Puedes decir lo que quieras, pero esto es un mensaje directo.

Alford se sintió aludido en aquella interpelación.

—Esas iniciales pueden ser cualquier cosa. ¿Te sientes culpable acaso? Ninguno de nosotros haló el gatillo.

—Nos aseguraste que nadie iba a sospechar de nosotros.

—Y nadie sospecha. El único que pudo habernos acusado de este ajuste de cuentas está ahora camino a Estados Unidos y el otro, muerto.

—¿Y nuestros espías? Ellos pueden hablar si los atrapan.

—Son todos prescindibles, nadie los extrañará mañana… —Miró a Hayle—. Organiza para ellos una última cena en tu propiedad del campo… Algo me dice que la carne va a estar en mal estado… Hay gente que muere de hambre y otros por saciarla.

Hayle, con la vista perdida en la lápida, señaló:

—Ya no tengo casa de campo, fue embargada… —Desvió su atención hacia Tiverton—. ¿Qué hay de esa casita que tienes en Avon?

—Hace años que no la tengo… ¿Alford?

El duque resopló por su nariz. La única propiedad que tenía era la de Londres.

—Haré que mis sirvientes más leales sirvan su última cena en mi casa… Pero ustedes deberán estar presentes. No toleraré otro acto de cobardía. Debieron estar conmigo el día que ajustamos cuentas.

Tiverton negó con la cabeza.

—Una cosa era planear que Ashbourn muriera, y otra muy diferente es ver cómo lo hacen.

—Cobarde.

Lord Tiverton ladeó su cabeza, incrédulo.

—¿Cobarde? ¿Me has dicho cobarde? ¿Un cobarde secunda tus ideales hasta las últimas consecuencias? Si estamos aquí es por lealtad a nuestros legados, por salvarlos… y, aun así… Mira ese mensaje. Es evidente que la viuda lo sabe todo.

—¿Y qué más da? No tiene pruebas, este epitafio es solo un alardeo. Quiere provocarnos. No sé por qué demonios me has citado si pudiste decírmelo en un mensaje.

La sangre de Tiverton y Hayle se heló.

Los ojos desorbitados de los caballeros se enterraron en Alford.

Algo no andaba bien.

El duque frunció el ceño ante el repentino mutismo.

—¿Qué diablos les pasa? ¿Por qué me miran así?

Hayle tragó saliva y respondió:

—¿Tú no enviaste el mensaje citándonos aquí?

Alford parpadeó, nada tenía sentido.

—Yo no envié ningún mensaje. Fue Tiverton.

—No envié nada, Alford. Te lo juro por lo más sagrado.

Una corriente de aire frío penetró en el mausoleo.

Una figura ominosa se recortó en la entrada.

Su voz grave y rasposa confesó:

—Yo envié ese mensaje.

Los tres caballeros dirigieron sus miradas aterradas hacia la fuente de esa voz.

Un fantasma.

Ashbourn avanzaba hacia ellos.

Pálido, ojeroso, desaliñado.

Su brazo en cabestrillo.

La ropa le colgaba sobre los hombros.

Arrastraba los pies con cada paso, apenas respirando, como una ánima salida del mismo Hades.

Un fugaz azote de luz iluminó el mausoleo.

Un trueno hizo temblar la piedra.

Alford entreabrió su boca, su garganta cerrada no era capaz de emitir ni una clase de sonido.

¡No era real!

¡¡No era posible!!

Hayle tembló y sudó frío ante esa aparición. Se llevó una mano al pecho. Su corazón bombeaba demasiada sangre, demasiado rápido.

La respiración de Tiverton se tornó superficial. Jadeaba y jadeaba intentando obtener aire, mas era inútil. No era suficiente…

Si todos se enteraban… si todos supieran…

—Ustedes espiaron mi casa… y yo pagué el doble para que hicieran lo que yo… No, corrijo, para que lady Ashbourn hiciera lo que quisiera… Ya he tenido suficiente, intentaron matar a mi esposa, me presionaron para rechazar las leyes, mi único lazo de sangre me traicionó por ustedes… Estoy aquí para poner un punto final.

Esas últimas palabras rompieron el estupor del duque.

—¡A ti te pondré un punto final, maldito advenedizo! —Alford avanzó un paso, pero Tiverton y Hayle lo detuvieron agarrándolo para que no cometiera una locura—. ¡Suéltenme, maldita sea! ¡Lo mataré! ¡Ahora sí que lo mataré!

Hayle apretó el brazo del marqués y susurró:

—Suficiente, Alford… Estamos condenados. —El sudor humedeció su piel al percibir el movimiento tras los nichos enlutados—… No estamos solos.

El susurro del oscuro crepé reveló la presencia de otras personas en el lugar. Alford se negaba a mirar, o todo sería una realidad.

Tiverton contuvo el aliento al reconocer al primer testigo…

El Príncipe Alberto. Sus ojos claros y altivos los condenaban.

Avanzó un paso. El leve acento alemán rasgó como un cuchillo el silencio.

—No solo han manchado de sangre sus manos, sino el honor de este reino. Sus antepasados deben aullar de vergüenza ante las acciones de quienes llevan sus nombres.

Al escuchar esas palabras, los brazos de aquel siniestro triunvirato cayeron pesados. La derrota llegó antes a sus cuerpos que a sus mentes.

No podían hacer nada, estaban frente al consorte de la reina. Ambos abogaron por la aprobación de las leyes de emergencia y apoyaron la derogación de la ley del maíz.

Lo que habían hecho era una afrenta directa a la Corona.

Traición.

Otra persona descorrió el crepé y se mostró.

El Primer Ministro, lord John Russel, líder del partido liberal.

Al mismo tiempo, el jefe de Scotland Yard, sir Richard Mayne; el Lord Jefe de Justicia, Lord Denman; y Sir Robert Peel, líder del partido conservador.

Las miradas de los hombres más poderosos del Reino Unido caían como flechas certeras, que se enterraban en sus cuerpos.

Sir Richard solo se limitó a decir:

—Hemos escuchado suficiente.

Una decena de policías enfundados en sus uniformes oscuros emergieron de la negrura. El tintineo de las esposas de hierro fue la ignominiosa melodía de la caída.

Lord Denman avanzó hacia los tres infames pares del reino y señaló:

—Ustedes no están ante un tribunal de iguales, sino ante la evidencia flagrante de la conspiración para el homicidio y atentado contra la soberanía del Parlamento.

Al sentir el gélido toque de las esposas de hierro, ninguno se resistió a ser apresado. No había fuerza, juventud, ni voluntad para huir de esa emboscada. Tampoco tenían voz para justificar lo injustificable. Nada de lo que dijeran cambiaría lo que ya estaba hecho.

Lo único que quedaba era invitar a la muerte.

El líder del partido conservador, sir Robert Peel, con su voz severa y contenida dijo:

—Si en algo estoy de acuerdo con lord John es que ustedes son indignos de nuestra clase. Una vergüenza para el partido y para el Parlamento. Han manchado de sangre nuestra credibilidad y honor.

El sonido de carruajes deteniéndose frente al mausoleo era como un clavo más que sellaba sus ataúdes.

Como espectros vivientes, pasaron por el lado de Bram, quien solo se limitó a decirles:

—Debieron detenerse cuando constataron que no era Fergus.

Y Bram supo que jamás los volvería a ver.

Sin embargo, alguien más tenía que obtener satisfacción.

Florence se interpuso en la salida del mausoleo. Ataviada de riguroso luto, con un velo que ocultaba sus facciones, avanzó hacia el duque, alzó su mano y el eco del golpe evidenció la fuerza con que fue propinado.

Dos chasquidos más reverberaron.

No hubo palabras… Florence se hizo a un lado para que los subieran a los carruajes policiales. A partir de ese momento, esos hombres permanecerían incomunicados.

Bram esbozó una sonrisa cuando Florence por fin le brindó su atención. Ella se aproximó a él y lo abrazó con cuidado.

—Por fin esto acabó, mi hermoso luthier. Lamento haberte sacado de la cama, pero era necesario. —Alzó la mirada y acarició la barba corta de su esposo—. Tu presencia era más impactante que la mía.

—Querías drama y eso obtuviste.

—Era lo mínimo…

Besó la mejilla de su esposo y se separó de él. Se acercaban a ellos los cinco hombres que, ante la súplica de ella y las pruebas irrefutables que presentó, decidieron apoyarla en su ardid mientras Bram se recuperaba. No era banal lo sucedido, era un ataque a la autoridad de la corona, la corrupción de la sangre. Solo de esa forma obtendrían una admisión de los hechos por parte de los perpetradores intelectuales.

Si les daban la mínima oportunidad, ellos podrían, incluso, evadir sus responsabilidades, aprovechándose del tecnicismo, de alguna inconsistencia…

Solo había que dar un golpe que los dejara paralizados.

Florence hizo una reverencia ante el Príncipe Alberto y los demás. Manteniendo su postura, regia y elegante dijo:

—Estaré profundamente agradecida por haber accedido a mi petición. El marquesado de Ashbourn seguirá trabajando para engrandecer nuestro reino.

Bram también se inclinó en la medida que su herida le permitía y añadió:

—El honor de mi familia está en deuda con ustedes. Les prometo que pagaré con creces el habernos apoyado en nuestra hora más aciaga.

El príncipe asintió con un gesto de cabeza y dijo:

—Nosotros somos los agradecidos. Su fidelidad a sus convicciones revelándonos a quienes ya no honran sus privilegios nos ha enseñado que, a veces, debemos torcer las reglas.

El Primer Ministro tomó la palabra y dijo:

—Ashbourn, espero que en un par de días esté preparado para salir de entre los muertos.

—Así será, milord.

Florence, miró con gratitud al Primer Ministro y dijo:

—Muchas gracias por interceder por mí ante Su Alteza Real y Su Majestad, y por prestarse a realizar esta emboscada.

—Lamentablemente, a veces, hay que jugar con las reglas que nos imponen, la reina estuvo de acuerdo en todo. Me alegra que todo haya sido resuelto.

Los cinco hombres salieron del mausoleo y subieron a sus respectivos carruajes. Bram y Florence se quedaron ahí, abrazados y a la espera de que la calma volviera a ese lugar de descanso eterno.

La tarde moría en Londres… pero para el marquesado de Ashbourn era el amanecer.

Coda: Allegro moderato

El escándalo tras la dramática resurrección del marqués de Ashbourn fue un terremoto político, y se convirtió en el tema de conversación y de análisis durante meses. No por el engaño —el que todos justificaron—, sino por las causas y consecuencias.

Los tres lobos fueron enjaulados en New Gate y, mientras esperaban el juicio en la Cámara de los Lores, los familiares intercedieron para que ellos tomaran una salida honorable… una última y mortal cena, lejos de la horca, era la opción.

No fue concedido.

Enfrentaron un juicio rápido, con pruebas que se convirtieron en una verdadera lapidación.

Obtuvieron lo que pretendían darle a Bram. Extinción.

Los delitos cometidos fueron tan graves que se les quitó el derecho de heredar sus títulos. Todo cuanto poseían —prácticamente nada— volvió a la corona, a la espera de que otra estirpe, fuera digna de tomar el desafío de reconstruir y transformar unos títulos marcados por la corrupción.

Honor, posición, legado, todo fue borrado, condenando a sus familias a tener que huir del país, y no seguir viviendo en la miseria y la vergüenza de ser menos que plebeyos.

Parias.

La horca fue la condena… y una advertencia.

*****

No fue fácil para Florence tomar una decisión. El marquesado era demasiado trabajo para Bram, tanto por la administración como por la política.

Él se propuso ser un ejemplo, asistía a la mayoría de las sesiones del Parlamento, no faltaba a ninguna votación, tomaba en cuenta todas las posturas respecto a las leyes que se presentaban.

Aquello tenía un costo, no podía hacerlo todo solo, le faltaban horas a su día. Necesitaba ayuda.

Florence, muy a su pesar, dejó de ser maestra en la Academia Cross para poder dedicarse a la administración del marquesado.

Era eso o dejar de tocar en el Quinteto Divino. Su camino en la vida se bifurcaba y optó por lo que más le daba satisfacción.

Bram le dedicaba todo el tiempo que podía a Florence y a su taller. Esa primera temporada como marqueses fue trabajo sobre la marcha. No ofrecieron ninguna clase de evento social, y solo se aparecían en los de sus familias y amigos, o cuando había un concierto del Quinteto Divino.

Esos conciertos sí que fueron un éxito de asistencia. El escándalo favoreció a la popularidad de la agrupación. Todos querían ver a la marquesa de Ashbourn sobre el escenario y al marqués en primera fila, él nunca se perdía una actuación de su esposa.

Bram sonreía de orgullo cada vez que ejecutaban una pieza de Abraham Holz… Su música, poco a poco, se hacía más popular. La partitura del *Adagio de Otoño* fue impresa y distribuida a los principales negocios de música de Inglaterra y Alemania.

Pronto saldría publicada la sonata *Resurrección*. La que fue estrenada en Semana Santa. Florence la compuso para Bram, una obra terrenal disfrazada de sacra.

Los días, las semanas, los meses pasaron… El vientre de Florence albergaba una vida. Bram lidiaba entre la felicidad y el miedo.

No quiso dejar nada al azar.

Todos los meses de gestación Florence era examinada por Matthew, a quien le tenía una confianza ciega.

Si su herida no sufrió ninguna clase de infección, era por algo. Se lo atribuía a la escrupulosa limpieza en los procedimientos de Matthew. Ya fuera una simple sutura o una cirugía, la higiene era un requisito indispensable en su práctica.

Pero el médico no solo se preocupaba de las heridas físicas, sino también las del alma. Si no fuera por Matthew, Bram se habría vuelto loco por proteger a Florence durante el embarazo. Quería romper esa maldición a toda costa, no perder a su esposa.

La gran prueba a su temple llegó en pleno otoño, a mediados de septiembre.

Tras diez horas de trabajo de parto, Florence trajo al mundo a una niña de cabellos rubios y ojos oscuros.

Su voz fuerte y vibrante fue un canto a la vida y llenó las estancias de Ashbourn Hall.

Y en ese primer llanto… algo antiguo y oscuro, finalmente se diluyó.

Con sus manos limpias y callosas Bram ayudó a Matthew a recibirla. Lavó su frente tibia con sus lágrimas y la bautizó como Aria Florence Reeves…

Una maldición se rompía.

En su rama familiar nunca había nacido primero una niña. Bram sintió que por fin escribían una nueva melodía en una hoja en blanco.

Florence, sudorosa y adolorida, observaba cómo Bram adoraba a su primogénita, limpiándola, envolviéndola en una manta blanca.

Su esposo se sentó a su lado. Con sumo cuidado le entregó su hija a Florence para que ella pudiera alimentarla la primera vez.

Matthew los dejó a solas para que sus amigos vivieran ese momento en privacidad, y también para informar la buena nueva a la familia que esperaba afuera.

Esas eran las noticias que disfrutaba dar.

Bram besó a Florence en la frente. Su esposa se veía cansada, pero más viva que nunca… Cada respiración constante y regular era un triunfo, una semilla de esperanza que brotaba.

—Gracias por todo, mi valiente Florence. —Acarició la cabecita de su hija que se aferraba al pecho de su madre, ávida por beber de ella.

—Es preciosa nuestra hijita, ¿cierto?

—Es perfecta. Va a ser una gran mujer, como tú.

—También lo será porque va a tener un gran padre.

Bram se secó las incipientes lágrimas admirando a su esposa e hija… y la vida.

Quizás Aria sería la primera en aprender el oficio familiar, o tal vez su senda sería la música… Tampoco se enfadaría si su destino era diferente y lo forjaba en libertad.

A partir de ese punto, la vida dejó de necesitar certezas.

Sería una partitura improvisada, con *crescendos*, *rallentandos*, silencios y retornos inesperados.

Y, por sobre todo, sería bien vivida, aprovechada…

Amada.

Y si Dios lo permitía… larga.

Finale: Tutto a punto

Londres, 22 de marzo de 1857

Tía abuela:

He recibido su carta y me alegro mucho de que su salud haya vuelto a ser de hierro después de su catarro. Yo creo que el mérito de su mejoría se debe a su tozudez y a los cuidados de Hill.

Por mi parte, le informo que el primero de abril iremos a Escocia. Aprovecharemos el mes libre que tendré por la disolución del Parlamento para supervisar las reformas que se han realizado en la casa principal, la suya y la de los arrendatarios.

Le advierto que ni se moleste en amonestar a los niños por ser revoltosos y ruidosos o tendremos problemas. Ellos ya han sido aleccionados en tratarla con respeto y, si congenian, no le pondrán algún sobrenombre.

Florence le envía sus saludos y un presente por su cumpleaños. También le agradece el frasco de miel que cosechó, dijo que estaba deliciosa… Creo que fue una genialidad que se dedicara a la apicultura, junto con otras damas. Dicen que mantenerse activo a sus años ayuda a la claridad mental.

En su última carta lo noté… Voy a subirle su asignación para fomentar su pasatiempo.

Espero que eso la anime.

Afectuosamente, su sobrino nieto

Ashbourn

Bram plegó la carta, la selló, escribió el remitente, el destinatario y pegó la estampilla. Se la entregaría al mayordomo más rato.

Salió de la Sala Otoño. Aria la bautizó así cuando tenía cuatro años, y dijo que la sala de su papá tenía los colores de las hojas secas.

Avanzó por el pasillo, a sus oídos llegaban las notas desafinadas de un violonchelo, las que se agudizaron cuando abrió la puerta de la sala de música.

Ahí estaba Florence, arrodillada, guiando la mano de Amadeus, su segundo hijo y heredero del marquesado.

Amadeus John Reeves, duodécimo conde de Eastleigh.

El niño de siete años apretaba los labios, concentrado en dar la presión justa en la cuerda la.

—Eso, muy bien. —Soltó la mano de Amadeus y el sonido emergió pulcro en esa nota larga—. Eso, ya lo lograste… —De soslayo, advirtió la presencia de su esposo, se levantó y le ordenó a su hijo—: Sigue con las siguientes cuerdas.

Le sonrió a Bram. Solo pudo avanzar un paso hacia él y…

—¡Papá! —La voz de Aria irrumpió alzando su mano—. Mira, ya terminé de lijar el puente, está suavecito.

Bram se agachó y quedó a la altura de su hija, que le mostraba, orgullosa, la pieza de madera, y cuya función era sostener las cuerdas del instrumento. Examinó el trabajo y asintió.

—Ahora solo falta marcar donde irán las cuerdas para hacer las muescas y ya habrás reparado tu violín. Lo veremos al rato en el taller. —Aria sonrió, satisfecha de su trabajo. Bram besó su sien y notó el rastro de polvillo de la madera que su hija regó por la estancia—. A Angela no le va a simpatizar encontrar sucio el piso que acaba de barrer.

—Lo siento, quería ver la primera clase de Amadeus.

—Algún día me tocarán un dueto de violín y violonchelo.

Aria se encogió de hombros. Era posible. Cerró sus ojos al oír la nota chirriante del violonchelo.

Preocupada, miró hacia la cuna donde dormía su siesta el hermano menor de la damita, Arcangelo Abraham Reeves. El pequeño tenía dos años de vida y nada perturbaba su sueño.

—Mejor iré a practicar con Amadeus.

La niña se sentó al lado de su hermano que todavía luchaba por mantener la nota, tomó su pequeño violín y fue a la par de él.

—No cargues tanto el arco, Amadeus.

—Se me cansa el brazo.

—Ya te acostumbrarás.

Por fin Florence pudo abrazar a su esposo y observó a sus hijos. Con un tono de secretismo dijo:

—Parece que Aria tiene el bendito carácter de la tía abuela.

—No quiero ni imaginar ese choque cuando lleguemos a Escocia. Se sacarán los ojos.

—O se convertirán en amigas, ¿quién sabe?

—Mientras no intente meterle ideas raras en la cabeza. —Ya se imaginaba a la octogenaria tía abuela diciendo: «Compórtate como una dama, sobrina bisnieta».

—Solo estaremos un mes… Además, debes reconocer que lady Gárgola ha suavizado sus formas.

—Ya veremos, el papel aguanta mucho.

—Oh, Bram. —Besó la mejilla de su esposo. En diez años solo podía decir que lo amaba más.

—Cambiando de tema, todavía no me has contado lo que te comentó Sophie.

—Ah, sí… Bueno, ya me ha confirmado que, al paso que vamos, el próximo año duplicaremos la producción de avena.

—Excelente.

Bram soltó un suspiro. Las tierras de Gales fueron las que se demoraron más en recuperarse. Fue un proceso lento, pero con la ayuda de las nuevas formas de restituir los químicos a la tierra pudieron mejorar las cosechas…

En Southampton y Escocia, las tierras ya producían más que en sus mejores tiempos. El marquesado tuvo un segundo aire, uno que miraba hacia el futuro.

Bram besó a su esposa y la abrazó. Aspiró el suave aroma de su cuello, dejó una ligera mordida en él y la piel de Florence se erizó.

Ella lanzó un discreto gemido.

—Te amo, Florence… ¿Lo sabes?

—Me lo dices todos los días… y yo te adoro. —Apoyó su cabeza en el pecho de su esposo. Observó a sus tres hijos, cada uno especial a su manera—. Son hermosos, ¿cierto?

—Sí, son nuestro tesoro… Me muero de miedo cada vez que quedas embarazada, pero lo aguanto como puedo.

—Sé que siempre te preocupa… Esta vez será el último.

Bram la apretó contra él y buscó la mirada de su esposa. Sus iris se encontraron… Ella se encogió de hombros.

—Nos falló el método esta vez.

Él besó la frente de Florence.

—Te cuidaré mucho… intentaré no abrumarte.

—Todo saldrá bien, mi hermoso luthier. En unos seis meses más escucharemos un llanto *cantabile con brio*.

Y así fue… Como siempre, Florence tuvo razón.

A principios de septiembre, nació fuerte y vigorosa Amelia Olivia Reeves. La cuarta descendiente del marquesado.

Florence estaba segura de que si volvía a quedar embarazada no caería sobre ella esa maldición que se rompió. Nada podía hacer con los temores de su esposo, pero lo entendía.

Mientras tanto, y pese a todo, seguirían amándose, haciendo frente a lo que la vida les presentara.

Para ellos su relación era como al principio. Ella entregando su tesoro a Bram, y él era el luthier que reparaba y cuidaba el alma de Florence.

A veces se intercambiaban los papeles, y no importaba, no era un problema… Así era la vida.

Y mientras las notas torpes de un violonchelo y un violín llenaban la estancia, Bram comprendió que aquella era su obra más perfecta.

No era la que se escribía en partituras o se tallaba en madera…

Sino la que se vivía.

Imperfecta, ruidosa…

Y profundamente feliz.

Agradecimientos

¡Yujuuuuuuuu! Has terminado mi trigésima segunda publicación. Ha sido un camino largo ¿no?

Y, por eso mismo, gracias por estar aquí una vez más, dándole otra oportunidad a esta escritora, que ya lleva trece años en este camino que empezó como una pseudoterapia y que se transformó en el trabajo que nunca soñó —ni imaginó— tener.

Un trabajo que adoro y soy afortunada de realizarlo.

Y ustedes son las artífices de esto.

Somos el ying y el yang, yo escribo y ustedes leen. Me exigen una nueva historia en cuanto termino una, yo las hago esperar meses a que la tenga lista.

Nuestra relación es perfecta y no puedo pedir más, solo estar agradecida con todas…

De las lectoras alfa, beta —y todo el abecedario griego—, las de Wattpad, las de Facebook, las del grupito de WhatsApp, las de los clubes de lectura y sus administradoras, de mis colegas, mis amigas, mis padres, mis hermanas, mis hijos…

Y a lord Alfrelailo, a él lo pongo aparte. Sigue dándome… ~~como cajón que no cierra~~ un final feliz.

Gracias a todos, gracias a la vida…

Nos leemos en la próxima aventura romántica.

Hilda Rojas Correa

Si te gustó esta historia…

Y si esta es tu primera vez leyéndome, te cuento que tengo muchas novelas más de este universo. Te dejo aquí los títulos de las diversas series y el orden cronológico de las historias que la componen (por si alguien tiene un TOC).

Series

- Relaciones escandalosas(RE)
- Herederos del Diablo (HDD)
- Quinteto Divino (QD)
- Damas del Diablo (DDD)

1816 Una propuesta descarada (RE 0.5)
1818 Una relación inapropiada (RE 1)
1818 Una apuesta indecorosa (RE 2)
1819 Una elección nada conveniente (RE 3)
1819 Una esposa inadecuada (RE 4)
1840 Y llegó con el verano (HDD 1)
1840 Tentando al demonio (HDD 2)
1841 Y de pronto, el amor (HDD 3)
1842 Al filo del escándalo (HDD 4)
1843 Una dama inesperada (HDD 5)
1844 Una sonata para Oxford (QD 1)
1844 Más allá del anhelo (DDD 1)
1844 A la sombra de la venganza (HDD 6)
1844 La inconveniencia de amar (DDD 2)
1845 Una serenata para Gwendolyne (QD 2)
1846 Corazones indómitos (DDD 3)
1846 Un adagio para Florence (QD 3)

Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos… nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de treinta novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, síguela en las distintas plataformas de compra y redes sociales, comparte su trabajo y regala un comentario.



[1] *Moneda de seis peniques*